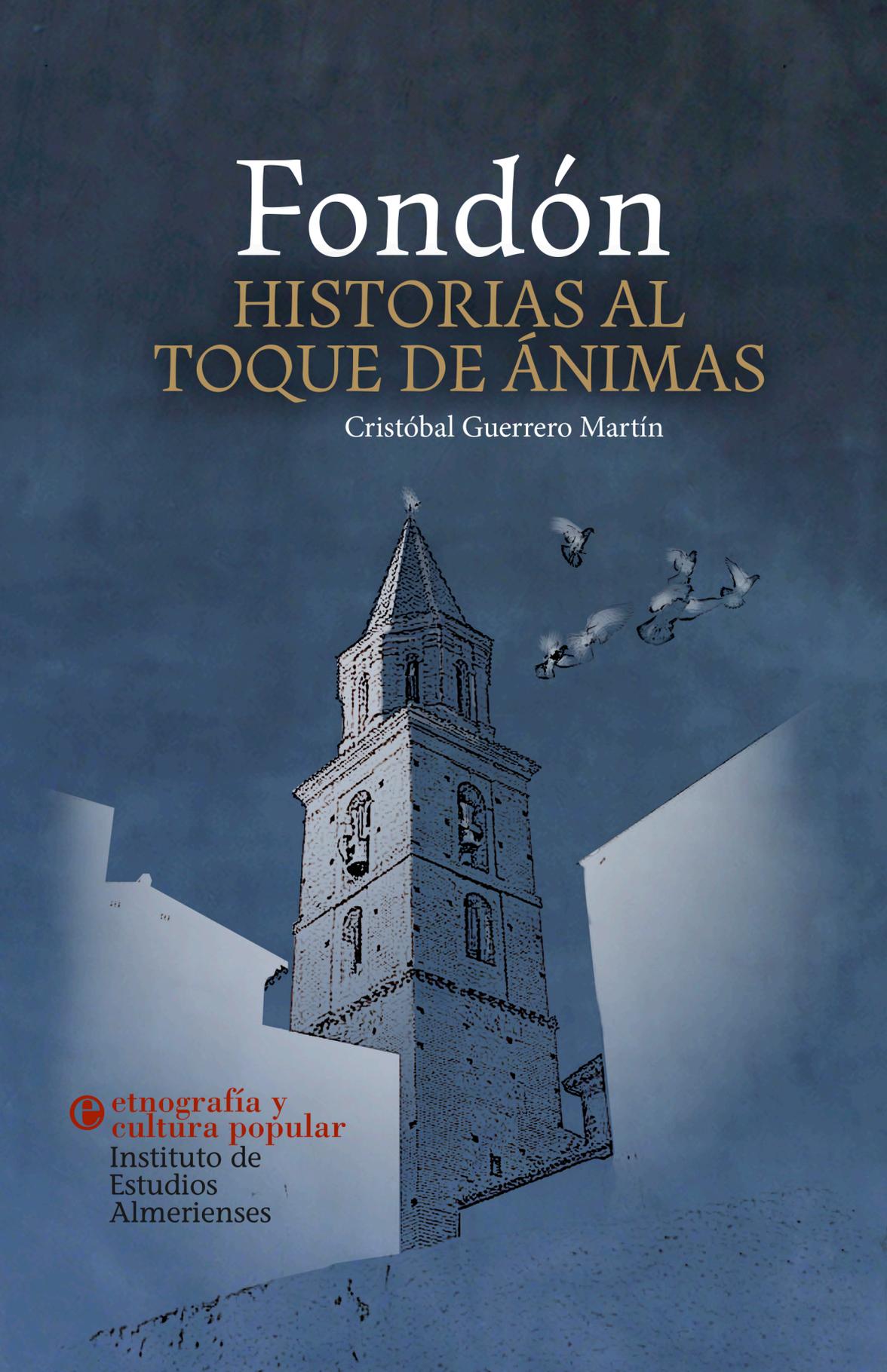


# Fondón

## HISTORIAS AL TOQUE DE ÁNIMAS

Cristóbal Guerrero Martín



 **etnografía y  
cultura popular**  
Instituto de  
Estudios  
Almerienses



# FONDÓN

HISTORIAS AL TOQUE DE ÁNIMAS

Cristóbal Guerrero Martín

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES  
Colección Etnografía nº 21

**FONDÓN**  
HISTORIAS AL TOQUE DE ÁNIMAS

© Idea, obra e ilustraciones: Cristóbal Guerrero Martín

© Edición: Instituto de Estudios Almerienses

[www.iealmerienses.es](http://www.iealmerienses.es)

Colabora Ayuntamiento de Fondón

ISBN: 978-84-8108-631-7

Dep. Legal: AL 1982-2016

Primera edición: Diciembre 2016

Maquetación: Ignacio López-Gay Belda

Diseño cubierta: Susana G. Almenzar (Servicio técnico IEA)

Imprime: Artes Gráficas M-3

Impreso en España

*A Fondón, mi pueblo,  
en memoria de mis padres*

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	9
INTRODUCCIÓN .....	11
Fondón .....	11
Las historias .....	20
El Toque de Ánimas .....	24
LAS HISTORIAS .....	29
La inspección de los molinos .....	30
Pepe Vicente .....	32
El Tinajicas .....	37
El Tío Caratuera .....	42
La Casa de los Tontos .....	47
Ramón Pun .....	53
El médico de Bentarique .....	57
El haza de los muertos .....	61
La casa de Don Tesifón .....	65
Un forastero chuleta .....	69
Los que hicieron el hoyo .....	74
Fantasmas, carpantas y martinicos .....	77
“Caciques”, Señóricos” y “Señoricas” .....	83
La bodeguilla de Don Mariano .....	90
Don Enrique Dote .....	99
El rosario de la aurora .....	107
Un milagro de San Antonio .....	110
La Tía Palola .....	115
El guarda del parral .....	119

El telero del mercado .....	122
El gato clavo .....	127
En el camino de Benecid .....	130
El sueño del "Tío Juanico" .....	133
La procesión del Santo Viático .....	136
El guiso de nabos .....	139
La gratitud de los animales .....	142
Las aventuras de un caminante .....	146
El precio del burro .....	152
Un pueblo nefasto .....	154
Viajes y viajeros .....	157
El Pollo Gómez .....	167
Un alcalde y su madre .....	171
El tío Paco Joaquín .....	177
Un juego de niños .....	181
La escuela de Doña Carlota .....	185
El despertador de Fernando .....	189
Un riego nocturno .....	193
El baile del candil .....	196
Leyendas de tres puentes .....	201
Las chicas de la posada .....	206
La encerrada de Doña Adelina .....	210
Los habaneros .....	213
El retratista .....	219
Cantes y coplas .....	223



## PRESENTACIÓN

Este libro recoge un conjunto de historias de las que se contaban en Fondón en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, y las letras de algunos cantes también de aquellos tiempos.

En aquella sociedad de entonces, en la que no había radio, televisión, internet, periódicos al alcance de cualquiera, ni teléfonos móviles ni fijos, la comunicación, toda la comunicación, se hacía de viva voz, de persona a persona. Había que contar las noticias, y tenía que haber, al menos, una voz que las contara y unos oídos para recibirlas. Luego, quienes las habían oído, las irían contando a su vez a otros. El cante, y los cantes, en cambio siempre se prestaron también a que el que cantara lo pudiera hacer solo y en grupo, en medio del campo, en un camino o dentro de una mina, aun cuando por vocación buscara siempre a quien pudiera oírlo. El que canta, a diferencia del que narra, puede dejar volar sus sentimientos por el aire, aun cuando solo sirvan para soltar al aire lo que encierra, sin más oídos receptores que los del que canta. En los trabajos en solitario así pasaba también para romper la monotonía y el cansancio.

Las largas noches de invierno en torno a la lumbre, las duras tareas del campo, especialmente las que se hacían a mano y en grupo, los desplazamientos por las veredas de la vega, las horas de camino en los viajes, el trabajo de las minas, el lavado de la ropa a orillas del río o en las acequias, y las comidas en el tajo, frecuentemente en grupo, eran ocasiones propicias para que los más dotados para los relatos o el cante amenizaran la reunión contando sus historias o cantando. Las noticias, rumores e historias, aparecían siempre como temas de conversación cuando se estaba en grupo.

Pero sobre todo era en el ambiente familiar, en el que los que tenían más años, y por tanto también más episodios vividos, contaran sus relatos para entretener a los demás. Los abuelos eran quienes más aportaciones hacían, poniendo en sus historias alguna enseñanza moral o consejo práctico, haciendo que la diversión pudiera también servir como lección o consejo útil a la gente más joven.

Todas las historias de este libro, que se contaron realmente en aquel ambiente, son parte valiosa de la cultura popular de Fondón. Se hubieran perdido borradas por el paso del tiempo y la ya desaparición de quienes las contaron o escucharon. Con este libro se pretende rescatarlas del inevitable olvido. Han sido recogidas de mi familia, (mis padres, hermanos, tíos, primos y allegados) y de las personas a las que fueron llegando por tradición oral de sus padres, abuelos o antepasados y vecinos. Retratan a su vez, de manera muy fidedigna, la vida de aquellas gentes, sus sacrificios, trabajos, privaciones, esfuerzos, alegrías, y revelan una parte llena de interés de la sabiduría popular en las personas de aquellos tiempos. Son en definitiva retratos y reportajes rescatados de la sociedad que existía en Fondón en esos años, y de algunos de sus personajes, que sobresalieron por sus características o notoriedades, y a su vez dan también testimonio de los sentimientos de solidaridad y de fe de aquellas personas.

Con este trabajo se quiere salvar un trozo de la historia y cultura de aquellas gentes, dejar conocimiento de una parte de la vida del pueblo en unos años ya muy lejanos, mostrar personajes que existieron realmente y que resaltaron por sus peculiaridades personales, y a su vez también intentar divertir con estos relatos a las personas que se sientan con interés para leer este libro.

# INTRODUCCIÓN

## Fondón

Para subir a Fondón desde Almería existen ahora, y existieron siempre, dos rutas posibles: la de Levante y la de Poniente. En ambas se trata de rodear la Sierra de Gádor, que se interpone entre el Mediterráneo y Sierra Nevada, como un inmenso obstáculo, y que es la que impide que desde aquellos parajes se pueda ver el mar.

La de Levante, la más corta, nos impone hacer ahora como una hora y pico de viaje por una carretera de montaña, de buen piso y muy aceptable trazado, que trepando por las laderas al este de la Sierra de Gádor, va dejando en lo más hondo del paisaje un valle por el que no se ve, pero se adivina, el curso de un río. Es el Río Andarax. No con este trazado, que es más actual, pero si por estos mismos parajes se fue haciendo, desde el origen de los tiempos, el camino más primitivo entre este pueblo y Almería, por su zona costera hacia Levante, enlazando a su vez, ya al final del trayecto, con las rutas que caminan a Murcia, Guadix y Granada. Este camino antiguo era aún más corto que el actual, y discurría aprovechando las mínimas pendientes y las distancias más cortas. Seguía muy sabiamente el curso del río Andarax en su camino hacia el mar. Fue una ruta de caminantes, arrieros y de traficantes de plomo y pólvora, especialmente desde la fundición de Alcora, que está en esta senda.

La de Poniente rodea la Sierra de Gádor por su cara Oeste, es de más largo recorrido, ahora ya de igual tipo de carretera que la anterior. Partiendo de la llanura de la costa sube como si fuera un ascensor, remontando algo más de mil metros de altitud en un recorrido de unos sesenta kilómetros, arrancando de las proximidades del mar. El paso por las hoyas de Dalías y Berja marcan un contraste brusco con las cumbres de Sierra Nevada, que se divisan después, llegando a las proximidades del pueblo del Alcolea. A mitad de camino, según subimos, se nos ofrece al fondo de nuestra vista, ya provincia de Granada, el impresionante paisaje de los pueblos blanquísimos de la Alpujarra, colgados todos de la cara Sur de Sierra Nevada, con sus crestas cargadas de nieve.



Fondón 1956.  
Iglesia Parroquial de San Andrés y vista parcial de la plaza.  
*C. Guerrero Martín*

La Alpujarra, o Las Alpujarras, es una comarca natural bellísima que se extiende por la cara Sur de Sierra Nevada, laderas inmensas que miran al medio día. Este bello conjunto está administrativamente repartido entre las provincias de Granada y Almería. Fondón está en pleno corazón de La Alpujarra almeriense.

Esta otra ruta de conexión hacia Almería, tuvo también desde siempre una importancia muy grande. Comunicaba a este pueblo, y a toda la comarca del alto Andarax, con la costa, con Adra (el puerto más próximo), y con los núcleos de Berja y Ugíjar, que históricamente siempre tuvieron más población, riqueza, jerarquía judicial y dirección administrativa.. Era también esta vía una salida hacia Almería y Granada por los caminos de la costa, elegidos cuando en los viajes se prefería buscar las orillas de la mar. También se iba por allí hacia Granada pasando entonces por Lanjarón. Se bordeaba por esa ruta Sierra Nevada por las laderas altas de la sierra. Era la vía natural más corta, siempre que la nieve lo permitiera en los meses de invierno.

Actualmente lo que fueron hace muchos años caminos de alta montaña, de tierra y zahorra, son ahora carreteras de buen piso, duro trazado, y paisajes muy bellos. Los cursos y desarrollo de aquellos caminos antiguos y ahora el de los actuales, suelen coincidir en su desarrollo básico, y en los paisajes pero ahora en nada más. Ni las curvas, pendientes, puentes, anchura del camino, piso y seguridad tienen nada que ver las carreteras de ahora con las que existían cuando estas historias. Aún se pueden ver como reliquias de la historia algunos trozos de las carreteras antiguas, puentes y muros, que nos dan testimonio de cómo eran aquellos caminos.

El municipio de Fondón se compone de tres núcleos de población: Fondón (el más grande), Benecid (al otro lado del río), y Fuente Victoria, antiguamente llamado Presidio del Andarax, o *El Presidio*, como se le denominaba en los tiempos de estas historias.

Terminado ya el ascenso desde la costa, recorrido por una u otra de estas dos rutas, nos encontramos con el Valle del Alto Andarax. Es como si se tratara de una cuna natural muy amplia, que forma un valle, que queda hecho entre las dos grandes cadenas montañosas, Sierra de Gádor y Sierra Nevada, que acuna en su lecho un río, bajo un cielo limpio e intensamente azul, donde todo es quietud, y el paisaje nos ofrece una interminable variedad de colores. Las montañas manchadas de masas forestales dispersas, compuestas de pinos y encinas, salpicando las en sus laderas más al Norte, y los cerros poblados de árboles esparcidos sobre unos suelos multicolor, que van esparciendo sus siluetas por todo el paisaje.

En otros tiempos en que llovía más, y los cultivos se empleaban como medio casi único de vida en esta comarca, este paisaje contenía amplias zonas de secano cultivadas con cereales, leguminosas y forrajeras, que cambiaban la aridez de ahora por una variedad cromática mucho más rica.

A lo ancho del valle y en toda su extensión aparece una vega cuajada de almendros, olivos, viñas y frutales. Ya en el centro del paisaje, en lo más hondo del valle, hileras de chopos y álamos nos delatan a sus pies el curso del agua del río Andarax. En otras épocas, de mayor abundancia de agua y mayor empleo de la agricultura como medio de vida, estos campos estuvieron llenos de cereales, viñas, maíz, parras y todo tipo de hortalizas.

En estos lugares, como en toda la Alpujarra, siempre existió un minifundio excesivo, por lo que a la vista del viajero aparecía el suelo del paisaje a modo de un interminable mosaico de pequeños recuadros irregulares, con colores variadísimos, que se iban sucediendo unos a otros y mezclando en forma de escalones, como si fuera una infinita paleta de pintor llena de cromatismo.

En tiempos en que la comida era escasa, y la tierra no daba lo suficiente para alimentar a todos, la gente tenía que explotar el suelo de cultivo con la mayor intensidad que le fuera posible, de tal forma que donde existiera un palmo de tierra, capaz de alimentar aunque fuera una sola planta, era necesario aprovecharlo, por aquello de que *un grano no hace granero pero ayuda a su compañero*, y aun cuando en un palmo de tierra pudiera crecer una mata de acelgas, ya aseguraba algunos potajes en la hoya de aquella familia. En aquellos tiempos se aprovechaba toda la superficie del suelo cultivable, todo el monte resultaba útil, nada se podía desechar ni tirar, todo cuanto se tuviera al alcance de las manos como producto de la naturaleza o del trabajo se podía desaprovechar. Hasta los excrementos de los animales había que recogerlos para usarlos como estiércol y enriquecer la tierra. Las hierbas silvestres servían para alimentar a los hombres y a los animales, la madera y matorral de los montes como utilidad final estaba la de alimentar las lumbres de las cocinas, ya que no existía otro medio de combustión para cocinar y calentar se. No había electricidad, ni gas, ni petróleo, solamente la leña era capaz de mantener el fuego.

En la actualidad permanecen pujantes los olivos, almendros, viñas, hortalizas, y ganadería. La alta calidad de los productos de la tierra (gazpacho, dulces, aceites, vinos, conservas, jamones y embutidos), son pruebas evidentes del tesón de sus habitantes y del compromiso por la

calidad. En los años a que se refieren estas historias, aparte de las minas y fundiciones, no había en la zona actividad industrial o artesanal digna de calificar como importantes. Las fraguas, herrerías, los constructores y reparadores de carros, los talabarteros que hacían todos los aparejos, aperos y arreos, para carros y caballerías, los cordeleros que fabricaban sogas y cuerdas, los carpinteros, que en su amplio catálogo incluían también la confección de los ataúdes, que se hacían a la medida y sobre la marcha, los fabricantes de pólvora, y los de aguardientes y anisados, junto a los albañiles, y alfareros, componían el elenco más usual de los artesanos.

En los tiempos en los que se desarrollaron estos relatos, Fondón y la vida de sus gentes eran muy diferentes a como son ahora.

La población rondaría entonces unas cinco veces más que la de ahora, es decir entre unos cuatro o cinco mil almas. La ocupación de sus habitantes eran las minas, las fundiciones de plomo, la agricultura y la ganadería. Las actividades artesanales y el comercio ocupaban a otra parte de población.

El transporte y las comunicaciones se realizaban a pie o en caballerías. Los carros, tartanas y diligencias ocupaban el lugar que ahora tienen los camiones, las furgonetas y autobuses. Quién tenía un caballo, y aún más un coche para enganchar, poseía una posición económica equivalente ahora al del que tiene un coche de buena cilindrada, y los que no pasaban de tener un mulo, o al menos un burro, se podrían comparar con los que ahora tienen un automóvil de tipo medio o alguna furgoneta. Había también muchos, la mayoría, que no tenían más que sus pies, sus brazos y su espalda, para cargar sobre ella lo que fuera necesario transportar de un lugar a otro. Por supuesto en los trabajos agrícolas no había mecanización alguna, solo el arado romano, y los brazos, piernas y espaldas del agricultor, usando legones, picos, palas, escardillos y hoces, eran todo cuanto se disponía para trabajar la tierra. El esfuerzo de los animales de tiro y carga junto al que realizaba el hombre, o la mujer, en los trabajos del campo, del monte y de la mina, eran los únicos medios disponibles para el trabajo. Así el esfuerzo físico era muy grande, y el tiempo a dedicar a cualquier trabajo, resultaba también interminable.

Las casas eran mayoritariamente modestas, tanto en sus metros cuadrados como en el confort y calidad de su construcción. Abundaron, ya también entonces, las de dos o tres plantas, aún cuando fueran pequeñas. En la planta baja estaban la cuadra, el corral, y alguna habitación, más o menos amplia, para usarla como almacén de aperos, herramientas, cosechas y demás elementos del campo. Las escaleras nos llevaban

a la primera planta, en la que estaban los dormitorios y un espacio amplio que servía de distribuidor, comedor, sala de estar, lugar de trabajo, y, sobre todo, cocina. Allí había un hogar o *fuego*, poco más alto que el nivel del suelo, donde se usaba la leña como único combustible, se cocinaba usando trébedes. Las casas de más nivel económico tenían la cocina a parte. Dado que el fuego estaba muy bajo, se tenía que cocinar sentado sobre una silla, también muy baja y de asiento amplio. El número de dormitorios en este tipo de viviendas de tipo medio era escaso, resultaba normal que existieran: el del matrimonio, el de las niñas y el de los niños. Además solía haber una habitación, a modo de despensa, muy bien ventilada, en la que estaba la *artesa*, instrumento indispensable para amasar el pan, ya que cada familia se tenía que hacer el de su propio consumo, que luego llevaba a cocer a uno de los hornos del pueblo, que trabajaban a *maquila*. En esta habitación también se colgaba la matanza, y en ella se guardaba el pan traído del horno, que se colocaba cuidadosamente dentro de unas *tinajas*, para que aguantara varios días. También se guardaban allí los *costales* de harina, el aceite y el vino. Era frecuente que junto a la matanza familiar, se colgaran de las vigas del techo frutas que se conservaban para los meses de invierno, tales como melones, granadas, uvas, nueces, manzanas, e higos. Muchas de estas casas se prolongaban en altura con una planta más, una tercera planta, a la que se accedía ya mediante escalera de mano. Era de techos más bajos y con una puerta, a modo de ventana, amplia y dando a la calle, el pajar, en el que se almacenaba la paja y otros productos similares, que eran subidos desde la calle mediante una polea, que figuraba, y aún figura, como un elemento más de la casa en su fachada. Esta polea con su cuerda estaba enganchada en una viga que sujetando la en el muro de la fachada, volaba sobre la calle amenazando así a los viandantes, ya que estando bien sujeta, daba siempre la impresión de que se pudiera descolgar y caer en la cabeza del que pasaba por allí.

Había también viviendas más humildes, de planta baja, con espacios más reducidos. En contraste a estas viviendas estaban las que tenían las familias acomodadas, mucho más amplias, bellamente diseñadas, con mejores materiales de construcción, y notablemente más confortables. También estas solían tener tres o cuatro alturas, con distribución y destino de espacios similar a las anteriores. En la planta baja, cuadras y corrales, almacenes y lagar. La planta primera para vivienda, y en la planta última pajar, graneros y almacén, usando para subir a esta última planta no ya las escaleras de mano sino las propias de la vivienda, que eran amplias y bien decoradas.

Las casas más completas estaban provistas de huerto y de azotea. Los huertos eran de mucha utilidad, ya que suponían un espacio de cultivo unido a la vivienda, y una ampliación muy apreciada de ésta. Servía para disfrutar del sol en invierno, o del fresco en verano, cría de animales, juegos de niños, y no olvidemos que también para el cultivo de frutales, y de las flores, en lo que competían unos con otros, surtiendo a su vez a la iglesia del pueblo especialmente en los meses de primavera y verano.

Las *azoteas* eran espacios a modo de habitación, en planta alta, pero con una o dos fachadas abiertas hacia donde recibieran más cantidad de sol y menos de viento. Tenían un uso múltiple y muy valorado. En ellas se *secaban* todos los productos que se habría que guardar luego para los meses del invierno. Durante el verano y comienzos del otoño era preciso llenar las despensas para poder comer todos los días en los meses de frío, que resultaban siempre largos y muy duros. En las *azoteas* se *secaban* los tomates, las judías verdes, calabazas, frutas muy variadas: acerolas, selvas, uvas, granadas, pasas, higos, almendras, nueces, castañas, calabazas, cacahuets y maíz *tostonero*... Servían para tender la ropa a secar, y en los inviernos, cuando tenían una buena orientación, eran muy útiles para tomar el sol mientras se hacían labores de punto, costuras varias, y los más viejos trenzaban el esparto con sus manos haciendo *cenachos*, *sogas*, o *pleita*.

Las viviendas, salvo que sus moradores se ausentaran de ellas, permanecían abiertas durante el día. La entrada de cualquier persona conocida se solventaba dando un grito de aviso al abrir la puerta, a modo de saludo, invocando a sus habitantes. Era costumbre decir *Ave María Purísima*, o *dónde estáis*, saludos que tenían cumplida respuesta por quienes los escuchaban, e invitaban al tiempo al visitante a entrar, y en su caso también a subir. Era normal que el visitante fuera reconocido por su voz. Si la puerta estaba cerrada y la casa tenía planta alta, se abría la puerta tirando de una cuerda desde el piso alto. La cuerda estaba atada al cierre de la puerta, que era un resbalón hecho en la fragua, que al tierra de la puerta para cerrarla quedaba echado, y al tirar de él con la cuerda quedaba libre. Cuando el que llegaba era un extraño, tocaba a la puerta con el *picaporte*, con golpes más o menos fuertes, según la prisa y educación del que lo usara. Era normal, en estos casos, contestar asomando la cabeza por la ventana o por el balcón, para ver quién era y qué quería.

El piso de las calles solía ser de tierra, salvo en algunas más principales que lo tenían *empedrado*. En aquellos tiempos no existía aún

la luz eléctrica por lo que las calles se iluminaban por las noches con la luz de la luna o con los faroles que portara cada viandante. No era costumbre salir por la noche más que para regar, o *dar un puesto* en la caza de la perdiz. Algunos mozos se juntaban para rondar a las mozas y beber algún cuartillo de vino, haciendo en ocasiones además algunas diabluras. Así las noches estaban llenas de silencio, quietud, misterio y miedo. Todo el pueblo se refugiaba cada uno en su casa, y en ella con la puerta bien cerrada y *atracada* con un buen tronco, y así se consideraba protegido.

Las salidas nocturnas eran solamente en momentos de gran necesidad, tales como avisar al médico o tener que regar por que *tocara el turno*. Estaba muy mal visto en la sociedad de aquellos años deambular en la calle durante la noche. Era señal inequívoca de personas indolentes, de malas costumbres y escaso amor al trabajo. La noche era para reponer fuerzas para el trabajo duro e intenso del día siguiente. El tiempo se consideraba muy valioso y no se podía perder. El descanso nocturno era señal de tener disposición para trabajar duro al día siguiente, cuando amaneciera. El trasnochador era tenido por vago e indolente.

La gente procuraba hacer una economía familiar de autoabastecimiento, a ser posible. Cada uno producía cuanto necesitaba para su propio consumo. Lo ideal era no tener que *gastar dinero*, porque siendo muy escaso había que guardarlo para cubrir necesidades inaplazables. Solo se vendían luego los excedentes de cada cosecha. Así cada cual pretendía llenar su despensa con los frutos que cosechaba de su tierra, de tal manera que lo que tuviera que adquirir luego con dinero fuera lo menos posible, o nada. Las economías familiares más modestas sólo tenían como fuente de dinero efectivo lo que les dieran en la venta de los productos sobrantes y, sobre todo, los jornales ganados penosamente en las minas, o en las peonadas del campo. Había en cada familia muchas bocas para tan poca tierra como cultivaban. El hambre amenazaba siempre, especialmente en los años malos para los cultivos y cuando el trabajo de las minas se reducía. En estos casos se imponía buscar el trabajo fuera del pueblo de manera temporal, o la emigración.

Desde tiempos muy remotos, se buscaron empleos en otras zonas mineras, saliendo a trabajar solo los hombres, que luego volvían con los *ahorros*. Unas veces eran desplazamientos cercanos (Sierra de Beires, Alcora, Las Navas, Serón, Berja,...), otras, más lejanos (Bédar, Sierra Almagrera, La Unión, El Centenillo, Linares,...). En todos estos lugares los mineros de Fondón fueron abundantes. Los desplazamientos se tenían que hacer andando, en varias jornadas. No había entonces protec-

ción social alguna. Cuando a finales del siglo diecinueve se construyó la línea de ferrocarril de Linares-Almería, apareció un medio muy bueno para trabajar en las minas del Centenillo, La Carolina y Linares. En otras ocasiones de gran depresión de la minería obligaron a buena parte de la población a salir del pueblo definitivamente, no ya el padre o los hijos mayores, sino a toda la familia. Así a lo largo de los siglos diecinueve y veinte, se fueron produciendo continuas partidas hacia lugares con mayores posibilidades de empleo y mejores condiciones de vida. Fondón, como tantos otros, ha sido siempre un pueblo emigrante. Los que se iban cargaban con su reducido equipaje, una buena cantidad de ilusión, las ganas imparables de trabajar, la honradez como principio irrenunciable, su amor al pueblo, y en su cartera unas estampas de su Santo Cristo de la Luz y de la Virgen de las Angustias.

En los tiempos en que se desarrollaron estas historias la mayoría de las familias vivían mal.. Tanto la tierra como las minas exigían muchos esfuerzos y daban un rendimiento económico mínimo y nunca seguro. No siempre había trabajo, ni tampoco siempre se sacaban las cosechas con el resultado esperado. Las explotaciones agrarias consistían en pequeñas parcelas abancaladas, formando terrazas debido a la inclinación del terreno, distantes unas de otras, lo que imponía para su cultivo múltiples desplazamientos y con frecuencia largos.

El agua era abundante, pero distribuida por un interminable trazo de acequias de tierra, con grandes pérdidas en sus largos y difíciles recorridos. Siempre se regaron con aguas superficiales, del río y de las muchas y abundantes fuentes naturales existentes entonces, esparcidas por todo el valle. Tal tipo de explotaciones llevaba consigo tener que multiplicar considerablemente el trabajo de la gente. Sólo en desplazamientos, idas y venidas, para realizar las faenas agrícolas de cada cultivo, el tiempo y energías dedicados al camino se llevaba la mayor parte de las jornadas y buena cuota del esfuerzo. Era frecuente que tuvieran que llevar al tajo la comida caliente del mediodía.

El transporte o *acarreos* se tenían que hacer a lomos de caballerías, *bestias*, ya que la estrechez y el desnivel de los caminos no admitía más medio de transporte que el de una caballería cargada. No era posible el uso de carros. Además todas las faenas y trabajos del campo se tenían que hacer *a mano*, con o sin la ayuda de animales de tiro y carga, que generalmente eran mulos y burros. Para labrar la tierra se usaron a veces yuntas de bueyes, pero casi siempre se utilizaron pares de mulos. El mulo, a diferencia de los bueyes, también servía para la carga, por lo que su uso era más generalizado.

El trabajo de las minas era también muy penoso y arriesgado. Abundaban las explotaciones pequeñas, que coexistían junto a empresas grandes, con frecuencia de capital extranjero. No había apenas mecanización, salvo para los pozos, y únicamente en las empresas más grandes. En los trabajos se usaban herramientas manuales, incluso para abrir los agujeros profundos o perforaciones, necesarios para poner los barrenos o *pegas*. Se tenían que hacer a golpe de *marro* y *barrena*, es decir golpeando a martillazos sobre la roca una *barrena* que perforaba lentamente hasta producir el hueco.. Para evitar que el marro se desviara y pudiera destrozar la muñeca del que sujetaba la *barrena*, se inventaron una herramienta, a modo de tenazas, que la sujetaba en su justo sitio, dejando lejos las manos del ayudante.

Las minas daban trabajos muy variados y abundantes, en los que todo se tenía que hacer a mano, pero los jornales no daban para hacerse rico. Las fundiciones de plomo fueron también empresas complementarias al trabajo de las minas, que durante mucho tiempo emplearon a buena parte de la población.

En aquellos tiempos no había Seguridad Social. Recordemos que esta empieza en los albores del siglo veinte con la Ley de Accidentes de Trabajo y la creación posterior del Instituto Nacional de Previsión, ambas obras de gobiernos conservadores. En los tiempos de buena parte de estas historias, los accidentes, mortales o no, las lesiones, invalidantes o no, la viudedad, la orfandad, la enfermedad y el desempleo los tenían que asumir en solitario cada uno de los que las sufría, sin contar con más auxilio que la generosidad familiar, cuando era posible, o la caridad de los vecinos. Nunca el ahorro, siempre mínimo o inexistente, pudo ser la solución a tales desgracias familiares. La vida allí en aquellos tiempos era extremadamente dura. Por supuesto, no existía jubilación, y así el que tenía la suerte de llegar a viejo, tenía que seguir trabajando, vivir a expensas de hijos, o de la caridad, acompañado siempre por el hambre.

## **Las historias**

En la sociedad de aquellos tiempos no había internet, ni radio, ni televisión, ni teléfonos, ni llegaba la prensa escrita hasta estos parajes. Las noticias y los comentarios sobre lo que acontecía, se transmitían de viva voz, de boca a oído. Sólo en los momentos y lugares en que había varias personas, surgía el ambiente oportuno para lanzar comentarios y noticias.

La plaza del pueblo fue siempre el principal mentidero del lugar. Tanto en Fondón como en Benecid y Fuente Victoria, los hombres cuando tenían tiempo libre, muy especialmente los más viejos, acudían a la plaza en busca de noticias. En aquel lugar, y en aquellos corrillos, se comentaba de todo. Eran a modo de un telediario permanente, pero además hecho en *tertulia*. Todo lo acontecido en el pueblo como en otros lugares, se comentaba y transfería de unos a otros con velocidad asombrosa. Todo cuanto sucedía o pudiera suceder, en la vida social o económica se reflejaba allí como si se tratara de un equipo emisor, que luego se iba contando a los demás dándole el matiz que a cada cual le interesara, así las noticias corrían por todo el pueblo, de boca en boca y a velocidad del rayo, tanto más cuanto más extraña. Claro que quienes se encargaban de propagarla le solían añadir matices salidos de su imaginación e intereses, de tal manera que poco después la realidad verdadera y la noticia que se contaba se podrían parecer lo que un huevo a una tortilla de patatas. La gente que acudía a la plaza iba buscando *a ver qué se podía oír allí*. Los momentos del día más propicios para que se formaran estos corros de comentaristas eran los que más fácilmente podían dar lugar a ellas, tales como a la hora en que llegaba el correo, venían los vendedores del mercado, compradores ocasionales de animales o frutos, o aparecían arrieros o caminantes, especialmente si eran *forasteros*. En estos casos se presentaban grandes posibilidades de noticias, que eran sacadas hábilmente a los que habían llegado por el grupo de aviesos entrevistadores allí congregados, que no se cansaban de preguntar, con una maestría sin límites, a modo de sacacorchos hasta conseguir la respuesta deseada. Así les hacían la ficha o sacaban las noticias al visitante o al que volvía de un viaje, mediante interminable ristra de preguntas. Al final del interrogatorio se extraían conjeturas y se construía la noticia.

La vida social de la población también pasaba necesariamente por aquellas tertulias en cada momento del día.

En la difusión de comentarios *los caciques* del pueblo jugaban un papel importante. Algunos de ellos recibían la prensa, y todos tenían suficientes contactos para estar más informados que los demás vecinos del pueblo. Ellos eran a veces los que difundían los sucesos que les interesaban, aún cuando no fueran verdad, o silenciaban o retorcían los que les eran adversos. Como podemos ver, ya se usaban entonces *técnicas de comunicación* muy similares a las que se usan también ahora. Fabricar noticias en beneficio de los intereses del que las cuenta, ya estaba in-

ventado también en aquellos tiempos. Ocultar, deformar y tergiversar la realidad, según interese, ya se hacía entonces.

En las casas era frecuente que detrás de una ventana existiera una mesa de camilla. En su entorno por las tardes las mujeres, al tiempo que cosían o hacían labores de punto o lana, comentaban todos los acontecimientos y transmitían las noticias. Eran a modo de antecedentes de las actuales revistas del corazón. Allí se comentaban los noviazgos, casorios y amoríos, embarazos y partos, compras, ventas, alegrías y penas. En aquellas reducidas tertulias de parientas y vecinas se llevaba un exhaustivo control de la sociedad del pueblo, y una puesta en común de conocimientos y experiencias culinarias. Estas animadas conversaciones también aparecían al tiempo de lavar las ropas en el río o acequias, y en aquellos trabajos agrícolas que se hacían a mano en las casas, frecuentemente en grupo y por mujeres.

Las ventanas no tenían cristales más que en una pequeña parte. No había dinero para poder cubrir toda la superficie. En estos casos si se quería que pasara la luz era siempre a costa de que pasara también el frío, que en pleno invierno era mucho. Cuando bajaban las temperaturas la calefacción se reducía a un pequeño brasero, que habría que administrar con prudencia, ya que la leña resultaba escasa para la mayoría de las familias. Salvo para los que tenían mucha tierra en propiedad, que eran los más ricos, a la inmensa mayoría no resultaba posible contratar jornaleros. Cada familia tenía que aplicar toda la fuerza que pudieran aportar el matrimonio, los hijos, parientes, y amigos, comprometiéndose a su vez ellos a prestar luego a misma ayuda a quienes venían en su auxilio. Todas estas circunstancias propiciaban con mucha frecuencia el trabajo en grupo.

Había faenas que a lo largo del año se hacían en colectivos de amigos, parientes y vecinos, tales como limpiar las hojas a cada una de las panochas del maíz *-desfarfollar-*, quitar a cada almendra la cáscara verde que a veces traen del árbol, partir las aceitunas, abrir la lana de las ovejas antes del hilado, desgranar el maíz, eran faenas manuales que se prestaban a tener que realizarlas con el concurso de varias personas.

En el campo también había trabajos que se hacían entre varios. La recolección de la almendra, la recogida de la aceituna, el escardado del trigo, la siega, las trillas y las faenas de las eras, imponían trabajar en equipo. Pero además, siempre que había comida colectiva en el campo había también reunión y sobremesa. En todos aquellos momentos surgía la ocasión para que los más dotados para el relato o el cante, y los que mayores experiencias hubieran vivido, contaran y cantaran lo que

sabían para distraer a los demás. En los muy cálidos veranos la siega, y luego la parva en la era, imponían el trabajo entre varias personas. En las faenas de las eras toda la familia, parientes, vecinos y amigos se movilizaban para ayudarse mutuamente en estas ocupaciones, que eran de esfuerzo muy intenso, y que además exigían tener que hacerlos en un plazo de tiempo muy breve, es decir, *había que correr mucho*, para dejar la era libre para otros, y para evitar que el mal tiempo *pudiera joder la parva*, lo que significaba que la mojara la lluvia o la castigara un excesivo viento.

Las comidas y descansos en todos estos trabajos eran momentos propicios para amenizarlos contando historias, y cantes en la horas cansinas del trabajo o en los ratos de descansos y comidas en grupo.

Los desplazamientos para los diversos cultivos se tenían que hacer a pie por caminos de tierra. Era difícil disponer de una caballería para montar, ya que en caso de tener un mulo o un burro, se reservaba el esfuerzo del animal para que estas energías las empleara luego en la carga que implicaba el acarreo. Generalmente los animales de carga y tiro no se montaban, a fin de mantenerlos sin cansancio a la hora de cargarlo después. Así el camino de ida y vuelta el dueño lo solía hacer a pie al tiempo que conducía al animal.

Cuando se iba de un pueblo a otro, o en los viajes hasta Almería, también el camino se hacía andando, cuando el viajero estaba acostumbrado a caminar. Entonces para evitar la soledad y alejar peligros, el recorrido se hacía en grupo, aprovechando alguna reata de arrieros o el trayecto que cubrían los carros y tartanas, que por seguridad y ayuda mutua, solían ir también en grupo para poder prestar compañía y auxilio unos a otros.

El trasiego de ir y venir a las minas, la búsqueda de trabajo en explotaciones lejanas a Fondón, se hacían atravesando la sierra a pie, pero nunca en solitario, desplazándose varios a la vez o aprovechando alguna recua de mulos que llevaran el suministro de las minas y el transporte del mineral. No estaban los tiempos para poder ir sin protección por los caminos, y a su vez había mucha posibilidad de perderse cuando no se conocían con precisión las veredas, caminos y cruces.

En todas estas largas y, a veces agotadoras jornadas de camino, se contaban historias, sucesos, se daban noticias, se comentaban acontecimientos del momento, y el que sabía y quería cantaba a pleno pulmón. Las historias, anécdotas, noticias y cante ponían la diversión y la música ambiental, que hacían más llevaderas las fatigas del camino. No existían los aparatos de radio, ni reproductores de música.

## El Toque de Ánimas

El ritmo y el compás de la vida colectiva de las gentes del pueblo lo marca desde siglos la torre de la iglesia con sus campanas. Las campanadas de su reloj, sin esfera, y los diversos *toques de campanario* avisaban entonces al vecindario de los acontecimientos que tenían interés colectivo. El lenguaje de las campanas formaba parte de la vida del pueblo. Era en aquellos, y lo sigue siendo ahora, un medio para el envío de mensajes colectivos e instantáneos a través de unos sonidos lanzados desde la torre a todo el pueblo, incluyendo también a los forasteros y visitantes. Las campanas con sus diferentes *toques* enviaban mensajes inmediatos a todos cuantos las pudieran oír en ese momento. Era el mensaje instantáneo de avisos y noticias enviados a con todos cuanto estaban en el pueblo.

Las campanas más grandes vivían instaladas en la torre de la iglesia, otras en las iglesias de Benecid y Fuente Victoria. Además las ermitas de mayor porte tenían *campanillos*, que con sus repiques intensos anunciaban cuando había misa en cada una, o algún culto especial que en ellas se hiciera. Así funcionaban la Ermita de la Virgen de las Angustias y la Ermita de la Reina de los Ángeles. En cambio las ermitas dedicadas a las Ánimas Benditas eran mucho más humildes, y carecían de campanas, pero a cambio mantenían durante todos los días del año múltiples luces encendidas con mariposas de aceite, que cuidadosamente iban siendo cuidadas por manos piadosas. Todas las ermitas se podían visitar desde la calle a través de un postigo o mirilla protegida por una reja de forja.

El reloj de la torre de Fondón lo hicieron sin esfera. Para decir la hora pide prestada la voz a las campanas, que son las encargadas de anunciar la medida del tiempo durante todo el día.

De todos los toques de campanas del pueblo, cada uno con su mensaje, sin duda el más profundo y sentido es el de **Ánimas**. Consiste en un largo y solemne golpeo de campanas, que pone fin al trasiego del día y abre las horas de la noche. Se toca a las diez de la noche. Era una llamada a la oración y al recuerdo de las Ánimas Benditas, y entre ellas, de manera especial, a los familiares y amigos de cada uno, que ya habían muerto. Era el momento de rezar por ellas, cada uno de forma individual o en familia, hablando o en silencio. Era el instante en que cada persona recordaba a sus muertos, no como desaparecidos en la nada sino como Ánimas Benditas, vivientes en la otra vida, a las que se ha venido considerando como un colectivo sagrado y a la vez muy próximo a todos nosotros. Se las consideraba viviendo entre nosotros. Las Ánimas Benditas han vivido siempre en la fe individual y colectiva

del pueblo como una realidad totalmente próxima y actual. A ellas se ha recurrido en momentos difíciles y ante graves problemas, y hasta para que hicieran de *despertador*, especialmente en los tiempos en que no existían tales relojes tan a la mano de las gentes, como ocurre ahora. Existe una Hermandad de Ánimas, con más de quinientos años de historia, que mantiene viva la devoción y culto, y también la tradición de ir cada día veinticinco de diciembre cantando canciones muy antiguas, tocando un conjunto de instrumentos, y pidiendo de casa en casa, para además de mantener viva esta devoción, sostener el funcionamiento de la ermita y los cultos tradicionales, y sobre todo ayudar de forma anónima a las personas más necesitadas de dentro y fuera del pueblo.

El toque de Ánimas siempre ha partido en dos la vida diaria. A partir de él se daba por terminada la actividad *pública*, y comenzaba la *privada*. En aquellos tiempos la jornada diaria se rompía en dos espacios claramente diferenciados: el día y la noche. La frontera entre uno y otro la establecía este toque de campanas. La gente del pueblo al oír las campanadas interrumpía sus tareas, rezaba en alto o en silencio, recordaba a sus muertos y a las Ánimas Benditas en general en un acto de piedad que duraba tanto como el sonido de las campanas. Se escuchaban siempre de pie y hasta los que estaban en las tabernas bebiendo vino, dejaban descansar los vasos, se descubrían de sus gorras y boinas y se mantenían en silencio. A partir de ese momento comenzaba oficialmente la noche. Era el límite para terminar la visita de los novios a las novias en época de invierno, o para comenzarla en la de verano. Como durante el día había que trabajar muy duro, no estaba bien visto en aquel ambiente, que a partir de estas horas se estuviera en la calle. Quienes se consideraban más trabajadores a partir de ese toque permanecían ya en sus casas preparando lo necesario para la jornada siguiente. Entonces las calles quedaban desiertas, sin actividad, sin gente. Todo era silencio, quietud, tranquilidad y sombras, porque de no ser noche de luna, todas las calles y huertos quedaban completamente a oscuras. Las tinieblas de la noche encerraban misterio y miedo. Solamente los jóvenes más holgazanes y aventureros se atrevían a deambular por las calles del pueblo, por la plaza especialmente, y tomar unos tragos de vino cuando les sonaban en los bolsillos algunas monedas. A veces eran convidados a beber en alguna de las muchas bodegas particulares que cada familia con viña, o con *posibles* para comparar uvas y hacer vino, mantenían en sus casas como un añadido valioso a la vivienda.

Dentro de cada casa, después de haber arreglado a los animales, la vida familiar, se desarrollaba especialmente en la habitación destinada a *estar*, que en muchas viviendas coincidía también con la que servía de

cocina por tener allí *el fuego*, es decir el hogar o chimenea en el que se cocinaba con leña sobre trébedes de hierro, que en los meses más fríos también servía para calentar la estancia. Allí, a la luz de los candiles, se congregaba la familia, esperando la cena con ansiedad, o comenzando la digestión si ya se había cenado antes.

Como no se podía perder tiempo alguno, esos espacios del día, ya en grupo y en descanso de la dureza de la jornada, eran aprovechados para los más variados y útiles trabajos manuales. Los hombres *remendaban* aparejos de las caballerías (serones, capachos, cabezales, jáquimas, o atarres), y sobre todo trabajaban el esparto con las manos fabricando suelas de alpargatas, esparteñas, agovías o alborgas, cenachos, sogas, tomizas, pleitas, forrando calabazas para llevar agua, limpiando almendra, desgranando maíz, u otras ocupaciones similares. Las mujeres, ya libres de la cocina o el fregado, hacían punto confeccionando prendas de lana, ganchillo o ensayaban algunos *remiendos* de los muchos que había que poner a la ropa. En aquellos ambientes no se podía tirar nada, y todo se aprovechaba y reciclaba al máximo. Era frecuente que las amas de casa fabricaran los botones recortando calabazas, que luego forraban con tela de la misma pieza o tejido que emplearían después en la prenda a confeccionar, que generalmente era la reutilización de la parte aprovechable de otra prenda de mayor tamaño.

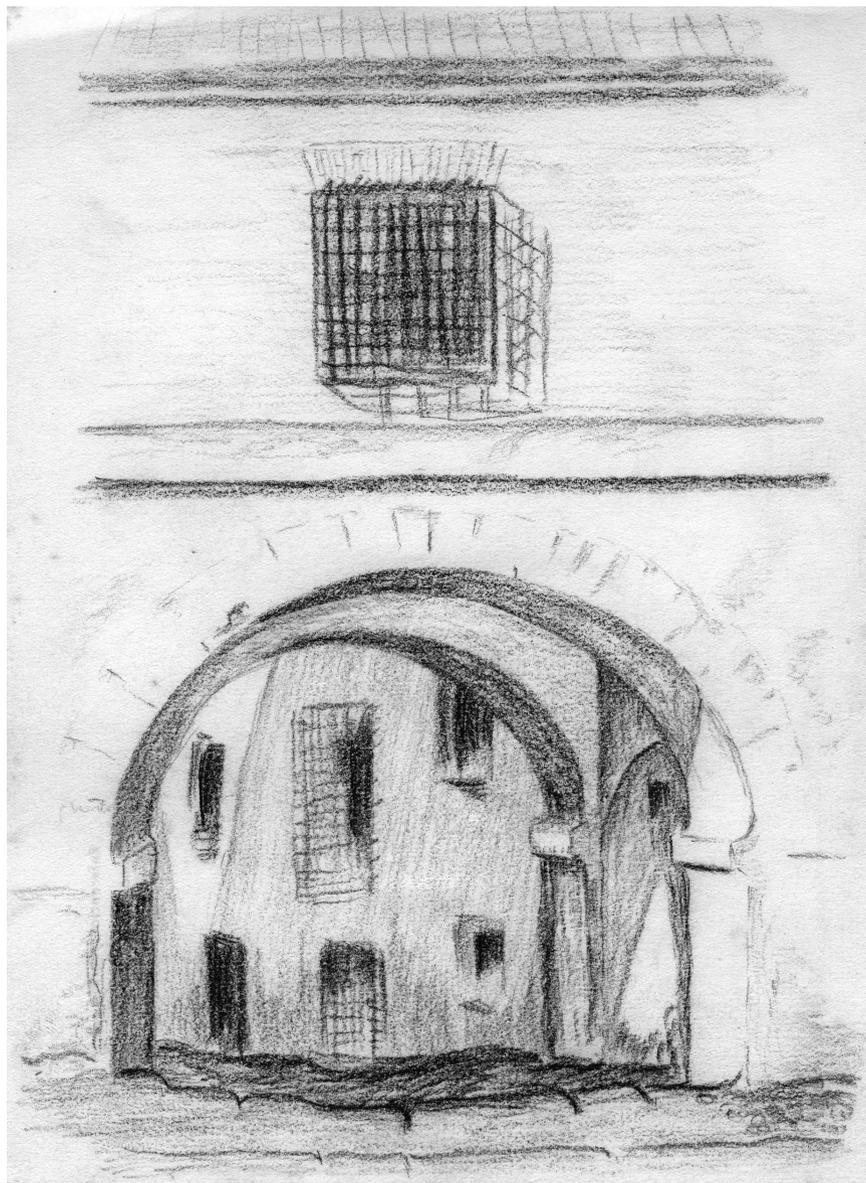
En aquellos ambientes familiares de tanta proximidad, surgía el coloquio como elemento de unión necesario. Allí se contaban las anécdotas y aventuras del día, y allí también se extendían en múltiples y variados relatos los que más habilidad mostraban para amenizar el ambiente. No sólo la memoria sino también las dotes escénicas para el relato, añadían un plus de interés para cautivar a los oyentes. Los que mayor repertorio tenían eran los más viejos, por eso los padres, hermanos mayores, y sobre todo los abuelos y abuelas, eran los encargados de los relatos. Y todo se hacía a luz del candil. De un candil de barro o de hojalata, en el que se aprovechaba el aceite ya usado. Las familias más pudientes y poco ahorradoras podían tener más de un candil, incluso usar modelos de tamaño más grande, que daban más luz, pero lo más frecuente era usar uno, que se iba trasladando de un lugar a otro, o de una zona a otra, según la necesidad de iluminación de cada momento. Los velones eran de latón, poseían varias luces en forma de brazos, iluminaban mucho más, pero también gastaban más aceite. Solo los pudientes con dinero los podían usar en sus casas, los demás únicamente en situaciones muy especiales, como partos, entierros, velatorios de santos, o alguna fiesta familiar.

Pero estos relatos que se contaban no tenían sólo la utilidad de entretener y divertir, casi siempre encerraban además en ellos una enseñanza moral, que iba destinada a los más jóvenes a modo de norma de conducta para ser persona de vivir honesto y aceptada por los demás.

Las *historias* que aquí se recogen son todas reales, es decir todas están sacadas de relatos que fueron verdaderamente contados en Fondón en tales ambientes. Las que suenan más disparatadas, también fueron contadas así por sus transmisores. Los personajes son verdaderos. Existieron todos. Es cierto que en todo relato se puede añadir con frecuencia el colorido o matiz que pone el que los cuenta. Pensemos que en los que recoge este libro también se pudo dar. Pero los matices de la interpretación, que se hayan ido añadiendo, en nada cambian o deforman la verdad de cada relato. Todo existió y fue realidad como se cuenta. Cada uno de ellos ha sido seleccionado entre otros muchos, evitando los detalles y referencias que pudieran ser molestas para personas relacionadas con los personajes que aparecen. Los rasgos con que se retratan ahora coinciden igualmente con los que entonces fueron retratados por sus relatores, a pesar de los *añadidos* y *matices*, que sin duda se la hayan ido introduciendo por sus muchos pases de una persona a otra. La mayor parte de estas historias se desarrollan en la segunda mitad del siglo diecinueve y primer tercio del veinte. Todo el conjunto pone delante del lector el ambiente diario del pueblo en aquellos años, la dureza de los trabajos, la pobreza de mucha gente, y por encima de todo, las costumbres cristianas de la población y el *buen corazón* que siempre reinó en toda la gente de Fondón para establecer lazos de solidaridad entre ellos, sin que se notara que existían, sin publicar ni hacer alarde de las ayudas que se prestaban unos a otros. Fuerte contraste entre las privaciones y sacrificios de aquellas gentes y los medios de confort y bienestar que gozamos ahora.

Las historias que se recogen en este libro tienen como finalidad evitar que se pierdan en el tiempo. Han sido rescatadas dentro de la tradición familiar. Pretenden divertir además de dejar testimonio de un tiempo pasado en el curso de la historia de este municipio, un reflejo también del alma de las gentes de entonces.

Proceden de la tradición familiar, de mis padres, abuelos, tíos y primos, así como de otros amigos y conocidos. A todos ellos les envío mi agradecimiento, y reconocimiento para que todos estos relatos antiguos, que vivieron de boca en boca entre aquellas gentes, no los llegue a borrar el olvido con el paso del tiempo. Son una parte muy valiosa de la cultura popular y del alma de Fondón.



Fondón 1956.

Arco de "La Lonja" visto desde la plaza del pueblo, y bajada al barrio de San Bartolomé.

*C. Guerrero Martín*

# LAS HISTORIAS

## LA INSPECCIÓN DE LOS MOLINOS

En Fondón existieron siempre diversos molinos maquileros, que aprovechando los abundantes cursos de agua, construían saltos para que la fuerza de su caída moviera con energía las piedras de moler. Casi todos estuvieron en las proximidades del río. Los molineros recogían el grano en las viviendas de sus clientes, lo llevaban al molino, y una vez molido devolvían la harina, quedándose ellos con una parte, ya convenida, llamada *maquila*, que era la retribución de su trabajo. El cobro era siempre en especie. La harina, que obtenía así el molinero, o la vendía, convirtiéndola en dinero, o la cambiaba por otras cosas que pudiera necesitar.

Cuenta la tradición que un buen día se presentó en uno de los molinos un inspector muy serio, provisto de un escrito a modo de credencial, para comprobar la higiene con la que se fabricaba la harina. Exigía que, tanto en el almacenamiento del grano y de la harina como en la molienda, fuera muy visible el interés del molinero en que todo estuviera totalmente impecable. Era necesario evitar no sólo el polvo sino también los posibles insectos, caída de desconchones del techo y paredes y, sobre todo, los roedores, cucarachas y otros bichos. Cualquier deficiencia podría producir una sanción muy severa que se concretaría en una multa.

El molinero, muy interesado y acompañado de su mujer, le fue mostrando al inspector toda la composición del molino, demostrando con gran detalle hasta qué extremo se preocupaban por la limpieza. El inspector después de examinar todas las instalaciones, el almacén de granos y los costales de harina, ya convencido de que allí se molía con total garantía de higiene, le preguntó al molinero si tenía algún gato en su molino. El molinero le contestó que no, ya que el animal podría ser un elemento de suciedad. No se podría evitar que se subiera por los costales de harina o pasara por los del grano, contaminando así, con sus patas, pelo y boca, todo lo que se pretendía tener escrupulosamente limpio.

Al inspector le pareció muy bien, pero le preguntó cómo sin tener gato podría controlar perfectamente la inexistencia de ratones. Aunque el molinero le explicó el sistema de trampas y los medios para combatirlos, el inspector no quedó conforme y le dijo con voz severa que no tenía

otra salida que multarlo, ya que no se podría tener un molino sin gato, porque en caso contrario, como era el suyo, los ratones estarían libres de gozar de tan abundante comida. Debería pagar la multa y en adelante tener al menos un gato que garantizara la inexistencia de ratones.

Por tanto, por no tener gato, debería ser multado.

El molinero y su mujer muy contrariados se resignaron a la multa.

Pensando que el inspector se habría desplazado a Fondón para recorrer todos los molinos mandaron con disimulo a uno de los hijos para que fuera corriendo y advirtiera al molino más cercano de la visita del inspector, avisándole a su vez que tenían que contestar que sí tenían gato además de tener el molino en perfecto estado de revista.

Poco tiempo después, como estaba previsto, el inspector apareció en el molino siguiente. Repitió la misma comprobación minuciosa, y recorrió rincón por rincón todas las dependencias del molino y la maquinaria de la molienda. Después de terminar tan exhaustivo examen, le dijo al molinero que todo lo tenía muy bien y que así se tendría que moler siempre y le formuló la misma pregunta que al anterior, para saber cómo podría estar seguro de que en aquellas instalaciones no habría ratones y si tal control lo haría mediante un gato. El molinero, ya advertido, le contestó que, además de todas las medidas adoptadas, tenía un gato eminentemente cazador que garantizaba la ausencia total de ratones en el molino.

Con tal afirmación el molinero se dio por satisfecho ya que en nada podría encontrarle falta alguna que fuera motivo de multa.

El inspector, pese a todo, le dijo que no tenía más salida que multarlo por tener gato, ya que este animal, por muy cazador que fuera, suponía un peligro visible para la limpieza de los granos y de la harina. Su contacto con estos alimentos era nocivo y quedaba claro el peligro de suciedad que introducía.

Por tanto, por tener gato, debería ser multado.

Comentaron luego todos los molineros del pueblo que cuando el interés no está en la limpieza del molino sino en el dinero que te quieran sacar, la norma para que pagues estará hecha a la medida del que te impone injustamente lo que le tienes que echar en la hucha obligatoriamente.

A veces las multas y sanciones no son solo para prevenir y castigar excesos sino, como en esta historia jocosa pueden tener una finalidad clara de recaudar injustamente. Es una caricatura de cómo la gestión de la Administración puede ser extremadamente mala cuando no sirve a la justicia sino a otros intereses.

## PEPE VICENTE

En Fondón, la plaza del pueblo no es redonda, su planta se compone de un gran ensanche de la carretera, que cruza el casco urbano de Levante a Poniente. La superficie que ocupa se ve ampliada con otras dos plazas que se unen a ella para darle más extensión y armonía. En uno de sus extremos está la iglesia, con su torre de ladrillo que se alza al infinito hasta terminar con una fina aguja de tejas negras de pizarra y azulejos en los vértices, que corona un castillete octogonal adornado de ventanas alargadas. La torre de ladrillo, con varios cuerpos, añade una belleza singular a la iglesia de San Andrés, conjunto erigido en el siglo XVI.. El ayuntamiento y la iglesia inician una de las entradas a este espacio, centro de todo el núcleo urbano. Es de estilo mudéjar.

En el otro extremo, como contrapeso está la “Fuente Grande” y algunas casas solariegas que tuvieron en sus fachadas escudos de familias, hasta que los compraron los anticuarios.. Esta fuente se hizo en tiempos del rey Carlos IV y fue una obra compleja y de gran importancia para el pueblo. Hasta entonces el suministro de agua potable para la población se hacía rellenando unos aljibes con aguas de diversas procedencias. Con esta fuente, la llamada “Fuente Chica”, y “la Fuente de San Marcos”, los vecinos tenían desde entonces el agua manando de en unos hermosos caños de latón, brillantes como el oro, sin dejar de fluir continuamente, provistos de, asientos de piedra para sujetar los cántaros hasta que se llenaran. Poseían también, por la otra cara, un amplio pilar rebosante de agua corriente para que abrevaran los animales. Además el agua llegaba entubada desde los manantiales de la sierra, garantizando así, no sólo el suministro continuo, sino además la salubridad total del abastecimiento, libre de las posibles contaminaciones que tendría cuando discurría por cauces abiertos.

Como en tantos pueblos, la plaza ha sido siempre el lugar de encuentro de toda la población, el cruce de caminos de ida y de vuelta, donde se iba a llenar los cántaros de agua y se llevaban los animales a que bebieran. Allí estaban los puestos del mercado y donde la gente salía a la compra diaria, sobre todo del pescado, cuando subían a venderlo desde Adra. El ayuntamiento y la iglesia aportaban la vida administrativa y religiosa. La diligencia que salía y llegaba todos los días uniendo el

pueblo con Berja, los arrieros, los carros, tartanas, caminantes y traficantes varios de cada día. Pero si importante era el trasiego de gentes, más importantes eran a su vez las interminables tertulias que se montaban tomando como asientos los bancos de piedra, que siempre hubo, adosados a las paredes. Los de la iglesia, el ayuntamiento y la “Fuente Grande” fueron un ágora permanente donde se daban las noticias, se comentaba todo, y cuando procedía se criticaba a quien fuera menester.

Imaginemos la plaza en una mañana de primavera, avanzada ya la segunda mitad del siglo XIX. Entre el bullir de gente y el trasiego de caballerías, un amplio número de hombres ocupan los bancos de piedra, unos sentados y otros de pie formando corrillos comentando los acontecimientos del pueblo y de la política del momento. Entre ellos está un hombre con no mucho más de cuarenta años, de estatura media, con ropa raída, delgado, al que la gente gusta escuchar, y a él le gusta también que le escuchen. Todos los días sienta allí su cátedra ambulante, y sus razonamientos y opiniones se atienden con atención, se llama Pepe Vicente, es soltero, vive solo, como correspondería a un soltero de su época, no tiene familia próxima y habita en una casilla vieja y deteriorada, en uno de los extremos del pueblo. ¿Cuál fue su historia?

Sus padres no eran de Fondón, se trasladaron allí cuando él estaba muy pequeño y tenían varios hijos más. Se dedicaban al transporte de mineral con recuas de mulos por la sierra, en los tiempos en que las minas florecieron y el acarreo daba beneficios. Se asentaron en el pueblo y llegaron a comprar algunas tierras. Pepe Vicente fue a la escuela con aprovechamiento y resaltó como alumno aplicado en el aprendizaje de leer, escribir y hacer números, pero también como persona poco dócil, ante las normas severas que allí se imponían, diríamos ahora que era un tanto contestatario. Pronto se tuvo que dedicar a trabajar con sus padres en el negocio familiar, hasta que a través de unos parientes suyos pudo ir a Granada con un empleo de escribiente. Era un hombre con mucha más cultura que tenían los muchachos del pueblo en su tiempo.

Su estancia en Granada le abrió las posibilidades de leer libros, que en Fondón no tenía, y de entablar amistades cultas que le llevaron a contactos con círculos políticos de la época. Allí pudo leer algún periódico y aprender de gentes más sabias que él. Su inquietud le hacía avanzar en su afición por saber. Adquirió conocimientos de leyes, con un sentido práctico de su manejo, con más voluntad por aprender que conocimientos más profundos. Fue más grande su compromiso con la lectura de los libros que con sus imposibles ilusiones académicas.

Decían que trabajó también con un escribano. Siempre guardó una inclinación especial hacia el mundo del Derecho.

Pero se tuvo que incorporar al ejército para participar en las guerras, y allí marchó nuestro paisano para combatir en tierras aragonesas durante largo tiempo. La falta de noticias hizo que en su casa lo dieran por muerto o desaparecido y que en Granada se olvidaran de él, dejando sólo el recuerdo de algunos de sus más íntimos amigos.

Su vida en el frente tuvo un continuo camino de aventuras. Hambre y penalidades de todo tipo, combates de cuerpo a cuerpo, varias veces herido de gravedad. Finalmente se granjeó la ayuda de un oficial de las tropas isabelinas pasando a tareas de escribanía, por lo que los últimos tiempos en el frente fueron más tranquilos. Cuando lo licenciaron emprendió la vuelta para buscar a su familia en Fondón. En tan largos años de ausencia se encontró que su padre había muerto, y de sus hermanos sólo quedaba el mayor, y ya muy enfermo, por lo que él se vio obligado a tomar lo que quedaba del negocio familiar, muy cercano a la ruina.

Las minas habían venido a menos, el acarreo de mineral ya no era negocio, y las penurias de la familia obligaron a vender el poco patrimonio que con tanto sacrificio y tiempo pudieron ahorrar. Pocos años después se quedó solo, su madre y su hermano también murieron víctimas de la peste.

Pepe Vicente era de pensamiento liberal, además muy crítico con los caciques del pueblo, por lo que cosechaba antipatías de los que se consideraban más poderosos, y algún favor de los que, siendo así, se inclinaban por las ideas liberales que él profesaba.

Pasaba la cuota de hambre que fuera menester, ya que no trabajaba en la tierra ni en las minas. Su trabajo más directo era redactar documentos, era a modo de un notario a pie de obra, que estaba siempre dispuesto a servir de escribano en cualquier contrato que se ofreciera, así como a dar cualquier información legal, sin más retribución que invitarlo luego a comer o llevarle un plato de comida a su casa. Trabajaba sólo por la comida. Los arrendamientos, las compraventas, los testamentos, permutas, reclamaciones, cartas y todo tipo de documentos eran redactados y escritos por Pepe Vicente, con caligrafía perfecta y dentro de la más estricta legalidad. Además de aportar el papel, la tinta y la secadera, instrumentos de trabajo que no existían en los hogares más corrientes. Sólo por la comida y algún añadido de pan, matanza o frutos del tiempo. Era como el sastre del refrán *que cosía de balde y ponía además los hilos*.

Durante todo el día, por la mañana y por la tarde, sentaba su cátedra en los poyetes de piedra de la plaza. Se constituía en azote de los caci-

ques y creador de sentencias en cuantas disputas se presentaban. Era el experto en leyes y redactor y escribano oficioso de todo el pueblo, sin más retribución que la comida, que para él resultaba lo más valioso, ya que el hambre era su mayor enemigo.

En las gentes sencillas del pueblo se fue creando la afirmación cuando alguno trabajaba desinteresadamente para otros, lanzar la máxima de que *te vas ver como Pepe Vicente, trabajando por un plato de comida*, aplicada a quienes, como él realizaba gestiones y servicios a los demás sin exigir luego retribución o recompensa alguna. Era el modelo de idealista, que vivía sin preocuparse por tener cubiertas sus necesidades personales, quizás porque las había reducido tanto que las consideraba ya cubiertas con las aportaciones mínimas que recibía de la generosidad de los demás. En muchos casos la retribución en especie, que así le daban, valía mucho menos que los servicios y favores que prestaba, pero para él la comida era de tal aprecio, que por ella se consideraba muy bien pagado.

Vivía de sol a sol en la calle. La plaza del pueblo era su hogar, su cátedra, su confesionario. No era un tonto ni un vago. Tampoco tenía nada de loco. Era un hombre atípico, distinto a todos los demás del pueblo. No trabajaba en el campo ni en las minas, no tenía ocupaciones artesanas. Se ocupaba de *dar consejos legales* en las situaciones de conflictos de intereses, mediar en las disputas, y sobre todo en redactar los documentos. Todo lo que debiera quedar escrito, y por supuesto las cartas, eran materia suya. También los informes y consejos en arrendamientos, compraventas, y reclamaciones.. Era hombre en quien confiaban todos por sus conocimientos de las leyes y por su ecuanimidad. Sus servicios además de buenos resultaban muy económicos ya que se conformaba con que lo invitaran a comer y le dieran algo para la cena, honorarios que estaban siempre al alcance de los más pobres del pueblo. Nunca exigía retribución, y lo que le daban lo recibía más como un regalo que como la exigencia de un pago.

Su trabajo se extendía también a otro campo importante: escuchar a la gente. En aquellos años también en Fondón, como en todas partes, existían personas que tenían la necesidad de ser escuchadas, es decir de encontrar siempre unos oídos que atendieran en silencio cuanto necesitaban soltar por su boca, una especie de tubo de escape de sus sentimientos, lanzados sobre una persona que los recibe como una esponja, los atiende, los entiende, no limita el tiempo de audición, y al final tiene siempre unas palabras de comprensión y consejo cargadas de sentido común.

No era un hombre de iglesia, pero era creyente. Sus años fuera del pueblo le sumieron en un tiempo de ideología liberal, un tanto perse-

guida por el ambiente oficial de la época. Había recibido en su casa, especialmente de su madre, una educación en la fe cristiana que mantenía en el fondo de sus sentimientos, pero su pensamiento liberal y su actitud más contestataria le daba una imagen de hombre alejado de la línea más tradicional del hombre medio hecho en aquellos ambientes.

El frente de guerra más duro y abierto que tenía en el pueblo lo constituía su enfrentamiento permanente con los caciques. No sólo quedaba fuera del campo de dominio e influencia de todos ellos, sino que los combatía abiertamente con sus críticas mordaces. Nada le podían quitar porque nada tenía ni esperaba de ellos. La descalificación que hacían de él tampoco le causaba impacto que le dañara. Tenía techo, cama, alguna lumbre en los inviernos, y la eventual comida que, como los pájaros, encontraba en la calle. El arreglo de sus escasas y raídas ropas lo hacía una tía suya sin más retribución que el afecto y admiración que sentía por su sobrino.

Nuestro buen Pepe Vicente pasaba hambre. Ni su *trabajo* ni la generosidad de los vecinos eran suficientes para que comiera todos los días, al menos una vez, en condiciones de estar medianamente alimentado. Eran tiempos de gran escasez, y, aun existiendo alguna generosidad, no siempre tenía un plato caliente que llevarse a la boca.

Una mañana fría de invierno los vecinos vieron que su casa no se abría temprano, como él acostumbraba. Tocaron insistentemente a su puerta. Pero no respondía. Temiéndose lo peor llamaron al alguacil y avisaron también al alcalde y al médico. Forzaron la puerta y lo encontraron muerto. Fue un día de luto para todo el pueblo, quizá menos para los caciques que no lo querían. Se había ganado el afecto de todos por su generosidad. Su entierro fue en *la caja de las ánimas*, era un pobre de solemnidad, y a estos los enterraba siempre la Hermandad de las Ánimas Benditas. Acudió todo el pueblo. Ni su puesto en la plaza ni su función de consejero y escribano tuvo sustituto, quedaron vacantes, sin que hubiera otra persona que se ocupara del trabajo que él hacía. Su memoria quedó siempre viva entre los que le conocieron como vecino, y en las largas tertulias familiares su recuerdo aparecía como hombre desinteresado y generoso, culto y preparado, pero de vida bohemia, al que no le preocupaban las mismas cosas que preocupaban a los demás, y sobre todo nunca le preocupó el dinero. Quizás por eso no llegó a tenerlo, y a recibir como toda y única retribución por sus servicios un plato de comida caliente y algunas viandas frías o frutos del tiempo. Pepe Vicente se alimentaba más de ideas y libertad que de dinero y despensa.

## EL TINAJICAS

Al pasar por uno de los caminos de la vega se escuchaba una voz de hombre que cantaba con arte canciones al ritmo de las varas que sacudían los olivos. Era ya entrado el invierno y había comenzado la recogida de la aceituna. Pusimos atención a las coplas y si era ya atractiva su voz, más aún el contenido de sus letras.

Era una mañana fría del mes de noviembre. El canto desafiaba al aire, casi helado, que azotaba las caras y las manos de los que recogían la aceituna. No se sabía para quién cantaba este hombre, si era para los olivos o para los que estaban en aquellos parajes con la misma faena que tenía él, o si acaso cantaba solo para él, dando suelta a los sentimientos que tenía en su alma. Competía con los pájaros su canto incansable poniendo en sus letras una carta de mensajes tan atractivos que invitaban a guardar los en la memoria de quienes los escucharan.

Le llamaban de apodo El Tinajicas. Era un hombre de edad mediana, de estatura media y curtido en las faenas del campo. No tenía tierras suyas ni a renta, y se dedicaba, para poder comer, a trabajar como peón en el campo. Vivía en una casilla del Barrio Nuevo. Tenía la habilidad de ser muy creativo y con facilidad componía coplas tanto en la música como en las letras. Tocaba bien un guitarrillo y era capaz de improvisar acompañamientos con cascotes de botellas, algún cántaro viejo, o unos hierros que no hubieran llegado aún a la fragua. Todo cuanto podía hacer algún ruido era válido a él para montar un instrumento de música. Ni que decir que en la Navidad era también capaz de organizar una orquesta de zambombas y panderetas en cualquier momento. Era mucho más que un *hombre orquesta* y que un *cantautor* espontáneo y nacido del pueblo.

En su casa habitaba el hambre, ya que su trabajo apenas daba para mantener a su mujer y a los tres chiquillos que tenían. Pero eso no le impedía vivir una independencia total para pensar y componer sus canciones, denunciando en sus letras cuanto quería. Eran tiempos en que el caciquismo aplastaba cualquier modo de libertad que pudiera suponer crítica o contradicción alguna a los deseos de los más poderosos del pueblo. Nadie podría darle trabajo, si así estuviera decidido por los

que mandaban. Ni el dueño de la tierra ni los que la tuvieran a renta, podrían darle jornales estando enfrentado a los amos. Ejercer de *contestatario* en aquel ambiente era entrar sin remedio en la miseria y el hambre.

El Tinajicas valoraba más su libertad que los pocos reales que pudiera sacar arrastrándose con sumisión servil a los poderosos del pueblo, que dictaban en todo momento lo que había que hacer y que decir.

Se había ganado la fama de hombre honrado, trabajador, libre para pensar y soltar al aire sus sentimientos y capaz de expresar en *coplillas* cuanto quería trasladar en el mensaje a quienes le escucharan. Su capacidad de componer aumentaba especialmente en las épocas del año más propicias para hacer sus cantares. En carnaval era el alma de la sátira más aguda y crítica, en Navidad era capaz de componer los cánticos más tiernos y alegres, y en las faenas del campo o en las largas horas de camino, gozaba de habilidad para llenar de alegría el ambiente, con una música y letras tales que hacía pasar el tiempo rapidísimo. Era un antecedente de los cantautores, del hilo musical y del transistor, que vendrían después de pasados muchos años. Era la voz del pueblo, la música de cada momento, el canto que acompañaba en el trabajo y el camino, la animación musical de cualquier ambiente de trabajo o festivo.

El alma del Tinajicas era inmensa, su capacidad de componer y cantar interminable, su libertad increíble, su agudeza, acidez y ternura siempre a punto, su capacidad para crear e improvisar, total. El acierto certero de sus letras, cargadas de poesía y de ironía, eran temibles y demoleadoras para algunos, y agua fresca y cristalina para otros.

Las situaciones de opresión y de injusticia que se daban con tanta frecuencia, impuestas por los caciques, eran combatidas en sus coplas. Los acontecimientos más significativos en la vida del pueblo tenían siempre expresión en su boca. Era una persona muy querida y admirada por unos, y odiada por otros, especialmente por los poderosos, a quienes se atrevía a satirizar a veces con su agudeza e ingenio.

En los carnavales se disfrazaba, y era la máxima atracción por sus coplas y cantares. Luego sus creaciones permanecían en los cantes del pueblo como patrimonio permanente de todos, y se repetían de boca en boca, ya como propias en el ambiente de la gente.

Su capacidad para rendir en el campo, y su honradez, hacía que no le faltara el trabajo, y aunque los jornales eran muy bajos, algún pan llegaba a su casa. Sus composiciones no le daban dinero. Pero todos sabían que donde estaba tenían la diversión asegurada. Su ingenio, su creatividad, la capacidad de captar los sentimientos de la gente, el manejo del

lenguaje, cargados siempre de fina ironía, le hacían una persona querida y admirada por casi todo el pueblo.

Es lamentable que no escribieran las creaciones de este hombre. Hubieran dado para llenar más de un libro, y sin duda nos darían una visión muy cierta del ambiente del pueblo en su tiempo. Nos han llegado algunas de sus *creaciones*.

Cuentan que una familia, menos lista de lo que ellos mismos se creían, pusieron un taller de costura. La calidad de sus trabajos dejaba mucho que desear para alcanzar un nivel aceptable, pero ellos estaban convencidos, no obstante de que eran lo mejor de lo mejor. El Tinajicas les dedicó en los carnavales esta coplilla:

*En el huerto del francés han puesto una sastrería,  
que a "tos" le cortan un traje sin tomarle la "medía".  
La Teresa corta y cose,  
la Juana pega botones,  
y la tonta de la madre es la que "to" lo dispone.*

En una ocasión una joven no muy discreta estaba perdidamente enamorada de un mozo. Este no le correspondía. Al enviar emisarios con el mensaje de amor sin tener la correspondencia que ella esperaba, nuestro poeta y cantautor les envió esta letrilla:

*Tonta tú, tonta tu madre,  
tonta tu abuela y tu tía.  
cómo quieres que te quiera  
si eres de la tontería.*

En otra ocasión una moza había despedido al novio. Era costumbre que en tales casos los novios se devolvieran los regalos. El joven quedó, al parecer muy enfadado con el portazo que le dio la novia y con tono agrio en boca de nuestro cantor le dedicó este cante:

*En tu puerta me cagué pensando que me querías,  
ahora veo que no me quieres,  
¡Dame la mierda, que es mía!*

Otra novia también había roto con el novio, lo había *despachado*. Tiempo después cambió de criterio y quiso volver con él. Nuestro hombre, en boca del novio, que era su amigo, le dedicó este regalo:

*Me quisiste, me olvidaste, me volviste a querer,  
zapatos que yo desecho  
no me los vuelvo a poner*

Era hombre con pocas simpatías por el partido conservador, quizás por algunas malas experiencias de algunos caciques del pueblo, y cuando cambió el gobierno cantó esto:

*Ya se ha ido Maura del mando  
que a España la ha ensombrecido,  
que si dura un año más  
hasta los sordos toman oído*

Existen personas que pasan el día contando sus penas a los demás, como si nunca tuvieran alegrías, e ignorando que quienes les escuchan también pueden tener sus preocupaciones y dolores. Quieren así reparar sus amarguras, pero no compartir las de quienes les están escuchando. A tales tipos le dedicaron esta:

*A la puerta de mi casa  
no me vengas a llorar,  
ya que no me quitas penas,  
no me las vengar a dar.*

Contaban que había una joven, muy poco agraciada, que ya estaba empezando a sentir desesperación por no encontrar novio. En un viaje que hizo a Almería, se enamoró de un mozo que le hizo el cortejo. A esa joven enamorada con desesperación le dedicó esta otra:

*Caminito de Almería  
le salió a una fea un novio.  
y tanta fue su alegría  
que se la llevó el demonio  
a los cuatro o cinco días*

Una familia importante del pueblo tenía una hija de buen ver. Era, a su vez, muy exigente con los pretendientes, y a cuantos se le acercaban les encontraba siempre motivos de rechazo. Y así le cantó:

*Eres alta y buena moza  
pero no presumas tanto,  
que también las buenas mozas  
se quedan "pa" vestir Santos*

Había una joven muy poco cuidadosa cuando se asomaba al balcón y le dijo:

*Debajo de tu balcón  
te vi las medias azules,  
y más arriba te vi  
sábado, domingo y lunes*

Otra joven le ponía inconvenientes a cuantos pretendientes le rondaban. Los quería que fueran guapos, buenos y ricos. Él le dedicó en los carnavales esta canción:

*Descoge niña descoge  
en el canasto de peras,  
que luego vendrás a dar  
con el culo en la gotera*

## EL TÍO CARATUERA

Vivía en uno de los extremos del pueblo, donde ya se terminaban las casas, y para desgracia de sus vecinos, estos lo tenían siempre a su lado, muy a pesar de todos ellos.

Era un hombre que en todo momento tenía el carácter agrio, más que si se alimentara con vinagre. De aspecto agresivo y hosco. Hablaba casi a gritos y sus palabras eran a modo de pedradas que lanzaba de manera inclemente contra todos, y cuando no tenía contra quien disparar su mala leche lo hacía contra el viento. Nunca estaba contento, siempre estaba enfadado. Nadie hacía algo que estuviera bien, todos maquinaban contra él, y el día le resultaba pequeño para defenderse de tantos supuestos ataques, y tampoco tenía tiempo suficiente a su vez para lanzar misiles a tanta gente como imaginaba que actuaban en su contra..

Vivía en una guerra permanente, no podía dormir tranquilo pensando las putadas que, en su imaginación, todos fraguaban para dañarle, y a su vez las acciones de defensa y ataque que él necesitaba preparar contra tanto enemigo. A veces pensaba que hasta su burro estaba como enemigo, especialmente cuando no le obedecía o cambiaba el camino que le tenía enseñado en sus idas y venidas a sus bancales. Vivía en guerra permanente contra todo el mundo. En sus relaciones con la gente sólo veía enemigos.

No admitía que hubiera un ser humano en todo el pueblo que opinara algo distinto a lo que opinaba él. No admitía que otra persona hiciera un trabajo de manera distinta a la suya, y menos aún que tuviera un interés que no considerara que estaba en contraposición con el suyo. Vivía convencido de que no existía la amistad, la honradez, el buen hacer, la generosidad, la tolerancia, la decencia. Nada de eso existía, todo esto era una evidente mentira, más aún cuando él tenía que reconocerlo a favor de los demás, ya que todo el pueblo, en su imaginación, le odiaba, pensaba y trabajaba para hacerle el mayor daño posible. No se podía fiar de los vecinos, ni del molinero que le convertía el trigo en harina, ni del hornero que le cocía el pan, ni del guarda de la vega, ni de su propio burro que en cualquier momento también se pasaba al enemigo y actuaba contra él.

En tan triste panorama, su existencia era una batalla continua, en la que no había posible tregua, y menos aún esperanzas de paz. Nunca se había planteado firmar la paz, ni aunque fuera sólo con algunas personas contadas. Su situación de guerra era total y en su horizonte no aparecía la esperanza de sosiego o de tranquilidad y armonía. Era tan mala su imagen en el pueblo, que a los niños cuando se ponían insoportables y enfadados les decían que *estaban como el Tío Caratuera*.

El *mote* tenía además su explicación. La tuera era un fruto silvestre, con forma parecida a un melón pequeño, pero tan amargo que ni los animales lo podían morder.

La infelicidad y la amargura le acompañaban todo el día y todos los días del año, no existía para él momento de felicidad. Todo cuanto le sucediera tenía siempre un nubarrón negativo que por mucha alegría que aportara, era mucha más la pena y preocupación que acarreaaba contra él. Cuando recogía su cosecha de trigo, le afligía que tuviera un precio bajo. Cuando hacía buen tiempo pensaba que detrás vendrán los días de rayos y truenos. Si el agua era abundante, decía que ya lo pagaríamos con la sequía. Todos, pensaba, intentaban robarle o causarle daño. No podía bajar la guardia nunca. Las desgracias serían siempre superiores a las alegrías.

El pueblo entero lo consideraba una maldición bíblica que había caído sobre sus habitantes. Un sujeto tan insoportable era una pesadilla continua sin esperanza de ver su fin.

Vamos a contar alguna de sus batallas.

Tenía unas paratas de tierra en la zona baja de la vega, ya cerca del río, por la parte de arriba su vecino estaba separado de él, afortunadamente, por un enorme balate de unos dos metros de altura. Esta distancia en vertical era un considerable beneficio porque así lo veía siempre desde arriba, lo que ya suponía una evidente situación de ventaja y superioridad.

Su vecino de parcela tenía en las orillas de su tierra, como era costumbre, un albaricoquero que daba unos albaricoques tan dulces como tempranos. En los primeros días de cada primavera los árboles se cargaban de fruto y tiraban albaricoques sin parar, se podían llenar cestos. El dueño de los albaricoques le tenía dicho que todos los que cayeran a sus paratas eran suyos y que también podía coger los de las ramas que volaban sobre sus parcelas, claro que para esto tendría que tener unas escaleras de más de dos metros para subir a las ramas que se asomaban a sus tierras. Tal solución no le satisfacía en modo alguno ya que él pretendía que el dueño de los albaricoques le diera la mitad de toda

la cosecha o que cortara las ramas que invadían su finca a más de dos metros de altura. Así los albaricoques se convertían en un motivo de guerra y discusiones en cada primavera. En lugar de disfrutar del sabor y abundancia de los albaricoques, estos se transformaban en un tremendo disgusto.

Otro de los puntos de conflicto con todos los vecinos era el tema de los riegos. Nunca estaba contento de cómo los demás usaban el agua. Cada vez que le tocaba regar sonaban tambores de guerra tanto con los regantes como con el *acequero*. Una vez le pasaban el agua tarde, en otras no tenían limpia la acequia, o inventaba roturas que le impidieran tener el caudal que a su imaginación le tendría que llegar con la tanda. Lo cierto es que cada vez que aparecía el agua para regar, la alegría que da siempre el riego se cambiaba para sus vecinos en preocupación temiendo los altercados que tendrían con semejante sujeto.

Los más próximos a su casa tampoco se libraban de disgustos. Siempre existían motivos para que tan enconado vecino protestara airadamente por todo. Así cuando ataban las caballerías en las puertas para las faenas propias del día, él se sentía agraviado porque dada la estrechez de la calle le dificultaba el paso. Tampoco las tareas de subir o bajar la paja o el maíz a las zonas altas de la casa le resultaban tareas sin daño cuando las realizaban sus vecinos. Todos las hacían mal y causándole, a su juicio, grandes molestias. No soportaba el ruido ni la suciedad, que atribuía imaginariamente a todos los que los que vivían cerca de su casa o pasaban por su puerta.. Con sus vecinos de bancal también tenía profundas diferencias. Siempre se sentía robado en todos sus cultivos. Las cabras se comían sus orillas, atacaban, aún cuando fuere de forma imaginaria, a sus sembrados. Incluso los pájaros del cielo se ponían de acuerdo para picotear sus frutos con más intensidad y saña que lo hicieran con los de los vecinos. Todo el mundo estaba contra él, y por eso también él estaba contra todo el mundo.

Su familia tampoco se libraba de tan mal carácter. Su santa mujer lo soportaba con resignación cristiana, sin duda pensaba que si tuviera que estar algún tiempo en el purgatorio, lo tendría más que compensado con haber soportado a este marido. Sus hijos estaban ya vacunados para aguantar a un padre con un carácter tan agrio como aquel. El día que a uno le tocaba ir a por leña al monte le suponía un día de liberación de tan insoportable carácter. Sólo se sentían felices cuando estaban lejos de su casa. Sus dos hijos varones soñaban con el día en que, ya convertidos en quintos, se tuvieran que ir al servicio militar. Sus tres hijas veían en sus posibles casamientos la puerta de la libertad,

eso sí, siempre que el marido que encontraran fuera muy diferente a su padre.

En tan amarga existencia le sucedió una vez algo tremendo. Le había tocado el turno de riego a media noche. Avisado oportunamente por el *acequero* se disponía diligentemente a ir a regar caminando con su legón al hombro y su farol de aceite en la mano. Llegó a un paraje de la vega conocido con el nombre de Callejón del Río, porque el camino se estrechaba y quedaba enclavado entre dos paredes altas hasta llegar a la misma orilla del agua del río. En aquel sitio solitario y tenebroso, a la media noche, se encontró con un hermoso borrego blanco a la orilla del camino. Era muy extraño que un animal así estuviera allí tan visible. Miró por los alrededores y no encontró a nadie. Era también extraño que no lo hubiera podido recuperar su dueño, en el caso en que se hubiera perdido.. Si no tuviera dueño, pensó, bien lo podría aprovechar él llevándoselo a su casa, pero como iba a regar necesitaba ponerle una cuerda para retenerlo mientras regaba.

Buscó y encontró la cuerda, que como hombre prevenido llevaba siempre con él, y se acercó suavemente para acariciar al animal, con la intención de atarle la cuerda al cuello. El borrego se dejó coger dócilmente y al tiempo que le ponía la cuerda al cuello volvió su mirada hacia su nuevo amo y enseñándole los dientes le dijo: *hombre ruin, ¿tenía tu padre los dientes así?*

En ese momento la cara del borrego se transformó en la cara de su padre, quien también sufrió durante toda su vida el carácter *amable* de su hijo. El hermoso borrego desapareció y se quedó con su farol y su legón, pero con un sudor frío que le dejó sin fuerzas para seguir andando. Lleno de miedo, temblando y con esfuerzo pudo llegar a su bancal para intentar contárselo al vecino que le daba turno en el agua del riego. Viéndolo este tan mal creyó que algo grave le había pasado, él le contó el suceso en un estado de ánimo próximo al infarto, la cara de su padre se le había aparecido en el borrego, le había hablado y le había recriminado su irritación permanente. Luego lo contó a su familia, y la noticia corrió por todo el pueblo.

Se atribuyó a las Ánimas Benditas esta aparición. Un hombre con esta manera de ser no podía tener amargada a su familia ni a todo el pueblo, y bien merecía un toque de atención para que en su vida, antes de su muerte, pudiera rectificar y mirar a los demás de forma muy distinta a como lo venía haciendo hasta ahora.

Este episodio le marcó tanto que nuestro personaje cambió radicalmente. Desde entonces fue otra persona. Su trato con los demás

cambió a amable y bondadoso y se despertó en él una devoción por las Ánimas Benditas como nunca había sentido. Fue desde entonces otra persona distinta que nada tenía que ver con la anterior. En las vivencias del pueblo se mantuvo siempre la conversión del carácter de este hombre, hecho por ellas, a las que se le consideraba una presencia invisible y permanente sobre todos los habitantes y todos los aconteceres de la gente. Habían puesto remedio a la vida de un hombre sumido siempre en la amargura de sentirse atacado por todos, y también al sufrimiento de su familia y vecinos que tenían que soportar una pesadilla insoportable que en modo alguno se merecían.

## LA CASA DE LOS TONTOS

En Fondón nunca existió el *tonto del pueblo*, siempre estuvo vacante esa plaza en la plantilla del vecindario. Sí que existió una familia que tanto los padres como los hijos estaban por debajo del nivel medio de la gente.

La *casa de los tontos*, que por este mote se la conocía, era una vivienda de planta baja situada en un barrio extremo, zona extramuros del pueblo, ya a su salida hacia la carretera de Cacín. Era una vivienda humilde y pequeña situada en una parte tranquila, con escaso tránsito. Sólo algunos arrieros, o los que pasaban con sus caballerías a las faenas agrícolas de aquellos parajes, que no eran muchos, ya que por allí predominaban los cultivos de secano, que requieren menos tareas que los de regadío.

Era un matrimonio relativamente joven con varios chiquillos. Se les tenía por gente buena y educada, nunca ladrones, y siempre dispuestos a trabajar, aunque su rendimiento fuera bajo. No valían para trabajos duros, pero sí para otras faenas de menor esfuerzo físico. Acarreaban agua de la fuente, limpiaban almendras, quitaban las farfollas a las panchas, desgranaban el maíz, traían leña del monte, y sobre todo sabían recolectar el esparto y trabajarlo con sus manos haciendo sogas, tomizas y pleitas que luego vendían. Hacían con interés todas las faenas de las casas, especialmente la mujer se prestaba a los trabajos de limpieza, lavar a mano en el río, ayudar en las matanzas de cerdos, y realizar encargos de contenido simple.

La familia de *Los Tontos* salía adelante como podía, pero siempre alegre y sin caer en la tentación de coger cosas que no fueran suyas. Cuando los llamaban a trabajar había en las gentes una inclinación a la generosidad, y además de la retribución por su trabajo se les añadía "algo más", dándoles alguno de los productos que se tenían en las despensas, tales como avíos para poner un puchero, harina para unas migas, un *puñao* de patatas, o unos huevos. Era de obligada y justa obra de caridad que se tenía con aquella familia que tenía cortas las luces de su inteligencia pero grande su honradez, y siempre a punto las ganas de trabajar. Componían una familia feliz en su ignorancia y en su pobreza. Su escaso nivel de inteligencia lo suplían con su bondad. Siempre estaban disponibles para echar una mano a quienes los requerían, siempre

recibían con gratitud cuantas atenciones tuvieran con ellos. Eran agradecidos.

Su interminable ingenuidad, y con frecuencia su escasez de inteligencia, daban material abundante para contar sobre ellos interminables anécdotas de su vida. Las cosas que hacían, lo que decían y su comportamiento diario, daba mucha materia para construir en el ambiente del pueblo una interminable cadena de chistes y escenas graciosas, que luego corrían de boca en boca entre las gentes, y se contaban para provocar la risa. Eran así la estampa cómica del pueblo. A ellos se les atribuían anécdotas sin fin, llenas de ocurrencias, sin duda exageradas en sus relatos. Siempre ampliadas y corregidas por quienes las contaban de boca en boca.

Para unos esta familia les provocaba sentimientos de afecto, respeto y consideración misericordiosa. Para otros, los menos, eran fuente de burla, o al menos menosprecio. Casi siempre las referencias que se hacían de ellos no hacían más que resaltar el lado jocosos de su inmensa ingenuidad llena siempre de ternura y cargada de buenas intenciones.

Contaban de ellos que un buen día de otoño, al poco tiempo de haberse casado esta pareja, cuando ella empezaba a notar que podría estar ya en camino el primer hijo, sentados los dos en la puerta de su casa conversaban sobre el futuro niño. Estaban llenos de ilusión pensando en el nacimiento del pequeño, o pequeña, porque en aquellos tiempos no se podía saber aún el sexo hasta el momento del parto.

Si era niño se llamaría Vicente, y si fuera niña le pondrían el nombre de Remedios, en recuerdo de la mujer que tuvo en la pila a la madre de la que esperada criatura.

La casa era pequeña, de escasas y reducidas dependencias. Tenía una habitación que valía para todo, (cocina, comedor, cuarto de estar, zona de trabajos artesanos, cuarto de aseo, y otros menesteres), un dormitorio, y otro pequeño cuarto a modo de almacén en el que, previos los arreglos correspondientes, pondrían el dormitorio de su esperado hijo. En esa habitación entre los útiles y enseres tenían colgada del techo, de una de las vigas o maderos, una maza de madera fuerte y contundente, de las que se usaban para machacar el esparto. Ya sabemos que una de sus ocupaciones era hacer trabajos de esparto, y para ellos era necesario tener una *maza*, con la que se preparaban las hebras. Hecho el esparto un manojo, golpeándolo sobre una piedra de superficie muy lisa y redondeada, se obtenían unas hebras suaves, labor que resultaba imprescindible antes de trabajar el esparto con las manos, cuando el trenzado que se quería hacer debería tener más consistencia

y suavidad. Las labores hechas con esparto *machacado* eran más finas y caras. Se usaba especialmente para hacer sogas muy resistentes y de tacto suave.

Construyendo tantas ilusiones sobre el futuro retoño, uno de ellos entró en la casa. Al poco tiempo salió llorando y lleno de preocupación. Al entrar en la habitación que sería después el dormitorio del hijo, observó que la maza que colgaba del techo podría caerle encima y matarlo. Ante tal posibilidad le embargó una enorme preocupación y tristeza al ver que su pobre Vicente o su desgraciada Remedios, podrían morir aplastados por la maza. Al contarle al otro progenitor el motivo de su llanto, le contagió de inmediato su tristeza y rompieron los dos en llanto inconsolable. Al ver los vecinos cómo lloraban, y enterados del motivo de su llanto, los consolaron haciéndoles ver que la solución estaba en descolgar la maza y ponerla en el suelo, donde seguro tendría una ubicación mucho más estable y segura que colgada de una viga. Ellos agradecieron de corazón tan sabia solución, que les quitaba un gran dolor, y rápidamente descolgaron la maza, la pusieron sobre el suelo y dieron por salvado a su futuro retoño de tan trágico y certero golpe de muerte. Los dos se abrazaron, habían salvado a su hijo.

En otra ocasión, en una noche fría de invierno, el matrimonio sentado con sus hijos ante la lumbre soñaba sobre la posibilidad de comprar un olivar cuando les tocara la lotería.

Era tal la ilusión que ponían y tan viva su imaginación que ya acariciaban con sus manos los olivos. Pensando en la cantidad de aceite que les iban a dar, empezaron también a proyectar la cantidad de tinajas de barro que necesitaban para almacenarlo, el sitio en que podrían ponerlas dentro de la casa, y cómo no, el uso racional que harían del aceite para asegurar que les tuviera que durar todo el año, y aún más por si la siguiente cosecha fuera mala. En tan acertadas previsiones los hijos entablaron una discusión con los padres por el uso del aceite: los niños querían que les dejaran mojar pan en el plato sin límite de cantidad. Los padres con voz de autoridad limitaban ya la cantidad de aceite a poner sobre el plato, alegando, en defensa de tal limitación, que el aceite tendría que durar más de un año. Los niños muy contrariados decían que para qué servía entonces tener un olivar, si a pesar de tener olivos no podían mojar en el plato todo el aceite que quisieran.

Con tan alta contrariedad se fueron a la cama, sin duda habiendo mojado en el plato aquella noche, aún mucho menos de lo que soñaban mojar cuando tuvieran el tan deseado olivar.

Otra vez les sucedió otro disgusto.

Había amanecido un día gris y frío de invierno. El tiempo amenazaba con lluvia y viento. Los campos estaban casi desiertos y se veían pocas personas por los caminos. En las proximidades del pueblo pastaba una manada de vacas, intentaban arrancar de las orillas las hierbas que brotan en el invierno. Con ellas un chaval que las cuidaba apoyado en su larga vara o ahijada.

El día se iba cerrando y el cielo se ponía más gris. Comenzaron a sonar truenos algo lejanos, que se fueron aproximando cada vez más. Era ya casi el medio día y había dado el reloj del estómago la hora de comer. Esta familia se disponía a devorar una sartén de migas puesta sobre una mesilla matancera a la entrada de la casa. Para que entrara luz y aire, como un contacto necesario desde el interior de la casa con el exterior, tenían que tener la puerta totalmente abierta. Cada uno mantenía en la mano su cuchara como si fuera un arma de guerra.

La sartén de migas calientes, recién sacadas de la lumbre, había congregado en círculo a todos los comensales. No habían comido nada desde las primeras luces del día, y tampoco sabían qué tendrían para comer luego a la hora de dormir.

Cuando el padre dio la orden de ataque los niños empezaron a comer con las ansias de un hambriento. Tenían para añadir en la cuchara, acompañando a las migas, algunos trozos de tocino frito y un caldo de pimienta tostado que había hecho la madre para que el líquido engrasara las cucharadas de migas. Sabiamente habían puesto junto a la sartén una fuente honda con el caldo caliente. Todos realizaban un tráfico perfecto con sus cucharas llevando las migas y el caldo hasta sus bocas, con una rapidez y destreza dignas de una película de cine mudo. No se oía nada más que el ruido lejano de una tormenta que se aproximaba y el chasquido de alguna silla. Todo era alegría ante tan gran oportunidad de comer.

La tormenta se aproximó tanto, que en poco tiempo ya estaba sobre el pueblo. De pronto se vio un gran relámpago y unos truenos enormes, de esos que aterrorizan a las gentes más serenas. Las vacas se asustaron y comenzaron su huida despavoridas. Algunos de los animales se fueron hacia las casas del pueblo. Dos vacas enfilaron la *casa de los tontos*, quizá por la querencia con el corral en que se encerraban por la noche. Una de ellas, enloquecida, intentó entrar donde comían. El animal no consiguió penetrar en la casa, la envergadura de su cornamenta la frenó en el dintel de la puerta, quedando atrapada sin poder tampoco retroceder. Los comensales salieron corriendo a esconderse debajo de las camas con un susto tremendo. Allí dejaron las migas, el caldo y el tocino frito.

La vaca les dio un susto de muerte. No se atrevían a salir, nunca habían sentido la menor vocación de toreros.

El chico que cuidada las vacas, con la ayuda de algún vecino, logró soltar los cuernos del animal del marco de la puerta y liberar así a la vaca. No fue fácil esta tarea, pero aún resultó más difícil convencer a la familia de los *tontos* de que ya había pasado el peligro y que podían seguir comiendo. El problema era, además, que en tan rápida huida habían volcado el caldo y las migas dejando la comida por el suelo. Este segundo susto no era menor que el primero, ya que para ellos sustituir una comida por otra no era tarea nada fácil. Ese día, además del mal rato, por el pánico que les causó la vaca, tuvieron el sufrimiento de quedarse sin comer. Los vecinos les llevaron algunos tazones de sus pucheros para que además de ayudarles a pasar el susto pudieran echar algo al estómago.

Enterado el dueño del ganado, les envió unos talegos de harina, algunas patatas, un buen trozo de manta de tocino y una cantarilla de aceite.

Contaban, también de ellos, otro de los muchos sucesos graciosos que se les atribuían, lleno como siempre de ingenuidad:

Había nacido uno de sus hijos y fueron a que el señor cura le echara las aguas del bautismo. Les acompañaban los compadres, unos vecinos muy queridos de ellos, y en el acompañamiento toda la familia y allegados.

En la entrevista previa al bautizo y con el fin de extender luego el acta correspondiente en el Libro de Bautismos, el cura les preguntó:

- ¿Qué nombre le vais a poner al niño?

Ellos le respondieron:

- *El niño se llamará Bartolo.*

El cura, con voz muy amorosa se dirigió a ellos y les dijo:

- *Vosotros le podéis llamar Bartolo, si así os gusta, pero su nombre verdadero en la pila y en los papeles es el de Bartolomé.*

El matrimonio no quedó nada convencido y volvieron a la carga:

- *Mire Vd. D. Manuel, nosotros no queremos que el niño se llame Bartolomé, ese nombre no nos gusta, y no queremos que en los papeles tampoco se llame así. Nosotros queremos que se llame siempre Bartolo, en los papeles y en la pila.*

De nuevo el cura cargado de bondad y en tono paternal les volvió a insistir:

- *Al niño le podréis llamar Bartolo siempre, pero ese nombre es el familiar y el que emplea todo el pueblo, pero en los papeles luego aparece el otro. No existe santo alguno que se llame Bartolo, el santo es San Bartolomé, al que seguramente también le llamarían Bartolo su familia y los de su pueblo. Es lo*

*mismo que lo de los Pacos y los Pepes que se llaman Francisco, José, como ya os he dicho.*

Ante tanta insistencia del cura, ellos contrariados le respondieron:

*- Nosotros no queremos ese nombre que Vd. dice, no nos gusta, ni tampoco se llamaba así el abuelo del niño, por quien le vamos a poner este nombre, seguro que Vd. que se llama D. Manuel tampoco le gustaría que en los papeles y en la pila le hubieran puesto D. Manuelmé. A Vd. le pusieron D. Manuel en la pila y en los papeles, y así le llaman todos D. Manuel, pero no D. Manuelmé como Vd. quiere ponerle ahora al niño. Sepa Vd. que todos los curas de todos los otros pueblos, tenemos muy bien sabido, que a los niños que les quieren bautizar con el nombre de Bartolo, ninguno de los curas se empeña en cambiarle a este nombre tan feo.*

El cura ante su total fracaso para hacerles entender lo que les quería explicar, terminó claudicando, y con el mismo tono de voz llena de ternura les dijo:

*- Vale, yo no os llevo la contraria, le podéis poner el nombre de Bartolo, como a su abuelo. Vamos a bautizarlo con ese nombre, y todos contentos.*

Ellos llenos de alegría porque habían conseguido convencer al cura y salirse con la suya, con tono apaciguador le dijeron:

*- Ya ve Vd. D. Manuel cómo las cosas tienen su razón, y cómo hablando se entienden las gentes. Nuestro niño se llamará siempre Bartolo, y todos estaremos muy contentos con este nombre, como así se llamaba también su abuelo.*

## RAMÓN PUN

El silencio era total en el pueblo. Fondón vivía envuelto en el silencio. La quietud y el silencio del campo lo rompía sólo el canto de algún pájaro, las voces lejanas de un pastor arreando a su ganado, o de alguna caballería que pasaba por las proximidades. En la vega, que era la parte más baja del pueblo, y ya próxima al río, esa quietud saltaba a trozos rota por los gritos estremecedores de Ramón Pun. Mucho tiempo antes de llegar a un lugar ya se oían sus voces. Nunca se presentaba de improviso. Siempre se le esperaba y se venía venir, sus gritos delataban su presencia con mucha antelación.

Estaba loco, totalmente loco, pero su violencia era solamente de palabra. Nunca hizo daño. Todos se sentían seguros ante su presencia, no atacaba, pero tampoco admitía que le atacaran a él o fuera objeto de mofa. La gente tenía un pacto con él: no le molestaban y él se comportaba tranquilo. Sólo en su continuo caminar por calles y campos prefería a gritos quejas e insultos contra seres imaginarios que le hacían todo tipo de daños y amenazas, contra los que mantenía una lucha verbal interminable, que le producían un clima de total excitación y sufrimiento. Sólo se tranquilizaba cuando una voz amable de vecino lo trataba de calmar con un cigarro, y al tiempo le daba algo de comer. Entonces se mostraba más apacible y descansado. Siempre mostraba agradecimiento, y al final se despedía lleno de cordialidad y gratitud. Ramón Pun era un hombre, loco, pero a su vez era un hombre bueno.

Contaban que nació ya loco por algunos problemas que tuvo su madre en el parto. Su niñez y su vida siempre estuvieron marcadas por su locura. Como no fue violento, solamente lo internaron en un manicomio en alguna ocasión aislada. Tampoco lo tuvieron que encerrar en su casa. Vivía en el pueblo, convivía con todos los vecinos, nadie temía de él, pero todos sabían que su quietud dependía de que lo trataran con afecto y no lo provocaran. Devolvía violencia por violencia, y bondad por bondad.

Le habían puesto el apodo de "Pun". Él lo asumía como si se tratara de su propio apellido. Nada le molestaba más que le llamaran *gandul*. Era la única broma que lo llevaba a un estado de excitación tal que perseguía a quien lo hiciera. Alguna que otra vez había algún joven con

pocos escrúpulos que amparándose en alguna esquina le lanzaba tal acusación, y desaparecía por entre las calles, dándose a la fuga antes de que Ramón le pudiera dar alcance o conocer su identidad. Entonces se alteraba en extremo y resultaba difícil poder calmar lo.

Para no parecer como un vago, casi siempre llevaba consigo alguna herramienta de trabajo, generalmente un legón, un escardillo, o una hoz. En compañía de tales instrumentos resultaba más peligroso, sobre todo cuando lo que llevaba en la mano era una hoz. En su locura nunca atacó a nadie, aunque su presencia imponía a quienes no lo conocían y veían por primera vez. Era corpulento y con ojos de loco.

Ramón Pun no era de vida sedentaria. Siempre estaba andando. Recorría el pueblo de una punta a otra, pasaba por todas las calles, andaba por todos los caminos de la vega. Siempre deprisa, como si le esperaran en algún sitio. Contestaba a los saludos siempre con cortesía. Su presencia se hacía notar desde lejos porque casi siempre gritaba con gran enfado contra seres imaginarios que le habían hecho grandes putadas y a los que increpaba con los peores calificativos. No era capaz de mantener un trabajo que conllevara una dedicación continua, pero si estaba siempre dispuesto a prestar ayuda puntual a alguien, o a realizar trabajos sencillos. Prestaba ayuda al que pretendía cargar la caballería, al que recogía los frutos de un árbol, o tareas momentáneas aún cuando fueran con esfuerzo.

Pasaba el tiempo en la plaza del pueblo, pero su espíritu inquieto le hacía deambular pronto por las calles. Diariamente visitaba la vega y llegaba a todos los rincones de los campos. Su presencia la iba anunciando con sus voces y gritos, calmados luego, casi siempre, por el trato amable de sus interlocutores. Para él la medicina más eficaz e inmediata contra su locura era ofrecerle un cigarro, y, si era posible, algo de comer.

Ramón Pun convivía no sólo con la gente del pueblo, también con todos los seres vivos que le rodeaban así como con otros elementos de su ambiente diario. Conocía a todos los pájaros por sus cantos, sabía dónde y cómo vivían. Divisaba las aves rapaces desde las más alejadas distancias, sabía sus costumbres y lugares. Controlaba los topillos que tanto abundaban por los campos. Era experto conocedor de las serpientes, de los zorros, de los gatos monteses y de los lobos que en los días de grandes nevazos bajaban hasta las proximidades del pueblo. Tenía contabilizados todos los árboles frutales de la vega, conocía sus ciclos, y sabía quienes fueran sus dueños. Era experto en los cultivos tradicionales del campo. Por eso la gente decía de él que estaba loco pero no tonto.

En el trato con los demás distinguía pronto el afecto de la indiferencia, y por supuesto de la enemistad o el desprecio. Se mostraba afectivo y educado cuando recibía el mismo trato. Nunca pedía, sólo aceptaba agradecido lo que le daban envuelto en afecto. Mientras, él seguía vociferando a gritos sus sentimientos de cabreo con los personajes imaginarios que le atormentaban. Estos eran sus verdaderos enemigos, contra los que él luchaba, no lo eran sus vecinos a los que consideraba compañeros de viaje. La paz del campo y de las calles del pueblo, el silencio intenso y prolongado en la quietud de cada día, sólo se rompía por los pasos de las caballerías y por los gritos, lejanos unas veces y próximos otras, de nuestro Ramón Pun.

Un buen día de diciembre estaba uno cortando unos álamos en la ribera del río. Cuando llegó él le recriminó que lo hiciera en esa fecha. Dirigiéndose a su paisano le dijo: *esta madera que estás cortando se te apollillará por cortarlos en este tiempo. Si te esperas para hacerlo en la menguante de la luna en enero, la tendrás siempre sana.*

Es que los más expertos sabían que los árboles cortados en enero y en esa fase de la luna estaban exentos de sufrir la polilla.

Otra vez recriminó a otro, que plantaba chumberas, que no lo hiciera en su tiempo. El le enseñó que si lo hacía también en enero las palas que plantaba tardarían en echarle chumbos tantos años como días le faltaren a la luna menguante, un año por cada día. Así, si lo hacía el último día, la pala plantada ya le daría fruto al año siguiente, aún cuando fuera uno o dos chumbos.

Conocía perfectamente los ciclos de la luna. El cielo estrellado de la noche, la luna y sus posibles cercos, el cielo del día y sus nubes, el viento, el color del sol y otros elementos naturales, eran las bases de sus cálculos para adivinar el clima, y a su vez una parte muy vital de su existencia como hombre del campo. Si le preguntaban qué tiempo podría hacer al día siguiente, se convertía en un improvisado hombre de la meteorología, y lo adivinaba con bastante precisión.

Era perfecto conocedor para cazar conejos y perdices poniendo lo-setas, técnica que explicaba a la gente, sólo cuando tenía gana y notaba que no se estaban riendo de él. Entonces de manera práctica cogía una teja grande, hacía un hueco en el suelo, en él se pondría grano, sobre él la teja inclinada, sujeta luego con dos palos en forma de uve invertida, de tal manera que cuando el animal entrara a comer rompiera la sujeción de la teja y ésta lo aprisionara en el hueco hecho en el suelo.

Ramón Pun era un elemento más de la vida del pueblo.

Una mañana lo encontraron muy enfermo, y poco después murió.

Su entierro fue una manifestación de duelo popular. El silencio de las calles y del campo fue total, y más triste sin sus gritos. Sólo los pájaros, el viento y el caminar de alguna caballería, rompían el gran concierto de silencio que cubría toda la vega de Fondón. Seguramente, como el vuelo gozoso de los pájaros, volaría también el alma de Ramón Pun gozando y para siempre en la compañía de Dios.

## EL MÉDICO DE BENTARIQUE

En los caminos de antaño era necesario que hubiera *ventas* para ofrecer al viajero comida, descanso y protección. En estos establecimientos se notaba siempre un ambiente de convivencia e intercambio de informaciones, connatural a los que viajaban sin prisa, y a su vez se necesitaban entre ellos. Era frecuente buscar la compañía de otros caminantes para ser grupo en el camino. Los arrieros procuraban no caminar solos, se unían a otros. Así los que llevaban carros se ayudaban en las cuestas con otros carreteros, ya se sabe que *la unión hacía la fuerza*. Tanto para vencer las dificultades del camino, como para romper la soledad y aumentar la protección, tan necesaria en aquellos tiempos. Se caminaba sólo con luz del día. El camino se hacía largo y el día muy corto, sobre todo en invierno. Al anochecer se debía estar en la casa, o en los viajes dentro de alguna venta o posada que hiciera de refugio..

Los mineros y pastores se desplazaban andando, casi siempre en grupos, por los caminos de la sierra o en compañía de arrieros o viandantes. No era bueno caminar en solitario, siempre se buscaba la compañía.

Los caminos y las ventas eran lugar de encuentro, y en sus largas estancias había sitio para contar sucesos, comunicar experiencias, dar noticias y cantar, sobre todo cantar cuando alguno tenía voz y sabía divertir a los demás. La risa y el entretenimiento eran materiales muy apreciados en un medio tan natural y solitario, como bálsamo y dulzura contra el tedio, fatiga y los sufrimientos del camino.

En este ambiente rural, de caminos y caminantes, ventas y posadas, de tierras, montañas y llanuras, corrían de unos a otros, en boca de las gentes de ese mundo común del camino, sucesos, historias, comentarios y noticias que se vivían y contaban en los largos días de caminar de un sitio a otro. Así llegó a Fondón la historia del médico de Bentarique.

Nos situamos con nuestra imaginación en la segunda mitad del siglo XIX en Bentarique, pueblo agrícola de la orilla del río, ya al pie de la sierra. Sus habitantes viven del campo. Tienen pequeños cultivos de autoconsumo, algunas frutas, especialmente uva de parra, vino y aceite que también salen para venderlos y alcanzar algunos ingresos. Parte de su población trabaja en las minas, que alternan con la agricultura. Son siempre familias humildes, sólo algunos tienen un patrimonio más abul-

tado, entre ellos el médico, que es hijo del pueblo y pertenece a una de las familias más adineradas, por eso se pudo ir a estudiar fuera.

En aquellos tiempos la pólvora era un producto de extraordinario valor. Para fabricar la munición resultaba indispensable. Las armas de fuego, que algunas aún se cargaban por la boca, la usaban como materia necesaria. Junto con la fabricación de perdigones y balas de plomo, era necesaria para la munición de las armas de fuego, a su vez tan usadas para la caza y la defensa personal. Nadie podía prescindir de las armas, y nadie que las tuviera podía estar sin pólvora en las de cargar por la boca. En la fabricación de explosivos, de tanto uso en el trabajo de las minas, resultaba también de total necesidad.

En Bentarique había varios fabricantes de pólvora. Tenían la materia prima, y sobre todo los conocimientos artesanales, muy afinados, para producir un producto de altísima calidad. Este pueblo también fue siempre pionero en la industria pirotécnica. Esta fabricación se hacía en la semiclandestinidad, no se podía caer en los controles oficiales de la época. Ni las dificultades gubernamentales ni los altos impuestos eran compatibles con este negocio. Había que fabricar y vender la pólvora en total ocultación. Tal situación creó un entramado de fabricantes y traficantes, que a modo de grupos mafiosos, compraban el silencio de sus posibles perseguidores y aseguraban el tráfico del producto a lomos de mulos, por los caminos más ocultos de las sierras, hasta llegar a los puntos de distribución y transferencia, que siempre eran cambiantes, a fin de asegurar el secreto y la impunidad. Se sabía que allí se fabricaba y vendía pólvora, pero no dónde ni cómo se transportaba.

En una noche de invierno, muy fría, tocan de madrugada a la puerta del médico pidiendo auxilio para una mujer parturienta en trance de morir. Eran unos gitanos que habían acampado en las afueras del pueblo. Habían venido buscando las cañas y los mimbres de la orilla del río para fabricar sus cestos, estaban instalados con sus aperos muy a las afueras, en unos solares próximos a la ribera del río, en las cercanías de una fuente. Eran pacíficos, no molestaban a nadie y el vecindario los respetaba. Había una gitana joven, primeriza, que al dar a luz tenía un parto muy difícil, se desangraba y estaba a punto de morir ella y la criatura. Buscaban desesperadamente al médico como única solución.

El médico se levantó deprisa y se fue con su maletín en la mano con los gitanos a buscar a la enferma. Le practicó los primeros auxilios, y, viendo que en aquel lugar no podía atenderla con las exigencias sanitarias mínimas, mandó que la trasladaran a su casa. Allí, en los bajos de un amplio caserón del pueblo, pusieron una cama, un lavabo y algunos

otros muebles auxiliares, con los correspondientes candiles. Asistió a la parturienta y tras largos esfuerzos, logró que viniera al mundo un niño hermoso, y además que la madre se salvara.

Las condiciones de salud de la madre eran malas. El médico los dejó allí, los atendió a diario y los alimentó y les suministró las medicinas necesarias durante varios meses hasta que el niño y la madre estuvieron totalmente bien. A los gitanos no les cobró nada y además les dio víveres y protección para que permanecieran en el pueblo varios meses hasta la recuperación total de la enferma.

En agradecimiento, al niño le pusieron el nombre del médico y lo bautizaron en el pueblo haciendo que el médico fuera su padrino. El bautizo se celebró en la casa del médico, que quedó ya para toda su vida convertido en *compadre* de los gitanos. Ya se sabe la fuerza de este vínculo en las tradiciones de entonces, y muy especialmente en la cultura gitana. Así que el médico con el niño y con aquel grupo de gitanos quedaron emparentados para toda la vida.

Ya recuperada la enferma y rebolondo el niño, los gitanos salieron del pueblo con sus cargas de cañas y mimbres, sus cestos para vender, y la alegría de haber superado este mal trago y también de llevarse a un miembro más de la familia en el que volcaban su atención y cariño. Con ellos iba también el agradecimiento al médico, ya su compadre, grabado en su alma para toda la vida.

Pasaron muchos años sin que el médico tuviera noticias de estos gitanos. Los medios de comunicación de la época no eran propicios a mantener contacto alguno entre las gentes. No había nada ni nadie que les pudiera llevar noticias de ellos, ni medio alguno que los pudiera comunicar, ni que los pudieran unir. Era una pena, pero aún no tenían teléfonos fijos ni móviles, ni correo electrónico, ni una elemental postal o telegrama. No volvieron a saber nada unos de otros. Sólo quedó la historia vivida entre el protector y los protegidos, solo en la memoria, no en los contactos personales.

El médico tenía tiempo para atender con la medicina a las gentes del pueblo, y además para dirigir una fábrica de pólvora, la más importante, entre otros negocios suyos.

Cada mes salían de su fábrica una recua de mulos cargados de barriles del valioso producto, que hábilmente disfrazado como si fueran costales de harina, cruzaban los caminos más secretos de las montañas de la sierra hasta llegar, después de quince días de viaje, a un punto del terreno convenido, ya próximo a Algeciras, en el que se entregaba y cobraba el contrabando. El viaje con la pólvora era muy com-

plicado: había que conocer perfectamente el terreno, era preciso salvar los muy posibles ataques de bandoleros, cuidar la mercancía, muy valiosa, y llegar al lugar acordado y en el tiempo o plazo convenido. La vuelta no era más fácil. Allí se compraban otros productos de contrabando, y se traía además, dinero, mucho dinero. En cada viaje se corría un altísimo riesgo, no sólo económico, por la envergadura de la operación, sino sobretodo de las vidas de los que lo hacían, además el valor de la mercancía y el de las caballerías, que eran siempre de extraordinaria calidad.

En la sierra había partidas de bandoleros que vivían del robo y la extorsión a los traficantes que la transitaban. Era usual que pagándoles a modo de un impuesto revolucionario les dejaran pasar sin más incidentes. Cada partida de bandoleros tenía *su territorio*, por lo que a largo de todo el trayecto era necesario establecer contacto y pago con una variedad de grupos de asaltantes. Esto ya estaba previsto y calculado en el precio del transporte, y así se contemplaba también en el cálculo del coste de toda la operación mercantil.

En uno de estos viajes apareció en el camino una partida nueva de asaltantes que se había quedado con el *traspaso* de varios territorios y comenzaba a ejercer, casi en monopolio en toda esta ruta. Naturalmente al ser nuevos requerían nuevas tarifas y nuevas condiciones. Una vez puestos a negociar, descubrieron que los transportistas eran de Bentarique. Llamaron al jefe de la partida de bandoleros, y éste, muy lleno de orgullo personal, les dijo que él también era de ese pueblo, y que allí vino al mundo y le habían echado las aguas en la pila de bautismo de aquel pueblo.

Los arrieros del alcalde, que conocían la historia, le preguntaron por su nombre, y al confirmar que era el ahijado del médico, su *ahijado*, le confesaron que todos eran empleados y parientes de él, y que la carga le pertenecía, por estar dentro de su negocio, así como del tráfico habitual que hacían con esta mercancía por aquellos territorios.

El jefe de la banda, al saber esto, los llevó a todos con él, los trató como si fueran de su familia, los escoltó hasta el límite de su territorio, y los recomendó como parientes suyos a las partidas de bandoleros de los territorios por los que tenían que ir pasando. No sólo no les cobró cantidad alguna sino que corría con los gastos de manutención y alojamiento de aquellos arrieros dentro de su espacio, y mandaba siempre afectos a su *compadre* que lo trajo al mundo, salvó a su madre, le echó las aguas, y también cuidó a toda su familia.

No es preciso decir que toda la banda de bandoleros tuvo suministro de pólvora de regalo, de manera permanente, así como otros envíos y obsequios que mutuamente se intercambiaron entre el *padrino* y el *ahijado*.

## EL HAZA DE LOS MUERTOS

Durante el siglo XIX, en una de esas calamidades intensas de pestes y cóleras, el número de muertos era tan grande que se quedó insuficiente el espacio que existía para hacer los enterramientos. Ni el suelo de la iglesia ni el cementerio del pueblo en Fondón tenían ya huecos para albergar tantos cadáveres. Fue necesario habilitar con urgencia otro espacio más, como una ampliación del cementerio, pero lejos de él y fuera del recinto urbano. Se buscó un lugar que estuviera próximo al suelo sagrado del camposanto y a la ermita de la Virgen de las Angustias, y que a su vez no fuera muy apreciado como suelo de cultivo. Con estas condiciones se encontró un gran espacio próximo a la ermita, muy a las afueras del pueblo y con un camino de acceso bueno y cómodo. Desde entonces se le llamó el *Haza de los Muertos*. Luego pasados muchos años, se intentó sembrar otra vez, siempre forraje para los animales, pero quienes pasaban por su entorno sentían en su piel el respeto, en la memoria colectiva, a que aquellas tierras fueron suelo de enterramientos, que guardaron los cuerpos de muertos que no cabían dentro de las tapias del cementerio, y aunque había vuelto a ser labrado, tenía dentro de su ser haber servido de cementerio.

Era un terreno amplio, grande, llano y pedregoso, a la altura del camino y de la forma irregular. Casi de secano, ya que el lugar en que estaba enclavado tenía poca agua de riego y no era apto, por esto, para poner hortalizas. No tenía más árboles que unos viejos olivos en sus orillas, testigos silenciosos de la vida diaria desde hacía cientos de años. Ellos habían venido dando aceite a muchas generaciones del pueblo, se acordaban bien del tiempo de los moriscos, a los que ya alimentaron. Habían nutrido las alcuza y los candiles de las casas de muchas épocas, y a las mariposas de las Ánimas. Ahora les tocaba ser también testigos y guardianes de los cuerpos sin vida de las víctimas de gripe y cólera. Estos olivos, mudos en palabras pero siempre mensajeros del tiempo, guardaban en su silencio historias y tragedias de los muertos enterrados allí, que habían llegado como vecinos permanentes, para quedarse en aquel suelo. Estaban encerradas en las vidas de quienes ya muertos fueron a descansar allí junto a ellos, historias y vivencias que luego se fueron con ellos a la tumba. En el sentir popular, estas historias vivían

también con ellos en aquellas tumbas anónimas que acompañaban a los olivos.

Estaba situado el terreno en el camino de las *Eras de Gabino*, vía de acceso a la sierra, que arranca a la salida del pueblo según se camina hacia Laujar de Andarax, y arranca frente a la puerta del cementerio. Ahora es el paso al actual cementerio nuevo, recientemente construido.

Era un camino cercano al pueblo que salía hacia el monte y las eras. Muy transitado en las épocas estivales de trilla, y luego, en todo el año, por el ganado que salía y entraba hacia la sierra y por los que iban al monte a recoger leña, el único combustible que en aquellos tiempos alimentaba el fuego de los hogares y el de los hornos de hacer el pan.

Este camino estaba jalonado en una de sus orillas por amplios balates de piedra, llenos de yedras, con grandes almendros en sus ribazos, haciendo las parcelas escalones hacia la montaña. En la orilla opuesta, la del Haza, como ya se inicia el llano, las tierras son más planas y más amplias. Allí los olivos, almendros y algunas viñas, son los que dibujan el paisaje. También las parcelas corrigen el desnivel con muros de balate, piedras sobre piedras, puestas una a una por la mano del hombre, muestra de un ejercicio de trabajo, paciencia, arte y cálculo, para que en una labor pura de ajuste, se contenga la tierra en su nivel y a su vez se distingan unas fincas de las otras parcelas vecinas.

Los *balates* sirven como muro de contención, son el soporte de la tierra en las zonas de parcelas escalonadas, tan abundantes en toda la Alpujarra. Además de una obra de arte de ingeniería rural son la expresión de un trabajo paciente, continuo y minucioso en el que cada piedra ha sido colocada por la mano del hombre, y cada una cumple una función importante en la composición del muro. Cuando están bien hechos y conservados, pasan de generación en generación como testigos del tiempo.

Ya se sabe que donde hay árboles hay pájaros, por eso allí, en el *Camino de las Heras*, siempre había pájaros. Grandes, pequeños, con canto y sin canto. Era también zona de algunas serpientes, y terreno surcado por todos los animales del monte, que ya empezaba al terminar este camino. Recogía una vertiente del terreno entre dos laderas, y por esto también servía de rambla, o *ramblilla*, que recogía el agua de lluvia así como los derrames de los riegos.

El *Haza de los muertos* se alzaba como un terreno sagrado. No habían podido romper esta imagen los continuos intentos de volver a poner otra vez en su superficie los cultivos del entorno. Su suelo había que-

dado marcado para siempre con un sello sagrado y ya nada podría ser igual que antes. Ni los cultivos de forraje para el ganado limpiaban por completo el aire trascendente de su suelo y su aire. Tenía y mantenía algo que le hacía ser diferente a todo lo demás. No había signos externos, pero en el ambiente ya se respiraba algo que le hacía sentir como diferente, muy diferente. Sólo pasar por allí imponía respeto y los caminantes se santiguaban haciendo la señal de la cruz o se descubrían de sus gorras, boinas y sombreros al llegar a su altura. No dejaba de seguir siendo un lugar sagrado. Allí dentro de aquellas tierras había cuerpos de personas ya anónimas que fueron enterradas en momentos trágicos de muertes masivas.

Ni los árboles que la rodeaban, ni los pájaros, ni el aire eran igual al de otros sitios. Los animales de aquel entorno tenían un aspecto especial y se comportaban de manera diferente. Hasta el ganado y las caballerías cuando pasaban por este lugar mantenían comportamientos extraños, parecía como si también ellos percibieran que estaban en un ambiente especial.

Allí habían ido los cuerpos sin vida de jóvenes y viejos, de padres y madres de familia, de ricos y de pobres, y con ellos las tragedias de sus vidas y de sus muertes. A todos les había dado cobijo esta tierra, todos estaban tranquilos bajo aquel pedregal, teniendo por techo el cielo limpio, respiraban el aire de la sierra, escoltados por los olivos centenarios, con la oración del silencio impresionante de aquel campo, sólo roto por el silbido del viento y el canto de algún pájaro.

Era un lugar con gran carga de misterio. Todo el mundo tenía un sentimiento especial cuando pasaba por allí. Nadie quedaba indiferente. El aire, los árboles, los pájaros, las piedras, los animales parecían ser muy distintos.

Contaba la leyenda popular que en aquel lugar se habían visto apariciones extrañas, Algunos querían atribuir las a las Ánimas Benditas.

Decían que, según la hora del día o de la noche, las apariciones iban cambiando.

Unos aseguraban que por la noche, cuando no había luna, habían visto entre unos granados a una joven bellísima sentada ante un espejo, y que unas veces saludaba y otras llamaba para que se acercaran hasta ella también a los que pasaban por allí.

Otros afirmaban que en las mañanas de invierno, frías y llenas de bruma, habían visto sentados en una orilla a un grupo de hombres y mujeres, muy bien vestidos, casi inmóviles, que parecían conversar en voz baja.

No faltaba tampoco quien afirmaba que había visto volar allí algunos pájaros de plumaje muy bello que en sus vuelos dibujaban la figura de un ángel.

Había una costumbre universal en el pueblo, que consistía en que al pasar por aquel lugar se hiciera siempre la señal de la cruz, descubrirse la cabeza, y rezar por las Ánimas Benditas. Algunos añadían además el no detenerse demasiado, más si iban solos o caminaban muy de noche. Había que evitar pasar por allí, y cuando resultaba totalmente necesario, era aconsejable andar muy deprisa y rezar al tiempo a las Ánimas.

## LA CASA DE DON TESIFÓN

Contaban que había un señor en Fondón, un *señorico*, soltero y sin familia que vivía solo en un caserón del pueblo. Comía más con los sueños de la opulencia que tuvieron sus antepasados que de la que tenía él. Su *Don* y su *hacienda* eran debidos más a los recuerdos de sus abuelos que de lo que tenía realmente en su despensa para comer. Pese a su escasez de recursos, le llamaban *Don Tesifón*.

Tenía una casa hermosa, propia de un hombre de su estirpe, y disimulaba muy bien sus múltiples carencias, y por supuesto, su hambre. No le quedaban más recursos que esa casa y algunas paratas dadas a renta.

Era un hombre delgado, de estatura media, poco hablador, de carácter retraído, de escasa comunicación, que paseaba por los campos sin compañía, educado y correcto. Trataba bien a los que tenían sus tierras a renta. No debía dinero, ni le debían a él. Tenía poco, pero procuraba que le fuera suficiente. Sus necesidades y penurias nunca salieron al exterior. Su personalidad era como si se tratara de un castillo, siempre muy desconocido en su interior, pero exhibiendo ante todos sus torres y almenas como señal de poder e hidalguía.

Don Tesifón tenía un capricho en su casa, que a todo el mundo llamaba la atención y era objeto de múltiples comentarios. Había colocado un ataúd como mueble principal a la subida de las escaleras. Era el suyo. Lo había comprado hacía mucho tiempo. Lo mandó hacer para él, con el mayor detalle e ilusión. Quería tenerlo ya preparado para el día de su muerte. Les decía a todos, como justificación de su extraño capricho, que era el único mueble de su casa que se iba a llevar a la tumba, y eso justificaba totalmente que se hubiera gastado en él el dinero, así como el cariño y aprecio que le tenía. Decía también que además de ahorrar trabajo a los que le tuvieran que enterrar, era a su vez la certeza y garantía de saber en qué lo habrían de poner cuando fueran a enterrarlo, en una caja digna de su persona y linaje, ya que no tenía parientes próximos ni personas en su entorno que le dieran seguridad de que no iría metido en una caja de madera forrada de tela negra, como era costumbre en el pueblo para los que no tenían dinero ni familias generosas. Además, habría que tener en cuenta que la caja le iba a servir y acompañar ya

para siempre, no por una temporada. Tenía que durar hasta el día del juicio final. No podría ser de mala calidad para asegurar esta larga duración. No era un objeto de usar y tirar, ni pasaría de moda. Al ser de tan buena calidad había garantía de que su duración fuera para siempre. Algo que se prepara para la eternidad, o al menos hasta el día del juicio final, no debe ser de mala calidad para que pueda durar tanto tiempo, siempre en buen estado. Menos aún lo deberían poner en *la caja de las Ánimas*, que así se llamaba la que usaban para los que morían sin recursos económicos. Todo su patrimonio lo tendría que dejar aquí, en este mundo, ya que, como dicen, *la mortaja no tiene bolsillos*, pero había una parte de ese patrimonio suyo que sí se llevará con él a la tumba: su caja. Estaba muy justificado el dinero gastado en ella, así como el cariño que le profesaba.

Cualquiera que subiera a la parte alta de su casa, nada más salir de las escaleras, se topaba con una artística y rica caja de muertos adornada con valiosas tallas y herrajes de forja, que decoraba el recinto como mueble principal. Le acompañaban unos velones de bronce, ya viejos pero limpios, de esos que llenos de aceite se usaban también para velar a los muertos. Tenía así todo preparado para el día de su muerte. Solamente faltaría que lo pusieran a él dentro.

Nadie en el pueblo como él tenía la muerte tan presente, día a día, y tan dentro de su casa, ni previsto con tal precisión y seguridad el recinto donde iría a la tumba. Decía a sus más próximos, que si él supiera cuándo se iba a morir, sin duda lo haría metiéndose ya dentro de su maravillosa caja, a fin de dar mayor facilidad a los que le tuvieran que enterrar.

La había mandado construir a un ebanista. Dispuso en ella el máximo detalle, y cuidó todos los aspectos de lujo y calidad que se podían imaginar en esa época. Era una caja de muertos de lujo, un mueble artístico, lleno de tallas y herrajes, con una llave acorde con el arca, y adornada con una preciosa cruz también tallada. Era su joya, el mejor mueble de su casa, en el que había invertido parte de sus ahorros, en el que se recreaba diariamente, y el que enseñaba a las visitas cargado de orgullo y emoción. Explicaba a todos que era lo único de su patrimonio que se iba a llevar con él al cementerio después de muerto, el único mueble de su casa que se llevaría a la tumba, su cama y morada definitiva a partir de su entierro, y la única parte de su patrimonio que habría de disfrutar después de muerto. Valía la pena, para él la ilusión y el dinero que había puesto en una empresa tan personal, trascendente y de total capricho. Sólo ese mueble estaría con él hasta el día del juicio final. Seguro que quienes tuvieran que realizar su entierro iban a mos-

trar agradecimiento por tantas facilidades para poder cumplir las tareas de tan piadoso momento. Más justificado aún pensando que carecía de herederos muy próximos.

Quienes por obligación tenían que ir a su casa, no recibían con alegría estar junto a tan extraña decoración, y procuraban salir cuanto antes de aquel recinto que les pinchaba en su ánimo. El mismo Don Tesifón tenía ya cierto aspecto a cadáver que le daba a él un aire repelente a los demás mortales. Se le tenía por un hombre raro, algo siniestro, y con caprichos, como éste, nada frecuentes en otras personas del pueblo.

Comentaba también a los más próximos, que usaba su ataúd para dormir la siesta. Decía, que así, se iba acostumbrando a esa cama, ya que en ella había de dormir muchos años, y consideraba muy bueno estar ya acostumbrado a ella para que no le resultara extraña ni poco cómoda. Estaba aún a tiempo de poder añadirle confort. Con tal uso cotidiano aumentaba también la rentabilidad de su inversión al añadir más años de aprovechamiento personal, utilidad y uso de tan caro y caprichoso mueble.

Salía poco a la calle. En las tardes largas del verano, cuando el sol ya calentaba menos y empezaba a caer el día, salía a pasear por la carretera y por los caminos de la vega más próximos al pueblo. En los días fríos de invierno se le veía tomar el sol y salir por el campo a ver el crecimiento del trigo. Vigilaba con atención los cultivos de sus tierras, escasas y de poco rendimiento, y mantenían continuos contactos con sus aparceros. Era un rico pobre. Su economía no le daba para vivir con más dulzura que unos muy escasos recursos, para casi rozar el hambre. Era un hombre rico sólo en su imaginación, en el recuerdo de sus antepasados, de los que heredó la casa, las tierras míseras, y una viña. Su gran riqueza estaba en su historial de hidalguía y poderío económico, del que ya sólo le quedaba el recuerdo, sin duda exagerado en su imaginación.

No había tenido más ocupación que la de administrar su pobreza, siempre engrandecida por la añoranza de su historia familiar. En esta situación de obligada sobriedad, ponía en su vida como compañera inseparable a la muerte. Era consciente, plenamente consciente, de que un día tenía que morir, y había preparado ese momento ocupándose ya de su último equipaje: la caja en la que iría a la tumba, en la que habría de estar hasta el día de la resurrección final.

El día que murió Don Tesifón, sus vecinos lo tuvieron más fácil: disponían ya del ataúd y de los velones, tal como él lo había previsto. Sólo tuvieron que abrir el hoyo en el cementerio, llevarlo allí, y tras el responso encomendando su alma a Dios, darle cristiana sepultura. Desde

entonces se cumplía su voluntad de dormir cómodamente en un ataúd en el cementerio de su pueblo. En un ataúd construido a su gusto y a su medida, y en el que nunca extrañaría la cama, ya que su cuerpo, con mucha antelación, se había hecho su hueco en ella y estaba adaptada ya a la máxima comodidad y confort. Fue el único mueble de su casa que se llevó a la tumba, y una cama cómodamente ya adaptada a su cuerpo y manera de dormir. Era su casa, su nueva casa, protegida por varios metros de tierra como techo. Se había cumplido fielmente su voluntad.

## UN FORASTERO CHULETA

Debían correr los años de la segunda mitad del siglo XIX. Fondón vivía del trabajo de las minas, con muchos altibajos debido a las circunstancias políticas, al precio inestable de los minerales extraídos, al cambiante valor de los productos de las fundiciones de plomo, y el siempre inseguro rendimiento de las rudimentarias explotaciones de la época. Aún así, en aquellos años se conocía un período de bonanza, que hizo que hubiera trabajo abundante y corriera el dinero. La agricultura era en la economía del pueblo un complemento, casi siempre dedicada al autoabastecimiento, de la que sólo se sacaba dinero de los excedentes, en el mejor de los casos. Los mineros eran también agricultores, y los agricultores casi siempre mineros.

Ya en las afueras del pueblo estaban las casas más humildes, aunque no siempre, ya que algunas por su porte, composición y huertos fueran entre ellas de las más apreciadas. El centro del pueblo siempre fue para los más ricos y la periferia, salvo excepciones, para los más pobres.

En una de estas casas de mayor porte, en el núcleo urbano, fuera ya del centro del pueblo, vivía una familia que tenía una hija, ya *mocica*, muy guapa y en edad de tener novio. No muy lejos de la casa, en aquel lugar, había una fuente de agua para llenar cántaros, con pilar para abrevadero.

Una fuente como esta cumplía muchas funciones. No sólo suministraba agua potable a los vecinos, daba también de beber a los animales, y sobre todo era un lugar de encuentro. Las *mozas* acudían con sus cántaros y botijos a recoger el agua, y los *mozos* acudían con las caballerías y el ganado a dar de beber a los animales. Estos trabajos se hacían necesariamente con cierta calma, lo que hacía posible que el encuentro entre ellos diera pie a entablar alguna conversación, y no pocas miradas cuando por sus adentros bullía algún cosquilleo de posible atracción amorosa.

La *moza* no pasaba nunca desapercibida. Era guapa, atractiva en su porte y de un trato abierto y afable. Había muchos jóvenes que se sentían atraídos por ella. La incógnita era si ella les pudiera corresponder y si su padre les diera luego, en el mejor caso, el visto bueno. En aquella época la opinión de los padres, expresada por el cabeza de familia, era determinante para que el pretendiente pudiera tener algún éxito.



Fondón 1954.  
La Fuente Grande. Detalle lateral de la plaza del pueblo.  
*C. Guerrero Martín*

Cada *mozo* tenía que pasar una reválida muy dura ante la familia de la joven que pudiera ser luego su novia. El nivel de exigencia de cada familia era un timbre de honor para la estirpe que recibía al pretendiente. Si la familia de la joven pretendida se consideraba cargada de honor y buena fama, no admitía a cualquiera que tocara a su puerta. Las jóvenes eran muy libres para enamorarse de quien quisieran, pero tenían que considerar también las posibilidades de aceptación que en su casa le dieran al pretendiente. Se valoraba del joven no sólo sus orígenes familiares sino también la consideración que como persona tuviera en el pueblo, capacidad de trabajo, el comportamiento y la *fama* que hubiera adquirido. Especialmente en los muchachos, poseía cada cual un currículum atribuido por la sociedad del pueblo, y ése, junto al de su familia, marcaba el nivel de aprecio social con el que acudiría a tocar a la puerta de la futura novia. Ni que decir tiene que las familias que en su historia tuvieran algún tipo de *mancha*, la irían transmitiendo inevitablemente a toda su descendencia. En estos temas se intentaba aplicar la máxima de que *cada oveja con su pareja*. La nota social de este examen se daba resumida en esta frase lacónica: *le pega o no le pega*.

La familia de esta hermosa joven tenía cierto acomodo en lo económico y eran personas muy apreciadas en el pueblo. La familia se componía, además del padre y de la madre, de varios hijos.

La niña tenía múltiples pretendientes que hacían todo lo que les resultaba posible por mantener alguna conversación con ella y atraer su atención. Alguna celebración familiar o la proximidad en los bancales eran momentos propicios, pero era la fuente el lugar donde a diario se podían cruzar miradas, palabras y requiebros de manera directa. Allí los dardos amorosos se podían lanzar con más posibilidad de que dieran en la diana.

En aquellos momentos apareció un joven forastero como pretendiente de la moza. Venía de un pueblo vecino, fuera de Fondón, y mostraba un sacrificio al tener que desplazarse andando para *pretenderla*. El forastero tuvo suerte, la novia lo aceptó muy gustosa, y el padre, después de tener todos los informes necesarios sobre él y su familia, le dio el necesario *aprobado*.

El joven forastero era apuesto, bien vestido, de buena familia, *con posibles* y muy convencido de su valía personal y familiar frente a sus competidores. Se sentía muy superior a todos los pretendientes del pueblo, más aún cuando llegó y venció sin más dificultad que sus desplazamientos a pie. Mantenía una actitud de distancia y casi desprecio hacia los jóvenes del pueblo de su novia. Él se consideraba muy superior a todos

ellos. Su victoria amorosa le llenaba de orgullo, frente a los derrotados pretendientes del pueblo.

Existía, y se ha venido manteniendo, una costumbre, la de *pagar el piso*. Consistía en que el pretendiente, cuando ya alcanzaba la autorización del padre de la novia, para celebrarlo invitaba a vino, con mucha generosidad, a todos los familiares de la novia, vecinos, amigos, allegados, sin limitar a persona alguna la entrada a la bodega. La generosidad y *rumbo* que usara entonces, era la tarjeta de presentación que tendría ante el grupo de personas más allegado a la familia de la novia. Esta exigencia social abría desde ese momento las puertas de la amistad con todo el entorno de la novia y daba comienzo al noviazgo formal de los enamorados. Desde tal momento comenzaban las relaciones de amistad con todo el pueblo de la novia. Era la entrada oficial en el ambiente de familia y amistades y señal inequívoca de que el noviazgo iba en serio.

El forastero sabía bien que esta costumbre era ya una *ley social*, y que como tal era inviolable, no resultaba fácil poder incumplirla. No obstante, afirmado en su arrogancia, se negó a cumplirla. Dijo que él no tenía porqué invitar a vino a los jóvenes del pueblo, y menos cuando habiendo sido competidores con él, les había vencido, había sido capaz de llegar al corazón de su novia antes que ninguno de ellos. No entendía por qué tuviera que invitar a beber a cuantos quisieran ir.

Tal desprecio hirió gravemente los sentimientos de los jóvenes del entorno. Aceptaban que la chica, en ejercicio de su libertad, hubiera preferido a este forastero, pero no aceptaban que viniera con desprecio hacia ellos y lo manifestara diciendo que *no pagaba el piso*, como rechazo a todos ellos, sobre los que mantenía a su vez gestos de superioridad y de total distanciamiento.

Era ya finales del otoño, de días de luz más corta, tempranos anocheceres y frío en el ambiente. Cuando las hojas de los árboles ya estaban volando, y el viento sopla entre las ramas desnudas y los campos se tornan más ocres y grises.

En uno de estos días, el joven y apuesto forastero salía de la casa de su novia bastante antes del toque de Ánimas. Era ya bien de noche y hacía frío. Ya no quedaban resplandores del día, su paso lo alumbraba con un farol de aceite. Pasa próximo a un grupo de mozos que están en una placeta cercana a la casa de la novia. Uno de los reunidos lo aborda, lo saluda y le dice que cuándo piensa *pagar el piso*, ya que hace tiempo está entrando en la casa de la joven como novio formal, y es una costumbre sagrada del pueblo.

El novio forastero le responde que ni lo ha hecho ni lo piensa hacer, ya que esa costumbre será para los mozos de Fondón, pero no para él que es de otro pueblo.

Ante su tono de desprecio, los jóvenes de la placeta se acercaron a él y le dijeron que en Fondón al que tenía tan malos modales acostumbraban a darle un baño para ver si así se lavaba su mala leche y el agua le limpiaba su soberbia. Seguidamente lo metieron varias veces en el pilar en que bebían las bestias, y, ya bien remojado, lo dejaron irse a su pueblo.

El novio forastero no volvió más. Abandonó su empeño y a su novia. Nunca más se supo de él. Siempre se tuvo la esperanza de que además de superar el baño a lo largo del camino, no sólo mantuviera bien su salud, sino que se rebajara también su soberbia.

La joven novia quedó compuesta, pero sin novio. Los pretendientes que tenía del pueblo se desinflaron de amor, y durante muchos años paseó su buen garbo, y su buena fama de mujer, dentro de una soltería tan elegante como perpetua. Dicen, que ya más madura, se casó en el pueblo.

Viene bien aquí la letra de un cante que se usaba, quizás, quien sabe, por esta historia:

*Eres alta y buena moza,  
pero no presumas tanto,  
que también las buenas mozas  
se quedan "pa vestir Santos"*

## LOS QUE HICIERON EL HOYO

Amanecía un día frío de invierno. Era muy temprano, apenas empezaban a salir las primeras luces. El aire cortaba la cara y se metía en el cuerpo, la escarcha alfombraba el campo. Apenas se veían salir de algunas chimeneas el humo intenso que dejaba ver el inicio de las lumbres en las cocinas de las casas. Había un silencio total. El vecindario aún no había salido a la calle. Todo estaba tranquilo, no existían signos de actividad alguna. Unos dormían y otros, ya despiertos, estaban refugiados en sus casas. Solo se oían y veían algunas urracas que desafiando al clima volaban y cantaban muy satisfechas. Todo era quietud.

En la plaza del pueblo, aterrados de frío, esperaban refugiados en la pared de una esquina, dos jóvenes mal abrigados. Dentro de unos instantes se uniría a ellos otro. Iban a intentar cazar en los montes más cercanos al pueblo y había que estar allí muy al principio de la mañana.

Por una de las esquinas ven aparecer dos hombres. Cuando están más próximos los reconocen. Son otros dos jóvenes hermanos que llevan sobre sus hombros un pico, una pala y alguna espuerta de esparto. Van llorando y andando deprisa. Los abordan, los saludan y les preguntan por qué lloran y a dónde se dirigen a esa hora. Les responden que van al cementerio para *abrir el hoyo* y poder enterrar luego a su padre. Había muerto esa noche y pensaban que el entierro sería ya al final de día.

En Fondón no había enterrador. El cementerio era de la Hermandad de las Ánimas Benditas, y cada vez que moría algún vecino, los familiares y allegados tenían que excavar *el hoyo* y luego proceder al entierro. Hacer esto, así como trasladar a hombros el cadáver, era un signo de afecto y amistad hacia el difunto y su familia. Se consideraba un privilegio poder realizar esta muestra suprema de amor y proximidad hacia las personas. Eso no evitaba que fuera un trabajo muy duro y cargado de emociones fuertes. Nadie estaba acostumbrado a trabajar en el cementerio. A veces se encontraban con restos de otros familiares y amigos, se vivían momentos de tensión y de sentimientos estremecedores. Luego, todo esto, se reproducía más tarde, cuando había que introducir el cadáver en la fosa, cubrirlo de tierra y colocarle la cruz con el nombre. Es decir, hacer el entierro.

Los que esperaban para ir al monte, no dejaron que continuaran su camino los dos hijos del difunto. Los convencieron para que volvieran a su casa a estar con su familia y se ofrecieron a ser ellos los que tuvieran el honor de hacer ese trabajo. Los dos hermanos se volvieron a su casa muy agradecidos.

Al poco llegó el tercero que faltaba, al que estaban esperando, y le informaron de lo ocurrido. Los tres se fueron a coger herramientas, y llegar luego al cementerio. Cambiaron la caza en el monte por este trabajo tan desagradable como caritativo.

Dado el frío intenso y lo duro de picar entre las tumbas, en las que había muchos familiares y amigos, acordaron ir provistos de una buena dosis de aguardiente para combatir los tiritones del frío y el ambiente tenso y lleno de emociones que se encontrarían allí. Compraron un litro de aguardiente en una taberna que ya estaba abierta, tomaron las herramientas y se fueron al cementerio. En aquel lugar no apetecía llevar comida, no les entraría en el cuerpo, sólo bebida y fuerte, como el aguardiente, que no sólo daba calor de calefacción intensa sino que también reducía la tensión del momento.

Así nuestros tres seráficos amigos llegaron al cementerio y comenzaron su tarea. Dado que eran tres, calculaban que el trabajo lo tendrían terminado a media mañana. Luego la realidad es que se les fue más de medio día.

Comenzaron a picar después de visitar y recordar allí, tumba por tumba, a todos y cada uno de sus familiares y allegados, y a otros conocidos del pueblo. Rememorar y comentar en cada caso las vivencias que recordaban de cada uno, que eran muchas, y rezar por ellos.

El trabajo era duro, desagradable y el clima apretaba con el frío. El día estaba gris, amenazaba lluvia. Todas estas circunstancias tan adversas se remediaban con un trago. La botella de aguardiente, al ser el único y eficaz remedio, recorría por las bocas de los tres muchachos sin parar. Al final terminaron su trabajo, pero también hasta el último trago de tan seguro y líquido consuelo. Ya no había trabajo, tampoco aguardiente y aún menos fuerzas para salir del cementerio y volver a sus casas.

Al final el hoyo lo abrieron, pero el aguardiente les ayudó tanto que terminaron los tres tendidos junto a su obra, dormidos en el más puro sueño de su borrachera.

Más tarde vinieron algunos a verlos, unos con la intención de ayudarles, y otros para agradecerles su gesto. Todos se encontraron muy sorprendidos al encontrarlos con el hoyo abierto, perfectamente abierto, pero totalmente borrachos y tendidos en el suelo del cementerio.

Tuvieron que ser conducidos cada uno a su casa a hombros de otros amigos y paisanos. No pudieron ellos enterrar luego al muerto, esto lo tuvieron que hacer otros. Ellos durmieron su borrachera de aguardiente durante más de veinticuatro horas en sus casas.

En el ambiente del pueblo, en aquellos tiempos, no era nada extraño tener que dormir una *mona* así. En este caso estaba más que justificada, las circunstancias lo imponían. Había que quitar de encima el frío intenso y la carga de emoción de tal trabajo. El aguardiente era, una vez más, el remedio universal para tantos males y problemas, y en este caso no había otra alternativa.

Días después, ya con sus fuerzas restablecidas, los hijos y viuda del difunto fueron a dar las gracias a cada uno de ellos. Cuentan que de por vida, incluso los descendientes, guardaron siempre un profundo y recordado testimonio de gratitud por aquel gesto de generosidad y grandeza. También el aguardiente cumplió su función.

## FANTASMAS, CARPANTAS Y MARTINICOS

Las noches eran extremadamente negras cuando no había luna. Las calles carecían entonces de alumbrado público. No existía aún la luz eléctrica. Sólo en las noches de luna se iluminaba todo con ese resplandor intenso y natural que viene del cielo. No existía más alumbrado público que el resplandor de la luna y cuando no la había, todo eran tinieblas.

En las tinieblas de la noche no había más auxilio que un farol. En los tiempos más antiguos eran de aceite o de velas, luego vinieron los de petróleo y los carburos, tan usados y eficaces en las minas.

La luz eléctrica vino ya en la modernidad, cuando en Laujar de Andarax construyeron *La Fabriquilla de la Luz*, que aprovechando un salto de agua producía corriente eléctrica, en tan escasa cantidad que sólo podía abastecer las necesidades de los pueblos limítrofes, y racionando con *limitadores* el consumo máximo permitido, para que la escasa cantidad de corriente eléctrica pudiera alcanzar a todos los consumidores. Se iluminaron entonces las calles con unas bombillas tan débiles que eran semejantes a un ascua puesta sobre un palo. Era más una esperanza de luz que un foco. Claro que menos era nada, y aunque tan pobre, resultaba siempre mejor que la total oscuridad. En las casas sólo se podían tener una o dos bombillas, que adosadas a un cable largo se llevaban en mano de una habitación a otra, a modo de linterna, y se *colgaban* estratégicamente en alguna púa o gancho, ya especialmente preparado para este fin.

Los candiles de aceite y los faroles de mano fueron parte de la vida del pueblo hasta bien entrado el siglo XX. En las calles cuando no había luna fueron la única luz, que apenas alumbraba el paso del que portaba el farol.

La Fabriquilla sucumbió al avance técnico. Resistió como pudo muchos años, pero al final fue comprada y absorbida por una empresa hidroeléctrica más grande. Después de años de soledad y abandono de sus instalaciones al pie del río, fueron aprovechadas para convertirlas en un restaurante.

Las tinieblas de las noches sin luna daban miedo. La gente no salía de sus casas, salvo que tuvieran que ir a regar o les impulsara una ne-

cesidad inaplazable, como era llamar al médico o pedir auxilio. Sólo los mozos más desocupados y holgazanes se permitían deambular por las calles a media noche. Estaba muy mal visto estar a esas horas en las calles, salvo que existiera alguna justificación muy clara, como era celebrar la víspera de algún santo muy aclamado o la inmediata incorporación a filas del grupo de mozos que partían para hacer el servicio militar. Estar en la calle a media noche era signo de no querer trabajar al día siguiente y presagio de posibles borracheras y bromas de mal gusto.

Esta soledad de las calles, desiertas y sin luz, daban lugar a leyendas que aumentaban más el miedo a salir de noche. Existía la creencia generalizada de que salían a esas horas, a veces, las Ánimas, y sobre todo fantasmas, carpantas y martinicos. Se citaba siempre como prueba a las personas que afirmaban que los habían visto y hasta había quienes también aseguraban con firmeza que habían sido perseguidos por ellos. En la noche, sólo dentro de las casas, y con la puerta muy bien atrancada, era el lugar en el que se podía estar seguro. En la calle llena de soledad y tinieblas existía el peligro. Las ventanas y balcones debían estar bien cerrados, sobre todo en invierno, se podían colar todos estos espíritus que habitaban las calles y los campos a esas horas tenebrosas.

Los *fantasmas* habitaban dentro del pueblo. Se afirmaba sin vacilación que los habían visto vestidos de túnicas blancas cruzar a toda velocidad de unas esquinas a otras, luego se perdían en las tinieblas subiendo o bajando las calles. Nunca llegando a molestar ni atacar a las personas, ni siquiera se habían aproximado a ellas. Siempre se mostraban huidizos. Los que decían haberlos visto, mantenían que eran corpulentos, delgados, casi vaporosos. No se había podido llegar a distinguir sus caras, y en su andar eran muy fugaces. Se les veía siempre por los cruces y esquinas o en los extremos de las plazas para poder huir pronto sin dejar más rastro.

Las *carpantas*, eran otros seres. Iban en grupos. Eran siempre varios, tenían un aspecto más parecido a los humanos. No vestían de blanco, como los fantasmas, eran casi negros sus ropajes, hacían ruido (aunque no mucho) y, a veces, se intentaban aproximar a los que pasaban por la calle. No habían llegado a hacer daño a las personas, pero sí a dar sustos cuando querían abordar a los caminantes. No corrían por las esquinas, salían por ellas y caminaban por las calles con paso parecido al de las personas, a las que les gustaban aproximarse, sin demostrar excesivo interés por ello. No atacaban, pero daban mucho miedo.

Los *martinicos* eran seres muy pequeños, a modo de nomos, iban solos o en grupos, y, dado su escaso tamaño podían entrar por espacios

muy reducidos. Tampoco se les reconoció que hicieran daño, pero sí asustaban también mucho. Algunos vecinos afirmaban que habían llegado a escucharles alguna conversación o advertencia. A los niños se les asustaba con su posible aparición. Se podían colar por ventanas y postigos.

Las *Ánimas Benditas* eran ya otra cosa mucho más seria y sagrada. Sus posibles apariciones se contaban muy escasas y se resolvían rezándoles. Siempre su presencia estaba relacionada con algún tema concreto. La permanente devoción que se les tenía, y su culto fervoroso, hacía que no se les considerara un peligro o amenaza, sino más bien una ayuda. Aún así nadie quería que se les aparecieran, y gustaba más rezarles sin desear ver su presencia física. A ellas se les encomendaban los temas más difíciles, y hasta se les solicitaba que hicieran de despertador cuando alguno se tenía que levantar a una hora exacta y más temprana de lo habitual. Las *Ánimas Benditas* eran sagradas y su culto y devoción estaba siempre dentro de las creencias cristianas. Se les ha dado, y se les da, culto de santos, y se les encomienda temas relacionados con las vidas de las gentes, se les tiene dentro de la fé cristiana, son además como un entorno de total proximidad a cada uno de nosotros. Era, y es, su Hermandad, que ya ha cumplido quinientos años, la que organiza estos cultos, entorno siempre a la Ermita de las *Ánimas*. En Fondón, y en toda la Alpujarra, siempre ha estado latente la devoción a las *Ánimas* y enraizada en las vidas de sus gentes. Las almas de los muertos se han considerado muy cerca de los vivos.

Tanto los *fantasmas* como las *carpantas* tenían vocación urbana. Vivían en el pueblo, entre sus calles y, a veces, hasta podían estar en las puertas de las casas. Los *martinicos* en cambio eran más aficionados a vivir en los huertos, aunque también se colaban en las viviendas. Su entrada preferida eran las azoteas. Muchos afirmaban haberlos visto en ellas en la soledad de las noches y hasta por las escaleras de las casas cuando dejaban huecos abiertos por donde pudieran entrar.

Lo que sí tenían todos ellos en común era la nocturnidad. No se dejaban ver durante el día, siempre buscaban las tinieblas de la noche para manifestar su presencia. Tenían todos también la buena costumbre de no haber hecho daño material a nadie. Sólo asustaban con su aparición, siempre lejana, aprovechando que no era normal que los vecinos sintieran la curiosidad de perseguirlos, salvo una vez, que contaban que uno lleno de valor, bien armado y con una escopeta (entonces de las de *cargar por la boca*) se fue en busca de los *fantasmas*. Según dicen que contaba el valiente Luis Navarro, que así se llamaba, en una noche oscura,

sin luna, los buscó por todo el pueblo. Los vio siempre a lo lejos, pero cuanto más se aproximaba a ellos, más huidizos se hacían. No los pudo ver de cerca y menos entablar con ellos diálogo o disparos. Algunos llegaron a pensar que tal actitud se debía a que siempre pretendían actuar de improviso, por sorpresa, y casi por la espalda, y nunca de frente. Parecía evidente que no usaban armas, y menos de fuego. Tampoco eran vengativos, ya que no entablaron lucha ni castigo alguno con este atrevido vecino que los intentó identificar.

Había lugares del pueblo, según la creencia popular, que resultaban más propicios a tales apariciones. Los cruces de calles eran los más peligrosos, especialmente el de *Las Cuatro Calles*. Los huertos eran también lugares preferidos para los *martinicos*, muy dados a esconderse entre las matas de maíz, bajo las parras y entre las plantas de hortalizas ya crecidas. Contaban que algunos vecinos, con ánimo de gastar bromas, se habían hecho pasar por fantasmas saliendo a la calle con una silla puesta del revés sobre la cabeza cubiertos de sábanas blancas. En las tinieblas de la noche, cruzando por las esquinas más próximas a sus casas, fueron tomados por fantasmas vivientes y reales, pero eran solamente unos fantasmas *de pega*, falsos, impostores. Los fantasmas de verdad eran otros muchos más reales y serio, y más abundantes en su conjunto.

En otra ocasión le tocó a uno regar a media noche, circunstancia nada infrecuente, dados los turnos de riego. Cargado de valor, como siempre, tomó su farol y se fue a la vega para regar sus bancales cuando le llegara el agua. Cuando ya volvía cansado por la faena, vio que una luz más potente que la suya le seguía. Pensó que podían ser las Ánimas que le querían decir algo. Lleno de miedo aceleró el paso con el fin de llegar al pueblo cuanto antes, y, a ser posible meterse en su casa. Pero la luz que le seguía corría más que él y cada vez se acercaba más. El ya tenía algunos años, sus fuerzas estaban muy mermadas por los duros trabajos de las minas y ya su corazón se resentía con los esfuerzos. Llegó un momento en que no pudo correr más, agotado, subiendo una cuesta muy pendiente, se tuvo que tirar al suelo y esperar a que las Ánimas llegaran y le dijeran lo que quisieran. Les rezó y les dijo que no podía huir de ellas y que las esperaba allí para lo que tuvieran a bien decirle. Poco tiempo después llegó la luz que le seguía, era un vecino de los que esperaban el turno de riego que le quería preguntar si ya había terminado de regar. El vecino, muy preocupado, le preguntó qué le pasaba para salir corriendo a tanta velocidad, extrañado a su vez de que corriera hacia el pueblo tan deprisa. Pensando que algo malo le pasaba, intentaba alcanzarlo para tratar de ayudarlo, pero cada vez corría más,

obligándole a él también a incrementar el paso para poder alcanzarlo y hablar con él. Al final lo alcanzó y pudieron hablar.

El hombre, tendido en el suelo, descansó ya al ver a su vecino. Le explicó que le había confundido con las Ánimas Benditas, y lleno de miedo huía con todas sus fuerzas.

Los dos intentaron reponerse de la carrera que se habían dado, y celebraron con alegría, uno que no lo perseguían las Ánimas, y el otro que a su vecino no le había pasado desgracia alguna más que el miedo que se apoderó de él en aquellas circunstancias. El que corría creyendo le perseguían siempre le agradeció a su vecino el deseo de querer ayudarle ante alguna posible dificultad.

Resultaba curioso que en las minas, en las que vivían tantos hombres del pueblo, nunca llegaron allí estos personajes de las tinieblas, y eso que en las minas había tinieblas en abundancia, tanto de día como de noche. Las galerías y los pozos siempre eran negros y llenos de total oscuridad. Pero estos habitantes de la noche, casi invisibles, les gustaba más el pueblo que las minas. No tenían vocación de mineros. Y es que las minas eran tan duras y peligrosas que no resultaban nada atractivas para *fantasmas*, *carpantas* ni *martinicos*. Todos estos seres de la noche, se ve que vivían mucho mejor que los mineros. Aunque entonces en aquellos ambientes no existían discotecas, bares nocturnos ni cubatas, estos misteriosos personajes eran amantes de vivir la noche, no tanto para divertirse solos, que también, sino para asustar a los que a esas horas transitaban por las calles o por el campo. Convivieron con los habitantes del pueblo sin que se declarara la guerra entre unos y otros.



Fondón 1954.  
Plaza de la Fuente Chica. Al fondo de la imagen casa de Doña Clara.  
*C. Guerrero Martín*

## “CACIQUES”, “SEÑORICOS” Y “SEÑORICAS”

Fondón no fue, ni pudo ser zona de terratenientes. El suelo agrícola de alta montaña no daba extensiones enormes para configurar grandes fincas. En el valle del río Andarax, ni en la vega próxima a su cauce, ni en las laderas de las montañas que lo forman, hay suelo nada más que para pequeñas porciones de tierra en forma de terrazas o escalones. Siempre fue así, y así siguió desde el Repartimiento, las explotaciones agrícolas se han hecho en pequeñas parcelas, escalonadas unas sobre otras, salvando las diferencias de nivel con muros de piedras, sobrepuestas unas sobre otras sin argamasa alguna. En las zonas de regadío, el nombre de *bancales* para las más pequeñas, y *hazas* para las más grandes. En las laderas secas de las faldas de las montañas *secanos* para siembra, almendro, olivar y viñas. Sin más aporte de agua que la lluvia y la nieve.

La vega se configuró siempre en forma de terrazas, como si fueran escalones, que partidos en *bancales*, iban trazando un mosaico inmenso de parcelas, caminos y acequias, hasta llegar al lecho del río. Allí unas tupidas y continuas cortinas de álamos y chopos formaban como una muralla verde que seguía el curso de las aguas. Su entramado de raíces y la resistencia de sus múltiples troncos, a modo de columnas, se encargaban de frenar la fuerza de las aguas en las grandes avenidas, y servían de muralla protectora de las tierras de cultivo más cercanas a la orilla de las aguas del río, siempre más expuestas a los peligros de las crecidas, tan frecuentes a lo largo de los años.

Los *bancales* eran de pequeña superficie. Los más grandes, llamados *hazas* eran muy apreciados no sólo por su extensión sino también por la buena situación que tenían dentro del conjunto de aquel tablero de parcelas. Los caminos de acceso, la posibilidad de riego y la calidad de la tierra, eran factores que le daban un especial valor a cada suelo.

En las laderas de las montañas las zonas cultivables componían otros terrenos también de gran aprecio, aún cuando fueran de secano. Los cereales, especialmente el trigo, la cebada y la avena, así como las leguminosas, garbanzos y lentejas, eran básicos en la economía de las familias. En esta zona se cultivaron, además de esto productos, olivos, almendros, viñas y forraje para los animales. Quienes tenían algún secano estaban muy contentos por cuanto con él podrían meter en su despensa.

Había que aprovechar todo el suelo. El trozo que admitiera la posibilidad de poder criar alguna planta, aún cuando fuera de un sólo árbol, se aprovechaba al máximo. El fruto, por mínimo que fuera, compensaba el esfuerzo en una economía pobre y de subsistencia. Así, de esta forma, cualquier palmo de tierra se encontraría cultivado.

Los montes ofrecían otros atractivos añadidos, no menos valiosos: los pastos, la leña y la caza. En su mayor parte eran comunales, y dada la importancia que tenían para la vida de sus habitantes, estaban cuidados con esmero por toda la población. Vamos, que en aquellos tiempos no se daban los incendios forestales que tan frecuentes se producen ahora. Daba tanto el monte que su cuidado estaba asumido por todos como si se tratara de algo suyo. La leña, la caza, los pastos, los proporcionaban los montes, que resultaban vitales para toda la gente.

La propiedad de la tierra estaba muy atomizada. Había ricos, claro que sí, que acumulaban más cantidad de suelo, y frecuentemente el más fértil, y el resto de los mortales, entre los que aparecían desde los que no tenían nada suyo y todo era a renta, hasta los que poseían un patrimonio agrario más o menos grande, predominando los más pequeños y humildes, con extensiones que escasamente podían alimentar a su familia. La mayoría de las personas estaban obligadas a vivir con recursos muy escasos, alcanzados con múltiples esfuerzos y privaciones. Muchos estaban obligados a completar su agricultura escasa con las minas, con otras tierras a renta o con jornales ocasionales.

Otro factor negativo era que el que cultivaba la tierra no tenía sus bancales cercanos entre sí, lo que le obligaba a grandes desplazamientos de unos a otros lugares, gastando en esto muchas energías y mucho tiempo. Más aún si pensamos que las faenas del campo se hacían siempre *a mano* (siembra, recolección, arado, preparación de la tierra, recogida de frutos, etc), y que los acarreos se tenían que hacer a lomo de caballerías, lo que suponía que el ir y venir fuera un trabajo añadido tan inevitable y penoso como poco productivo. Deambular por los caminos era inevitable y consumía tiempo y energías muy considerables.

La escasa superficie a cultivar por cada familia, así como la carencia de la propiedad del suelo, imponía a la mayor parte de ellas realizar una producción para el autoconsumo, y para atender todas las necesidades de la casa tenían que complementar con otro trabajo lo que no les daba su agricultura. Este complemento fue, para la mayoría, el trabajo en las minas. Fondón se compuso durante siglos de agricultores mineros y de mineros agricultores. Tampoco las minas daban para comer por sí solas, era necesario el complemento del arado y el legón.

En este escenario los *señoricos* eran los que dentro de esta pobreza atesoraban mayor cantidad de tierras. Se distinguían por sus propiedades. Vivían en las casas más grandes y confortables del pueblo, casi siempre dotadas de *huerto* unido a la casa. No trabajaban en el campo ni en las minas. Vivían de *sus rentas*. *No necesitaban madrugar*, y vestían y comían mejor que los demás habitantes. Sus tierras las cultivaban ellos con gente *a jornal* y también las daban *a renta*, que se solía pagar una vez al año y en trigo o cebada. También algunos tenían participaciones en alguna mina, fundición o negocios de metales, lo que le añadía un considerable aporte a sus ingresos, sobre todo cuando el viento de las minas sopla a su favor, que tiempos buenos y malos siempre los hubo. Aun también dentro de ellos existieron clases. Los había quienes tenían dinero de verdad y los que lo aparentaban. Unos que atesoraban recursos, otros que revestidos de recuerdos de grandeza y de linaje, ocultaban hasta donde podían hambre y privaciones.

Los *señoricos* tenían un *mozo*. Era un hombre que trabajaba para él con carácter de obrero fijo. Tenía un sueldo. Se ocupaba del cultivo de las tierras de su amo, del cuidado de los animales, hacía los recados, llevaba el agua a la casa con cántaros y caballerías. Como el dueño solía tener algún caballo, hasta, en algunos casos, un carruaje, el mozo ensillaba el caballo, enganchaba el coche y hasta hacía de cochero cuando era menester. Si se preciaba de ser un buen empleado, tenía que ser también confidente de su amo. Soplar le al oído las noticias que captaba, y ser sumamente discreto callando cuanto oían sus oídos y veían sus ojos en la casa de su amo. Se tenía que sentir escudero, muy escudero, de su señor. Reírle las gracias, alabarle sus ocurrencias, silenciar por completo sus pecados, y ser figura de piedra en los encargos más secretos que le fueran encomendados. A cambio gozaría de un sueldo fijo, a veces de una vivienda, y parte de los productos cosechados en las tierras de su jefe, de las que en ocasiones se le dejaba algún cultivo gratis para él. Y sobre todo como retribución añadida, sentirse siempre con la protección y ayuda de la persona poderosa a la que servía.

En algunos casos, menos frecuentes, cuando el patrimonio era más grande y complejo, llegaron a tener un administrador.

Las *señoricas* eran las mujeres de los *señoricos*, pero no siempre, ya que las hubo viudas unas, y solteras otras. Tenían el mismo estatus que sus maridos, pero en femenino. Ellas mantenían siempre como pieza indispensable junto a ellas y a su servicio una o varias *mozas*. Casi siempre mujeres jóvenes y solteras, sin obligaciones familiares que trabajaban en exclusiva para ellas y se ocupaban de las tareas de la casa.

Las más pudientes también disponían de un *mozo* para el cultivo de sus tierras y el cuidado de los animales. En ocasiones era un matrimonio, el marido y la mujer, el que desempeñaba a dúo los papeles de *mozo* y *moza*.

La servidumbre procedía de las familias más pobres del pueblo, y a su vez entre las más relacionadas con la señora que las contrataba. Se entendía además, cuando se trataba de chicas jóvenes, que el tiempo que permaneciera en la casa a la que servía, sería un medio de formación muy valioso, en cuanto que aprendería a gobernar una familia y a realizar las tareas domésticas con mas refinamiento. Los *buenos modales*, que se presumía habría que adquirir, eran una retribución añadida en estos casos. Saber cocinar platos de finas factura, poner una mesa más elegante, planchar, bordar, hacer filigranas de repostería, y sobre todo adquirir hábitos refinados en el trato a los demás, eran el contenido de las enseñanzas, que junto a la comida y el vestido, componían el atractivo, que tenía que compensar el sacrificio de tener que aguantar a la *señorica*, que no siempre la habían enseñado a usar la amabilidad y el trato generoso para las personas que trabajaban a su servicio. Se presumía, como parte importante de la retribución que en tal servicio se tendría segura la comida y poco más.

Era un timbre de gloria para la persona y su familia gozar de la confianza de un poderoso o poderosa y entrar a su servicio. En teoría se aseguraba un sueldo y la comida, que no era poco en tiempos de escasez. Pero tal ilusión no siempre se cumplía ya que algunos no cobraban su retribución completa ni en plazo, y otros no comían tanto como les pedían sus estómagos. Los hubo también tacaños, y algunos con menos recursos de los que aparentaban. En estos casos en lugar de repartir la comida repartían el hambre, ya existente en la casa, entre dueños y sirvientes.

Estas figuras de *opulencia* lo eran así sólo comparadas con los demás vecinos del pueblo. Sus haciendas eran pobres en su cuantía y rentas, solamente aparentaban ser importantes cuando se comparaban con la pobreza que les rodeaba. La extensión de sus tierras era escasa, y la riqueza de su suelo poca, pero era mucho mayor que la de los demás vecinos. La mayoría de los agricultores cultivaban sus tierras *a renta*, es decir, no eran propietarios de las fincas que trabajaban, ellos en cambio si eran propietarios de las tierras que cultivaban o daban a renta. El hombre que tenía alguna tierra en propiedad solía ser de escasa superficie (algunos bancales, pequeño olivar, algunos almendros, secanos, huerto...), y se veía obligado a tener que completar con otras

en arrendamiento o aparcería. Una buena parte de las gentes del pueblo dependían de las tierras dadas a renta. Se daban por un año agrícola. De esta forma los que las tomaban no tenían seguro que las mantuvieran con seguridad al año siguiente. El problema era que eran muchos más los que necesitaban tierras para trabajar que el número de parcelas disponibles para el arriendo. Quienes las daban tenían en sus manos el pan de muchas familias.

Los *señoricos* y *señoricas* se convertían en *caciques* cuando usaban su influencia social para obligar a los demás a que estuvieran al servicio de sus intereses políticos, que coincidían también con sus intereses económicos y personales.

Se dividían entonces, como España entera, en liberales y conservadores. Cada uno quería asegurar junto a su bastón un número de votos, seguro y fiel, que él pudiera ofrecer, sin fallar, al candidato y padrino al que a su vez él servía, y que residía fuera del pueblo. Luego, ganando su partido político en las elecciones, vendría el tiempo de la amistad y el agradecimiento a los pobres que le habían sido fieles en el voto, materializado en favores concretos para ellos y sus familias. Los caciques locales tenían a su vez unos caciques protectores externos, es decir fuera del pueblo. El poder que le añadía el *padrino* político de turno, que vivía en Almería y fuera de aquellos paisajes, multiplicaba el poder del cacique en el municipio, ya que siendo un hombre muy influyente *en las alturas* políticas, situadas fuera del pueblo, sería también temido por unos, y aprovechado por otros, para alcanzar favores más grandes y valiosos. Ya también entonces la política servía a los intereses económicos de algunos de los políticos. Ya estaba inventado lo que se viene usando también ahora en muchos de nuestros pueblos, engancho el voto con el favor personal que recibe el que vota, es decir, la venta del voto a cambio de favores. El mundo es muy viejo y ya está casi todo inventado.

Las tierras que arrendaban y los jornales que daban estaban al servicio de sus intereses. El que les daba el voto tendría el favor, el que se lo negaba encontraría en cambio la puerta de la casa del *señorico* siempre cerrada, hasta podría caerle en la cabeza alguna teja si pasaba cerca y se descuidaba. Es decir, que al considerarlo enemigo político, no sólo no se le haría favor, sino que, si llegaba el caso, le podrían caer múltiples desgracias. Como mínimo quitarle la tierra, si era su aparcerero. El que tenía una tierra a renta, si no votaba lo que le pedía el dueño, sabía que se la quitaría en la sementera siguiente. Algo parecido a lo que ya en nuestro tiempo han supuesto en muchos pueblos el PER y otras ayudas similares. Como vemos, muchas son las cosas que han cambiado, pero

otras lo han hecho relativamente poco. Los favores políticos y las venganzas, han sido gran moneda de cambio en la vida rural. Lo peor es que después de tantos años pueda seguir existiendo aún en nuestro tiempo algún comportamiento parecido en el mundo rural.

Los caciques seguían muy de cerca la vida y milagros de todos y cada uno de los habitantes del pueblo. Cuando querían entrevistarse con alguno, lo *mandaban llamar*. Era una convocatoria muy preocupante porque casi siempre era para reprender, amenazar u obligar. Imponían los nombramientos de las personas que podían influir en sus intereses, como los encargados de la administración del agua de riego (*acequeros*), y procuraban tener en su mano la alcaldía y cualquier otra función que les diera poder y prestigio, poniéndola con frecuencia al servicio de sus intereses.

No eran personas de gran cultura, pero sí de mayores conocimientos que los demás vecinos. Habían ido más tiempo a la escuela, y algunos hasta habían estado estudiando años fuera del pueblo, en Almería o en Granada. A veces estaban suscritos a un periódico, que les llegaba con varios días de retraso en el correo de la diligencia. En aquellos tiempos tener esta información era muy importante. No existía Internet, ni teléfonos, ni radios, ni televisiones, ni telégrafos. No valían las señales de humo y los avisos con espejos y rayos de sol. Entonces un periódico, aunque fuera con días de atraso, era un instrumento valiosísimo y único para estar en contacto con el mundo exterior, para saber qué estaba pasando muy lejos de aquel idílico valle lleno de cultivos y de minas. Así, el sabedor de *las noticias* tenía un plus de ventaja sobre todos los demás, y acrecentaba su figura y poder.

Los caciques dominaban el pueblo, o al menos lo intentaban.

Los mineros vivían en la sierra, se trasladaban con frecuencia a otras provincias para trabajar y por esta distancia física y el carácter de sacrificio y libertad que les imponía su trabajo, fueron siempre los más insusmidos ante ellos. Muchas de las coplas, especialmente hechas para los carnavales, tenían una carga satírica contra los caciques.

Cuentan que una vez uno de estos mineros corría por la calle llevando en la mano una navaja abierta y de grandes dimensiones. Los conocidos lo pararon para preguntarle dónde iba con tal armamento. El respondió que buscaba a uno de estos caciques para ajustarle las cuentas por haber llamado a su hermano *somormujo* y *falso*. Lo convencieron de que ninguna de estas dos palabras eran tan malas como para justificar tal venganza. El, ya convencido del significado real de su contenido añadía: *pero no son tampoco una alabanza, y menos en el tono en que se las dijo a mi hermano*.

En los abusos que a veces cometían estas gentes poderosas, relataban que no fue inusual que cuando alguno, del pueblo, y de su órbita de influencia, compraba en una feria una caballería vistosa, le crearan el compromiso de que se la vendiera. Era costumbre que los aparceros trataran de agasajar al dueño de la tierra regalándole un cesto de los primeros frutos de la temporada, o que estuvieran puntuales para darle los *parabienes*, en unos casos o las *condolencias* en otros. La sumisión, la fidelidad inquebrantable, y la filtración de noticias, informaciones y cuchicheos, era moneda siempre bien aceptada por ellos. La sumisión debía ser total, llegando al servilismo.

Solían ser padrinos de bautismo de los hijos de sus aparceros. En tal caso al bautizado se le ponía el nombre del señor o de la señora, según fuera niño o niña. Así se acrecentaban los lazos de unión y se aseguraban la fidelidad recibida por ellos y los beneficios alcanzados por sus sirvientes y arrendatarios.

Nadie se atrevía a manifestar críticas o censuras contra alguno de estos. Se sabía que pronto, y con la mayor deformación posible, estaría en conocimiento del presunto *ofendido*, y que su reacción sería terrible.

Se permitían, especialmente ellas, las *señoricas*, censurar posibles noviazgos de las personas más próximas a su zona de influencia, aceptando o rechazando novios cuando a su juicio convenían o no a las chicas cuyas familias estaban a su alcance en órdenes y consejos. Así no era nada inusual que más de una de estas poderosas mujeres, siempre alegando el bien de la joven, intentara arreglar o desarreglar futuros matrimonios.

## LA BODEGUILLA DE DON MARIANO

Estaba ya muy avanzado el invierno, los días eran fríos y las tardes cortas. Las hojas de los árboles alfombraban el suelo y movidas por el viento danzaban formando su peculiar ballet. Ya a las afueras del pueblo, en una de sus últimas casas aparecía una de planta baja, grande, de extensa fachada, vieja, con ventanas de barrotes de forja y puerta de madera comida por el sol. Tenía colgado del dintel un gran manojo de sarmientos, señal inequívoca de que allí se vendía vino.

En aquellos tiempos, y hasta bien entrado éstos, los establecimientos de los pueblos no usaban letreros para su identificación. Ponían colgado de la puerta un objeto, el más característico de las cosas que vendían, y esa imagen para anunciar el contenido del negocio, valía más que mil palabras. Así un inmenso par de *alpargatas* delataba que allí había una alpargatería. Un pan colgado de la puerta anunciaba que allí vendían pan. Un manojo de escobas delataba que allí las vendían, las ristras de ajos y pimientos secos anunciaban la tienda de comestibles, y un gran manojo de sarmientos era sin duda un lugar donde vendían vino. Allí estaba la bodeguilla de Don Mariano, anunciada bajo un rótulo comercial sin palabras, pero con una fuerza plástica incuestionable. Era la publicidad de aquella época, y, como vemos, barata y eficiente.

La bodeguilla era una estancia amplia, llena de toneles y salpicada de algunas mesas, cada de un modelo diferente, todas repletas de historia, y algunas banquetas de madera, con no menos años. Esteras de esparto, ya muy usadas, con más pisadas en su cuerpo que las piedras de una calzada romana, estereras que antes de este destino, cuando jóvenes, fueron *seretas* de almazara. Ahora no valían ya para hacer aceite, y habían quedado para que las pisaran, y así pudieran calentar sus pies de alpargatas, doloridos por el frío de la calle, los que entraban a beber vino.

Don Mariano, el dueño, era un hombre de carácter abierto y agradable. De fácil palabra, generoso y educado. Estaba ya cargado de años, pero aún conservaba su lucidez plena y su memoria a prueba de grandes y múltiples recuerdos. Era un hombre que había vivido muchas aventuras, que luego se recreaba contándolas, reviviendo las escenas y los pasajes con los valores de un gran actor. Volvía a dar vida a sus relatos, a sus muchos y atractivos relatos que decía haber incorporado a

su vida a lo largo de un extenso caminar. Su *Don*, antepuesto a su nombre, lo debía a su pasado. Era de antepasados ricos, pero él ya venido a pobre. Las riquezas de sus padres y abuelos ya eran sólo recuerdo. Él no tenía más que aquella bodega, pequeña, vieja y destartada, y una viña, que era su única riqueza. Los recuerdos de grandeza familiar y los muy escasos recursos económicos que tenía, se unían al hambre. Su dignidad familiar y las muy escasas posibilidades económicas no le restaban nada a su porte limpio y amable, así como a su carácter abierto, expansivo y generoso. Su dignidad estaba muy por encima de aquellas circunstancias. La hidalguía y serenidad ante sus pocos recursos le daban un semblante austero y a la vez alegre y educado. Su único medio de vida era convertir sus uvas en vino, luego venderlo en su bodega, y con esa escasa renta intentar vivir todo el año.

Los jóvenes del pueblo acudían buscando aquel refugio en las horas de asueto. Por poco dinero gozaban de una jarra de vino, o de *zurrache*, de algunas almendras fritas, y sobre todo de la conversación de Don Mariano. Fue a modo de antecedente de los *cafés teatro* de nuestro tiempo. El vino y las almendras estaban adornados por los relatos, siempre vivos, que él escenificaba. Los toneles viejos y las paredes también cargadas de años con sus techos de cañas, completaban el abrigo. Allí todo era divertido en aquella mezcla de vino y de teatro.

Las familias iban a por un *cuartillo* de vino para apañar la comida del campo. Por las tardes-noches se congregaban allí algunos grupos de jóvenes que con frío en el cuerpo, escaso dinero en los bolsillos, y muchas ganas de diversión, acudían en busca de Don Mariano para que junto a la jarrilla de vino les contara aventuras de su vida pasada, tan llena de vivencias, bien adornadas ahora por su rica imaginación. El vino, el calor y el espectáculo estaban seguros y además costaban muy poco.

Don Mariano no se mostraba como un tabernero, era impropio de su *clase*, y además su estilo personal no encajaba con tal figura. Tampoco era un *comerciante* que tuviera un negocio haciendo a diario el balance caja-resultados, era un noble bohemio que sabía convertir en vino las uvas de su viña, que luego lo vendía para vivir, pero siempre lleno de su impronta personal. Su vino era una proyección más de su persona, quizá la más importante ya a sus años. El vino solo no era nada, o casi nada, y lo era todo cuando en él se añadían retazos de su vida pasada, hazañas, aventuras, triunfos y fracasos, esparcidos todos a lo largo de sus extensos años de vida y a su incansable caminar por tantos rincones de la geografía de España.

Había estado en las guerras carlistas, luchó en las tropas isabelinas y fue superviviente de varias batallas. Emigró luego a Cuba, y luego, tras

recorrer muchos lugares, volvió a su pueblo, buscando el amparo de su pasado y el abrazo con el recuerdo de su tierra inolvidable. Después de tanto recorrido y de tanto vivir, sólo le quedaron los recuerdos, los muchos recuerdos de su extensa y variada vida, y su viña, que cuidaba con esmero para transformar sus uvas en un vino del que siempre se sintió orgulloso. Junto al vino, su obra de artesano bodeguero, ponía también su vida, que al mismo tiempo habría que beberla a tragos cortos para saborear ambos a pleno placer.

La bodega era un local amplio y cerrado, con escasas ventanas y altas, suelos de piedra y techos de maderos de pino sujetando cañizos enlucidos de yeso. Las paredes, más viejas que su dueño, estaban rodeadas de toneles panzudos subidos en grandes tacos de madera que los elevaban del suelo. Algunas piletas, unas de barro y otras de madera, intentaban recoger las posibles gotas de vino que pudieran salir de sus grifos, cerrados y mudos. El olor a madera cargada de vino, mosto, y tiempo, se masticaba en el ambiente. Unas mesas desiguales, y de maderas muy viejas, eran testigos de tiempos remotos. Una hilera de bancos sin respaldo completaba el centro del local, con algunas sillas de cerezo con asientos de aneas. En una repisa desvencijada se alojaba una colección de jarros de barro muy desgastados, algunos vasos, y unas medidas de latón. Debajo, una cantarera con seis cántaros de barro, una mesa matancera y un lebrillo para fregar los vasos. Unas cuantas tinajas de tamaño mediano contenían las cosas de comer, es decir las *tapas*, para acompañar los tragos de vino. Eran aceitunas, aliñadas por él, almendras fritas, nueces, y a veces garbanzos tostados. Cerraba el local una puerta desvencijada de dos hojas, vieja y desgastada por los años, con cerradura de fragua y una llave grande, colgada de un clavo en la pared. Antiguas seretas de almazara alfombraban el suelo para hacerlo más caliente en los días de frío.

Al caer la tarde, ya en las primeras sombras de la noche, acudían en grupos muchachos del pueblo, llenos de alegría y alborozo, rodeaban las mesas, pedían una jarra de vino, y al poco tiempo solicitaban que Don Mariano se uniera a ellos y les contara historias de su vida. Entonces, el educado y amable señor entraba en escena, y quedándose de pie junto a la mesa, escenificaba la historia.

Aquellas escenas quedaron grabadas en la memoria de los jóvenes del pueblo, que luego las repetían una y otra vez en referencia al personaje que las protagonizaba y las contaba. El extraordinario actor que era y la cantidad de historias tremendas que guardaba en su repertorio aseguraban el éxito de la función cada día.

Decía Don Mariano que un soldado que iba caminando pasó por un lugar en el que un hombre daba los avisos a los demás subido en la torre de la iglesia, teniendo que dar unas voces muy grandes, al tiempo que los que le escuchaban debían guardar total silencio para oír bien lo que les decía. A veces llegaban mal los mensajes, y por las noches eran imposibles estas comunicaciones. Ante tal desatino el soldado les aconsejó que en la torre pusieran campanas, al menos hechas con un trozo de hierro colgado de unas cadenas, y que con toques y repiques fueran dando las noticias y mensajes a la población a cualquier hora del día o de la noche, incluso con mal tiempo. Así los mensajes a transmitir llegarían a todos, muy fácilmente, sin errores, y también aunque tuvieran que ser de noche.

Hicieron caso al soldado y pusieron campanas con barras de hierro colgadas de la torre, golpeándolas con otro hierro, creando distintos toques para cada aviso. Viendo el avance tecnológico que les reportó, lo consideraron un hombre muy sabio, y también gozó de grandes y continuas muestras de agradecimiento.

Siguió su caminar.

En otra ocasión contaba, que al volver de la guerra, se paró en una venta del camino. No tenía dinero, pero una Ordenanza dada por Su Majestad Carlos III ordenaba que *a los soldados se les diera techo, asiento en la lumbre para calentarse, pan y sal*. No prohibía la ordenanza que se le diere algo más, por ejemplo algo para comer. De todas formas estaban al servicio de la Corona, lo que equivalía a estar también al servicio de todos los habitantes del reino, y qué menos agradecimiento que darle también un *plato de comida* al que iba de paso. Pero como casi nadie daba alguna cosa sin recibir otra a cambio, le pidieron que hiciera varios encargos, dada su condición de combatiente experto.

Uno fue la de enseñar al ventero y a sus hijos a manejar con soltura las armas de fuego, incluidas las de cargar por la boca, trabucos y escopetas, así como a usar la bayoneta en distancias cortas.

Puesto manos a la obra, lo enseñó con tal destreza, que entusiasmó a una de las hijas del matrimonio. La chica, empezando a sentir cariño hacia el soldado, pidió a sus padres que le dejaran continuar allí más días, a fin de afianzar mejor sus enseñanzas. Él, como soldado licenciado y caminante, tenía mucho interés por llegar a su casa, pero tampoco despreciaba aquel descanso en el trayecto, y más aún sintiendo la atracción que causaba a la joven ventera.

Eran ya días de primavera, largos de luz del sol, llenos de flores los campos, y de perfumes múltiples en el aire. El enseñó cuanto supo,

ayudó a la familia, pero no se pudo quedar. Y contaba que al partir, en la despedida, la joven con lágrimas en los ojos y a escondidas le dio un pañuelo de seda blanco, lo besó muchas veces, y le dijo:

- *Lleva este pañuelo contigo, y con él mis besos, ponlo siempre muy cerca de tu corazón y acuérdate de que con él estará mi cariño hacia ti.*

Contaba también Don Mariano que una vez le tocó vigilar a unos prisioneros carlistas. Se entabló pronto conversación entre unos y otros, y los prisioneros le decían que la reina por la que luchaban los isabelinos era muy puta. Él se extrañaba de que tal afirmación pudiera ser verdad, ya que no podía concebir en su cabeza que una reina pudiera ser puta. El creía firmemente que los reyes y las reinas eran siempre personas en las que no cabía más que la virtud, y entendía que tan grave acusación era una calumnia de los soldados enemigos. De todas formas, pensaba, que cuando *el río suena...*, y se dedicó a preguntar, a quien le ofrecía más confianza, si estas acusaciones podrían tener algo de certeza. Aún así siempre las consideró una infamia lanzada por los enemigos.

Contaban, según Don Mariano, que había un rey casado con una mujer muy guapa. La belleza de la reina era más que notoria, y había traspasado con creces los límites fronterizos de su reino. Era, además de guapa, sumamente dulce, cariñosa e inteligente. Vamos, una verdadera maravilla de mujer y esposa.

El más allegado de los secretarios del rey, se enteró un día de que el monarca se estaba *entendiendo* amorosamente con una de las asistentes de la reina, a la que, naturalmente y con el mayor disimulo, la estaba traicionando *poniéndole los cuernos*. Esta atrevida y traidora mujer que se acostaba con el rey, era más bien fea, de modales bastos, aunque de formas femeninas atractivas, y, sobre todo, sumamente ambiciosa.

El secretario del rey, valiéndose de la confianza que tenía con su jefe, e impulsado por el cariño que sentía por el matrimonio regio, con tono tan amable como respetuoso le dijo un día:

- *Majestad, no puedo entender cómo siendo la reina como es, le puede gustar a Vd., acostarse con esa chica, mucho más fea y de modales poco atractivos.*

El rey le respondió:

- *Te daré la respuesta cuando pasen muchos días.*

El monarca ordenó a continuación que a este secretario suyo sólo le dieran de comer jamón del más exquisito que hubiera en palacio, vamos un equivalente a un cinco jotas. Pero solamente jamón, y ningún otro alimento.

Pasados varios meses con tan singular y buena comida, el secretario le dijo al rey:

- *Majestad, le suplico que, aún cuando fuera por una vez, disponga que me den para comer un plato de potaje.*

En ese momento el rey le respondió:

- *Te lo concedo. Vas a poder comer un plato de potaje. Y ahora comprenderás por qué yo me acuesto alguna vez con esa otra mujer.*

Entre los muchos cuentos, historias, anécdotas y escenificaciones que hacía Don Mariano a su asidua clientela, las más sabrosas y divertidas las reiteraba una y otra vez a requerimiento de su distinguido público.

Uno de estos relatos, que repetía con frecuencia, era la creencia ancestral de que nunca se podría ir a llenar agua a la fuente a media noche porque era muy comentado y conocido desde antiguo que existían unos encantamientos por los que durante las noches, muy especialmente las sin luna, cuando estaban llenando el cántaro, les aparecían unas figuras que se le aproximaban con intención de darles un abrazo. Eran un hombre y una mujer los que se aparecían. Los que habían pasado por esta experiencia, y los habían visto, describían a la mujer como de mediana edad, buen cuerpo, bien vestida, cubriendo su cabeza con un pañuelo artísticamente puesto. El hombre era un señor mayor, esbelto, también muy bien vestido con ropas muy antiguas. Ambos caminaban despacio, sus apariciones eran de repente y desaparecían como si se disolvieran en la obscuridad. No llegaron a entablar conversación alguna, ni por tanto a poder saber quienes eran y qué querían, pero su presencia, solo su presencia, daba ya el susto suficiente para evitarlos. No había que ir a por agua a la fuente, a ninguna de las fuentes del pueblo, a media noche, cualquiera que lo hiciera se podría encontrar con estas sorpresas tan desagradables y peligrosas.

Otra historia que contaba reiteradas veces era la de un joven de carácter raro y extraño que se enamoró al máximo de una moza. Soñaba con ella de noche y de día y permanecía continuamente viviendo en su recuerdo, sin que tal embeleso le dejara hacer o pensar en otra cosa. La idealizaba hasta convertirla en un sueño que le quitaba la vida. Pero era tan tímido que no fue capaz de manifestarle a la muchacha nada del fuego que sentía por ella. A malas penas los padres y hermanos de este joven pudieron adivinar el motivo por el que estuviera tan ausente y sin juicio. Este amor tan intenso que sentía, era para él inconfesable, y no se lo contaba a nadie, y, por supuesto, tampoco a la muchacha.

Esta joven era hija de un matrimonio del pueblo, lleno de chiquillos, que como tantos otros pasaba muchas estrecheces, a los que sus recursos difícilmente llegaban a cubrir las necesidades más vitales, es decir, les resultaba imposible comer y vestir. Para salir de tanto apuro económico,

pensaron que emigrando a otro país podrían solucionar su vida y las de sus hijos. Allí en el pueblo no tenían esperanzas de mejorar ni de que sus hijos encontraran un futuro con posibilidades atractivas. Y así, como tantos otros paisanos, pensaron en emigrar y se fueron a Cuba. En aquellos tiempos el salto hasta América era una aventura tan grande y tan costosa, que suponía una despedida para siempre, una muerte en vida, como así decían. Los que se iban allí, lo hacían convencidos de que nunca más podrían volver. No existían los medios de transporte actuales, y una aventura así sólo se podía hacer una vez en la vida, y además sólo saldría bien teniendo mucha suerte. Eran siempre los más aventureros y osados los que para emigrar proyectaban entonces dar un salto tan grande y tan lleno de peligros, incertidumbres, problemas e inseguro. No tenía más punto de apoyo esta familia que el contacto con unos parientes que se fueron años antes, con los que tampoco les unía una comunicación segura y fluida, dados los medios de aquella época.

Con harto dolor de todos los familiares y parientes, la aventurera familia vendió todo lo poco que tenía y se embarcó en esta empresa, sabiendo bien que era muy posible que no pudieran llegar a tal destino y se tuvieran que quedar en otro lugar. Al joven enamorado le entró en su cuerpo tal tristeza que poco después se volvió loco, aún más loco. No era peligroso, ya que no era violento en modo alguno. Era una persona tan encerrada en él, que no mantenía conversación alguna, vivía aislado en sus sentimientos, y caminaba en solitario hablando consigo mismo. Contaban que todos los días lo veían caminar hacia el río, y allí, una vez en la orilla del agua, se sentaba en una peña y, mirando el curso de la corriente, pasaba horas sin apartar su mirada del curso del agua en su corriente. De vez en cuando soltaba algunas hojas sobre la lámina de agua, y se extasiaba mirando cómo la corriente la llevaba arrastrando a gran velocidad río abajo. A veces tiraba flores de las orillas con esta misma intención. Sus familiares decían que hacía esto porque sabiendo él que el agua del río llegaría a perderse en el mar, pensaba él que estos mensajes que confiaba al río podrían llegar algún día a llevarles a esta chica el sentimiento de amor tan grande que sentía por ella. Y así un día tras otro desde la orilla enviaba mensajes de amor a su joven amada, con la esperanza de que alguno pudiera llegar a llevarle los sentimientos que cargaba en las hojas y flores que iba poniendo en el río.

Don Mariano escenificaba sus relatos con una maestría total. Sus grandes dotes de actor hacían a su vez que le gustara llegar a la exageración sin límites, incluso cayendo en lo absurdo. En esos terrenos, que entraba a veces en lo irreal y esperpéntico, estaba también parte de su

gracia. Su interpretación magnífica y la trama humorística de los relatos que componía, hacían que el vino quedara en un segundo lugar en el orden de los atractivos que allí había: el espectáculo, el vino y el abrigo frente al mal tiempo.

Una vez caminando por el monte, en compañía de otros amigos, también andarines, llevaban el estómago tan vacío que a penas si podían continuar. Divisaron un amplio cortijo en el horizonte, en la falda de un valle, y vieron en tal estampa la solución a su hambre. Con grandes dificultades, y salvando el peligro de los perros, se pudieron acercar a la puerta del amplio cortijo, donde les esperaba un hombre de cierta edad que debería ser su dueño. Tras los saludos del encuentro, le explicaron que iban de paso, que llevaban muchas horas sin comer y que le pedían algunos alimentos, ofreciéndose ellos en compensación a realizar algún trabajo puntual en beneficio del cortijo.

El hombre escuchó la petición poniendo cara cada vez más contrariada a medida que le daban noticia del hambre que llevaban dentro. Su respuesta fue una negativa seca, aduciendo que en el cortijo no tenía comida ni para él.

Comprendiendo ellos la mentira que les contaba, siguieron ofreciéndole trabajos a cambio de comida, en tanto él (Don Mariano) se aproximaba a una escopeta que tenía colgada de la pared, delatando intenciones de cogerla e intimidar así al dueño. El dueño comprendió las ideas, y se convenció del poder que tiene el hambre, impulsando al que la padece y se encuentra en estado de necesidad extrema, así como el poder superior que tienen varios sobre uno. Sintió una mezcla de miedo y compasión, y decidió firmar la paz y darles de comer.

Sin más dilación, sacó una sartén, una alcuza de aceite y un celemín de harina, y les propuso hacer unas migas. Mientras él hacía la comida ellos barrieron el cortijo, limpiaron los alrededores, cortaron y apilaron leña, e intentaron cavar una parata que había junto a la puerta. Luego comieron en armonía, le contaron de dónde eran y dónde iban, y al final se despidieron agradecidos y continuaron su viaje por los caminos de la sierra.

Don Mariano había estado en Cuba. Allí emigró algún tiempo, donde trabajó en el campo, regentó un bar cerca de La Habana, y luego pudo volver a su tierra con algunos ahorros. El viaje, tanto de ida como de vuelta, fue una aventura interminable. Salvó la vida en los trayectos de forma milagrosa. El afirmaba que fue la Divina Providencia la que lo salvó de la muerte en muchas ocasiones. Contaba las travesías en el barco como interminables cadenas de riesgos uno tras otro. De su estancia en la isla tenía un repertorio inagotable de vivencias, cuál de ellas más apasionante.

Otro día les contaba:

Una vez se juntaron varios paisanos y proyectaron hacer unas *sopas blancas* para celebrar el encuentro. Cuando empezaron a juntar los ingredientes indispensables para hacerlas, se dieron cuenta que no tenían aceite, ni ajos, ni cominos, ni pan, sólo tenían una fuente, un perol de barro, y mucha, muchísima hambre. Entonces hicieron la letra de una copla que decía:

*Si tuviéramos aceite,  
Ajos, cominos y sal,  
Aviaríamos unas sopas,  
Pero, ¡sí nos falta el pan!*

Y otra que cantaba:

*Hágame usted una escopeta,  
De longaniza el cañón,  
De pan blanco la baqueta  
Y el cargador de jamón*

La bodeguilla era también lugar de canto. Allí nacían y se cantaban muchas de las coplas que luego se cantarían en los carnavales, y múltiples cantes de las minas. También animados por las dotes escénicas de Don Mariano, se lanzaban al relato teatralizado muchos jóvenes que relataban anécdotas de sus trabajos en las minas y en el monte. También se cantaban coplas de las que tanto se usaba, no solo en fiestas, sino también como acompañamiento en todos los trabajos, especialmente en los más duros. Aquí va alguna:

*De orden del capataz  
Al que se mee en esa esquina  
Se expulsará de la mina,  
Se le bajará el jornal  
Y cortarán su gurrina*

*Deja que cobre en la mina  
Que te compraré un refajo  
Que te asomen por debajo  
Tres cuartos de muselina*

## DON ENRIQUE DOTE

Una casa muy grande y señorial a la entrada del pueblo aparecía ante el visitante. La grandiosidad de su presencia y la belleza de su trazo ya revelaban la hidalguía de quienes la construyeron y habitaron.

Tenía una fachada amplia, bien diseñada, con total armonía en sus huecos y con un bello remate en su cubierta, con aleros artísticos. Se distribuía en una planta baja, adornada por una hermosa puerta en el centro, amplia, y llena de herrajes de forja bellamente trabajados. Después en su fachada se alzaban dos plantas. La primera con balcones armados con hierros bien diseñados y esculpidos en fragua. Después la segunda y última se componía de unas ventanas terminadas en arcos de medio punto que formaban la galería. En la planta baja unas ventanas grandes protegidas por rejas altas cerraban el plano de esta planta. Esta puerta daba acceso a un espacioso zaguán con suelo empedrado formando sus piezas un extenso dibujo. En la planta baja, al entrar de la calle, un amplio vestíbulo que repartía con puertas la entrada a las caballerizas, corrales, zanja del huerto, y almacén de aperos, y dejaba paso a las escaleras dentro de un espacioso rellano. Frente al zaguán, el tiro de escaleras con peldaños de mármol, ya desgastado por el tiempo, y una baranda de hierro forjado con pasamanos de madera, testigo mudo del trasiego que durante tantos años debió ser asidero a los muchos que subieron y bajaron agarrados a ella.

Ya en la primera planta, las escaleras desembocaban en un generoso distribuidor con una puerta al huerto y una batería de puertas que daban acceso a las distintas partes de la casa. En esta planta se repartía una hermosa vivienda unifamiliar con grandes balcones al valle. Las habitaciones al interior tenían generosas ventanas que daban al huerto, orientadas al mediodía, con sol, y la paz que transmitía un amplio espacio verde, lleno de luminosidad y de silencio, de árboles y plantas del jardín.

Continuaba la escalera a un segundo piso dedicado a granero y *azoteas*. Esta casa, como todas las que tenían cierto porte, además de huerto disponía de *azotea*, que era una habitación con una pared abierta al exterior, con orientación al sur, a ser posible, en la que se ponían a secar los alimentos que se conservaban para el largo invierno: pimientos, tomates, higos, ajos, selvas, calabazas, habichuelas, y cuanto necesitaba



Fondón 1954.  
Calle de entrada al pueblo llegando por la carretera desde Laujar de Andarax.  
*C. Guerrero Martín*

reposar al sol, y además servía en los días de invierno para secar la ropa y calentar se al sol al abrigo de sus paredes, donde las mujeres salían para coser y hacer *primores* con la aguja y el punto.

El huerto era muy amplio. Sus *paratas* o bancales se distribuían en forma de escalones, estaba hecho sobre la ladera de una montaña. Terminaba su parte baja en una *zanja* que formaba una separación entre los muros del huerto y los de la casa, evitando así que la humedad llegara a las paredes de la vivienda y abriendo a su vez un amplio patio de luz y ventilación a las habitaciones interiores de la planta baja, dedicadas a cuadras, corrales, estercoleros y almacén de aperos.

Esta hermosa casa, ya muy desgastada por el paso del tiempo, estaba habitada sólo por una persona, Don Enrique Dote.

Era hombre de edad avanzada, de mediana estatura, con escasas palabras, modales educados, y porte señorial. Sus antepasados gozaron de una economía boyante. Dispusieron de muchas rentas cuando las minas dieron dinero. Tuvieron tierras y fundiciones. Después todo se fue viniendo abajo, hasta llegar a la ruina. Las muchas divisiones de las sucesivas herencias se encargaron de hacer lo demás. Don Enrique no tenía más que la casa y el huerto, y su soledad, su total y extensa soledad, que se unía a su escasez de dinero y a su edad, ya muy avanzada. No tenía el más mínimo ingreso para sobrevivir, carecía de todo, sólo los productos de su huerto componían el escaso repertorio de su despensa. El hambre, la soledad y los recuerdos de su pasado glorioso componían su compañía. Era un viejo hidalgo, alimentándose ya de recuerdos, educado y altivo. No salía de aquel recinto monacal, en el que estaba ya enterrado en vida.

Ni su edad avanzada, ni su *posición social*, le permitían trabajar en las tareas del campo. No tenía tierras que dar en arrendamiento, tampoco estaba socialmente bien visto que alquilara su mansión. Tenía que resistir en su *hidalguía*, con total estoicismo, la dura vejez que se le presentaba. El hambre quedaba compensada con el orgullo de su linaje y la grandeza de sus antepasados. De todas formas, ya a su edad tampoco era necesario comer mucho. En los largos y fríos inviernos tampoco gozaba de leña suficiente para encender el fuego y calentar su estancia. No tenía quien le guisara, le *apañara* la ropa o le hiciera compañía. Vivía solo, en la más extensa pobreza, pero ejerciendo siempre como hidalgo, aunque ya fuera del tiempo.

Desde sus amplios balcones se divisaba el valle del río. Benecid a lo lejos, colgado todo este paisaje del inmenso telón de fondo compuesto por el cielo, siempre azul, los cerros que forman las estribaciones de

Sierra Nevada, y las alfombras verdes de múltiples tonos y matices, que dibujan el valle y el río. Los amplios campos llenos de colores, las cortinas de alamedas y choperas de las orillas del agua, el ir y venir de las caballerías por delante de su casa, el aire limpio y transparente, el sol, el perfume del campo. Todo ese mundo acompañaba a Don Enrique día a día y a todas las horas, meditando su soledad y su pobreza desde aquella atalaya.

Don Enrique no estaba amargado. Aceptaba su situación con total entereza. Vencía el hambre con los recuerdos de los tiempos de abundancia. Su soledad la rompía recreándose en el paisaje que vivía desde sus balcones. El aislamiento de la gente lo compensaba hablando sin palabras con sus paredes, sus árboles, sus pájaros y sus plantas. Y así, allí, desde aquellas almenas, gastaba una jornada y otra, como si fuera una larga cadena de días y noches engarzadas en el tiempo, como hojas volanderas de un calendario, esperando siempre que le pudiera llegar su hora, y saltar alegre a la ciudad de las Ánimas Benditas y reunirse allí con toda su familia, que habían llegado ya antes que él. Don Enrique esperaba así a sus muertos, más como una liberación divina que como un pozo infernal.

En aquella soledad de hambre y necesidad, un niño entraba a diario por su huerto, llegaba hasta su casa, y le portaba en un *cenacho* de esparto, de los que llevan tapadera, una olla de barro con comida caliente, algún trozo de pan, y las viandas que además fuera posible en cada tiempo del año. La madre del niño tenía una familia numerosa. Ella y su marido, conscientes de las necesidades de Don Enrique, le apartaban un plato de comida caliente. El niño pasaba desapercibido por la parte más alta del pueblo, y pasando por el huerto hacía un recorrido de total incógnito. La hidalguía del receptor impedía que se supiera que aceptaba *limosnas*, pero esta comida no lo era, no estaba contrapuesta a la reputación de su linaje, era al fin y al cabo para él una invitación a comer, a sentarse a la mesa, pero "a distancia" y en total disimulo. Se la hacía esta familia de bien, que le extendía su mesa hasta sus confines hogareños. Eran en aquellos tiempos un antecedente de Cáritas y de los *comedores sociales*, hecho con total discreción, por una familia numerosa que añadía a su olla cada día un *plato más de comida* con destino a un comensal casi anónimo y muy necesitado. Ya entonces se practicaba el verbo *compartir*.

Como no sólo de pan vive el hombre, pensando que Don Enrique tenía más necesidades, esta familia le facilitaba, también de incógnito, manojos de esparto para que hiciera con sus manos trenzados de *pleita*

y de *soga*, que luego, también sin ser visto, sacaban por el huerto, la vendían y le entregaban después el importe, pasando ante las gentes como si los hubieran hecho ellos. Mira por donde con este trabajo en total *economía sumergida* podían aportar a un hidalgo viejo, pobre y solo, algunos dineros para sobrevivir, sin que con ello quedara manchada en modo alguno su posición social de señor, que le impedía socialmente hacer trabajos propios de campesinos, al fin y al cabo, de personas de un nivel social más bajo que el suyo, según su escala de valores. Tal actividad no la conocía nadie más que esta familia, que la guardaría en total secreto en el pueblo. Las *manufacturas* de Don Enrique nunca se supieron, pero las hacía él con sus manos, recibiendo el esparto a través de esta familia, y sacando luego al mercado, también ellos, lo hecho por él en su casa. Sólo el huerto y los niños que hacían de recaderos conocían tan valiosa actividad.

Tenía unas higueras en su huerto, situadas en lo más próximo a las acequias. Unas chumberas cerraban junto a unos zarzales el final de las paratas y algunas parras. Cuando llegaba el verano aparecían todos estos frutos como una bendición del cielo. La comida estaba asegurada, y los higos se podían secar para tenerlos en el invierno. Don Enrique, hombre agradecido, cogía siempre los primeros frutos de cada cosecha para obsequiar a esta familia, poniéndolos en el cesto de esparto con tapadera en el que le traían cada día el puchero caliente. Así los higos, chumbos, cerezas y frutas de su huerto materializaban el agradecimiento que él sentía por aquella familia generosa y discreta que le quitaba el hambre y levantaba su soledad y abandono.

Entre sus muebles, muy antiguos, tenía un arcón con maderas talladas, terminado con unas patas acabadas en cabezas de león. En ese enorme recinto guardaba como tesoro una capa de paño, con vueltas de seda que venía de su abuelo, pasando por su padre. Él la sacaba en momentos de frío, de mucho frío, y paseaba con ella por su casa, siempre cuidando que no sufriera deterioro alguno. Esa capa guardaba en su memoria tantos acontecimientos de su familia que si algún día pudiera hablar se podrían escribir múltiples libros. Cuántos episodios e historias vivió la capa y cuántos ratos de frío quitó a los que se embozaron en ella. Para él era la prenda más querida y valorada de su patrimonio junto con su casa, en la que cada rincón de sus paredes tenía escrito infinidad de vivencias que él leía y recreaba al contemplarlas en silencio cada día. También la capa lo transportaba a los recuerdos de otros tiempos, y casi le contaba otra vez las historias interminables de su familia, que fue oyendo a sus padres a lo largo de su vida.

Tenía también un gato y un perro que compartían con él su soledad. Fieles hasta la muerte se repartían el hambre y el sosiego de aquella mansión desierta, de aquel monasterio forzoso. Los dos animales escoltaban a su amo día y noche. No se quejaban de su austeridad y abandono. Vivían en la misma miseria que su querido dueño, y las privaciones no fueron nunca motivo de huida. Nunca intentaron buscar en otras casas mejor y más abundante comida. Don Enrique, muy agradecido, compartía siempre con ellos sus muy escasos manjares.

La meditación, los recuerdos, los recorridos continuos, pero siempre nuevos, por las dependencias de su casa, los ratos de observación de aquel amplísimo universo que se abría delante de sus ventanas, su mundo, más de ayer que de hoy, sus interminables recuerdos, unos alegres y otros más tristes, iban reviviendo en su imaginación, y llenaban cada minuto de sus días extensos e intensos en aquel mundo de fantasmas con el que permanentemente vivía de noche y de día.

Don Enrique era soltero, no tenía hijos, tampoco parientes cercanos. Estaba sólo con sus recuerdos. Su vida componía una larga y apasionada historia que nunca contó y siempre estuvo dentro de sus recuerdos más profundos.

De joven sus padres lo mandaron a Granada con el fin de que estudiara allí y adquiriera una formación que en el pueblo no era posible. Se fue a un internado en el que estuvo varios años. Allí los estudios y la vida del internado le dieron formación y conocimientos muy superiores a los que entonces solían tener los jóvenes de su tiempo. Inició la vida religiosa en un convento, pero al poco tiempo se salió, bien convencido de que Dios no lo llamaba por aquel camino. Tal aventura eclesiástica no mermó sus creencias religiosas, que las mantuvo siempre a lo largo de su vida, a pesar de haber vivido luego en ambientes muy contrarios a ellas.

Parte de su juventud la vivió en medio de acontecimientos llenos de turbulencias.

Le tocó vivir unos tiempos de grandes convulsiones sociales. Se vio obligado a participar como soldado en años de guerras muy lejos de su familia. La dificultad de poder comunicar con los suyos hizo que en ocasiones en su casa se le tuviera por muerto. Eran tiempos en que los correos eran tan lentos como inseguros, y las noticias corrían a voces, de boca en boca, con el amplio margen de exageraciones, errores e inventos por los que las propagaban.

En tierras de Aragón se echó una novia, y, ya con proyectos de próximo matrimonio, ella murió en los años del cólera. Este acontecimiento

lo sumió en tal tristeza que siguió arrastrando su soltería durante su vida. Aquel amor, no sólo fue el primero, sino que fue tan intenso, que lo dejó marcado para toda su vida. Aquellos años, tan lejos de su familia y tan cerca de ella, llenaron su alma de recuerdos tan vivos y profundos que nunca más los pudo olvidar. Con ellos siempre se consideró más viudo que soltero, y siempre la incluyó a ella como estandarte de la devoción a las Ánimas.

Cuando volvió a su pueblo, era ya mayor, estaba cansado, recogió la herencia y las ruina de sus padres, se encerró en ese mundo de recuerdos y privaciones, viviendo su hidalguía y su hambre con resignación franciscana y sin amarguras. No visitaba ni lo visitaban. Había tenido poco contacto con los jóvenes de su tiempo en el pueblo, en parte se le consideraba como un extraño, que recaló luego en su casa. Los tiempos que a la postre le tocó vivir ya no eran los de la abundancia de antes, sino los de la pobreza de ahora. Así cada día desde su castillo y encierro vivía y sentía el pasar del tiempo, y esperaba con paz el momento en que Dios lo llamara a juntarse con los suyos, que se habían ido ya antes que él, y a los que recordaba a diario desde los rincones de su casa, formando con todos ellos un cuadro imaginario e inmenso de las Ánimas Benditas.



Fondón 1956.  
Cruce de "Las Cuato Calles" y casa palaciega de D. Walter.  
*C. Guerrero Martín*

## EL ROSARIO DE LA AURORA

Debió ser en las últimas décadas del siglo XIX.

Una mañana, casi de madrugada, rompiendo el silencio del alba, las campanas de la iglesia tocaban insistentemente llamando a los fieles a participar en el *Rosario de la Aurora*. Era una tradición que un conjunto de vecinos con instrumentos musicales recorrieran las calles del pueblo con músicas y canciones despertando al vecindario e invitando a la asistencia al rosario. Siglos después se sigue manteniendo la costumbre así como las canciones ancestrales. Era costumbre piadosa, como en otros muchos pueblos, a la que acudían con fervor buena parte de los vecinos del entorno. Llevaban unas pequeñas andas con una imagen de la Virgen, a la que llamaban "*La Aurora*" (Virgen de la Aurora). Salían con solemnidad de la iglesia del pueblo y recorrían con bellísimos cánticos las calles de una punta a otra del conjunto urbano. La música de un grupo de instrumentos añadía alegría y color a la multitud de gente que participaba con total devoción. Los padres hacían que los hijos mayores, cuando ya habían hecho la primera comunión, también participaran en aquella tradición. Ya terminado el rosario, una vez vueltos todos a sus respectivas casas, cada familia celebraba el regreso con una comida, a modo de un segundo desayuno, para el que se preparaban vino, aguardiente, embutidos y dulces, y a los niños un buen tazón de leche con sopas. Eran además las fiestas del pueblo.

Ya en aquellos años en el trabajo de las minas había gentes forasteras que, atraídas por la riqueza de algunos períodos de bonanza económica, venían de lejos a trabajar en la sierra. Estos, que no eran del pueblo, acudían a él en su tiempo libre, especialmente cuando cobraban en la mina. Buscaban la expansión que compensara la dureza de los trabajos que tenían que soportar en aquella época, con jornadas interminables, métodos de explotación muy primitivos y rudos, y riesgos increíbles. Visto aquel mundo minero desde nuestro tiempo actual, desde ahora, nos podrían parecer imposibles de creer las escenas de entonces. Se unía a este ambiente el de los *arrieros* que tanto abundaban en aquel tiempo, era el único medio de transporte en la sierra, y acarreaban el mineral y las provisiones, siempre a lomos de equinos. En este medio, la abundancia de copas de aguardiente durante las horas de vigilia, única diversión

entonces, y el poco aprecio a las tradiciones del pueblo, porque no eran de allí, unido al ambiente social y político de la época tan cultivado en los ambientes mineros, hicieron posible el relato que sucedió este día, y que contamos ahora.

Salió la comitiva del rosario con la solemnidad de siempre. La multitud bien ordenada se dirigía a realizar el recorrido que ya era tradición de un año a otro. La música alegraba y enaltecía los cantos. La imagen de la Virgen, en sus andas, iba rodeada de hombres que portaban faroles. Detrás de la imagen el señor cura párroco del pueblo seguido de algunos monaguillos con el incienso. Todo iba en orden, el Rosario discurría a modo de serpiente humana y popular que se extendía por las calles del pueblo. En cada esquina, en los cruces de varias calles del recorrido se hacía parada obligatoria, un descanso de la imagen, y unos cánticos llenos de tradición salían del entusiasmo fervoroso de los fieles.

El señor cura párroco del pueblo tenía fama de ser un hombre muy temperamental y sin complejos. Era ya famoso por estar dispuesto siempre a cantarle las cuarenta a cualquiera si se presentaba la ocasión. No tenía pelos en la lengua y no se cortaba nada para hacer lo que fuera necesario en cada momento.

En aquellos años la inseguridad en los caminos era total. Las gentes se tenían que desplazar de un lugar a otro andando o en caballerías. No había medio alguno de protección ni existía cerca la posibilidad de auxilio por algún tipo de fuerza pública o policía. Tal ambiente llevaba consigo que la gente viera natural y necesario salir a la calle con algún arma de fuego, estoque, navajas, o algún tipo similar de *herramientas de defensa*.

Nuestro cura párroco, hombre muy previsor y decidido, llevaba en el bolsillo del pantalón un hermoso revólver con su carga correspondiente. Como debía de ser en aquella época.

Muy avanzado ya el recorrido, aprovechando una de las paradas, se agolparon en las proximidades del cura un grupo de forasteros con alguna copa de más. Amparados en que eran un grupo, comenzaron a increpar al cura lanzándoles insultos varios y haciendo mofa y ridículo del Rosario con ánimo de reventar la actuación en aquel lugar, y quizás también en otros. Entre los piropos que le lanzaron estaba el que se *vestía con enaguas y a saber qué llevará debajo de las faldas*. Los *atacantes* arreciaban sus insultos e improperios contra el cura y los asistentes, queriendo romper el Rosario.

Nuestro cura no se quedó sordo ni inmóvil y le contestó con voz potente:

- *Debajo de las enaguas tengo un par de pantalones.*

Acto seguido sacó el revólver y empuñándolo los encañonó y se fue hacia ellos. Ante esta reacción, salieron corriendo por las calles próximas. El cura con la sotana a la cintura, corría detrás en su persecución empuñando el revólver. Todos se dispersaron ante el alboroto. Algunos hombres de la comitiva siguieron al cura en su empeño. Luego, ya desaparecidos los que alborotaban, se recompuso el rosario y siguió su curso. En todo el día, y durante mucho tiempo después, se fue comentando el incidente y la enérgica reacción del cura, Don Ulpiano. Esta edición del Rosario de la Aurora dejó huella en la memoria del pueblo, y una más de las muchas anécdotas que se contaron de aquel párroco.

## UN MILAGRO DE SAN ANTONIO

Los habitantes de Fondón fueron siempre muy devotos de varios santos, a los que se les prestaron cultos, novenas, ermitas, y usaron sus nombres para imponerlos a los niños en el bautismo. Así podemos recordar, entre ellos, no sólo a San Sebastián, que es patrono del pueblo, a San Andrés, como titular de la Parroquia, a San Marcos, con una hermosa ermita, y una Hermandad, que tenía como notable y nutritiva costumbre repartir en su día unos *rosocos* de pan a todo el pueblo, que a su vez eran compartidos con los animales, sobre todo caballerías, que se llevaban a la procesión con el santo para que fueran bendecidos. San Blas, que en su devoción se bendecían unas cintas de seda, que luego eran puestas sobre el cuello de los niños más pequeños, a ser posible con una medalla, para evitar que tuvieran males de garganta. San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, campesinos humildes y sencillos, como la gente del pueblo, con los que se identificaban, a los que hacían una hermosa procesión que más tarde se convirtió en una *romería* hasta el río, donde allí el santo preside una misa, y a su entorno pasan el día bajo unas hermosas alamedas las familias del pueblo compartiendo sus comidas. También la Hermandad de San Isidro mantiene la costumbre ancestral de hacer en su día unos panecillos (antiguamente con la cara del Santo grabada en el centro) que se reparten entre los asistentes a la procesión. San Fandila, mártir de los tiempos de la dominación musulmana, del que se conserva una hermosa cueva que lleva su nombre, la Cueva de San Fandila, y cuenta la leyenda popular que vivió en esa cueva y murió mártir predicando el Evangelio a las gentes del pueblo en la época hispano-visigoda.

San Antonio de Padua no se queda atrás. Su ermita está construida delante de un precioso mirador en la zona más alta del pueblo. Desde allí una senda ajardinada la une al casco urbano, provista de bancos, diseñada para pasear, que usan especialmente los enamorados. La ermita pasó muchos años derruida hasta que fue reedificada por el Ayuntamiento, siendo alcalde Joaquín Fresneda. Los que tienen el nombre de Antonio en el pueblo, los *Antonios*. Ellos compraron la imagen del santo, y tuvieron el valor de subirlo en procesión, portandolo ellos, y dejarlo nuevamente en su altar.

A este, que en su día le rinden honores, cultos y cariño todo el pueblo, pero muy especialmente los *Antonios y Antonias*, le han ido encargando la gente unos trabajos nada sencillos.

Tiene la buena suerte de que se le considere allí como *vecino* del pueblo, pero a cambio se le pide que haga tareas llenas de dificultad. Por ejemplo, no sólo se le hace responsable de encontrar las cosas que se pierden o extravían, también que consiga encargo sumamente difíciles, como que proteja a los pobres, sane a los enfermos, aprobados en los exámenes, y otras cosas similares, pero sobre todo, se le ha ido encargando un desagradable trabajo de *celestino*, llamándolo para que ayude a buscar novio o novia, (especialmente *novios* a las mujeres casaderas del pueblo). Esta difícil tarea no solo se le pide como *favor*, sino que en algunos casos, como el que vamos a contar ahora, se le *exige* como *resultado* al que debe responder sin excusa ni pretexto, sin darle al pobre el más mínimo margen de abandonar, retrasar, o acertar más o menos, con la misión que se le impone y exige. Vamos, que para algunas, el encargo de encontrar novio hecho a San Antonio, lejos de ser un favor que se pide, resulta una orden de inmediato y necesario cumplimiento. De todas formas el Santo ha dado pruebas sobradas de que atiende con interés a cuantos acuden a solicitarle ayuda. Y lo hace sin pedir nada a cambio. Si alguien no lo cree, puede hacer la prueba.

En esta línea de trato a San Antonio se desarrolló esta historia.

Vivían en el pueblo una madre, viuda desde hacía tiempo, y una hija, única del matrimonio, que ya se le estaba pasando la edad para el casamiento. Es decir, se le estaba *pasando el tempero*. Eran personas humildes, de muy buenas costumbres, y rompían su soledad con las vecinas, a las que comentaban la gran preocupación que tenían, especialmente la madre, de que ella pudiera morir dejando a su hija sola. No tenía hermanos ni familiares cercanos que pudieran servirle de apoyo. Y es que en aquellos tiempos la mujer tenía pocas salidas que no fueran el *casamiento*. Una mujer soltera y sola se consideraba en aquel ambiente social como un ser extraño y desprotegido.

Ni la madre ni la hija entendían cómo siendo una joven *apañá*, y buen ama de casa, no le había salido ya un novio o pretendiente acorde con sus buenas condiciones. Soñaban con un hombre joven, a ser posible que no fuera viudo, trabajador, honrado, de carácter amable, con modales buenos, no borracho, ni mujeriego o jugador. Un hombre bueno. Pero este sueño no llegaba a ser realidad.

Para conseguirlo fueron a ver a San Antonio, y sin más le hicieron fervientemente el encargo, en la confianza plena de que él lo tomaría

con el máximo interés y en poco tiempo se presentaría el hombre de sus sueños. Seguro que el Santo le concedería el novio deseado.

A fin de comprometer más al Santo en el trabajo que le habían impuesto, compraron con sus ahorros una pequeña imagen y la pusieron en un altar improvisado sobre un mueble de la casa, una *cómoda*, de las que tanto se usaban para guardar la ropa blanca. No le faltaban a diario, velas, mariposas, todo tipo de luces de aceite, flores del campo, y sobre todo plegarias continuas para que pusiera en el encargo la máxima urgencia. Así lo atosigaban con sus rezos y exigencias cada vez que pasaban por delante de la imagen, es decir a cada momento, ya que dado el escaso espacio de la casa, el encuentro con la imagen era continuo, San Antonio vivía con ellas entronizado en la cómoda.

Pasaba el tiempo, los días, los meses y los años, y el tan ansiado novio no llegaba. La madre y la hija no perdían la esperanza ni la fe en San Antonio, pero no le perdonaban el retraso excesivo en conseguirles el encargo que con tanta fuerza le pedían. Llegaron a creer ya que no les hacía caso, porque siendo él capaz de conseguir este favor, que para ellas era tan necesario, no entendían, y menos justificaban, que se tomara tan poco interés, siendo ellas tan devotas del mismo.

El retraso llegó a irritarlas de tal manera, que la hija pensó que San Antonio era un desagradecido, que no escuchaba sus ruegos ni los de su madre, y que en nada valoraba los cultos intensos y continuos que le daban, vamos que no era sensible al cariño (aunque fuera interesado) que le profesaban sobre cualquier otro santo.

Este sentimiento de abandono que sentían, les fue sustituyendo la devoción por rabia y desafecto. El santo no se estaba portando nada bien con ellas, ni agradecía las muchas atenciones que le prestaban. No las tomaba en consideración, despreciaba sus ruegos, era ya un desconsiderado, no valía ni se podía confiar en él para que resolviera este problema.

Un buen día, en un ataque de ira, la hija al limpiar el polvo de la cómoda, tomó la imagen con rabia y la tiró por la ventana. Era el justo desprecio hacia el Santo en respuesta al que ella creía que también le hacía el Santo.

En ese momento pasaba un transeúnte por la calle estrecha en la que vivían. No era del pueblo, y la imagen del santo estuvo a punto de romperle la cabeza, que milagrosamente salvó en aquel trance. Aun siendo de escayola no llegó a saltar hecha trozos. El hombre creyendo que algún niño hubiera podido arrojarla, o que tal vez se la hubieran tirado a él como travesura, tomó la imagen, tocó a la puerta de la casa, y

comentó desde la calle que quería devolverla, preguntando a su vez extrañado cómo fue arrojada a su paso, y a punto de romperle la cabeza.

La madre y la hija bajaron y dieron al forastero todo tipo de explicaciones inventadas, rogándole las mayores disculpas y agradeciendo su gesto de comprensión y amabilidad aceptando la imagen sin mayor rubor en ambiente de amabilidad y disculpas.

Para tratar de remediar el trance y suavizar la comprometida situación, lo invitaron a que pasara a la casa y tomara un trago de agua fresca, era ya tiempo de calor y el sol apretaba, dándole todo tipo de explicaciones inventadas y muy lejos de la verdad.

El forastero, que era de un pueblo de la comarca, había ido allí a realizar algunas gestiones, y tenía parientes en Fondón. El contacto, fugaz y accidentado, que había tenido con la joven y su madre, le hizo pensar en la moza, que aunque ya madura estaba de buen ver y se mostraba buena gente. Al poco tiempo *le pidió relaciones* y proyectaron la boda. Meses después se casaron y se fueron a vivir al pueblo del novio, en el que él ya había organizado su vida y su trabajo en el campo.

Era un hombre bueno, de familia honorable y con una posición económica saneada. La madre quedó en su casa de Fondón.

La imagen y el santo recobraron el afecto de la madre y la hija, que ya tenían perdido antes. Como había demostrado haber hecho el encargo, fue compensado con flores, velas, mariposas y rezos, no ya en una de las dos casas, sino en las dos. La madre y la hija se volvieron otra vez devotas y agradecidas. Sin duda esperaban también que estando a buenas otra vez con el Santo, que tan bien se habían portado, podrían más adelante darle a su vez más encargos, ya que aunque los hiciera cuando le diera a él la gana, los terminaba haciendo, y además conforme a la petición que se le había dado. Le perdonaron el retraso, al fin y al cabo el favor inmenso había compensado con creces el tiempo de sufrimiento a que las sometió al no darse la prisa que ellas le pedían. Confiaban también en que el Santo no fuera rencoroso, y amparándose así en su seráfica santidad, le pudieran seguir pidiendo cosas, aun con el riesgo de que no se tomara mucha prisa para hacer las.

Este hecho quedó en las personas del pueblo como una acción más de San Antonio, que por algo es Santo, ya que al desprecio e indignación de estas devotas, él respondió consiguiéndoles el favor que le pedían, a pesar de que en ese momento de ira lo arrojaron por la ventana. San Antonio no fue vengativo les concedió el favor que con tanta desesperación le exigían a cambio de sus interesados rezos y devociones.



Fondón 1954.  
Una calle del pueblo.  
*C. Guerrero Martín*

## LA TÍA PALOLA

Estaba ya muy avanzado el mes de septiembre, los días mantenían esa luz tranquila de los comienzos del otoño, era media tarde y el pueblo durante el día quedaba sin gentes, todo era silencio, hasta los niños, que ya estaban dentro del colegio colaboraban a la tranquilidad y sosiego en las calles. La gente del pueblo estaba en sus trabajos, unos en la vega, otros en la mina, las sufridas amas de casa en sus labores domésticas. Este silencio intenso se extendía por el ambiente, iluminado por el sol del otoño, sólo se rompía tanta quietud por el paso de alguna caballería golpeando sus herraduras sobre los empedrados de la calle.

El reloj de la torre había avisado ya que eran las seis de la tarde. Al tiempo empezaron las campanas a tocar con su repique de siempre, avisando para el comienzo de la novena de San Mateo. En aquellos años la piedad y devoción de la parroquia se extendía hasta celebrar el culto y la memoria de cuantos santos tuvieran alguna relación con el pueblo. San Mateo, como uno de los cuatro evangelistas, ya tenía esta consideración desde antiguo.

La dulce e insistente cadencia del toque de las campanas iba haciendo salir a las calles un continuo fluir de mujeres, todas de edad avanzada, vestidas de negro, con la cabeza cubierta con un pañuelo también negro, portando una silla de pequeño tamaño, en silencio, con un sigilo mayor que el de un monasterio, iban avanzando despacio, doblando las esquinas, todas encaminadas hacia la iglesia.

La silla era para todas equipaje obligado, estaban hechas por el carpintero para tal fin, eran de poco peso, de madera de álamo y asientos de aneas o de tomizas, y las tenían que llevar porque la iglesia no tenía bancos, y para estar sentadas no había otra alternativa que el suelo o la silla que cada una hubiera llevado, y que luego volvería con ella otra vez a su casa. Casi siempre eran sillas nuevas y limpias, que se tenían reservadas para tal fin, y que se exhibían ante el público. Las familias más adineradas llevaban reclinatorios que eran como una silla con el respaldo más alto y terminado en una tabla horizontal para apoyar los brazos al ponerse de rodillas, el asiento era abatible, y servía al tiempo para estar sentado o también de rodillas cuando se levantaba éste y aparecía debajo de él otro a modo de asiento, sobre el que se ponía

una almohadilla o cojín para arrodillarse. Esta comodidad la apreciaban especialmente las mujeres de mayor edad.

Desde la parte más baja del pueblo, ya lindando casi con la vega, subía lentamente, serpenteando la pendiente del suelo de la calle, cruzando sigilosamente las esquinas, una mujer de edad, ya muy anciana, limpia y amable, era la Tía Palola. En Fondón, como en otros muchos pueblos de la comarca, se anteponía la palabra *Tía* o *Tío* al nombre, cuando una persona había llegado a la vejez. Era un tratamiento social, cargado de respeto y cariño, que se daba a todos los que no tenían *Don*, es decir al pueblo llano y sencillo. Este título social suponía reconocerles el patrimonio personal que dan los años en sabiduría, experiencias, conocimientos y vivencias, forjados en tantos momentos de penas y alegrías, y esa visión de la vida desde la serenidad y sosiego de quienes se sienten ya llegando al final del camino.

Vestida de negro, como todas la mujeres de su edad, con limpieza impecable de arriba a abajo, tocada con un pañuelo de seda negro que envolvía su cabeza dejando ver solo la cara, alpargatas de esparto, también negras y nuevas, las de salir a la calle, cubierta por un *mantón* de lana, portando su silla baja, de las de ir a misa. Así caminaba con decisión y firmeza la Tía Palola.

Era una persona de buen porte, esbelta, debió ser guapa en sus años mozos. De trato educado, siempre con las palabras justas y acertadas y llenas de cordialidad. Vivía sola, los cuatro hijos que tuvo murieron hacía tiempo, todos fallecieron jóvenes y solteros, no tenían hijos. Su marido también había muerto joven, tras una penosa y larga enfermedad que le aportaron las minas, trabajó duro y en tiempos en que no había Seguridad Social ni amparo alguno. La Tía Palola vivía sola, con la compañía única de un gato, que además de acompañarla mantenía la casa completamente libre de ratones y tenía el título de avisador permanente de cualquier circunstancia que pudiera alterar el silencio y el orden de aquel hogar.

Su vivienda era pequeña, como era frecuente en muchas de las casas del pueblo y de la zona. Una planta baja, en la que se encontraba una pequeña cuadra y el corral, con un zaguán del que arrancaban las escaleras. Ya en el piso de arriba, único en el edificio, había dos dormitorios y una habitación central que hacía de repartidor y de muchas cosas más: cocina, comedor, sala de estar, lugar de trabajo, descanso, y espacio para recibir visitas. En esta habitación estaba además el fuego o chimenea, que servía para cocinar y calentarse. Allí estaba también la cantarera, para el suministro del agua. Los dormitorios no tenían venta-

nas, sino *postigos*, huecos de pequeño tamaño, dotados de reja. La casa la habían comprado tras largos años de ahorro y sacrificios cuando ella y su marido eran jóvenes, en tiempos en que el duro trabajo de las minas permitía ir guardando algún dinero. Era el único patrimonio que llegaron a tener, alcanzado con jornadas sin límite, trabajos llenos de dureza, y privaciones de todo tipo para ahorrar algunos de los escasos ingresos.

La Tía Palola no tenía pensión, en aquellos tiempos no existían, tampoco rentas ni ahorros, no tenía más que la casa y el gato. Tampoco le preocupaba carecer de dinero, confiaba en que las Ánimas Benditas, a las que consideraban tan pobres como ella, no la abandonarían nunca. Santa Teresa, que también estaba de su parte, le llenaba la despensa. Nunca le había faltado lo necesario para vivir. Por añadidura ella gastaba poco, se apañaba con unos recursos casi inexistentes de tal forma que con una patata, un huevo, o con un cenacho de hierbas silvestres, era capaz de hacer varias comidas, según ella creía y afirmaba. Las Ánimas Benditas y Santa Teresa se encargaban sin tregua para mover los corazones de mucha gente del pueblo, especialmente las vecinas, para que la socorrieran de vez en cuando con alguno de los productos del campo o con un tazón de guiso.

La Tía Palola era persona agradecida. Ella estaba siempre dispuesta a dar compañía a los enfermos, a los que estaban solos, a las personas necesitadas de afecto. Prestaba ayuda a los vecinos en las faenas manuales como eran cada año el quitar al maíz la envoltura de las panochas (el *desfarfollo*), limpiar de cáscara verde a las almendras, desgranar el maíz, o transmitir a las jóvenes las habilidades para hacer primores con lanas e hilos. Era una experta hilando y tejiendo, y confeccionando con los trapos viejos las famosas *tiras* para tejer con ellas las *jarapas*. Las agujas para tejer lana o hacer encajes las manejaba con verdadero arte.

Su ventana, una mesa humilde, unas sillas con asientos de aneas, su gato y sus recuerdos. La mirada tranquila observando la luz cambiante del día que va marcando el reloj del tiempo. Arrullada por el silencio profundo de la calle y del espacio. Viviendo por encima del tiempo y del lugar. Dialogando sin voz con Dios y con sus recuerdos, con tantos recuerdos vividos, siempre próximos aunque fueran lejanos, con la alegría de que su soledad, su tremenda soledad, estaba siempre envuelta en la proximidad de los demás. Con la visión de quien ha hecho ya todos sus deberes y espera el salto a la otra vida. Su gato y ella dialogaban siempre. Se hablaban con las miradas, que eran suficientes para enviarse pensamientos. Estaba convencida de que Santa Teresa le llenaba la despensa, y las Ánimas le acompañaban siempre. No estaba sola.

Sus manos rompían el tiempo haciendo labores de múltiples tipos. Unas veces botas de lana para un recién nacido, otras encajes para tapaderas de jarras y cántaros, pleita de esparto, tiras para hacer jarapas. Una fila de estampas de santos decoraba su mesa. Sus cuadros más valiosos, eran los paisajes que quedaban enmarcados a través del hueco de su ventana. Siempre los mismos, pero siempre nuevos y siempre vivos. Su despensa ya estaba repleta con una libra de aceite, un trozo de pan, algunas patatas, y un celemín de harina.

La Tía Palola era muy pobre en dineros, pero muy rica en sentimientos. Fue siempre una referencia como persona bondadosa, llena de alegría y de gran equilibrio emocional. Se había ganado el respeto y el cariño de todos, especialmente el de sus vecinos. Su entierro fue una manifestación de duelo en el pueblo. Ese día el repique de las campanas llamando a muerto, sonaron llevando al cielo con sus sonidos el alma de esta querida y admirada, pobre y rica, mujer.

Durante muchos años se contaba su vida en el pueblo como modelo de referencia de una persona buena a la que la pobreza no le doblegó nunca y su fe le ayudó a salir de sus muchas tristezas.

Contaban que por las noches los niños más traviesos clavaban cerillas sobre el caparazón de los escarabajos, los encendían y las introducían por la gatera de la puerta de la Tía Palola. Más de una vez, viéndolas ella desde arriba pensó que eran las Ánimas Benditas que paseaban por su casa, y así lo contaba luego a sus vecinos.

## EL GUARDA DEL PARRAL

Una mañana fría y gris, con cielo muy cerrado como para llover, con buena cantidad de neblina, unos jóvenes mozos se reúnen en una esquina de la plaza del pueblo. Han quedado para salir a coger pájaros de los que se estrellan contra los alambres tendidos entre los postes. Era una práctica frecuente, para los que no tenían ocupaciones más urgentes, salir al campo y esperar bajo el tendido de los cables eléctricos que los pájaros aturdidos por el frío y la niebla se estrellaran contra los hilos. Tras una paciente y fría espera, se podían recoger los pájaros que iban cayendo, como un botín que no requería más guerra que la espera y los tiritones. A veces la excesiva concurrencia de recolectores daba lugar a disputas sobre a quién pertenecía el pájaro cobrado según el trozo de suelo en el que había caído, que previamente se habían distribuido para el posterior reparto.

Nuestros tres jóvenes salieron para el campo en busca de los hilos y los palos o postes del tendido de la línea eléctrica. Luchaban contra el frío y entre tiritón y tiritón, daban saltos para calentarse y se frotaban las manos. Llevaban un gran *cenacho* de esparto para meter su ansiada caza. Seguramente en sus casas serían muy bien recibidos con la abundancia de aves que soñaban cobrar. La mañana era fría, no había gente por los caminos, era un día más propicio para estar en la casa, junto a la lumbre, que para andar por los caminos. Además a esas horas, tan temprano y con tiempo tan malo y tan frío, no invitaba el clima a salir a la calle. A lo lejos se divisaba el humo de algunas chimeneas. En las casas ya comenzaba el día, pero muy en silencio.

Después de un largo recorrido, saltando balates y acequias, rodeando fincas, subiendo y bajando laderas, llegaron a la zona buscada. Cada uno sabía en qué paraje y a qué hora resultaba más segura la caza. Ellos habían buscado aquel lugar como el de mayor posibilidad de éxito. Puestos ya debajo de los cables del tendido eléctrico, repartieron el suelo, y se pusieron a esperar. Los infortunados pájaros rompían sus ansias de volar frenados en seco por los hilos tensos que se interponían en su camino. Sus ganas de vivir se cortaban con un golpe brusco contra los alambres, tirándolos a tierra. Sus vuelos transformados en muerte se anunciaban con dos estruendosos golpes, uno al chocar contra los

cables y otro al caer contra el suelo. Los jóvenes extremaban la atención de sus oídos para recibir el aviso que tanto esperaban.

En la mañana fría, gris y de niebla, cogieron uno tras otro los pájaros que se iban estrellando. El silencio rotundo y extenso de aquellas horas sólo se rompía por los gritos alegres del que cobraba una pieza. Sus voces, algarabías y saltos de alegría anunciaban cada una de las piezas que iban poniendo en el *cenacho*. Habían pasado ya algunas horas, el día comenzaba a dar más claridad y el sol tenue y perezoso quería abrirse paso entre el cielo cerrado y gris.

Se dispusieron a regresar al pueblo. Volvían con la alegría del cazador que ha hecho una buena jornada, pensando en llevar a sus casas el preciado manjar, más aún en tiempos y familias de escasos recursos en sus despensas.

En su camino de vuelta pasaron por un parral. Era una finca hermosa, grande, cercada con una alambrada de tela metálica tejida a mano con alambres fuertes y una sólida puerta de dos hojas, también con enrejado. Se pararon a mirar las uvas. Eran unos pocos racimos grandes, apretados, ya muy maduros, de un color verde pálido, que despertaban a cualquiera las ganas de comer. Los pámpanos de las parras, algo marchitos, resaltaban más aún la hermosura de las uvas. Ya a comienzos del otoño, tan hermosas y atractivas y con tanta hambre, era difícil resistirse a pasar de largo por aquel parral sin llevarse unas uvas a la boca. Pero la valla estaba muy bien hecha, no dejaba hueco alguno por donde pasar, la puerta estaba a prueba de ladrones, el techo del parral lo habían hecho tan tupido que en las proximidades del camino no dejaba espacio alguno para poder entrar. Además había un guarda dentro, y armado con una *tercerola* colgada del hombro. El parral era de un *señorico* del pueblo que se había propuesto que nadie lo dejaría sin uvas. No era posible que se pudiera coger un racimo de uvas, y el guarda, por supuesto, no se las iba a dar, estaba allí justo para preservar las uvas de los que, como ellos, sintieran la tentación de cogerlas.

Ante tanta frustración, nuestros jóvenes sentían tal apetencia por aquellas uvas, que no se daban por vencidos, y después de recorrer un buen trozo del camino de regreso al pueblo, decidieron volver al parral para estudiar con total sigilo una posible entrada, aún cuando fuera por el techo y distrayendo al guarda.

Otra vez ante el parral, escondidos, en silencio comenzaron de nuevo a estudiar la posible entrada furtiva. Cuando más atentos observaban pudieron ver, con asombro, cómo el guarda daba a su hijo, a escondidas y por una de las zonas más ocultas del cercado, un cesto de uvas. El

chaval lo cogió y salió corriendo como alma que lleva el diablo, desapareciendo fugazmente por entre los ribazos de la vega.

Comprendieron entonces que ya tenían en sus manos las ansiadas uvas. Saltaron sin recato alguno al techo del parral y se colaron por uno de los huecos más grandes hasta caer al suelo y lanzarse sobre los racimos. Casi de inmediato se presentó el guarda ante ellos, con gesto muy serio y encañonándolos con la *tercerola* les dijo:

- *Os van a salir muy caras las uvas, no imagináis lo que os va a pasar por este robo. Yo de vosotros no lo hubiera hecho, ya que sabéis de quien es este parral y para qué me tiene puesto a mí ¡Dejad las uvas inmediatamente!*

Ellos, lejos de sentirse asustados, se lanzaron con más ímpetu contra las uvas, y le replicaron:

- *A Vd. es al que le va a costar más caro por darle un cesto de estas uvas a su hijo Fernando por aquel trozo de valla. Si nosotros lo denunciemos a Vd., veremos quién pierde más. No pensábamos entrar pero al ver que el guarda roba las uvas, nos han entrado ganas de robar también a nosotros.*

Al pobre guarda se le puso la piel de gallina.

En una mezcla de miedo y de rabia, bajó la *tercerola*, y con voz tenue y amable les respondió:

- *Sabéis bien los hijos que tengo, lo que necesito este jornal y las necesidades de una casa como la mía. Os ruego que estos incidentes queden sin comentario alguno, entre hombres serios, y silenciemos lo uno por lo otro. Vosotros me comprendéis a mí, y yo os comprendo a vosotros. Extendemos un pacto de silencio y todos quedamos libres y contentos.*

Los jóvenes lo aceptaron y cumplieron su palabra. Nunca quisieron hacerle daño alguno a este pobre hombre, lleno de hijos y con grandes necesidades. Si el dueño del parral lo hubiera sabido, todos hubieran tenido problemas, pero más el guarda.

Esta historia se contó pasados muchos años. Es una buena lección para cuando se aplican normas que el que exige su cumplimiento empieza el por no cumplirlas. Aquí se da la máxima de que hay que predicar con el ejemplo. Por otro lado, también el estado de necesidad no es buen consejero para dejar de coger comida cuando se está ante ella y se tiene hambre.

## EL TELERO DEL MERCADO

Los sábados, en el pueblo de al lado, Laujar de Andarax, se hacía un mercado al que acudía toda la comarca. Allí se vendía y se compraba todo. Ollas de barro, cazuelas, lebrillos, fuentes, telas variadas, calzados, sartenes, raseras, avíos de matanza, frutas y hortalizas, patatas para la siembra, sillas de anea, cestos, equipos varios para las caballerías y otros animales, albardas, lana, tocino, arenques, anchoas, bacalao, pescado fresco y seco para las migas, aperos para el campo, azadas, palas, picos, serones y albardas, candiles, velones,... Era como un inmenso universo en el que todos encontraban lo que querían comprar, y con suerte también conseguían vender lo que les sobraba. El día de mercado suponía un sueño, al que se llevaban todas las aspiraciones de mejora, al que se iba con más ilusiones que dinero, al que los niños confiaban todas sus esperanzas de que les compraran alguna ropa, calzado nuevo, útiles de colegio, incluso golosinas de aquellos tiempos, como eran los garbanzos tostados, cacahuetes, almendras garrapiñadas y anises. Siempre se volvía contento, algo se compraba, y suponía una carga de alegría inmensa, y también algo se quedaba sin comprar y suponía una cuota de frustración que se convertía al poco tiempo en sueño y aspiración para otro día de mercado. El dinero, muy escaso, no llegaba a satisfacer todos los sueños y deseos que se tenían. El mercado era como una fiesta semanal en la que se ponían todas las ilusiones. Eran siempre muchas más las necesidades y ganas de comprar que lo que se llevaba en el bolsillo.

El día de mercado obligaba a madrugar mucho. Había que salir con la luz de las estrellas para que la mañana rindiera al máximo y se pudiera estar de vuelta al medio día, a la hora de comer. La víspera se preparaban algunas viandas para tomar a lo largo de la mañana. Había que salir muy temprano, tener bien dispuestas las caballerías y lo que se quisiera vender. Había que recorrer a pie los casi cuatro kilómetros del trayecto, más los otros tantos de vuelta. Cabalgaban las personas de más edad y los niños, cuando iban, los demás lo hacían a pie.

En aquel mercado había un hombre que vendía telas. Iba con su *tartana*, tirada por un hermoso mulo, siempre muy bien presentado. El atuendo de su negocio era impecable. Todo nuevo, todo limpio, todo or-

denado. Extendía primorosamente las piezas de tela sobre unos tableros lisos, pulidos por el uso, que a su vez colocaba primorosamente sobre unas borriquetas de madera. Desde la cubierta de la *tartana* extendía un improvisado toldo con el que protegía los tejidos del sol y de la lluvia, y hacía también más confortable la contemplación del producto para los posibles compradores. En su mano siempre la gran vara de madera, dispuesta con mimo a medir las telas, con la parsimonia y ceremonial del momento. Sus brillantes tijeras colgaban de su cuello, sujetas por un impecable cordón de seda, y se detenían a descansar dentro de uno de los bolsillos de su chaleco de paño, así quedaban sujetas y le permitían moverse con soltura de un extremo a otro de la desmontable tienda.

Su aspecto pulcro, serio, de escasas palabras, solo las justas para responder educadamente a las muchas preguntas que les hacían las mujeres que se acercaban a sus piezas de tela.

Seguramente para estar allí al comenzar la actividad del mercado había tenido que caminar muchas horas, y tal vez dormir en alguna de las posadas próximas. Era un trabajo duro ir de mercado en mercado y de feria en feria, aguantando frío y calor, lluvias y vientos. Montar y desmontar su tienda ambulante, aguardar para que no le robaran los tejidos ni el dinero, y conseguir vender la mayor cantidad de *varas* de tela cada día. Pero lo que peor llevaba era el trato con las clientas, sobre todo cuando, después de examinar ellas exhaustivamente toda la mercancía, se iban sin comprar. En esta situación, que resultaba más frecuente de lo que él quería, su humor se rompía en pedazos, y su frustración le hacía que un estado de contrariedad y tristeza invadiera su rostro. Esto le sucedía con frecuencia, ya que en las mujeres la ilusión por las telas era más grande que el dinero que la gente llevaba en los bolsillos, así que el interés por tocar los paños, muselinas y percales, no se correspondía con la posibilidad real de comprarlos. La curiosidad por examinar los tejidos y preguntar su precio era mucho más frecuente que pedir luego que le cortaran unos metros de tela.

Sus irritaciones eran tan seguidas que su estado de ánimo llegaba a ser de permanente e indisimulado enojo. Adivinando que cada una de las mujeres que se acercaban a sus telas no tendrían propósito de comprarlas, respondía a las preguntas de sus clientas, con un tono de voz cansino y malhumorado.

Con la mucha experiencia adquirida, intuía cuándo se acercaban a su tienda con intención de comprar, y cuándo era por simple curiosidad. En estos casos se ponía en guardia y las respuestas a las preguntas que le hacían iban cargadas de enfado.

Así cuando le preguntaban:

- *¿A cómo vende Vd. el metro de este percal?*

El les respondía con gesto triste:

- *No sé por qué he venido otra vez a este pueblo. Con tantos puestos de telas como hay, han tenido que venir a fijarse en éste. Más me tenía que pasar por venir a vender a este sitio.*

A continuación le preguntaba otra:

- *Oiga buen hombre, dígame si este tejido de hilo fino tiene buena lavada y a cuánto vale el metro.*

El le respondía con tono y cara de enojo:

- *Claro que lava bien, y si tuviera verdadera intención de comprarlo se lo pondría a seis reales cada vara y media, pero ya veo que sólo lo quiere ver.*

Más tarde, cuando se paraba otra a preguntarle si había traído una tela concreta y del color que buscaba, le respondía con indisimulada irritación:

- *No voy a traer aquí todos los tejidos del universo. Esto me pasa otra vez por seguir viniendo a este pueblo, en el que todos quieren saber pero nunca quieren comprar.*

Si le pedían que les vendiera algunos retales, él les respondía:

- *Para tener retales es necesario vender primero las piezas, y aquí no compra nadie ni un cuarto de tela. No he visto un sitio como éste, en el que habiendo tanto dinero con las minas, la gente sea tan mirada para gastar en telas. Nunca debí volver a venir a vender aquí.*

En alguna ocasión alguna clientela decidida le pedía un corte de tela determinada, en ese caso antes de enarbolar su vara de medir, le advertía:

- *¿Sabe Vd. que su precio es de seis reales la vara?*

La compradora recibía la pregunta del telero como un jarro de agua fría, y si estaba totalmente decidida a comprarla le respondía:

- *¡Claro que lo sé, córtela!*

Este telero del mercado no fiaba ni un céntimo. Si en alguna de sus ventas le faltara algo de dinero a la que le compraba, se quedaba con la tela hasta que volviera con la cantidad total del precio. El no fiaba, ni rebajaba cantidad alguna en la compra. Decía que ya hacía mucho con echar más de un palmo de añadido gratis en cada medida, y cobrando el mismo precio.

El telero de la *tartana* era conocido en toda la comarca por su mal humor. Seguramente se dedicaba a esta actividad muy a su pesar. Puede que los tejidos le gustaran mucho, así como el pasearlos por los mercados, pero no le atraía nada el trato con el público que se los venía a

comparar. Cada posible venta era un motivo de irritación y enojo, que trasladaba de inmediato a la que se acercara a sus telas, sobre todo cuando se adivinaba que no tenía intención de comprarlas. Cada día de mercado se cargaba de berrinches sin límite. Sus clientas lo ponían de mal humor con sólo acercarse a su mercancía. Lo que para cualquier otro vendedor fuera motivo de alegría, para él era ya motivo de pesar. No pensaba que quienes venían a interesarse por sus telas podrían llegar a comprarlas. Y así, la alegría por la llegada de clientes la transformaba en pena por la idea, fija y preconcebida, de que luego no se las llegarían a comprar. Ante una idea de futuro *bueno* o *malo*, él siempre escogía de antemano el *malo*, y a continuación lanzaba su amargura y mal humor contra la persona que podría traerle el *bueno*, con lo que conseguía asegurarse siempre el *malo*. Sólo lo salvaba que la carga de telas que llevaba en su *tartana* eran de buena calidad y respondían a un amplio y variado surtido, lástima que su carácter y estado de ánimo obligaran a su posible clientela a tener que llevarse, por el mismo precio, además de las telas que compraban, el trato agrio y desagradable del que se las vendía. Aún así, al *tío de las telas* lo aceptaban como mal menor e irremediable para poder comprar la variedad de tejidos que era capaz de suministrar con su *tartana*.

La buena calidad y variedad de su mercancía y el nada abusivo precio de sus tejidos atraían a su vez a la sufrida clientela que tenía que soportar siempre una ducha de antipatía de aquel vendedor para poder luego comprar las telas soñadas. Fue tan famoso en toda la comarca que cuando alguna persona se mostraba a los demás excesivamente antipático y desagradable, se le decía: *Te pareces al tío de las telas*.

A veces hay personas que agradecen los favores que reciben dando patadas en las espinillas a los que se los hacen.



Fondón 1956.  
Casa palacio de D. Enrique Dote.  
*C. Guerrero Martín*

## EL GATO CLAVO

Unos meses antes, una familia numerosa del pueblo se había cambiado de casa. Estaba situada en una de las salidas principales del casco urbano, a la orilla de la carretera. Era una casa grande, de altos, bajos y huerto, que había sido antes una antigua posada, pero luego, con el paso del tiempo y las particiones de herencias, la habían troceado en varias casas, vendiéndolas como fincas independientes. Esta era la más grande, la que más recordaba en su porte y distribución su pasado hostelero, donde a través de los años, en tiempos ya pasados, habrían encontrado cobijo todo tipo de caminantes, arrieros, carreros, vendedores, gentes de las minas, gañanes, traficantes de ganados y cuantos circulaban por los caminos en aquella época. Sus muros podrían escribir historias miles, y serían testigos mudos de innumerables pasajes y aventuras.

Estaba ya entrado el invierno, los días eran cortos de luz solar y los árboles de la carretera ya habían cambiado su ropaje amarillo y sus hojas muertas por sus ramas desnudas y frías. Aún en los rincones de los caminos, se apilaban algunas hojas sueltas, de esas que quedan en los rincones como si no quisieran desaparecer. Cerca de allí unos olmos inmensos, que a la orilla de la carretera lucían su porte centenario como muestra visible de fortaleza y poder.

Habían comprado la casa con grandes esfuerzos, aprovechando los ahorros hechos en años buenos, para los que, como ellos, trabajaban en las tareas de las minas. Estaban estrenando casa grande y con huerto. El matrimonio y sus seis hijos eran felices gozando de aquellos espacios amplios, casi interminables, y tantas habitaciones como necesidades. Abajo, las cuadras y corrales eran muy espaciosos. Los mulos, las gallinas, conejos, cerdos y palomas se habían acomodado con total amplitud. También los animales eran felices. Las cuadras y corrales tenían en lo más alto de sus paredes unos ventanales amplios, protegidos con sus rejas de forja, que daban a una zanja que las separaba del muro del huerto. Aquella zona del pueblo estaba edificada sobre la ladera de una montaña. Las viviendas, construidas en la parte más baja del terreno, aprovechaban la más alta para disponer allí el huerto haciendo a modo de escalera la casa y el huerto, puestos en distintos planos. Entre huerto y vivienda se dejaba un espacio libre o *zanja*, que además de evitar la

humedad del agua de riego, lluvias y nieves, daba luz y ventilación a las cuadras, corrales y habitaciones interiores del edificio.

Pero esta alegría familiar se había roto y cambiado en preocupación porque en dos ocasiones, a media noche, había entrado una alimaña y les había destrozado las gallinas. Sospechaban que pudo entrar por las ventanas, que, aunque altas y separadas por la zanja, no ofrecerían suficiente obstáculo para entrar en el corral, y dándose un festín, no dejar viva ni una gallina. Es que el hambre no tiene frenos.

Los niños oían a sus padres los lamentos y preocupaciones por las pérdidas de los animales, tan valiosos en la economía de cualquier familia, así como el temor a que otros nuevos animales pudieran correr luego la misma suerte. Era difícil poder tapar las ventanas todas las noches para abrirlas luego al amanecer. Su altura y sistema de construcción no lo hacía fácil. También durante el día podrían ser objeto de ataques. Así la preocupación y pena de toda la familia se extendía cada día rompiendo la alegría del estreno de la casa nueva y grande.

En esta preocupación familiar, uno de los hijos menores tomó una decisión en solitario y sin comentarlo a ningún otro miembro de la familia, y decidió obrar. Cuando todos estaban ya acostados y sus padres habían apagado los candiles, se levantó en silencio, aprovechando que ya dormían, cogió una escopeta de su padre, siempre a la mano en aquellos tiempos, la cargó, y se dirigió con ella al corral. Hizo el trayecto descalzo, sin hacer el más mínimo ruido, en total silencio, y así llegó a la zona de los animales. Una vez allí saltó con la escopeta hasta uno de los pesebres que estaban vacíos, y se apostó recostado en él apuntando su cañón hacia la ventana. Intentaba vencer el sueño con la ilusión puesta en terminar bien su aventura, que implicaba seguirla con un silencio total. Tras horas de espera paciente y soñolienta, como el atleta que ve el triunfo cerca de sus manos, vio como en el quicio de la ventana se posaban unos ojos brillantes como si fueran dos luceros. Con el mismo silencio, sin moverse del sitio, apuntó y apretó fuerte el gatillo del arma. En el silencio profundo de la noche sonó el estruendo del disparo con más fuerza que un trueno. Los padres se despertaron sobresaltados, el sonido de un disparo dentro de su casa, en la planta baja, en los corrales o en las cuadras, era un tremendo el susto. Con una vela encendida en una palmatoria y un revólver bajaron con miedo las escaleras sin saber qué se podrían encontrar. En la puerta del corral apareció el niño con la escopeta en la mano, diciéndoles lleno de alegría: *he matado al que se come las gallinas*. Avanzaron más sobre el suelo del corral, y ya debajo de la enorme ventana, yacía moribundo un hermoso gato clavo. El niño

había logrado su hazaña: matar al animal que los dejaba sin gallinas y sin alegría.

Los padres se enredaban entre los sentimientos, uno de alegría por la decisión del niño, y otro de pena por la preocupación de lo que le podría haber pasado manejando un arma de fuego, como la escopeta, en las manos de niño, en la obscuridad de la noche y dentro del corral, en las cuadras. También las consideraciones de los padres fueron desde el reconocimiento del valor del niño, a la preocupación por el enorme peligro que había corrido, llevando en la mano una escopeta cargada y maniobrando con ella dentro de los corrales y sin luz.

En el pueblo corrió la noticia de la aventura del chiquillo travieso y atrevido, que logró cazar al animal que se comía sus gallinas, dándole un tiro en la ventana a la media noche. Esto quedó como gesto de atrevimiento de un niño movido por la preocupación de su familia ante una adversidad, que él creyó podría resolver con un gesto de atrevimiento y valentía, pero sin que sus padres lo supieran, porque él era consciente de que nunca lo hubieran consentido. Su hazaña le salió bien, y dio a sus padres una alegría y a la vez una gran preocupación por el peligro que había corrido.

Al final el que la sigue la consigue. La valentía, atrevimiento y sacrificio del niño alcanzaron el objetivo que él se había propuesto conseguir en solitario, matando de un tiro al que se comía sus gallinas.

## EN EL CAMINO DE BENECID

El municipio de Fondón se compone, como ya se ha dicho, de tres núcleos de población, cada uno con su personalidad y fisonomía propia. Fondón, el más grande, hecho a lo largo de un camino, luego carretera, y apiñado sobre una amplia ladera de la Sierra de Gádor. Benecid, el más pequeño, situado frente a Fondón, al otro lado del río, conjunto de casas blancas al pie de los últimos cerros de Sierra Nevada que buscan el agua del Andarax. Fuente Victoria, que antes se llamó Presidio del Andarax, el más llano, diseñado en forma de cruz, asomado al río desde la orilla de la carretera. Es en la organización administrativa entidad local menor. Este trío de casas blancas se dibuja sobre el verde de los campos y los múltiples ocres de las sierras que componen el valle. Los olivos, los almendros y las viñas, van dibujando el paisaje por debajo de las manchas de pinos de las cimas más altas. En invierno, la nieve decora los picos de la sierra que tocan y recortan el azul intenso de un cielo casi infinito, y el aire limpio y frío aclara la mirada al horizonte.

Era ya el principio de la primavera. Los campos estaban muy verdes, con tantos tonos de color como podemos imaginarnos. Las parras y las viñas estaban cubiertas de pámpanos, el maíz ya había crecido, las hortalizas se dejaban ver, los almendros y frutales tenían toda su ropa, las higueras daban el perfume de siempre, los olivos inmortales e inmóviles habían cuajado sus aceitunas, los chopos, álamos y sauces, en las orillas del río marcaban con altivez el camino del agua, y desde lejos albergaban como una inmensa sala de conciertos el canto de los pájaros y el sonido de la corriente del río, aún con la abundancia de agua que le da el invierno. Todo era paz, luces mil, olor a campo y monte, quietud y silencio, roto a veces por el sonido de los pasos de una caballería, el canto de un pájaro, los cencerros del ganado, o el murmullo del agua de las acequias.

Fondón y Benecid, antiguamente sólo estuvieron unidos por un camino de tierra, con la anchura justa para que se pudieran cruzar dos caballerías con sus cargas respectivas. Era un camino de cuevas y pendientes, al tener que unir dos poblaciones hechas en dos laderas del valle y alejadas de las amenazas del agua del río, que a veces crecía muy por encima de su cauce normal. El agua del río separa una población

de otra. El camino que las une tiene que atravesar el curso del agua, y vadear sus corrientes, a veces violentas.

Sólo había este camino entre un pueblo y otro. La carretera actual que une Benecid con El Puente del Vado se construyó ya en la segunda mitad del siglo XX. Había sido antes un camino de herradura. Hasta entonces entre los dos pueblos, sólo había este camino de tierra, que al comunicar también a buena parte de la vega de una y otra margen, aparecía como una hermosa vía de paso y trasiego en la que siempre había gente. Arrieros, pastores, mineros, los que trabajaban en el campo, vendedores y mujeres que iban o venían de lavar la ropa en el agua del río, o en las muchas acequias que recorrían la vega. Vía importante para dar acceso a unas zonas de vega extensa y rica. Era un camino muy transitado, pero también lleno de silencios.

En una hermosa mañana una madre de Fondón mandó a su hija mayor a que le hiciera un encargo ante otra mujer de Benecid. En este pueblo se hacía un pan especialmente bueno, se amasaban los *pebetes*, unos dulces únicos y exquisitos (que aún se mantienen en sus tradiciones culinarias), tenía hornos, almazara, eras, y ya también resultaban famosos los quesos y la miel de aquel rincón de paz, sosiego y alegría.

La niña, de unos doce años, salió de su casa con la ilusión de sentirse ya mayor, hasta el punto de que su madre la pudiera enviar sola a Benecid a dar un encargo. Confiaba la madre en que la niña lo haría bien, y, además, que no le pasaría nada. Para tal ocasión le habían puesto un vestido nuevo, recién planchado, el pelo bien peinado, las alpargatas limpias e impecables, y antes de salir le habían hecho una numerosa lista de recomendaciones, que debería observar escrupulosamente para el éxito total de la misión que se le confiaba. No cabía duda que este gesto de su madre era una muestra clara de que ya la consideraba como persona mayor, lo que le hacía crecer mucho su autoestima. Más aún cuando para cruzar el río había que pasar por un puente colgante, que se movía al caminar sobre él, y que con frecuencia lo movían los muchachos para asustar a los que lo cruzaban.

Había recorrido ya la mayor parte del camino, había pasado el puente colgante, y tenía más que iniciada una cuesta muy pendiente que sube desde el río hasta Benecid. En esa pendiente su caminar se hizo más lento, había saludado cortésmente a cuantos se encontró por el camino, había dado respuesta puntual a cuantos le habían preguntado qué hacía allí o dónde iba, pero en ese momento caminaba sola, sin compañía de persona alguna por esta etapa de su interesante viaje. De vez en cuando se detenía a observar los frutales próximos, saltaba para

esquivar algún charco del agua que salía de las acequias, o se paraba a oler las matas de mastranzos de las riberas más húmedas, o a comer algunas moras, ya maduras, que ofrecían al caminante los zarzales que colgaban de los ribazos, teniendo mucho cuidado para no manchar con ellas su impecable vestido.

En esos minutos de soledad, le vinieron a su barriga un montón de gases violentos, y la niña, en la confianza total de que no había persona alguna en su entorno, dio suelta gloriosa a todos ellos, añadiendo al silencio del campo el sonido estremecedor de una armoniosa cadena de pedos. Y se quedó en la gloria. Pero no tranquila del todo, y temiendo que alguien oculto a su vista hubiera podido oír el concierto, volvió la cabeza, observó despacio, y para su sorpresa vio que detrás de ella caminaba el señor cura, vestido de negro, con esclavina sobre sus hombros, con bonete de borla verde, y su bastón en ristre. Sospechando que hubiera podido oír semejante estruendo de pedos, esperó que llegara hasta donde estaba ella, y con voz y gesto de suma cortesía le dijo:

- *Señor cura, ¿desde cuándo viene Vd. en mi compañía?*

A lo que el señor cura le respondió:

- *María desde la primera castaña.*

La niña no se inmutó en modo alguno, cambió de conversación y le añadió:

- *Señor cura, si Vd. va a Benecid, yo también voy allí para realizar un encargo que me ha dado mi madre, si Vd. quiere podría caminar con Vd. y así le haría compañía por el camino.*

El señor cura accedió gustoso a que la niña le acompañara hasta el pueblo, y sin hacer mención alguna al episodio, caminaron juntos en animada conversación hasta llegar a la puerta de la iglesia en la plaza del pueblo.

Ya de vuelta a su casa, la niña al rendir cuentas a su madre, le relató todos los incidentes del viaje, incluido este. En su casa su madre siempre le decía: *si quieres que algo no se sepa, no lo digas y no lo hagas*. Y qué razón más grande tenía tal consejo, especialmente si se aplicaba a ese justo desahogo que tuvo subiéndolo la cuesta de un camino en la soledad que ella creyó, pero que no fue tal. Al final el concierto tuvo público, aún cuando fuera una sola persona.

Por supuesto la sonora anécdota fue contada por la familia de la niña, no por el señor cura, que la conservó siempre en total silencio. Pronto en el pueblo se tuvo conocimiento de la estruendosa sonoridad del concierto de pedorretas que emitió la niña con la discreta y ocasional audiencia del señor cura.

## EL SUEÑO DEL “TÍO JUANICO

Era ya muy de noche. Hacía tiempo que las campanas de la torre de la iglesia habían dado el toque de Ánimas. Había mucho frío fuera, era pleno invierno, y por las ventanas, a pesar de tener bien atrancados los postigos, se podía escuchar el viento. También dentro de la casa se había colado el frío y, ni con el calor de la lumbre que crecía en la chimenea, se dejaba de vivir un ambiente gélido.

Desde poco después del obscurecer él y su mujer, la “Tía Angustias”, luego de ponerle a su burra el pienso de la noche, se habían refugiado delante de los troncos que estaban ardiendo en la chimenea. Allí se tomaron, cuchara en ristre, una hermosa fuente de sopas blancas, acompañadas luego de algunos trozos de longaniza con un cuartillo de vino, y como postre unas granadas de las que tenían colgadas desde el otoño.

Como no era bueno estar parados, y había que aprovechar el tiempo al máximo, el se había dedicado a mover sus dedos con destreza y soltura trenzando con el esparto *machacado* una hermosa cuerda, que se iba enredando sobre sus pies. Ella movía también sus dedos con la misma pericia unos hermosos calcetines de lana con ayuda de tres *agujas de hacer media*. Los dos hablaban entre sí con frases cortas mientras atizaban la lumbre buscando cómo levantar las llamas. El se refugiaba de vez en cuando liando un cigarro, que luego encendía con un tizón, y echando de algún trago de vino de una bota vieja, tan vieja como él, que le acompañaba siempre como si fuera su sombra, colgada del palo de su silla. La llama de un hermoso candil colgado de una alcayata en la pared, y muy cercano a ellos, iluminaba el ambiente. Tampoco ellos necesitaban mucha más luz para el trabajo de sus manos, era suficiente el tacto, y poco más, ya que la pericia de las manos de uno y otra bastaban para sacar sus obras de arte. Tenían, como siempre, la compañía de su gato, que dormitaba enroscado cerca de la lumbre.

Ya cansados de estar en las sillas con asientos de guita, con las espaldas doloridas, con el frío dentro de sus cuerpos, les empezaba a pintar el sueño. Al poco decidieron meterse en la cama e intentar dormir. Ya sabían, como siempre se dijo, que el cuerpo tendido descansa más que cuando está sentado, y que la cama da un calor parejo, como ningún

abrigo te lo puede dar, ya se esté sentado o de pie. Su decisión inquebrantable fue la de dar por terminado el día e irse a la cama.

Su alcoba era un cuarto pequeño. Estaba amueblado con una cama de hierro, comprada en sus años de juventud, y una pequeña y vieja mesita de noche, sobre la que ponían una jarra de cristal llena de agua y un vaso para saciar la sed de media noche. Unas hermosas alcayatas en la pared hacían el servicio de una percha, en ellas se colgaba la ropa hasta la mañana siguiente. La cama estaba dotada de un gran colchón de *farfollas* de maíz. Todos los años, al separar en el maíz la mazorca de las hojas que la envuelven, (*desfarfollar*), se apartaban con cuidado las hojas más blancas y tiernas para rellenar luego con ellas colchones y cojines. Resultaba un material sumamente mullido, muy blando, comodísimo, y gratuito, pero tenía un inconveniente: hacía un ruido estruendoso cada vez que el cuerpo cambiaba de posición. A tal ruido ya estaban acostumbrados, y, como todo el mundo, también ellos terminaban por no oírlo. Tampoco faltaba, no podía faltar, la escupidera de loza debajo de la cama, dispuesta siempre a resolver a media noche, más aún en una noche de frío, la necesidad de soltar la orina de forma inaplazable.

Con este escenario el matrimonio se metió en la cama, se taparon con unas mantas de lana y una zalea de borrego, y después de dar un buen soplido al candil para apagar su llama, se envolvieron en su colchón de hojas de maíz, y se pusieron a intentar dormir bajo el calor de las mantas.

Ya bien entrada la media noche, cuando más profundo era el sueño, gozando a tope del calor de la ropa que los protegía de aquel frío, la Tía Angustias da un grito seco y fuerte al tiempo que zarandea a su marido, que duerme en un profundo sueño.

- ¡Juan, Juan, despierta! ¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo? ¿Es que no te das cuenta? ¿Qué te pasa? ¡Despierta!

El Tío Juanico medio dormido le responde:

- ¿Qué pasa?

Ella le corta con mucha energía:

- ¿Es que no te das cuenta de que te estás meando en la cama?

Él, esbozando una leve sonrisa le hace un gesto de caricia y le dice:

- Angustias, lo siento, estaba soñando que meaba al pie de nuestra higuera y me estaba quedando totalmente feliz.

Ella le sigue hablando con voz enérgica:

- ¡No era en el tronco de la higuera donde meabas sino en mi espalda!

Aquí se acabó el dulce sueño y el calor de las mantas. La Tía Angustias y él tuvieron que cambiar el colchón para improvisar otra cama que les

permitiera seguir durmiendo hasta la mañana, además de cambiarse de ropa. No se pudieron duchar, ya que en aquellos años las casas carecían de agua corriente, y solamente dispondrían de la que tuvieran en sus cántaros, que tampoco serían muchos.

Al día siguiente, vecinos y familiares, conocieron con grandes sonrisas la aventura del Tío Juanico que orinaba a pleno placer en le troco de su higuera, sin saber que donde lanzaba su feliz manguera era en las espaldas de su mujer que dormía plácidamente a su lado.

Y es que el sueño profundo, el frío del ambiente y las ganas incontenibles de orinar pueden terminar soñando lo que soñó tan felizmente el Tío Juanico.

## LA PROCESIÓN DEL SANTO VIÁTICO

Era costumbre en Fondón asistir a los enfermos muy graves con los sacramentos de la Unción de Enfermos y la Comunión organizando una salida solemne de la iglesia, a la que se invitaba a participar a todo el pueblo. Para esto había un toque especial de las campanas, la gente que podía se congregaba en torno a la puerta de la iglesia, y después, salía la procesión solemne, el cura bajo palio, rodeado a su vez de un buen número de chiquillos y algunos hombres, que portaban unos faroles puestos sobre el extremo de unos robustos cilindros de madera y cerrados con unas paredes de cristal para evitar el viento, en su interior ardían unas velas de buen tamaño. Era, más que un deber un honor, llevar uno de aquellos faroles, más aún si había alguna relación de parentesco o amistad con el enfermo.

No era muy frecuente que en tales momentos hubiera hombres disponibles para este fin, lo normal es que les cogiera en el trabajo. Resultaba mucho más frecuente que fueran los niños, ya *zagalones*, los que, enviados por sus madres o por propia iniciativa, salieran corriendo en busca de los faroles.

En una de estas ocasiones, unos niños, que eran primos y vivían además vecinos, fueron enviados por sus madres a tomar parte en la procesión del "Santo Viático".

Al tiempo que tocaban las campanas corrían con todas sus fuerzas para llegar a tiempo de coger uno de los faroles. Era invierno, y el frío hacía que sus madres les hubieran puesto unas gorras de lana, que primorosamente hacían las mujeres para protegerles las cabezas a los niños. Era tal el entusiasmo y la prisa, que se olvidaron de quitarse las gorras. En aquellos tiempos también se consideraba una desatención litúrgica, extensible a los niños, que los hombres asistieran con la cabeza cubierta, por lo que las gorras en aquel momento estaban estorbando ya en las inocentes cabezas de los niños. Ellos, con el frío y los nervios, ni se dieron cuenta que las llevaban en sus cabezas, quizá ni sabían que se las tuvieran que quitar.

Al salir la procesión a la calles, desde la misma puerta de la iglesia, los faroles tenían que rodear a los que portaban el palio bajo el que se situaba el señor cura acompañado del sacristán, que se quedaba uno o dos

pasos más atrás. Cuando era posible, por ser domingo o festivo, podía ser que también les acompañara la música *de viento*, que así se llamaba a la de banda, para diferenciar la de las de órgano y cuerda.

Viendo el sacristán que los niños no se habían quitado las gorras, salió furioso y dándole un solemne coscorrón al que portaba el farol, le dijo en voz baja y tono violento:

- *¡Quítate la gorra!*

El chiquillo se la quitó rápido y llamó a las demás para que también se la quitaran ellos.

El niño sintió nacer en lo más hondo de su alma un sentimiento de asco y mala leche contra el sacristán.

Bien hubiera estado que le dijera que se quitara la gorra, ya que ellos no tenían conocimiento de la prohibición, ni se habían dado cuenta, pero el guantazo y el tono violento que empleó no estaban justificados en modo alguno. Además lo hacía en público, lo que aumentaba aún más la ofensa. No era un aviso o advertencia hecho con más o menos dulzura, fue la aplicación de un castigo o ejecución de pena sin motivo que lo justificara, además hecho en público y con evidente abuso de autoridad por parte del sacristán. El coscorrón ofendió profundamente al niño, y también a los hermanos y primos que iban juntos.

Los niños tienen bien afinado el sentimiento de lo justo e injusto. El chaval no podía entender que una buena acción, como era esta, prestarse a llevar un farol en la procesión, tuviera tan escaso reconocimiento para no merecer que la advertencia sobre la gorra la hubiera hecho en un tono amable. Quizá el sacristán iba envuelto en algún motivo de enfado o cabreo en aquel momento y lo pagó con el más débil, como ocurre a veces.

Tal cantidad de odio hacia el sacristán iba naciendo por momentos en el niño, que llamó a uno de sus hermanos, le dio el farol, se lo contó a los primos, y rápidamente se aprovisionaron de piedras en los bolsillos con la santa intención de dispararlas en el primer momento oportuno contra la cabeza del sacristán. En todo el recorrido no hubo ocasión alguna para efectuar el disparo, ya que el sacristán no se separó del cura ni unos palmos.

Llegados de nuevo a la iglesia, terminó la procesión, guardaron los faroles, y se cerraron las puertas. El proyecto de agresión y justa venganza contra el sacristán no lo habían podido llevar a cabo, no había sido posible, ya que la proximidad al cura hacía seguro que no fuera el sacristán solo el que también recibiera la lluvia de pedradas, sino que bien las podría recibir también el cura. No dándose por vencidos, espe-

raron bastante tiempo a que por la puerta de la sacristía saliera a la calle el sacristán, pero tampoco sucedió. El perseguido hombre, como si lo maliciara o se hubiera percatado de la intención de los niños, se quedó dentro, quizá ocupado en otras tareas, y no salió a la calle. Cansados de esperar decidieron seguir su camino para llegar a sus casas, dejando la ejecución de sentencia para otro momento más propicio

El pérfido sacristán quedó para ellos desde entonces como la persona más antipática y odiada del pueblo. El injusto bofetón ofendió no solamente al que lo había recibido en su cabeza, sino a todo el grupo de hermanos y primos.

Ya de vuelta a sus casas contaron a sus madres respectivas el suceso, la afrenta del bofetón, y además la pena de no haber podido llegar con las piedras a la cabeza del sacristán.

Seguro que ante tal suceso, las madres les dieron las consignas morales apropiadas a estos casos, pero esta reacción de los niños se quedó en los anales como una travesura infantil en la que los chiquillos quisieron actuar por su cuenta contra una agresión injusta, con los medios a su alcance, sin importarles que fuera contra el sacristán del pueblo habiendo sido este el agresor. El temor a darle la pedrada al cura, y la posterior desaparición del sacristán frustraron los deseos de venganza con los que cargaron las piedras que como proyectiles certeros, guardaron en sus bolsillos durante todo el recorrido. La justa venganza no fue posible, pese al reiterado intento de llevarla a cabo. La cabeza del sacristán se salvó de recibir la lluvia de pedradas que los niños tenían ya preparadas en sus bolsillos.

## EL GUISO DE NABOS

En Fondón los inviernos eran muy largos. Los productos de la matanza del cerdo sacaban de muchos apuros a las familias. En los días fríos era necesario comer, al menos una vez, un guiso contundente, de *pringue*. En las ollas, casi siempre de barro, se ponían huesos varios de la matanza, careta, morcilla, y para suavizar tanta *fortaleza*, era preciso añadir a las patatas otras verduras. Además de los *hinojos*, se usaban también los *cardos*, las *habas*, primero las secas, y luego las más tiernas que dieran las matas, las *berzas*, y sobre todo también los *nabos*.

Todos estos productos del campo y la huerta producían en las sabias manos de las mujeres del pueblo unos pucheros tan nutritivos como deliciosos, y también muy ajustados a las escasas economías familiares, que tenían que hacer una despensa de autoabastecimiento, es decir, que lo que se ponía dentro de la olla cada día, debía previamente estar en la casa, habiendo sido obtenido por la familia, y sin gastar dinero. Por eso buena parte del año tenían que producir con sus propios recursos todo cuanto era necesario para asegurar las necesidades de la casa, ya que el dinero era muy escaso. Por eso se hacía necesario que un palmo de tierra de cultivo fuera sumamente apreciado, ya que donde pudiera caber una planta, aunque fuera de acelgas, aseguraba una o varias comidas a toda la tribu.

Cuentan que una familia muy numerosa (cosa muy frecuente en aquellos tiempos, no en éstos), en ese sano afán de llenar la despensa para el largo invierno, todos los años sembraban de nabos un bancal que tenían cerca del río. Luego los guisos de nabos iban apareciendo en la mesa con presencia parecida al goteo de un grifo roto, es decir que una o dos veces por semana tocaba comer guiso de nabos.

En esta familia había un niño que odiaba tal guiso, y así cada vez que su madre lo ponía en la mesa, que era con frecuencia, le daban un berrinche de los gordos. El hambre y la educación de la época impedían que el niño pudiera elevar protesta alguna ante su padre, pero a su madre sí cabía manifestar que tal comida no era de las que le producían mayor entusiasmo.

En aquellos tiempos, la escasez de comida y la autoridad de los padres eliminaban cualquier conato de rechazo a cuantos alimentos se ponían encima de la mesa. El niño, que podría tener unos ocho años, no

sabía cómo librarse de los nabos, ni cómo conseguir que su madre los pudiera cambiar por otra verdura. Por más esfuerzos y elucubraciones que hacía, resultaba imposible poder quedar libre del guiso de nabos. Y no una o dos veces al año, sino con mucha más asiduidad de lo que él consideraba debería ser normal. Quizá las razones estaban, no solo en que abundaran en el suelo de la despensa, sino también que algunos de los comensales sintieran especial predilección por ellos. El caso era que cada vez que llegaba el invierno aparecía para él, a modo de maldición bíblica, el reiterado e insoportable guiso de nabos.

Un año su padre tenía que estar en la mina en el tiempo en que había que sembrar los nabos. Como era uno de los hijos mayores, su padre le dio el encargo de que fuera y los sembrara él.

En aquellos tiempos los niños, aún con pocos años, trabajaban siempre dentro de cada casa en cuantas tareas pudieran desarrollar con su capacidad infantil. Así el pastoreo, cuidado de animales domésticos, acarreo con animales de carga, siembras, riegos, recogida de estiércol, el transporte manual con pequeños pesos, etc., eran encargados a los niños. En la casa todos estaban gustosamente obligados a tener que arrimar el hombro. Lo que se ponía para comer sobre la mesa, se tenía que conseguir con el esfuerzo de todos.

Dentro de este esquema familiar le fue dado este encargo por su padre. No hay que dudar que el niño supiera ya perfectamente cómo y dónde se sembraban los temidos y desagradables nabos, y a juicio de su padre lo podía hacer, y lo haría, perfectamente.

Desde un punto de vista educativo, que tanto miraban los padres, era también bueno que tal encargo lo recibiera el que era menos amigo de los nabos, y con sus protestas manifestaba mayor rechazo.

Pero el padre ignoraba que, además de todas las capacidades que tenía su hijo, tenía una condición maravillosa: la de ser un niño. Y eso precisamente es lo que produce la siguiente historia.

Ya ausente el padre de familia y llegado el tiempo idóneo para sembrar los nabos, le recordaron al niño el encargo dado por el padre.

Así, una mañana tomó su escardillo al hombro, un morral con alguna comida, y un buen talego de semente de nabos, y se marchó camino del bancal que tenían junto al río, ya preparado para esta siembra.

El malévolos encargo de su padre encerraba dos cosas aún más desagradables que los nabos: una, que le hubieran dado a él precisamente el encargo de sembrar lo que más odiaba; otra, que por la cantidad de semilla que habían previsto, se podría adivinar que ese año serían muchos más frecuentes estos guisos.

Muy contrariado por lo que ya se presagiaba, ideó una solución perfecta: al pasar por el centro del pueblo: con algunos ahorrillos que había juntado, compraría semilla de mostaza, y en lugar de sembrar los nabos sembraría mostaza, que al parecer son plantas parecidas cuando nacen. Luego, al no haber nabos en la despensa, serían menos también la cantidad de guisos que pudiera realizar su madre, ya que habría que comprarlos, y eso no entraría en los proyectos de sus padres. Y así lo hizo, ideado y realizado.

Llegado al bancal, tiró al río abajo las semillas de nabos, y en la tierra sembró con total entusiasmo la mostaza.

Su padre quedó muy satisfecho por haber realizado el encargo con total diligencia y perfección.

Pasado el tiempo nació la mostaza, y poco después pudo comprobar el padre que las hermosas plantas que crecían no eran de nabos sino de de mostaza. No había error en las semillas, que bien sabía él que las que le dejó al niño eran de nabos. Entonces el niño dulcemente interrogado por su progenitor confesó el cambio de unas semillas por las otras, sin más atenuante en su favor que su insuperable rechazo a los nabos.

El padre, ante tal situación, para curar esa inadmisibles aversión a tal comida, y como medida educativa, compró nabos en cantidad suficiente como para cocinar ese año más del doble de lo que habitualmente consumían en cada temporada. Ese invierno las virtudes culinarias de este blanco y sencillo tubérculo entraron en la mesa de aquella familia con tal abundancia que consiguieron no sólo nutrir bien a niños y adultos, sino además dejar sentado como enseñanza, que cuando se aplican malos remedios aumentan las desgracias, que la desobediencia tiene castigo, y sobre todo que el guiso de nabos era más soportable para el actor cuando se tomaba en dosis más pequeñas. Esta vez la reiteración de tal comida era la consecuencia a su censurable conducta. Nunca se debe dar una batalla si no se está seguro de que al final se ganará la guerra.

Contaban también que en lo sucesivo tal atracción de nabos sirvió para que admitiera que este guiso era más comestible y sabroso de lo que al principio imaginaba él. Y es que a veces el conocimiento rompe después los prejuicios que se tenían sobre lo desconocido. La sabiduría de la experiencia. La función educativa de la autoridad paterna, la formación en la obediencia y la necesidad de comer sin rechazos ni prejuicios, eran en aquellos ambientes los medios que se usaban en la formación de aquellos niños.

## LA GRATITUD DE LOS ANIMALES

Hace ya muchos años, cuando el cambio climático aún no se había instalado entre nosotros, Fondón, como toda la sierra, tenía abundancia de pastos durante todo el año. Eso hacía posible que hubiera una amplia cabaña de ganado, del que una buena parte eran también vacas.

Contaban las tradiciones orales de los vecinos que un hombre tenía una hermosa partida de ganado vacuno. Las miserias de aquel tiempo obligaban a que en las familias trabajaran todos, incluso los niños. Este hombre puso a uno de sus hijos mayores, que no había cumplido aún los nueve años, al cuidado de la manada de vacas. Le auxiliaba en este trabajo un enorme y fiel perro mastín, que unido siempre, de manera inseparable, al niño y al ganado, evitaba que los animales se dispersaran por el campo, que sufrieran intentos de robo, o que las vacas, atraídas por lo más apetitoso, buscaran su comida en los sembrados.

La punta de ganado la componían una docena de vacas, acostumbradas a pastar en el monte. Algunas de ellas cuando se asustaban embestían como si fueran de raza brava.

El perro mastín había sido adiestrado como pastor. No tenía sueldo, ni Seguridad Social, ni sindicato. Trabajaba solamente por la comida, que era una sartén de migas de harina, que le servían cada mañana antes de salir al campo. Su horario era de veinticuatro horas, sin descanso, vacaciones ni días festivos. Vivía permanentemente junto a las vacas, de día en el campo, por la noche en el corral. Su trabajo era cuidar de ellas de manera continua, y también del niño pastor. Imponía su autoridad sobre los animales, que no siempre le obedecían, tratando ellas con frecuencia de rebelarse y desobedecer, usando sus embestidas contra el perro, pero él, con su fiereza, terminaba imponiéndose, obligándoles a la obediencia y la mesura.

El niño era un pastor que resignado a este trabajo, terminó por sentir entusiasmo por su vida en el campo, siempre con la compañía de su perro y la ocupación de cuidar a sus vacas, procurando que al final de la jornada tuvieran sus estómagos llenos. Cuando se presentaba la ocasión propicia, segaba hierba fina y fresca de los ribazos para dársela a los animales. Procuraba que no pasaran falta de agua, especialmente en los meses de verano. Con frecuencia les hacía caricias y las llamaba por sus

nombres. Nunca las maltrataba ni les tiraba piedras con la honda para rectificar su camino. Al perro, cada vez que abría su morral para sacar comida, le daba parte de lo que le habían puesto a él para pasar el día.

Componían así un grupo de trabajo perfectamente ensamblado. La misión era que las vacas se alimentaran sin causar daños. El perro y el jovencísimo pastor cumplían con exactitud matemática este encargo. El niño, a su vez, ponía unas notas de ternura, que captadas por los animales, estos se las devolvían a su vez con creces.

Entre pastores eran frecuentes algunas discusiones por ocupar las zonas de mejores pastos, por imputar unos a otros los posibles daños en fincas o sembrados, por rivalidades de antaño o por otros muchos motivos entre las personas que realizan trabajos similares y pueden tener intereses contrapuestos. No siempre había paz entre los que llevaban ovejas y los que apacentaban vacas. Estos usaban una vara larga y fuerte llamada *ahijada*, que les servía además, llegado el caso, de instrumento de ataque o defensa. Cuando el pastor era un niño, como en este caso, era más fácil doblegarlo y abusar de él.

El perro, las vacas y el niño, hicieron un equipo tan compacto, que el joven pastor se llegó a convertir en inatacable. Cuando se encontraba en situaciones de peligro, sólo sus gritos llamando a su ganado y a su perro, o el llanto por amenazas o agresiones, ponían en marcha a sus animales. Las vacas embestían sin piedad, y el perro a su vez se lanzaba también en busca del agresor o agresores.

Por el pueblo se corrió la voz de que esa manada y ese perro eran muy peligrosos, y no faltaron las denuncias y la petición de sanciones y castigos para el padre del niño y dueño de las vacas. Como tantas veces en la vida, contaban las *historias* a medias, según conviniera a los que las contaban. Y ya se sabe que una verdad a medias se convierte en una gran mentira. Ni las vacas, ni el perro, ni el niño, ofrecían peligro alguno cuando los dejaban en paz, sucedía, por el contrario, sólo cuando eran atacados por otras personas cuando saltaban los mecanismos de defensa. Si alguien amenazaba o trataba de agredir al niño, o de abusar de su edad, era segura la respuesta: las vacas y el perro ante las señales de auxilio del niño ponían en muy serios apuros al atacante, que se encontraba en medio del campo con las embestidas de las vacas y el ataque del perro. Situación que no dejaba de ser muy comprometida para el que la tenía que sufrir.

Eran los caciques del pueblo los que ya empezaba a tomar cartas en el asunto. Las vacas, el perro y el niño chocaban a veces con sus intereses o con los de sus protegidos. Para ellos era necesario que desapa-

recieran del pueblo las vacas y el perro, ya que la desaparición del niño no era posible. Había que eliminar este serio e inaceptable obstáculo a otros intereses de personas más poderosas.

El dueño del ganado estaba cada vez más preocupado por las quejas reiteradas que le iban dando. Con abundantes mentiras presentaban al ganado y al perro como elementos peligrosos, que atacaban a las personas y dañaban los campos. Ocultaban que los *temidos* ataques, solamente se producían cuando intentaban pegar al niño, molestar a las vacas o al perro, es decir, siempre que atacaban al niño o intentaban abusar de él por su corta edad. Dejando los en paz, no planteaban problema alguno. No atacaron a persona alguna, ni dañaron sembrados, ni ofrecieron dificultades o problemas. Sus ataques respondían siempre a la legítima defensa ante agresiones y abusos sobre un niño, nada infrecuentes por la escasa posibilidad de defensa que podía ofrecer a su edad.

En Fondón en aquella época, como en tantos otros ambientes rurales, existía un grupo de caciques que hacían del abuso su vida, y de la mentira y opresión su instrumento cotidiano. No tardaron en *embestir* ellos contra el dueño, el niño, las vacas y el perro, pero con mayor mala leche y malicia que lo hacían los animales.

Los caciques tenían muchas tierras, ganados y pastores, y no podían soportar que alguien, con razón o sin ella, estuviera por encima de sus intereses y de su mando. Por resultar un obstáculo a sus privilegios, se unieron todos ellos en la lucha contra el dueño de las vacas.

No se amedrentó este hombre, ya que estaba convencido de la verdad. No había peligro alguno si no se les atacaban. Ni las vacas, ni el perro, ni el niño ofrecían peligro ni molestaban a persona alguna, pero resultaban inatacables ante los que pretendían abusar de ellos. La campaña en contra que le hacían los caciques y sus acólitos, que nunca faltaban, resultaba cada vez más insoportable.

Como ya dice el aserto popular, *la cuerda se rompe siempre por lo más débil*, en este caso, pasado el tiempo, se vio obligado el dueño a tener que vender su manada de vacas y con ellas su perro mastín. El niño pastor se quedó en el paro, sin subsidio alguno, pero lo más sangrante fue que perdió a sus vacas y a su perro. Y para siempre además perdió la íntima compañía y protección que le brindaban en aquel ambiente, en el que los abusos contra los débiles eran frecuentes. Seguro que también las vacas y el mastín lloraron mucho la separación de su joven pastor, que tanto los cuidaba y los quería.

A partir de entonces, en el caso frecuente de niños pastores, se podría abusar de ellos sin peligro a vacas y perros que los defendieran, y

quedaría expedito el camino para que los más fuertes pudieran siempre imponer sus intereses sobre los más débiles.

¿Puede dudar alguien del agradecimiento de los animales? ¿Se puede ver cómo el que tiene el poder de convertir la verdad en mentira para poner sus intereses por encima de los demás consigue aplastar a los más débiles? ¿Eran los animales un instrumento sabio y natural de hacer justicia? En esta historia parece que sí.

## LAS AVENTURAS DE UN CAMINANTE

Las abuelas más cargadas de años contaban que a ellas, a su vez, sus abuelas les habían referido ya estas hermosas historias que decían le sucedieron a un mozo del pueblo. En ellas la exageración llegaba al absurdo, para divertir más a los niños que las escuchaban con los ojos llenos de expectación.

Volvió el joven después de muchos años de ausencia. Había marchado a tierras muy lejanas para servir al Rey, y en sus historias estaban las de haber tomado parte en varias batallas como combatiente en algunas guerras en las que se vio obligado a luchar como soldado.

Ya licenciado, vivo y sano, volvía a su casa, y para llegar a su pueblo le era necesario hacer un viaje muy largo, que le imponía muchos días de caminar, tener que trabajar en los pueblos y aldeas que atravesaba, para así poder ganarse el sustento durante su viaje. Era joven, fuerte, listo y muy educado, como le habían enseñado ya sus padres y maestros, *tenía temor de Dios*. Estaba dispuesto siempre a prestar ayuda y a ser agradecido, pero su mayor ilusión era volver a su casa, encontrarse en un abrazo con sus padres, y ver otra vez a una hermosa joven, de la que estaba muy enamorado y soñaba con poder casarse algún día con ella. ¿Estaría aún soltera? La ilusión con volver a su pueblo, después de pasar tantos peligros y aventuras, era una fuerza enorme para poder superar tantas jornadas de viaje. Su sueño con volver le impulsaba cada día a recorrer el largo camino que tenía que hacer, y a realizar con gusto todos los trabajos que le fueran necesarios para poder comer y dormir en cada jornada de su largo caminar.

En una ocasión, después de recorrer varias leguas y atravesar unas sierras muy altas llenas de bosques, divisó al fondo de un hermoso valle un pueblo de casas muy blancas, apiñadas todas alrededor de una iglesia. Dio su corazón un salto de alegría al ver un núcleo de vida después de tantas horas de soledad y camino duro. Por fin encontró un pueblo. Era el mayor premio que podía tener. Ya le sería posible descansar y reponer fuerzas. Cada etapa de su largo viaje era una página de aventuras que iba escribiendo en su memoria, que a su vez añadía a las experiencias acumuladas en tan duros años de peripecias y peligros. Todas ellas lo fueron formando como hombre maduro y lleno de mundo.

Cuando se aproximó a las primeras casas del pueblo vio con gran sorpresa que no tenían ventanas, sólo tenían puertas y algunos pequeños huecos en las zonas más altas, que seguramente serían los graneros. Más adelante, cuando llegó a la plaza del pueblo, observó con gran asombro como un numeroso grupo de hombres ponían al sol espuelas, carretillas y capazos, para introducirlos poco después dentro de la iglesia. A continuación los volvían a sacar para ponerlos otra vez al sol, y luego repetían el mismo trabajo. Todo esto lo hacían sin descanso, con movimientos continuos, casi automáticos, y además poniendo en este trabajo un celo e ilusión que se dejaba ver al solo contemplar sus repetidos movimientos.

Al ver los habitantes del pueblo que eran observados por un forastero, muy pronto se acercaron a él algunos del lugar para hacerle las preguntas de rigor en estos casos: quién era, de dónde venía, por qué motivo había llegado a este pueblo, de qué vivía y que oficio o modo de vida era el suyo. Una vez hecha la ficha por los más atrevidos del grupo que le rodeaba, fue admitido como forastero de paso por el pueblo, sin que eliminaran por completo las reservas y desconfianzas al uso sobre las personas extrañas.

Su necesidad de trabajar para comer le llevó a contemplar, aún más, esta absurda manera de trabajar que veía ante sus ojos, con el fin de pedir que le dieran trabajo allí también a él. Pero era tal el misterio que encontraba en estas tareas sin sentido ni utilidad, que no pudo por menos que preguntar a los mismos que le habían preguntado antes a él, qué estaban haciendo todos estos hombres con este trabajo. Sus interlocutores le contestaron con gran cortesía y cargados de seguridad y convicción:

- *Tenemos una iglesia muy oscura y fría, en ella no entra el sol, y estamos tratando de meterlo dentro cargándolo en espuelas, carretillas y capazos, con la gran esperanza de poder conseguirlo, cueste lo que cueste.*

Nuestro joven viajero pensó por un momento que todos estaban locos y que no podía dar crédito a lo que veía ni a las explicaciones que le daban. Después de unos minutos de silencio y atención renovada, se dirigió a sus interlocutores para conversar con un hombre que al parecer ejercía como encargado de la obra, y le dijo:

- *Señor, yo le podría ofrecer una solución a ese problema que tienen en su iglesia y que están tratando de remediar con este intenso trabajo. La solución que yo les puedo dar los libraría para siempre de esta falta de luz y calor, ya que el sol entraría solo y de manera continua hasta los últimos rincones del edificio.*

Oyendo esto, sus interlocutores pidieron al forastero, que con tanta seguridad y humildad se ofrecía sin pedir nada a cambio, que expusiera tan valiosa solución.

El encargado de la obra, que resultó luego ser el Alcalde del pueblo, después de consultar en corro, y en privado, con un grupo de vecinos, se dirigió al joven y le dijo:

*- ¡Vale!, estamos dispuestos a que Vd. nos explique tan valiosa solución.*

El joven con natural maestría les expuso que haciéndole grandes ventanales al edificio y orientados al caminar del sol, es decir de Este a Oeste, entraría el sol de manera automática y sin esfuerzos hasta el final del interior del templo, y lo llenaría de luz y de calor. No sería necesario realizar los trabajos inútiles que estaban haciendo.

Expuesto esto, y tras unos minutos de consulta de los expertos, decidieron hacer caso al consejo del joven forastero y probar su ingenioso consejo. Con los más preparados albañiles del pueblo procedieron a señalar las ventanas, y abrir los huecos, tal como les había marcado en la pared el forastero, dueño de la idea. Llenos de asombro contemplaron cómo al abrir los huecos el sol entraba a raudales al interior, llenando la iglesia de luz y de calor. El invento había funcionado y el progreso conseguido era espectacular. Ante tal prodigio auparon al joven, lo aplaudieron, y quisieron retribuirlo generosamente, ofreciéndole además que se quedara para siempre en el pueblo como un vecino más de la villa, en la que sería muy querido y estimado.

Nuestro viajero les explicó las razones por las que tendría que continuar su viaje, y no aceptó más compensación que el alojamiento durante aquellos días, algún dinero para seguir su marcha y las viandas necesarias para llenar su zurrón, el vino de su bota, y el agua de su calabaza viajera. Todo el pueblo lo despidió en el punto final del camino, y entre aplausos y agitar de sombreros y pañuelos partió lleno de alegría hasta perder de vista las casas de tan agradecido pueblo.

Caminó casi sin descanso durante un día completo, y al atardecer, después de atravesar muchas sierras y cruzar muchos ríos, llegó por fin a otro pueblo. Estaba construido en la cima de una montaña, sus calles muy empinadas, llenas de cuevas, y allí en lo más alto aparecía su iglesia. Todo estaba pintado de blanco, tan de blanco que parecía de armiño. Preguntó a un caminante dónde estaba la posada, y se lo indicaron. Era la primera casa del pueblo en su entrada principal. Pronto la pudo descubrir porque en su puerta había caballerías atadas y algunos carros y tartanas. Se alojó en ella y descansó.

A la mañana siguiente pudo ver otra vez algo que le sorprendió mucho: en aquel pueblo: los hombres al vestirse, para ponerse los pantalones, en lugar de hacerlo sentados en una silla se tiraban de un salto desde algo que tuviera más altura, introduciendo con habilidad cada pierna por el pernil del pantalón. Los más torpes se veían obligados a tener que repetir la operación más de una vez, y hasta alguno tuvo que soportar más de un accidente.

Preguntó el joven, muy extrañado, la razón de tal costumbre, le explicaron que en aquella comarca siempre los hombres se habían vestido así y que tal manera de proceder les había dado buen resultado. Ya eran muy expertos y entrenados, y lo hacían con visible rapidez, facilidad, seguridad y soltura.

Ante tal extravagancia, nuestro viajero con mucha humildad y en tono muy amable, les dijo también a sus interlocutores:

*- Eso mismo lo podríais conseguir si os sentarais en una silla y desde ella, con tranquilidad y sosiego metierais primero una pierna y después la otra por cada uno de los pernils de los pantalones. Así sería más cómodo y seguro. Podíais probar de esta forma que os digo.*

Atendieron la indicación probaron una y otra vez y vieron cómo esta nueva forma de meter las piernas en los pantalones les resultaba más cómoda, segura y rápida. Muy contentos con el descubrimiento, le preguntaron al joven dónde había aprendido tal utilidad, a lo que él les respondió:

*- En todos los pueblos en los que yo he vivido lo hacen así, y no he encontrado otra forma mejor de hacerlo.*

Ellos le respondieron:

*- Tienes razón, muchacho. No sabes cuánto te agradecemos que nos hayas enseñado algo tan útil para todos nosotros. Vamos a pedir al Alcalde que de inmediato publique un Bando para que convocado todo el pueblo en la plaza, se le dé a conocer esto a la población cuanto antes.*

Al día siguiente y a consecuencia del Bando, se juntó todo el pueblo en la plaza. El Alcalde le pidió al joven que explicara allí la nueva forma de ponerse los pantalones. El joven lo hizo lleno de rubor, creyendo en su interior que estaba entre locos o en un mundo de sueño. El Alcalde después le dio las gracias en nombre de todo el pueblo y pidió para él un fuerte y prolongado aplauso.

Nuestro viajero, dos días después, con sus fuerzas reparadas, lleno de asombro y en medio del afecto de todos los vecinos, siguió otra vez su camino.

Su nuevo encuentro con otra población tuvo lugar tras leguas de caminar de nuevo. Ya muy cansado divisó un pueblo casi llano extendido

en la ladera baja de un monte, con un río al fondo. El pueblo estaba al otro lado del río y se cruzaba mediante un puente de piedra, que por su aspecto debía ser muy antiguo. El conjunto de casas blancas, apiñadas, estaba coronado por un castillo que se alzaba sobre unos peñascos en la parte más alta del pueblo. La torre y tejados de su iglesia sobresalían de todas las casas. Había muchos árboles, y una inmensa vega se extendía a modo de alfombra, de mil colores, al pie de las casas blancas.

Entró en el pueblo. Para alojarse le recomendaron una venta que había en las afueras. Allí se instaló de nuevo nuestro viajero. A la mañana siguiente, recorriendo el pueblo, vio también con gran asombro que allí todas las casas tenían bajo sus tejados un espacio con ventanas, que por su configuración debería estar destinado a pajar y granero. Más tarde pudo ver con más asombro, que para llegar al pajar tenían que sacar un madero muy largo, a modo de tronco de álamo, colocarlo entre el suelo y la ventana, y después trepando por él, un hombre llegaba hasta ella, y desde esta *a brazo*, mediante una cuerda atada a una gran espuerta subía y bajaba el grano y la paja. Era verano y época de trillas y parvas, por lo que pudo comprobar bien estos trabajos.

No pudo entender tan enojoso, rústico, peligroso y mal sistema empleado para meter y sacar la paja y el grano. Nuevamente extrañado de tan irracional trabajo, preguntó a los del pueblo por qué actuaban así. La respuesta fue que desde siempre habían hecho de esta forma tal trabajo, que ya estaban habituados, y que les resultaba práctico y seguro. No conocían nada que fuera mejor.

Con sencillez y humildad franciscana, como era habitual en él, les fue explicando cómo lo podrían hacer mejor usando una escalera para llegar a las ventanas del pajar, y una polea para subir y bajar el grano y la paja.

Algún tiempo después, ya convencidos con sus explicaciones, tomó dos troncos de los más finos y delgados, les fue poniendo peldaños, y así les construyó una escalera. Luego con el carpintero del pueblo hizo una polea que fue colgada desde una de las ventanas por donde entraba y salía la paja y el grano, colocada a su vez en el extremo de un tronco, a modo de mástil, sujeto a la pared de la casa por el otro extremo. La polea quedaba así en la punta de este tronco que actuaba como soporte. Luego, una cuerda fuerte pasada por la polea servía para subir y bajar la paja y el grano, sin más esfuerzo que el de tirar de la cuerda hacia abajo por los que estaban pisando el suelo de la calle, recogiendo luego en las alturas el envío los que a su vez estaban en la ventana. La rueda de la polea daba vueltas sobre su eje y pasaba la cuerda por el centro de la

rueda, haciendo que la cuerda subiera en un sentido y bajara en el otro, subiendo así o bajando los bultos de paja y de grano.

Y así se hizo la demostración ante una muchedumbre llena de escepticismo.

Los allí presentes comprobaron que con tales *inventos* el trabajo se hacía mucho mejor. Dieron aplausos a quien les había llevado tan valioso ingenio, y le dijeron que siempre, en la historia de aquel pueblo, quedaría su nombre reseñado como la persona que les dejó este avance tecnológico.

Días después, nuestro viajero, otra vez lleno de alegría y de estupor, se volvió a poner en camino, habiendo llenado antes de comida su zurrón, de vino su bota, y de agua su calabaza.

Por el camino no dejaba de pensar, asombrado por estas experiencias, cómo a veces para solucionar problemas cotidianos nos negamos a buscar las soluciones más racionales y lógicas, y a su vez también cómo rechazamos aprovechar lo que otros ya descubrieron, aplaudiendo a su vez en tales casos el esfuerzo de los demás. A veces nos aferramos a la rutina, sin buscar las posibles mejoras, desechando aplicar lo que resulta más razonable y útil, y despreciando las experiencias que ya existen. Nadie debe tirar lo que tiene, pero tampoco negarse a estudiar lo que tienen otros y pueda mejorar lo propio.

## EL PRECIO DEL BURRO

Contaban los más viejos, que en un pueblo pequeño de la Alpujarra, fue un vecino a una feria de ganado, de las muchas que había entonces, y se compró un hermoso y joven burro. Cuando llegó con él al pueblo provocó la admiración de todos los vecinos. Nunca habían visto allí un ejemplar tan bello, fuerte y manso. El reciente dueño estaba lleno de satisfacción y orgullo, como toda su familia. Habían tenido la gran suerte de comprar un ejemplar maravilloso. Llamaba la atención por todas partes, era la envidia del pueblo.

Para tan hermoso animal adecentaron la cuadra, reformaron el pesebre, y con grades esfuerzos económicos también le compraron aparejos nuevos. Era un espectáculo lucir su burro por las calles, campos y caminos, y, no digamos cómo, cada vez que lo llevaban al abrevadero de la fuente del pueblo.

Su dueño no podía evitar que cada vez que se cruzaba con alguna persona, ésta no lo detuviera para preguntarle cuánto le había costado el burro, dónde lo había comprado, y quién se lo había vendido. No era suficiente que a cada uno se lo explicara una vez, ya que en cada nuevo encuentro, volvían las mismas preguntas en el continuo e interminable interrogatorio.

Cansado ya no de poder dar un paso sin que tuviera que explicar a uno por uno las mismas respuestas a las mismas preguntas, una noche de insomnio y desesperación tomó una decisión: se fue a la torre de la iglesia, que no era muy alta, trepó hasta alcanzar las campanas, y empezó a repicar como si tocaran a arrebato por motivo de algún incendio.

Poco tiempo después el pueblo entero sobresaltado se había congregado en la plaza delante de la torre de la iglesia. Todos se preguntaban qué pasaba para un repique de campanas tan insistente a media noche. Nadie veía que hubiera fuego al alcance de sus ojos. Aquel barullo de gente fue quedando en silencio cuando desde lo alto de la torre vieron al dueño del burro que les quería dirigir la palabra. Hecho ya el silencio total, les dijo a todos:

*- Quiero que sepáis, ya para siempre, que el burro me costó tres mil reales, que lo pagué con mi dinero, que lo compré a unos marchantes de ganado procedente de Levante, y que el trato lo hice en la feria de Guadix. Tiene tres*

*años. Tengo todos los papeles en regla. Y, ya informados todos, no quiero que me volváis a preguntar más por el burro.*

Muchas veces, más aún en los pueblos y ambientes pequeños, se llevan la curiosidad y las ansias de información a extremos tan excesivos y molestos, que a más de uno le darían ganas de hacer lo que en esta historia obligaron a realizar al dueño del burro. Más aún cuando a falta de información construye la gente las respuestas inventando mentiras, que poco tiempo después se convierten en verdades.

## UN PUEBLO NEFASTO

El siglo diecinueve tan lleno de guerras, dio lugar a que con frecuencia tuvieran que salir jóvenes del pueblo como soldados, que luego, con suerte volvían contando un sinfín de aventuras, no sólo de armas sino también en los largos caminos de su ida y vuelta al pueblo. Otras veces las *aventuras* se debían a viajes para buscar trabajo en lugares lejanos. La verdad era que la mayor parte de la población, sobre todo femenina, pasaba su vida sin salir de la comarca. Para cualquiera, el que se atrevía a salir de las fronteras del entorno conocido, tenía que vivir muchas y muy variadas peripecias, que luego contaría a sus gentes y éstas a su vez las irían transmitiendo de unos a otros. Un viaje en aquel tiempo era siempre escribir un libro de aventuras. Una de estas historias es ésta, que revela una vez más con la exageración de una caricatura, el comportamiento humano en ciertas ocasiones.

Contaban que un soldado que volvía ya licenciado a su casa, en su largo camino hasta llegar a Fondón, le ocurrió lo siguiente.

Llevaba muchos días caminando, casi sin dinero, siendo socorrido en algunas ventas, posadas y casas de de los pueblos, cuando encontró a unos arrieros que aceptaron que les acompañara durante un buen trozo de camino, ya que coincidía, en parte, el recorrido que llevaban ellos con el que él también hacía.

Conviene recordar que a los soldados, desde la época de Carlos III y según sus Ordenanzas Militares, había que facilitarles *asiento a la lumbre, pan, y un lugar donde pasar la noche*, que generalmente era el pajar de la casa, lugar abrigado e independiente.

Cuando habían recorrido una buena cantidad de *leguas* divisaron un pueblo grande situado en las laderas de unas montañas. Se puso muy contento por tal hallazgo, pero los arrieros con los que caminaba, pronto le evaporaron su alegría. Allí, en aquel pueblo, no harían parada alguna, pasarían de largo y a paso rápido, evitarían cualquier conversación con las gentes de aquel lugar. La razón era que los habitantes de aquel conjunto de casas se habían ganado fama universal de ser sumamente conflictivos, de tener una mala leche fuera de lo normal, de hacer uso de una *mala follá* superlativa, y que eran capaces, sin motivo alguno que medio lo justificara, de montar un altercado atroz a cualquier forastero.

Ante unas gentes así, lo más sensato era pasar de largo y de prisa, evitando conversaciones, e incluso, acciones que pudieran dar el mínimo motivo de queja.

Ante tan dura condena hacia la consideración de aquellas gentes, nuestro joven soldado les preguntó las razones para que tuvieran ganada tan mala fama. Los arrieros le contaron muchas historias de aquellas personas, pero sobre todas se le quedó grabada una, que luego él fue contando a su vez a los vecinos de su pueblo, Fondón.

Una hermosa mañana de primavera, a primeras horas del día, caminaba por las afueras de aquel pueblo uno de sus vecinos. Iba solo y se dirigía a sus tierras para iniciar las labores del campo. Cerca de la ermita del Santo Patrón del pueblo se encontró sentado a orillas del camino a un joven fuerte, de buen parecer, de rostro amable, y vestiduras relucientes. El joven, en tono muy amable, se dirigió al vecino y le dijo:

*- Muy buenos y santos días tenga Vd. hoy, buen señor.*

El vecino se quedó mirándole con fijeza, examinándolo de arriba a abajo, y lleno de extrañeza y en tono serio y tosco le respondió:

*- Joven, Vd. no es de este pueblo. No le conozco tampoco como de los pueblos de los alrededores, no sé quién es Vd., no sé qué hace aquí, ni a qué ha venido. Si no me lo explica, tendré que pensar que algo que no es bueno debe llevar en sus intenciones.*

El joven, en tono muy amable y cortés, le respondió:

*- Yo soy el Santo Patrón de este pueblo, al que una vez al año veneráis y sacáis en procesión mi imagen, y estoy aquí ahora con Vd. para intentar conseguir que os llevéis mejor unos con otros, que se elimine el odio entre vosotros, que podáis encontrar la alegría de la paz, que exista la armonía y la ayuda mutua, que se destierre la envidia y el odio, que siempre penséis bien de los demás, que las amenazas y peleas se cambien por abrazos, y en definitiva, que os queráis mucho más y mejor.*

Después de escuchar al joven, el caminante y vecino del pueblo le dijo:

*- Para poder creer que eres el Santo Patrón de este pueblo necesito que me hagas aquí y ahora un milagro. Los Santos se caracterizan por hacer milagros, tienes que hacer ahora uno para que yo te pueda creer.*

El joven, en el mismo tono de amables palabras, le respondió:

*- Estoy dispuesto a realizarte el milagro que me exiges. Pídemelo lo que quieras, y en este momento lo vas a tener en tus manos. Verás así que soy el Santo al que te niegas a reconocer, cosa que comprendo. Sólo te pongo una condición: lo que me pidas y te conceda, lo daré también a tu hermano, pero dándole a él el doble de lo que te dé a ti.*

El vecino, ante tan gran oportunidad, se tomó algunos minutos de reflexión en silencio, y al poco tiempo le dijo:

- *Ya tengo pensado mi deseo: **que me saques un ojo.***

Así, su hermano perdería los dos y quedaría totalmente ciego.

El Santo Patrón se quedó muy triste, se volvió, y desapareció de la escena.

En algunos casos, como este, la maldad no tiene límites.

Cuantas veces el odio, el rencor, la envidia, nos pueden invadir hasta el extremo de aceptar que nos venga el mal y la desgracia siempre que al que se odia le llegue el doble del mal que recibimos. El corazón de los hombres es capaz de lo más sublime y generoso, pero también de lo más mezquino y cruel. Por qué unos optan por uno de estos caminos y otros por el contrario. Deberíamos ser capaces de volar todas las sendas que nos llevan a transitar por el camino de dañar a los demás.

## VIAJES Y VIAJEROS

Antiguamente la gente viajaba muy poco. Los desplazamientos se quedaban en el ámbito geográfico más próximo a Fondón. Eran los hombres especialmente los que se desplazaban. Viajes largos sólo se hacían para buscar trabajo o para ir al servicio militar, que, para muchos, era la primera vez que salían y podían ver unos horizontes geográficos nuevos muy lejos de su pueblo, escribiendo una aventura tan grande como llena de inseguridades y peligros. Era también una ocasión única de conocer otros mundos, otras culturas, otras formas de vida, que en algunas ocasiones hacían que el viajero, atraído por ellas, se quedara allí, y no volviera. Salir como *mozo*, sobre todo en épocas de guerra, era ya una verdadera tragedia para la familia y las novias, así como una aventura que marcaba para toda la vida. Otros viajes más largos, y a veces sin retorno, eran los que imponía la emigración, sobre todo cuando afectaba a toda la familia, que resultaban traumáticos. Dadas las comunicaciones de aquellos tiempos eran, como se decía, una despedida en vida, ya para siempre.

Fondón fue siempre un pueblo muy minero. La minería y su mundo obligaban a la necesidad de viajar. El empleo estaba casi siempre lejos del pueblo, y el transporte de mineral, las industrias de fundición de plomo, y el suministro de las minas y fundiciones, hacían necesaria la necesidad de transporte, acarreo y el continuo ir y venir de personas de un lugar a otro. Así se resultaba normal que se produjera el caminar diario de gentes muy variadas en su pelaje y procedencia, que dieran a los viajes una impronta de normalidad mucho mayor que en otros pueblos, que dedicaban su tiempo con más exclusividad a la agricultura y al pastoreo. Aquí, que las gentes se desplazaran de un lugar a otro, era algo normal, y que fueran y vinieran *forasteros* resultaba habitual. Eso hacía que el ambiente de Fondón fuera más cosmopolita, y no excluyente para los que no eran de allí.

Los viajes más frecuentes, exceptuados los de las minas, eran a Canjáyar, cuando se iba hacia Levante, y los de Berja, cuando era hacia Poniente. Los de Almería eran menos frecuentes, pero se hacían también. Unas veces por motivos comerciales, para vender o comprar algo, otros administrativos, provocados por asuntos relacionados con las

minas, las políticas, especialmente de *caciques*, que se entrevistaban con sus jefes de partido, unas veces para recibir órdenes, otras para pedirles favores, que luego eran exhibidos por estos caciques como señal de poderío en su ambiente local. En otras ocasiones eran motivos de salud. Los mejores médicos estaban en la capital, y así los enfermos que tenían dinero para costearlo, que eran poquísimos, podían salir tratando de descubrir el remedio de sus males. No faltaba tampoco, aunque fueran muy escasos, los motivos de amoríos, canas al aire, partidas de juego, y otras juergas, luego inconfesables, así como negocios de compra, venta e hipotecas, que siempre imponían hacerlos en Almería, en secreto, y muy lejos de los ojos y oídos de las gentes.

Otro destino eran los viajes a Granada. Allí estaba la cabecera de la diócesis eclesiástica y de allí partía también la organización judicial y administrativa. El ambiente y la sociedad de Granada siempre guardó una visible capacidad de poder e influencias para los intereses de las gentes del pueblo.

En otras ocasiones excepcionales los viajes fueron a Madrid para buscar apoyos en causas de importancia extrema.

Para viajar hacia Almería había también entonces, como ya se ha dicho, las mismas dos rutas que existen ahora: una hacia Levante, otra hacia Poniente. La primera pasaba por tierras de Canjáyar, dentro de su término municipal y muy cerca del pueblo. La segunda seguía la misma carretera actual hacia Berja y Ugíjar, pasando por Alcolea, Berja y Dalías. Había otras rutas a través de la sierra, pero éstas estaban reservadas a los que las conocían muy bien, que eran siempre los pastores, mineros, algunos cazadores muy avezados, los contrabandistas, bandoleros, y expertos arrieros que desafiaban el peligro transitando tales caminos para el suministro de las minas y el transporte del mineral. No eran caminos *normales* para el común de los mortales.

Los viajes se hacían casi siempre *a pie*, o *en carros y tartanas*. Era muy difícil tener dinero para poder gastarlo en medios de transporte que no fueran los propios de cada uno: Para los que tenían dinero había dos sistemas de transporte público: un servicio de *diligencias*, que funcionó hasta los primeros años del siglo XX, y los *carros y tartanas*, que estuvieron operativos hasta bien avanzado aquel siglo. Había también la posibilidad de usar las caballerías, pero esta modalidad, muy al uso, tenía el inconveniente que ahora tiene el usar el coche, había que darle de comer al animal, ( *el combustible de ahora y la estación de servicio*), guardarlo, muy especialmente durante la noche, en las cuadras de las ventas o posadas (*el aparcamiento actual*), estaba expuesto a que te lo robaran (como aho-

ra el coche, pero además sin seguro), y admitía una carga muy limitada (también en estos casos *faltaba maletero*). La gente, cuando más, tenía un burro (o burra), y, si era de mejor fortuna, un mulo, o dos. Un caballo sólo era asequible a un rico, que generalmente tenía una yegua por aquello de que le pudiera criar cada año. Era muy raro que alguien pudiera tener una buena jaca, o un hermoso caballo entero para montar. En Fondón, y sus aldeaños, no había tierras para hacer terratenientes, y las minas, cuando daban dinero, no llegaban a fabricar muy grandes fortunas, aunque si dieron dinero más que suficiente para buenas casas y bancales. Aún así, había algunos caballos, e incluso enganches vistosos.

Los que iban a pie, es decir *andando*, con o sin caballería, procuraban no caminar solos. Tanto para no desviarse y perderse en el camino, como por razones de seguridad. Era bueno ir en compañía. Solían aprovechar los viajes de los arrieros, que eran muy abundantes entonces, o algún grupo de carros o tartanas. Siempre en grupo, con posibles ayudas y con quienes conocieran bien los caminos.

Los carros eran los *camiones* y *furgonetas* de la época. Constituían el único medio de transporte para cargas más o menos cuantiosas. Los había de distintos tamaños y capacidad de carga, como los vehículos industriales de ahora, eran de dos y de cuatro ruedas, llamados de uno o de dos ejes, y su tamaño determinaba el número y potencia de los animales de tiro que necesitaba emplear el carro. También las pendientes del recorrido influían en el número y calidad de los animales, ya que en las cuestas era necesario realizar mucha más fuerza que en los llanos.

Las *tartanas* eran carros cubiertos con un techo curvo, en forma de medio cilindro, de material impermeable, que dotado de una gran visera en la parte delantera, protegía la carga de las inclemencias del tiempo. Era frecuente que la parte trasera también estuviera protegida por una cortina, que hacía más íntimo su espacio interior, y a su vez ocultaba la carga. Tanto unos como otras eran, casi siempre, de dos ruedas grandes, y a veces, el suelo *del vehículo* se podía poner a distinto nivel con el fin de aumentar el volumen de carga, cuando lo que se transportaba era más voluminoso que pesado. Llevaban adosados a sus costados pico, pala, legón y espuelas, para poder resolver las incidencias del camino, que resultaban frecuentes. También iban dotados de unos cántaros *de carro*, que tenían un lateral plano, para poder colgarlos de los costados del carruaje y así poder llevar agua fresca, imprescindible en los trayectos.

Abundaban más los carros de dos ruedas por ser mucho más funcionales y de mayor facilidad de desplazamiento. Sólo llevaban mercancías, pero las tartanas también llevaban *pasajeros*. En tal caso se colocaban

dentro unas sillas muy bajas y anchas (para que fueran cómodas y estables) provistas de algún cojín, y en ellas se *acomodaba* el viajero que raras veces era una mujer. Colgados de los laterales se portaban, además de los botijos de carro, que tenían un lado plano para ser estables, y calmaban la sed del camino, algún cesto o cenacho con comida. También era frecuente llevar colgada alguna bota de vino. Había también carros y tartanas de cuatro cuerdas, menos frecuentes, que al tener más carga y más peso eran tirados por varios pares de mulos, y más raramente por caballos percherones. Este tipo de carros se usó poco en estos lugares nuestros, dadas las fuertes pendientes de los caminos.

La orografía de la zona es muy montañosa, lo que hacía que los caminos estuvieran llenos de pendientes, muy especialmente cuando el trayecto era de Almería a Fondón. En unos setenta kilómetros tenía que subir unos mil metros de altitud. El peso de carros y tartanas era considerable si tenemos en cuenta la carga y la pendiente del camino, por esto era necesario que el número y potencia de los animales de tiro fuera muy bueno. Así normalmente llevaban tres o cuatro mulos fuertes, sobre todo el que iba enganchado a los varales del carro, formados en *línea de tiro*, encabezados por un burro muy pequeño que tenía como misión servir de guía, por eso lo llamaban *burro guía*. Este dato desmonta la injusta fama de torpes que se atribuye a los burros. Nada menos que darle la función de *guía*, de todo el convoy y por carreteras de la sierra, llenas de curvas, puentes, barrancos y peligros. Se confiaba a un *burro*, y pequeño, que no había pasado más instrucción y examen de conducir que el que le marcaba el trazado del camino y, a veces, las voces ya acuñadas del *carrero*. El burro guía era el piloto automático de todo el conjunto de animales y carga, incluido el dueño, cuando se dormía o bebía demasiado vino o aguardiente, confiándole a este animal la conducción de todo el convoy, en la certera y feliz conducción y seguridad de todo el equipo.

Los viajes con tales medios duraban varios días. Se salía al alba, se iban haciendo paradas de descanso en las *ventas* del camino, y al caer la tarde se tenía que *hacer noche* en una venta o posada. Los viajeros llevaban comida y bebida para el trayecto. El queso en aceite, el tocino, los embutidos de las matanzas caseras, jamón, peroles de migas o fritadilla de pimientos y tomates con conejo, huevos duros, hogaza de pan, hornazos, bollos y tortas de avío, vino en bota, agua en botijos de arriero colgados del carro, o en *calabazas*, que daban una gran utilidad para transportar agua, y nunca podía faltar una buena dosis de aguardiente, que era el remedio para todos los males.

En aquellos tiempos quienes salían de viaje llevaban consigo algún arma de fuego, por supuesto oculta, navajas, que eran habituales en cualquier bolsillo, o, “en la liga”, si se trataba de mujeres. La inseguridad en los caminos era consustancial a los viajes, por eso no se podía ir solos ni tampoco desprovistos de *herramientas* con la que poder defenderse. Contaban que, hasta la aparición de la Guardia Civil, el bandolerismo era usual en los caminos, especialmente en esta zona, muy montañosa, con tráfico frecuente por las minas, y con abundante posibilidad de botín en los transportes. Era habitual que los asaltos se resolvieran entregando una suma de dinero a los bandoleros, que era impuesta por ellos en función de las posibilidades económicas que intuían podían pagar los asaltados. Era un coste, añadido al susto, que había que sumar a los gastos del viaje.

Las *ventas* eran establecimientos situados en lugares estratégicos de los caminos, y resultaban fundamentales en los desplazamientos. Servían para el descanso de los viajeros y caballerías, daban comida, abrigo, cama, y protección a los viandantes. Tenían cuadras para alojar a los animales y vendían los *piensos*, cuyos precios variaban en función de la cantidad y calidad de su contenido. Tenían también abrevaderos. Prestaban, como no, otros servicios muy valiosos: en ellas se dejaban y recogían *recados* y *encargos*, se comunicaban noticias y sucesos, había en su ambiente un *informativo permanente*, similar al mejor instalado actualmente en las cadenas de televisión. Vamos, que los programas informativos de las actuales cadenas televisivas, ya se habían inventado en las ventas de antaño. Así como lo de las *tertulias*. Allí se conocían unos y otros, y era frecuente el contacto entre contrabandistas, arrieros, transeúntes, y hasta bandidos, siempre conocidos, asiduos y habituales de aquellos ambientes. Cualquier escritor hubiera podido componer una obra buenísima con solo transcribir aquellos cuadros costumbristas, sus personajes, diálogos, las fuerzas e intereses que los movían, y el clima social de aquellas épocas.

Las ventas fabricaban también vinos y licores. Fueron famosos los *aguardientes* y *mistelas* de la *Venta de Mincharra*, situada entre Laujar de Andarax y Alcolea.

Las *posadas* eran de mayor porte que las *ventas*. Generalmente estaban situadas al final del camino, eran estación terminal. En Almería fueron famosas: *La Posada del Mar*, situada al principio de la Calle Real de la Cárcel (que así se llamaba la actual Calle Real), muy próxima a la Puerta del Mar. En las murallas que entonces rodeaban la ciudad, comunicaba esta puerta el casco urbano con la mar y los barcos por la zona en la que

ahora comienza por abajo la Calle Real. Aún no se había construido el puerto actual. Esta posada funcionó, ya muy cambiada, hasta la década de 1960. Fueron también famosas *La Posada de Las Palomas*, instalada aprovechando un antiguo palacio, muy próximo al mar, que fue residencia del Duque de Alba durante la Guerra de Las Alpujarras. Fue de gran belleza, y ya muy deteriorado el edificio, se mantuvo en pie hasta años próximos a 1970. Hasta su demolición fue famosa porque en ella funcionaba un mercadillo de tabaco y otros productos de contrabando procedentes de Melilla.

Estas dos posadas fueron el refugio de los viajeros del Poniente. Existió otra, *La Posada de Adela* en los aledaños de la Plaza Vieja o Plaza de las Cañas. Y fueron famosa también *El Parador de Martínez*, situado en lo que ahora es uno de los extremos de la calle Juan Lirola. *La Posada del Álamo*, en las inmediaciones de la actual Puerta de Purchena, que ocupó el solar de la actual Casa de Las Mariposas. Estas últimas preferidas por los viajeros del Levante.

Las posadas no sólo servían para comer y alojarse, incluyendo las caballerías, sino que a su vez prestaban otros múltiples servicios. En ellas se dejaban y recogían *encargos* de todo tipo, hacían de agencia de transportes, de *consigna y guarda* tanto de equipajes como de carruajes y mercancías, de mediadores en tratos de compra, venta y transporte, tanto de personas como de todo tipo de objetos, productos y servicios de distribución de mercancías, y algunas otras gestiones de amoríos y canas al aire, tan secretas y ocultas, que se les confiaban a los responsables del negocio en la más estricta confidencialidad cuando ellos, o algún empleado, se prestaba a tales gestiones, siempre previo pago del servicio. No estaban exentas, como también las *ventas*, de acomodar en sus recintos partidas de juegos de cartas. La tendencia a organizar partidas de naipes con juegos de dinero, a veces con cantidades importantes, era costumbre muy extendida también en aquellos tiempos y ambientes. Más de uno se vio en la ruina por los juegos de cartas, que aun cuando llegaron a ser prohibidos, siguieron existiendo en secreto.

El transporte en *diligencia* era otra cosa. En tales carruajes se viajaba más rápido y más cómodo, pero valía más dinero. Estaba reservado para el que se lo podía pagar. En Fondón existió un servicio de diligencias hasta los principios el siglo veinte. Hacía la ruta hasta Berja, ida y vuelta, y allí enlazaba con las de Almería. Luego fueron sustituidas por vehículos automóviles, cuando el avance de estos llegó a construir modelos que pudieran llevar a un grupo de pasajeros. Entonces se crearon las líneas regulares de transportes de viajeros con automóviles,

sustituyendo a las diligencias. La línea Fondón-Berja-Almería fue de las primeras.

Cada carruaje tenía capacidad para seis viajeros, y en la parte posterior contaba con un porta equipajes en el que se acomodaban las maletas, que eran de madera (para que resistieran el zarandeo) o de cuero duro. Las maletas de viajes solían tener bien oculto un doble fondo para guardar en él el dinero (fundamentalmente en monedas), y objetos de valor. Las diligencias llevaban también *encargos* con el nombre y señas del destinatario, y el cochero se prestaba a realizar gestiones varias, con alguna propina por sus servicios, así como a entregar personalmente los encargos y recados, previa propina dada por el que se los confiaba.

Iban tirados por seis, o más, caballos fuertes, que era preciso relevar de trayecto en trayecto. La ruta era Fondón-Berja-Fondón. La que partía de Fondón realizaba casi todo su trayecto cuesta abajo, por eso corría más, tardaba menos y cansaba también menos a los caballos. Cuando salía de Berja era todo lo contrario. Tenía que subir interminables pendientes hasta llegar al Llano de Laujar. El viaje se hacía más lento y penoso, y era necesario el cambio de caballos un par de veces en el recorrido. La marcha era mucho más pausada.

Como los viajeros de este medio eran más pudientes y tenían más alto estrato social, se presumía que llevaban más dinero y cosas de valor, eran el objetivo preferido para el asalto de bandoleros. Bastaba con poner *pedras en el camino* o *atravesar unos troncos* para forzar a parar la diligencia. Las escenas, que tantas veces hemos visto en las películas de cine, se podrían reproducir aquí totalmente. Los bandoleros no solían buscar sangre ni muertes, buscaban dinero y objetos de valor. En muchos casos eran un *peaje forzoso* que imponían a los pasajeros a cambio de su tranquilidad. Cada *partida* de bandoleros tenía marcado su territorio, que casi siempre era respetado por las otras. Hasta que la aparición de la Guardia Civil puso orden e impuso seguridad y protección, no hubo tranquilidad en los caminos. La Guardia Civil apareció con medios poderosos y eficaces en su época, y sobre todo con una carga de autoridad y eficacia indiscutible. Usaban caballos muy buenos, un armamento potente, seguro y preciso, entrenamiento eficaz, información completa, disciplina férrea, y una actitud manifiestamente insobornable. Su autoridad era de total firmeza, y sus métodos de actuación aplastantes. Contaban en aquel ambiente, que en muy poco tiempo, volvió a los caminos una seguridad como nunca habían soñado. Con los medios que disponían y su autoridad férrea eliminaron el bandidaje y llenó de seguridad los caminos.

Cuando la gente caminaba con burros, ellos tenían magníficos caballos. Los trabucos y armas cortas del paisanaje en ellos eran fusiles de gran potencia y precisión. Cuando la gente llevaba poca ropa y mala, ellos usaban capas, botas y uniformes buenos. Cuando la gente habitaba en viviendas rurales malas, la Guardia Civil vivía agrupada en cuarteles. Pero no era sólo estos medios lo que les dio el éxito, fue sobre todo la fuerza de su autoridad, su imposibilidad de soborno o corrupción, la contundencia de sus intervenciones, la sujeción a la ley, la inamovilidad de sus atestados, y la aceptación y credibilidad de la sociedad que la empezó a ver como su tabla de salvación. La presencia de una pareja de la Guardia Civil por los caminos, era una señal de seguridad y orden, y aún más cuando iban a caballo. Solo malhechores y delincuentes podían sentir temor o preocupación por su presencia.

Para ir desde Fondón hasta Almería por la ruta de Levante había que seguir un trazado de caminos muy similar al que ahora existe, pero no seguían con exactitud el mismo trazado de las carreteras actuales. La que iba por Canjáyar la de levante, seguía aproximadamente el curso del río Andarax, por las proximidades de Cacán y Alcora, hasta bajar por Rágol e Instinción, para luego seguir aprovechando la pendiente y el curso del agua del río Andarax hasta entrar en Almería por el camino que la comunicaba a su vez con los que iban hacia Guadix y Murcia.

La conexión con Granada tenía a su vez, como ahora, dos líneas: una por Ugíjar por la sierra y otra por Adra, que iba por la costa. Ambas muy similares a las carreteras actuales.

En los viajes hacia Almería también entonces se usaban estas dos rutas, aunque la de Levante resultaba más corta, como ahora.

Había además otros caminos por la sierra que estaban reservados a los muy expertos. Por ellos transitaban más los cazadores, pastores, contrabandistas, y bandoleros. Por aquellos caminos no había ventas ni posadas, sólo algunos cortijos aislados, llenos de inseguridad, y los apriscos y minas, en explotación unas veces y abandonadas otras. Existían también cuevas naturales, que eran utilizadas por los conocedores del terreno, como refugio o como guarida. Las fuentes de agua eran fundamentales en estas rutas, sobre todo en los meses de más calor. En las nevadas del invierno había que contar siempre con algún refugio en la sierra, y a ser posible, con el apoyo de algún cortijo. En tales casos la escasez de comida, mal endémico en la población de aquel tiempo, obligaba a que las migas, el caldo y el pan se compartieran con el peregrino hambriento. El caminante lo compensaba haciendo algunos trabajos en beneficio del que lo acogía. La poca comida existente imponía siempre

un gran sacrificio al que la tenía que compartir con el que llegaba de paso. Eran tiempos muy duros, de grandes privaciones, en los que la comida y la lumbre eran bienes de incalculable valor, más aún para un caminante que fuera pobre. Todo era escaso, y ningún recurso llegaba a cubrir todas las necesidades. Caminar por la sierra llevaba consigo otro peligro: la existencia de múltiples pozos abandonados y sin señalar, ofrecía siempre el peligro de poder caer en ellos, peligro que se aumentaba en las nevadas.

La ruta de los mineros tuvo siempre dos áreas geográficas bien definidas.

Una, la más próxima al pueblo, estaba en las sierras más o menos cercanas a Fondón. Eran las de Alcora, Sierra de Beires, Sierra de Gádor, o las explotaciones próximas a Laujar.

Otra, mucho más alejada, se abría como posibilidad en los tiempos en que escaseaba el trabajo en éstas, o los jornales bajaban su cuantía en exceso. Entonces los mineros se tenían que ir a las minas de Serón, o aún más lejos: Sierra Alhamilla, Lucainena de las Torres, Bédar, Sierra de Almagrera, o hasta La Unión y Cartagena, ya en la provincia de Murcia, o a la de El Centenillo y Linares, en Jaén.

Cuando a finales del siglo XIX se puso en marcha la línea de ferrocarril que unía Linares con Almería, se abrió una luz inmensa para el desplazamiento de los mineros. Atravesando la sierra desde Beires hasta Abla o Fiñana, allí se podía coger el tren, en el que, cómoda y rápidamente, se podía llegar a las minas de Linares, La Carolina y el Centenillo, lo que suponía una ventaja muy grande.

El correo postal se hacía a través de las diligencias. La recepción y envío de cartas y paquetes estaba bajo el secreto de los que tenían encomendado tal servicio, pero no dejaba de atraer a los curiosos en el pueblo, que se mataban por conocer tanto los destinatarios como los remitentes. Así, el ya incipiente secreto postal, se acompañaba de la insaciable curiosidad por saber quién escribía y a quién se le escribía, para después inventar por deducción los motivos y posible contenido de las cartas. También quienes recibían cartas y paquetes, y quienes se los enviaban. Este deporte era de máxima atracción en los mentideros de las tabernas, y en las tertulias de mujeres entorno a la mesa de camilla. A pesar de las dificultades de la época, algunos adinerados, que además sabían leer y escribir, estaban suscritos y recibían algún periódico, acorde siempre con la ideología del partido político en el que militaban, que usaban en su provecho personal para tener y mantener influencia y poder ante las gentes del pueblo. En tales casos, la lectura del periódico,

aunque fuera con notable retraso, los hacía también dueños absolutos de la información allende fronteras del municipio, de tal forma que los acontecimientos más importantes que ocurrían fuera del pueblo, y sobre todo en Madrid, en Granada y en Almería, se conocían exclusivamente por estos canales informativos, es decir por boca y generosidad del *señorico* que lo había leído en *su* periódico. No había teléfonos (ni móviles ni fijos) ni radio, ni televisión, ni internet, ni coches, ni carreteras. En este ambiente, el que sabía leer y además recibía un periódico, mantenía la información como un instrumento de influencia social, económica y política de un valor muy grande. A su vez dejaba ante todo el pueblo la imagen de poderío social al estar directamente relacionado con los niveles de mayor influencia. La información alcanzaba además el conocimiento de la subida o bajada del precio de los metales, muy importante para comprar y vender con ventaja el mineral.

Como se puede ver, ya entonces los medios de información estaban en pocas manos, que también la ejercían como instrumentos de poder, y la administraban para beneficio de sus intereses.

El mundo es muy antiguo, y está casi todo inventado en las relaciones entre los seres humanos. Personas buenas, malas y regulares, ya las había. Y las sigue habiendo. En estos tiempos actuales se vive mucho mejor, y es difícil imaginar y comprender los sacrificios y privaciones de aquellos tiempos, la dureza de los trabajos, la escasez de recursos y la inseguridad. Pero en aquellos ambientes también existía en abundancia la honradez, la ilusión por el trabajo bien hecho, la generosidad, el amor y respeto a los demás y unas profundas creencias religiosas que sustentaban todas estas virtudes.

## EL POLLO GÓMEZ

Llamaban así, con este apodo, a un hombre ya mayor, muy sordo, que había que hablarle a gritos junto a sus orejas. Era de estatura mediana, delgado, temperamento sombrío, muy hablador, y, casi siempre, dotado de un carácter agrio. Durante su vida había ido sumando un pequeño patrimonio, del que dependía entonces su vejez, es decir, vivía o malvivía de sus rentas. Tenía un círculo de amistades a las que visitaba con incansable asiduidad. Más que recibir el afecto de todas ellas, que se lo profesaban, él necesitaba que le escucharan sus discursos y proclamas. Se había pasado la vida pleiteando con unos y con otros. A veces por problemas de lindes, otras por herencias, y no pocas por controversias y maledicencias. No oía, y estaba ya bien acostumbrado a su pérdida de oído, pero necesitaba hablar mucho y que lo escucharan. Quizá compensaba su falta de oído con el excesivo uso de la palabra. Sus relatos interminables, su inagotable protagonismo, el monótono tono de voz, y su total sordera, lo hacían insoportable. Siempre tenía razón, y siempre se apropiaba de la verdad en exclusiva. Los demás están apartados de la posibilidad de tener razón alguna vez o poseer la verdad.

Sus amistades lo apreciaban, pero a su vez le temían, porque era excesivamente pesado, y carecía del sentido de la oportunidad. Iba a una casa cuando a él le parecía bien, sin pensar en la posibilidad o no de que le pudieran recibir en aquel momento. Prolongaba su estancia sin consideración alguna a quienes lo aguantaban, y sometía a todos a un interminable discurso, que al no poder recibir él las respuestas de quienes le escuchaban, convertía sus intervenciones en interminables monólogos, que escenificaba con singular maestría. Aún así, sus amistades aceptaban la mortificación, y lo admitían en sus viviendas y lugares de trabajo con mucha cordialidad y ternura. No por eso dejaba de ser temido, y cuando se encaminaba hacia alguna casa, se compadecían de la víctima a la que le tocara el regalo.

En el pueblo era normal que cuando se iba a casa de unos amigos en tiempos de apreturas de trabajo, es decir, cuando había faenas agrícolas urgentes, de las que era necesario hacer en las casas, en tales circunstancias las visitas eran para echar una mano, y así se prestaban todos cuanto iban para poder ayudar al trabajo manual que se realizaba en familia y

en grupo, al tiempo que se hablaba. Es decir, que el visitante, que iba a pasar el rato, en lugar de permanecer de brazos cruzados viendo trabajar a los demás, se implicaba en la faena ayudándoles, a la vez que conversaba. Otra cosa muy distinta eran las visitas de pura cortesía, o las de *cumplido* que se daban en los acontecimientos familiares (nacimientos, muertes, enfermedad, casamientos, o similares), en las que el visitante iba vestido para la ocasión, y tampoco se le recibía a pie de obra sino en otro espacio de la casa más acorde con el momento.

El *Pollo Gómez* no respondía a ninguno de estos dos motivos. No iba a prestar ayuda manual alguna, por muy ocupados que estuvieran en un trabajo, ni tampoco iba *a cumplir*. El iba exclusivamente a verlos y a que le escucharan. En su repertorio tenía siempre en la mente una noticia nueva, un suceso no oído antes, algún matiz no comentado, un acontecimiento distinto, o simplemente una ocurrencia inédita sobre alguno de los múltiples asuntos que tenía en trámite. Era a modo de un periódico verbal, de un programa informativo hablado, de una interminable novela radiofónica, de un discurso para sillas vacías, en definitiva: de un soberano y tremendo coñazo. Lo aguantaban con caridad franciscana y amor fraterno, pero le temían cuando lo veían llegar. Se sabía cuando llegaba, pero nunca cuando se iba. Y si llegara el caso de que la familia tuviera que poner la mesa para comer, no era necesario decirle dos veces que *si quería comer*, antes de la segunda insistencia, él haciéndoles un favor a los que le invitaban se lo aceptaba diciéndoles:

*- Tengo en mi casa la comida puesta, no pensaba esto, pero por no despreciaros vuestra invitación, y sobre todo por estar con vosotros, me voy a quedar a comer. Además, aquí cocináis tan bien, que es un placer compartir la comida en vuestra mesa.*

En definitiva, era él quien les hacía el favor de quedarse a comer. En tal caso, les estropeaba a todos la comida, ya que prolongaba en ella su inaguantable magisterio y sarta de informaciones y dogmas. Era un suplicio que tenían que aguantar inevitablemente. Todos temían que les tocara la desgracia, pero la asumían con resignación, como ya hemos contado.

Una de las visitas elegidas era una casa donde vivía un matrimonio joven con varios hijos de poca edad. Tal amistad y afecto le venía a través de los padres de ambos, es decir, de los abuelos, muy amigos desde la infancia, y además antiguos compañeros de trabajo de *El Pollo Gómez*. Nuestro visitantes les tenía el mismo aprecio que siempre sintió por los padres de esta pareja, y visitaba aquella acogedora casa con la misma ilusión que llevaba cuando iba a la de los mayores, ya abuelos de aquellos niños.

Los chiquillos eran muy traviosos, especialmente uno de ellos, al que se le ocurrían muchas más diabluras que a sus hermanos, que tampoco carecían de inventiva. Ellos notaban y oían la pesadez de aquellas continuas visitas. Además, con más frecuencia de la que los niños desearan, tenían que escuchar alguna regañina o reproche de aquel buen señor que acudía con asiduidad a su casa, y que censuraba, y convertía en condenas y reproches las frecuentes travesuras que ellos hacían como conducta natural.

En una de estas veces era invierno, hacía frío, y el *Pollo Gómez* portaba una pelliza, ya algo raída por el tiempo de uso. Al llegar a la casa, siempre se la quitaba y la colocaba sobre el espaldar de una silla.

Uno de los niños, el más travieso, en un descuido del señor visitante, aprovechando que leía unos papeles de uno de sus pleitos, con total disimulo se orinó en uno de los bolsillos de la pelliza. A su vez les dio la idea a los otros, que la secundaron enseguida para no ser menos. El *Pollo Gómez* ni se enteró.

Cuando al salir, ya en el portal se puso su pelliza, notó que estaba algo húmeda. Se extrañó de tal humedad, ya que no estaba lloviendo. Metió la mano en los bolsillos, y los encontró aún más mojados. Olió el líquido que se impregnaba en sus dedos, y descubrió con tanta sorpresa como cabreo, que eran *meaos de niños*.

Acto seguido, se volvió e increpó a los padres de las criaturas, que intentaban despedirle en la puerta de la casa con disimulado regocijo, y les dijo:

- *¡Mirad la broma que me han gastado vuestros hijos, se han meado en los bolsillos de mi pelliza!*

El matrimonio se transformó en disculpas, en promesas de castigo sin fin, y el ofrecimiento de limpiar la pelliza.

Ante tal situación, tomó la puerta, se marchó malhumorado y lo añadió a su repertorio de historias negras y agravios. Lo ocurrido allí y protagonizado por unos niños tan traviosos como maleducados, lo fue contando luego por todo el pueblo. A más de uno le hubiera gustado mucho dar un aplauso a estos niños. No volvió más por aquella casa, a la que borró de su mapa de recorridos.

Así la travesura de unos chiquillos, hartos ya de aquella visita, libran a sus padres de tal suplicio, no sin dejar de sentir los progenitores la vergüenza de la trastada, e imponer los castigos de rigor para tales casos.

Cuando alguien abusa de la bondad de los demás, no es difícil que se pueda encontrar después de sus abusos con algo desagradable. Así fue en este caso.



Fondón 1956.  
La torre de la Iglesia vista desde un balcón.  
*C. Guerrero Martín*

## UN ALCALDE Y SU MADRE

Ya muy avanzada la segunda mitad del siglo diecinueve, contaban que en Fondón llegó a la alcaldía un hombre, joven todavía, soltero, más bien *solterón*. Situación y estado civil nada normal en aquella época para un hombre que, en la consideración de aquella sociedad, había pasado ya la edad de treinta años. No era normal en la mentalidad de aquella época, que un hombre de su edad y circunstancias permaneciera soltero.

Pertenecía a una familia acomodada. Era hijo único. Su padre murió cuando él tenía cinco años. Su madre tuvo que hacer frente a la economía familiar y a la educación del hijo. En aquellos tiempos, en los que la mujer sólo estaba diseñada para actuar dentro de su casa, no era frecuente que en una situación así tuviera esta señora fuerzas y carácter para hacerse cargo de la hacienda familiar, que era más tarea de hombres, y a la vez también de la educación de su hijo, huérfano de padre.

Pero esta mujer sí que fue capaz. Sacó fuerzas sin límites y tomó las riendas de todos los asuntos que antes llevaba su marido. Era más que comentado en toda la comarca, la energía, inteligencia y capacidad que tenía siempre para tomar cuantas decisiones fuera menester, la sagacidad para que no le engañaran en trato alguno, y la férrea administración de su hacienda. A su vez educó al hijo bajo una autoridad exigente y firme. Lo acostumbró al trabajo y al sacrificio, haciendo de él una persona responsable, seria y muy bien aceptada por todos. Lo único malo es que ella lo determinó tanto, que siempre su autoridad estuvo planeando sobre la personalidad de su hijo, de tal manera que nada hacía, o podía hacer él, sin que su madre estuviera de acuerdo. Por nada ni en nada le resultaba posible contrariar a su madre. El carácter firme y dominante de ella terminaba siempre imponiendo, más o menos directamente, su criterio sobre cualquier decisión a tomar. Viviendo así, nunca se podía librar de la sombra de autoridad de su madre, lo que explicaba también el estado de soltería en que vivía, pese a que ya a su edad *se le estuviera pasando el arroz*.

Esta señora había tenido múltiples pretendientes. Sus propiedades eran sumamente atractivas para los siempre abundantes *cazadores de*

*patrimonio*. Todos ellos pensaban que una compañía en la cama y en la casa y un hombre gestor ante los negocios del campo podían resultar atractivos para ella. No obstante ninguno de los pretendientes tuvo éxito, y ella se conservó viuda sin complejos ni carencias, y renunció siempre clara y abiertamente a darle a su hijo un *padrastro*, así como a poner a otro hombre en el lugar que ocupó antes su marido. En cuanto a la eficacia de su gestión al frente de los asuntos, superó con creces todas las exigencias necesarias para llevarlo a cabo con total eficacia y éxito.

A este joven maduro lo nombraron alcalde.

El nombramiento de alcalde de este hombre fue muy bien acogido en el pueblo. A su juventud se unía la buena reputación que tenía él y su familia.

Para su madre fue un motivo de orgullo y satisfacción. Su hijo, no sólo seguía y continuaba la estela de hombre de bien que había dejado su difunto padre, sino que la acrecentaba aún más tomando la alcaldía, lo que a ella le llenaba de alegría. Situación que con palabras unas veces, y en silencio otras, dejaba caer en los comentarios surgidos entre familiares y allegados.

La alcaldía suponía para este joven abrir una puerta inmensa a sus ilusiones. Ya no sólo se ocuparía de gestionar su patrimonio familiar, sino que además podría trabajar y tomar decisiones en beneficio de su pueblo, es decir, de todos sus vecinos. Podría hacer cosas que él y todos los paisanos venían soñando para mejorar y engrandecer la vida de Fondón, beneficiar más a la gente y hacer justicia en una sociedad en la que tan frecuentemente se era injusto, especialmente con los más débiles. Pero sobre todo este nombramiento tenía un aliciente tan real y vivo como inconfesable, y era que este trabajo de alcalde estaba ya fuera del alcance de su madre, no estaba en los negocios ni tareas de la economía familiar, y era también otra enorme puerta hacia su libertad personal, ya que las decisiones como máxima autoridad municipal no tenía ni debía compartirlas con su madre. Eran suyas, solo suyas, ya que al fin y al cabo era él, y solamente él quien había sido investido de esa autoridad. Era una ocasión maravillosa y única de dejar volar a su propia personalidad ante todos los habitantes del pueblo. Y, por supuesto, una parcela de independencia de su santa y autoritaria madre.

En aquellos tiempos tanto en Fondón como en otros muchos pueblos, como no había agua corriente en las casas ni tampoco desagües interiores en las viviendas, era costumbre muy extendida, la de tirar a la calle el agua sucia resultante de fregar los platos, limpiar el suelo, y a veces de otras cosas peores. Las viviendas que tenían huerto echaban el

agua a sus bancales, las que tenían *zanja* la vertían a este espacio interior, pero en otras muchas ocasiones carentes de uno y de otra, la tiraban a plena calle, dando antes como requisito previo de aviso a los viandantes un grito que decía: ¡AGUA VA!

La *zanja*, para las casas que lindaban con huertos, era, como ya se ha dicho, un espacio libre que resultaba de separar el muro interior, y último de una vivienda, del muro que contenía la zona de cultivo. Era como un callejón que separaba con amplitud generosa los bancales de las casas. Se dejaba así a modo de ensanche o patio interior entre la vivienda y el terreno cultivado, evitando la humedad y filtraciones que de otra forma hubieran producido los riegos, y dejando a su vez un espacio libre para ventilar e iluminar las habitaciones interiores de la casa. El suelo de este espacio, generalmente cerrado, se utilizaba a su vez para que los animales domésticos, gallinas, conejos y cerdos, gozaran de un espacio libre, ventilado y a su vez seguro. Este piso tenía prevista salida para las aguas. A tal espacio también, los más cívicos, tiraban el agua de fregar.

Casi siempre, el agua sucia tirada a la calle corría más que el grito que la anunciaba, por lo que llegaba mucho antes al suelo y, lo que era peor, a los infortunados que pasaban por allí, a los que la advertencia verbal les llegaba cuando ya estaban empapados de agua sucia.

Esta mala costumbre se fue haciendo tan negativa que una generalizada aspiración del pueblo era hacer lo necesario para que fuera eliminada totalmente.

El nuevo alcalde, haciéndose eco de tan urgente y justa aspiración popular, dictó un bando, que fue proclamado en todas las esquinas por el *alguacil*, prohibiendo tirar agua a la calle desde las viviendas bajo multa de *DOS PESETAS*. Esta sanción era altísima si tenemos en cuenta que el jornal medio en aquellos años estaba en UN REAL. La sanción equivalía al trabajo de un obrero durante más de una semana. No se había inventado aún el salario mínimo interprofesional, ni los convenios colectivos, ni los sindicatos.

Con tan severa medida la autoridad municipal quiso cortar de raíz y en seco la mala costumbre de poner pringando de agua sucia a quienes transitaban por las calles del pueblo. Con tan severa multa, seguramente no pretendía recaudar dinero para las arcas municipales, ya que el dinero era lo que más escaseaba en el pueblo, sino impedir para siempre la práctica de tan fea costumbre.

El *alguacil*, que solo había uno, era el único agente de la autoridad municipal en el pueblo. Vestía con un traje de pana, llevaba gorra tam-

bién de pana, cruzaba su pecho en bandolera una correa ancha de cuero que soportaba una alforja, de la que también colgaba una trompeta muy brillante, y en su mano derecha una vara larga, fuerte y recta, que en la punta, que daba al suelo, terminaba cubierta de un chuzo o caperuza de hierro, que además de proteger la madera, servía para que al andar la fuera golpeando fuertemente contra las piedras de piso de las calles, así se hacía sentir el paso de su autoridad llenando el ambiente de solemnidad y avisando de su presencia.

Puesta en vigor la orden del señor alcalde, así como la fuerte sanción por su incumplimiento, se dio la mala fortuna que la primera casa que la incumplió fue la del señor alcalde, y para más gravedad fue al *alguacil* al que pusieron de agua sucia como si le hubiera caído encima el diluvio universal.

El alcalde recibió como primera persona denunciada a su propia madre. El alcalde, revestido de la *auctoritas* de su cargo, y muy consecuente con la orden que había dado, multó a su madre con las DOS PESETAS, y mando al *alguacil* a recaudarlas. La madre las pagó sin más comentarios.

Más tarde, cuando el alcalde fue a su casa, su madre lo esperaba a la subida de las escaleras. Hay que aclarar que la mayoría de las casas en Fondón, eran de dos plantas, y más aún las que se consideraban de familias acomodadas. Tenía su madre escondido detrás de la cortina del balcón un *garabato*, que era una vara larga y firme terminada en forma de punta de flecha, que se usaba como auxiliar en algunas faenas agrícolas, tales como acercar las ramas de la higuera para coger higos, alcanzar a las almendras más alejadas, y otras no agrícolas, como esta que describimos ahora.

El primer saludo con que recibió la madre a su hijo alcalde fue con un fuerte estacazo diciéndole:

*El Señor alcalde me puede multar con DOS PESETAS por tirar el agua a la calle, y las pago, pero a mi hijo le sacudo los palos que se merece por maltrato a su madre. Aquí no te vale ser alcalde, aquí eres mi hijo y yo tu madre, y te sacudo aplicándote yo ahora el castigo a tu mala conducta.*

La madre, encerrada en su autoridad materna y en su soberbia, no podían entender que su hijo como alcalde tuviera que imponerle la sanción que le hubiera impuesto también a cualquier otro que infringiera el bando tirando agua a la calle, como hizo ella. No entendía que su papel de madre no era eximente para poder pasarse por sus ventanas los bandos municipales, por el único motivo de que el alcalde que los dictara fuera su hijo.

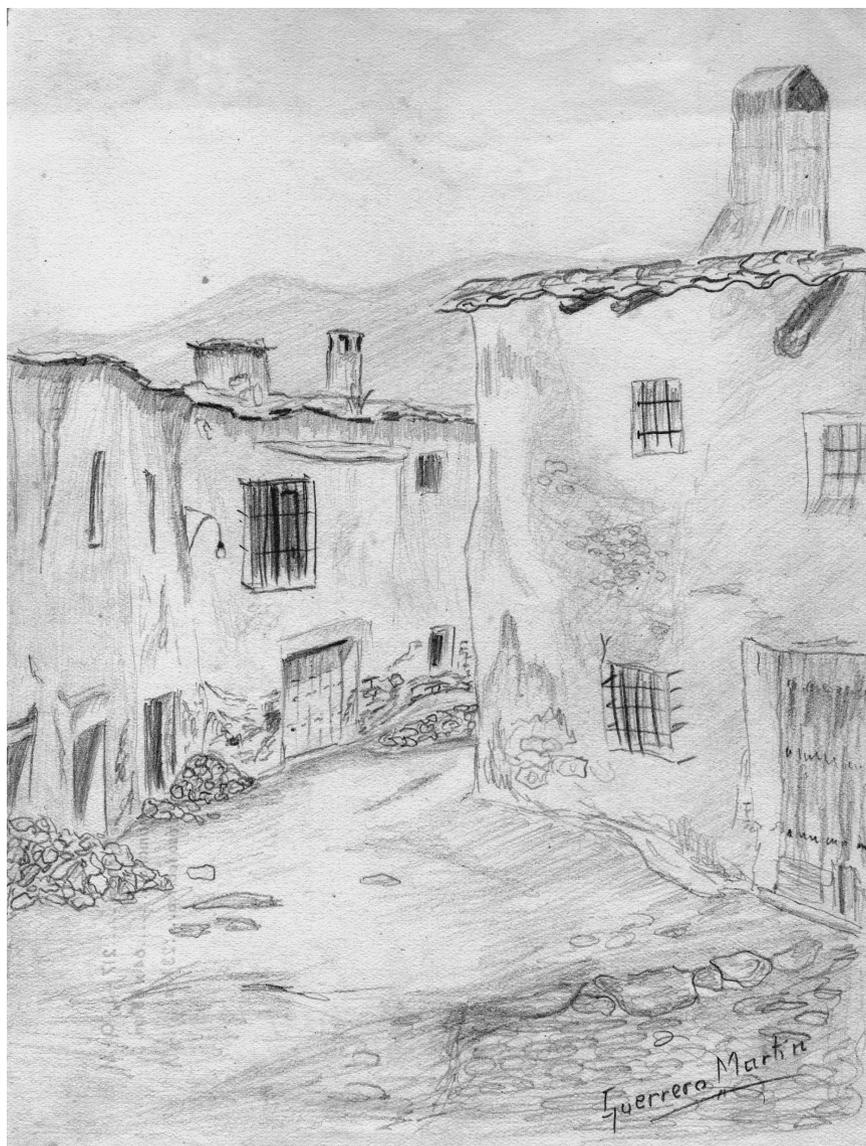
Y así nuestro flamante alcalde pudo comprobar que su *auctóritas* se evaporaba dentro de su casa. Ante su madre no era el alcalde sino el hijo que siempre estuvo bajo su autoridad, y ahora también.

Eso pasa a quienes, como a este alcalde, tienen conferida una parcela de poder, como era este caso, que aunque ellos no lo sepan y tampoco lo acepten, en el ejercicio de sus funciones, se encuentran con personas convencidas de que sus intereses personales deben estar por encima de cualquier decisión. La pretendida superioridad de sus aspiraciones en tales personas, las lleva a exigir al que manda que ponga sus funciones al servicio de lo que en cada momento le pueda interesar a ellas, de forma que la autoridad y las normas deban quedar siempre subordinadas a sus intereses, y se impongan de manera implacable a los demás, pero nunca a ellas. Es una manera muy singular de entender el ejercicio de la autoridad y la obligatoriedad del cumplimiento de las normas. Así dice el refrán *justicia toda, pero no por mi casa*.

Resultó en el pueblo muy aleccionador este relato.

No era la primera vez, ni tampoco sería la última, que una persona, como la madre en este caso, recurriendo a vínculos familiares, amistad, militancia política, u otros favores recibidos, exijan que las normas y actuaciones de la Autoridad en lugar de estar al servicio de todos, solo lo estén para satisfacer sus intereses particulares, que siempre deberán estar por encima de los intereses de los demás.

Así, la autoridad, sus decisiones, y las normas, tales personas las califican de *buenas* o *malas*, y se cumplen o no se cumplen, según convenga o no a cada uno en función de sus intereses. La vieja y justa aspiración de ser todos iguales ante la ley, no era aceptada aún por aquella señora, que consideraba que el bando que había dado su hijo como alcalde sería bueno para que lo cumplieran los demás pero no ella, que siempre estaría por encima con su autoridad de madre. Ella así podría seguir tirando agua a la calle sin temor alguno a ser multada, los demás vecinos merecerían la horca si lo hicieran. Ella era la madre del alcalde y tenía el privilegio, todos los demás no.



Fondón 1954.  
Una calle del pueblo en la zona alta.  
*C. Guerrero Martín*

## EL TÍO PACO JOAQUÍN

En la parte más alta del pueblo, donde las vistas al valle son más hermosas y llenas de luz, había una casa humilde, como casi todas las del entorno, en la que vivía un matrimonio sin hijos, ya mayor. La vivienda se componía de bajos, altos y un pequeño huerto. Él era el *Tío Paco Joaquín*, ella la *Tía Piedad*. El libro de familia se completaba con los animales, que ya eran como unos miembros más de ella en las relaciones de la casa: una burra, también con años, una cabra, gallinas, conejos, y sobre todo un fiel y atento gato, que mantenía las estancias libres de cualquier ratón que intentara visitar aquellos espacios. Completaban su hacienda con unas pequeñas paratas de riego en una zona muy extrema de la vega, y un minúsculo olivar también extramuros y de secano. La casa fue herencia de los padres de ella, lo demás lo compraron poco a poco, ahorrando con grandes esfuerzos y privaciones, en tiempos en que el trabajo de las minas hizo posible poder juntar algún dinero pasando hambres.

Era una mañana de invierno. Aún no habían salido los primeros resplandores del sol. Era de noche, muy de noche. En la calle hacía un frío intenso, y una escarcha extensa cubría el exterior. Todo el pueblo dormía, todo era quietud y silencio. Aún así la casa del *Tío Paco Joaquín* llevaba ya buen rato en plena actividad.

Tenía que comenzar el día muy pronto para que luego le diera tiempo a realizar todas las faenas que le imponían sus obligaciones. Se consideraba con tanto quehacer, que las horas del día le resultaban tan escasas que, no sólo tenía que comenzar sus faenas mucho antes que saliera el sol y terminarlas ya muy ido éste, sino que además no podía en modo alguno poder realizar las cosas que para todos los demás vecinos del pueblo resultaban normales. Así, todos los vecinos en los meses de invierno trabajaban menos horas en el campo al haber menos horas de luz solar, él no podía hacer esto. Los hombres organizaban sus trabajos para que les permitieran ir a comer a mediodía a sus casas, salvo en algunas épocas y cultivos; él nunca podía acudir a comer a su casa, su mujer tenía que llevarle la comida al tajo siempre, todos los días del año. Los domingos y festivos se descansaba, excepto turnos de riego o faenas agrícolas que no se pudieran interrumpir; él nunca, ya que por

su trabajo no podía descansar los domingos. La dedicación a su tierra y animales se le hacían imposible el más mínimo respiro. Resultaba frecuente que los hombres pasaran a veces por las esquinas y bancos de la plaza del pueblo para enterarse de las últimas noticias, de los precios de compra y de venta de las cosas del campo, de los chismorreos de la vida social, o simplemente detenerse a mantener un rato de conversación; él nunca tenía tiempo para hablar en la plaza. También era frecuente asistir los domingos a la misa, o al menos en el día del patrón; él tampoco tuvo tiempo en momento alguno para estas licencias, su trabajo no se lo permitía. Era usual que los hombres, con mayor o menor frecuencia, tomaran algunos tragos de vino en las tabernas del pueblo, o en las bodegas de amigos y vecinos, en esas relaciones de amistad, familia y vecindad tan usuales en aquellos ambientes; él tampoco podía perder tiempo alguno en esos respiros y diversiones, que nunca le resultaron compatibles con lo que tenía que hacer. Había a lo largo del año celebraciones por bodas, bautizos, santos, navidades, o vuelta de un mozo del servicio militar, en los que algunos obsequiaban a los amigos, familiares y vecinos con celebraciones caseras; tampoco a todo esto podía acudir, eran siempre muchas más e ineludibles, totalmente ineludibles e inaplazables, las obligaciones rígidas e interminables, que le ataban al cultivo y cuidado de sus tierras y animales, con tal exigencia de dedicación, que solo le quedaba tiempo para dormir durante la noche, y no con mucha extensión de sueño.

Y así, de esta manera, trabajaba sin parar un día tras otro, sin que las estaciones del año, la evolución de sus cultivos y el cuidado de sus animales, le permitieran descanso alguno, mental ni físico, durante todos los meses y días del año, sin más interrupción que las horas dedicadas al sueño, y éstas deberían quedar limitadas, muy limitadas, a las mínimas posibles.

Tan intenso y rígido sentido del deber, comparado además con la dimensión escasa e ínfima de sus tierras, le dieron en el pueblo fama de hombre muy especial, hasta el punto de tomarlo como referencia para decirle a una persona cuando se consideraba excesivamente e injustificadamente ocupada: *Eres como el Tío Paco Joaquín*.

Tan desbordante actividad arrastraba también a su mujer. Todos los días del año, hiciera sol, lluvia, viento, calor, frío o escarcha, la *Tía Piedad* tenía que ir hasta las paratas con la comida. Para hacer esto era preciso poner la olla en el fuego antes que fuera de día. Y así, poco antes de la doce, cuando se solía comer en el campo, tenía que haber llegado con su olla de barro caliente, metida en un *cenacho* de esparto, con un

trozo de pan, para compartir con el marido a cucharadas, la comida de cada jornada, sin más amparo y confort que el de un ribazo, un árbol, o algún cobijo cercano si llovía. Nunca se pudo permitir perder el tiempo que suponía ir a comer a su casa, y menos dormir alguna siesta en los meses de mayor calor en verano.

El *Tío Paco Joaquín* iba siempre acompañado de su burra y de su cabra. Y le resultaban una compañía tan completa que entre ellos había un diálogo mudo de continuo. Una voz suya, casi tenue, o algunos movimientos convenidos, eran más que suficientes para que la burra o la cabra cumplieran gustosas y obedientes las indicaciones de su dueño. Se hubiera podido decir que con las miradas solamente entre ellos, ya se transmitían los pensamientos, deseos, y afectos. Mantenían una relación tan familiar, que no existía entre ellos el menos espacio de soledad e incomprensión. Y es que él adoraba a sus animales y los cuidaba sin límite de atenciones. No había una orilla de hierba verde y tierna que se escapara a su hoz para llevarla a sus animales. Ni sombra de árbol que no les diera cobijo en verano. Su mundo y su vida empezaban y terminaban en aquellos escasos palmos de tierra que cultivaba y en sus animales, que convivían con él. Ese era su mundo, su único mundo, el que le llenaba de trabajo y satisfacciones, el que unido a su mujer compartía con ilusión pero sin descanso, el que no le dejaba ver nada que estuviera más allá de su horizonte diario, al que consagraba y dedicaba todas sus fuerzas e ilusiones, al que se veía felizmente vinculado. Tan vinculado y voluntariamente unido, que la esclavitud que el mismo se había impuesto, lo trasladaba a un mundo de felicidad tan aislado del resto del mundo, que las obligaciones que a cualquier otra persona le hubieran provocado ansiedad y tristeza, a él le producían satisfacción y alegría. Vivía en un aislamiento ideal, idílico, en el que el trabajo, *su* trabajo, le compensaba todos los sacrificios, que para él no eran tales.

Al fin y al cabo, de aquel mundo era del que sacaba su comida, aquellos animales eran sus amigos y compañeros durante el día. Y a este universo tan pequeño y tan grande, también había terminado por entrar su mujer. No había en ellos frustración o tristeza. Su tierra y sus animales eran mucho más que su hacienda, mucho más que su medio de vida, superaban la base del sustento y la despensa, eran su familia, lo eran todo, y se debían a ellos con tanta ilusión e intensidad, que todo cuanto quedara fuera de este universo, lo veían tan lejano, ajeno, inaccesible e innecesario, que en modo alguno les dañaba el alma tener que renunciar a tal dedicación y afecto.

Nunca intentaron hacer compatibles sus trabajos y sentimientos con el descanso o la vida social. Vivieron toda su vida sumidos en sus interminables tareas, convirtiendo lo poco que tenían en tanto y tan grande patrimonio que les desbordaban siempre sus faenas sin llegar a causarles cansancio ni pena. Las tareas que realizaba cada día, en cada faena, las llevaba a cabo con tal perfección, parsimonia y reiteración, que el tiempo necesario para hacerlas se veía multiplicado al que hubiera necesitado cualquier otra persona normal.

Cualquier trabajo realizado por él exigía duración y perfección infinitas. No se alegraba tanto de su terminación como de lo perfecto que quedara hecho. No importaba el tiempo, importaba solamente realizar todo cuanto exigían sus insignificantes tierras y animales, pero siempre de manera perfecta. A tan gran objetivo habría que subordinar todo, incluso, si era necesario, el descanso y las relaciones con los demás

Para muchas generaciones quedaron en la tradición oral del pueblo como ejemplo y referencia de personas que agrandan su trabajo innecesariamente hasta convertirlo, sin razón o sentido, en su único universo, sintiéndose a su vez esclavos de unas obligaciones que ellos mismos se imponen y se exigen, sin más razón que haberlas fabricado ellos con su imaginación. Lo bueno en este caso es que el matrimonio era feliz así vivieron, haciendo que lo que para otros hubiera sido un infierno, para ellos fuera un universo en el que eran felices. Y este universo de felicidad lo habían fabricado ellos casi desde la nada.

## UN JUEGO DE NIÑOS

En el pueblo las casas que tenían huerto eran muy apreciadas. Con él se añadía a la vivienda un espacio muy valioso. Servía como una extensión de los cultivos de la vega, especialmente para hortalizas y frutales, de consumo inmediato en las familias.. Era un espacio interior de juego para los niños, de estancia de animales tales como cabras, gallinas y palomas. Era como una inmensa ventana abierta a la vivienda, pero con suelo de siembra y árboles, y espacio muy útil. En casi todo había al menos una parra, que en los días calurosos del verano ofrecía una sombra muy valiosa, y además daba unos racimos de uvas maravillosos.

Debajo de la parra en los meses de calor se hacía parte del día y de la noche, era una prolongación del cuarto de estar. En los huertos se cultivaban además flores y una interminable variedad de plantas. Eran las azucenas, lirios, rosales y celindos, las que más abundaban en ellos. Esta prolongación de la casa lo llenaba todo de luz y de perfumes. Las higueras, las parras, los frutales de hueso y de pepita, se prodigaban por el suelo hasta aprovechar con ellos cualquier rincón de tierra que fuera cultivable. Los más previsores hasta sembraban hinojos en las orillas, y por supuesto, perejil y *yerbabuena*.

Una vez, una familia muy numerosa tenía la suerte de disfrutar de huerto muy amplio en su casa. Era una vivienda grande, soleada, con un huerto interior de espacio generoso. Estaba, como la casa, construidos sobre una ladera, como también buena parte del pueblo.

La familia estaba tranquila cuando los niños jugaban dentro de este espacio, ya que allí resultaba más fácil su control. Pero las condiciones que hacían tan atractivo aquel recinto, así como la natural tendencia de los niños a jugar en compañía, hacía como cosa natural que también acudieran a jugar allí niños de los vecinos de otras viviendas. No era raro ver a diario un enjambre de críos jugando por aquellos lugares y en aquel huerto.

La sociedad de la época, por la inseguridad que había, especialmente en los caminos, mantenía con total normalidad armas de fuego no declaradas, que ocultaban en rincones secretos de la vivienda, para sacarlas en determinados momentos como un medio irrenunciable de tranqui-

lidad y defensa personal. Las escopetas de caza eran tan usuales, que se podría decir que en cada casa podía existir una, al menos. A ellas se añadían, pero ya sin confesar, alguna pistola o revólver, que al ser armas cortas era posible esconderlas entre la ropa en casos necesarios. Para los viajes y recorridos por el campo resultaban mucho más útiles que las escopetas. A diferencia de ellas, las armas cortas se podían ocultar, eran de más fácil y rápido manejo, por eso eran las preferidas para llevarlas encima escondidas. Incluso en las faenas agrícolas nocturnas, especialmente de riego era frecuente que se llevara algún arma escondida.. Se podía decir que como en las películas americanas del Oeste, también allí, aunque con mucho disimulo, se portaban después de los trabucos, revólveres y pistolas, y por supuesto además navajas de todas las dimensiones.

La familia que tenía este huerto, guardaba un hermoso revólver adquirido por el padre hacía años a los vendedores de armas que en el mercado negro tanto frecuentaban por las minas. El padre de familia lo tenía bien escondido, envuelto en unos trapos, y puesto en lo más profundo del fondo de un arca. Encima mantas y ropa de muy diversos tipos. Así tan hondo, tan oculto y tan difícil de alcanzar, podría estar a salvo de los niños. Además el peso de la tapadera del arca, que era muy grande y de madera maciza, hacía aún mucho más difícil que los niños la pudieran abrir.

En esta confianza el matrimonio vivía despreocupado, sin imaginar que aún con tan buen escondite, los niños pudieran dar con el arma. Pero así ocurrió un buen día.

Aprovechando que el padre no estaba en la casa y que la madre estaba muy distraída en otros temas urgentes, uno de los críos, el más travieso e inquieto, confesó a los demás que él sabía donde su padre guardaba un revólver y que lo podría sacar para disparar tiros en el huerto. Y así lo hizo. Muy poco tiempo después, ante la expectación de todos los demás, apareció con el arma, manteniéndola escondida debajo de su camisilla.

No daban crédito los otros a tan asombroso espectáculo. Entonces no había películas del Oeste, y allí menos, ni de otro tipo, por lo que ellos no habían visto nunca tan cerca ni tan real un arma de verdad, como aquella, que era capaz de disparar con toda su fuerza.. Pero la imaginación infantil y sus ansías de aventuras no se podía conformar solo con ver, querían manejar y comprobar si era verdad que aquel brillante instrumento era capaz de producir un disparo, es decir un tiro con toda la fuerza y sonoridad que eran propia de los tiros. Así, el *cabe-cilla* que hacía de dueño de los disparos, dispuso que, todos en fila y por

riguroso orden de turno, fueran pasando por el punto de tiro e hicieran un disparo, sólo un disparo, hacia un árbol concreto que estaba en los bancales más altos del huerto, simulando que su tronco era un bandido que iba contra ellos. Sin más dilación ni pérdida de tiempo se pusieron todos manos a la obra, con un entusiasmo propio de quienes van a realizar una hazaña tan arriesgada como poco imaginable. Y así se fueron sucediendo los entusiasmados tiradores sin problema alguno, ya que el arma tenía puesto el seguro y no se disparó. En la imaginación de los niños los disparos se iban sucediendo uno tras otro, aún cuando no fueran reales, por lo que el juego les seguía colmando las ansias de aventura que habían puesto en él. Pero en estas idas y venidas, con tanto cambio de manos y tanta curiosidad por el mecanismo de aquel artefacto, en una de éstas se le cambió el seguro, y al tirador que entonces le tocaba hacer puntería se le escapó un atronador disparo, con tan mala fortuna que el proyectil rozó las piernas de otro, hiriéndolo levemente.

Tal ruido no pasó inadvertido, y tanto la madre como algunos vecinos de los huertos vecinos llegaron de inmediato llenos de un sobresalto grande. Su asombro fue ver a todos aquellos niños asustados, el arma en el suelo, y otro herido. Ante tal revuelo, el inspirador de la aventura, lleno de temor desapareció de la escena, sin que nadie pudiera saber dónde se había metido.

Al volver el padre, se multiplicó la preocupación y el disgusto. Eran muchos los temores que le venían a su cabeza como responsable de no haber guardado el arma con más seguridad, estando al alcance de los niños, la consideración de la tragedia que se podría haber producido teniendo los niños en sus juegos el arma en sus manos. Pero la preocupación y pena fueron en aumento al desaparecer el niño autor de la aventura.

No había manera de poder encontrarlo. Buscaron con reiterada insistencia por toda la casa, por el huerto, por las proximidades, y al final por todo el pueblo. No había rastro del niño, nadie lo había visto, estaba desaparecido y no era posible dar con él. Avanzaba el día y todas las búsquedas resultaban fallidas e infructuosas. El niño no aparecía. Ya pensaban que podría haber pasado lo peor: era muy travieso y decidido, y no descartaban que lleno de miedo por el revuelo producido, hubiera podido huir a la sierra, y hasta poder haber caído en algún pozo, de los muchos que existían, al tratar de esconderse.

Llegada la noche aumentaban los miedos, ya que sin la luz solar y las tinieblas era mucho más difícil continuar la búsqueda, y crecían los temores de una posible desgracia.

Ya entrada la noche el niño desaparecido se presentó en la casa. Hubo un estruendo de alegría al verlo sano y salvo, un poco sucio y lleno de miedo. Por toda la familia y por todo el pueblo corrió la noticia de la aparición. El niño estaba a salvo. Le preguntaron dónde se había escondido y por qué lo había hecho. Él confesó que estuvo todo el tiempo escondido debajo de una *puntana* de riego que existía más arriba del huerto, justo en la boca de riego que daba agua al huerto a través de la acequia. Las *puntanas* son como un puentecillo hecho sobre una acequia para permitir el paso sobre ella, continuando así el camino. Tienen la misma anchura que el camino al que sirven, de tal forma que si es sólo de paso para una persona, resulta muy estrecha, en cambio si fuera para el paso de una yunta resultaría mucho más ancha. La que sirvió de escondite a nuestro protagonista era de las anchas, y como ese día no pasaba el agua por allí, pudo aguantar en tan insólito espacio, tumbado en el lecho del cauce y oculto por la generosa *puntana*, hasta que las sombras de la noche, la humedad del ambiente y, sobre todo, el miedo, le obligaron a salir de su escondite. Los padres y toda la familia valoraron más la alegría de ver que ninguna de las posibles desgracias habían llegado a suceder, y que los sustos y preocupaciones eran compensados con creces con la noticia de tener a todos los niños sanos y salvos.

Seguro que al padre le debió servir para guardar el revólver aún más lejos del alcance de los niños, y al niño travieso para recordar siempre hasta dónde podrían llegar sus travesuras. El arma en las manos de los niños bien podía haber producido una desgracia inmensa, la suerte fue que no llegó a pasar.

## LA ESCUELA DE DOÑA CARLOTA

En aquellos tiempos no era frecuente que los niños fueran a la escuela durante muchos años. El ambiente de la época y las grandes necesidades de las familias, obligaban a que también los niños trabajaran. Tenían que aportar necesariamente su ayuda a la economía familiar, en la medida de sus escasas fuerzas. Así se veía normal que los niños en las faenas del campo colaboraran en los acarreos, conduciendo los animales de carga a través de los caminos, que cuidaran el ganado, llevaran la comida del mediodía al tajo a los padres y hermanos mayores que trabajaban lejos de la casa, sacaran las cabras a pastar por las orillas, cogieran hierva para los conejos, o recogieran leña abandonada en el campo. Era peor aún que con diez años fueran ya a trabajar a las minas para hacer labores de acarreo, colgando sobre sus espaldas unas *seretas* de esparto, a modo de mochila, para transportar escombros unas veces y mineral otras. Aquellos niños en lugar de llevar sobre sus costillas las mochilas llenas de libros y cuadernos, que llevan nuestros escolares de hoy, llevaban unas mochilas de esparto parecidas a las que llevan ahora de lona o plástico al colegio, pero llenas de tierra, y en vez de caminar hacia las aulas, caminaban por galerías de minas, con unas condiciones de seguridad mucho más complicadas y peligrosas que son hoy las aceras y pasos de cebra de nuestras rutas escolares. Aquellos niños comían poco y además sólo cuando tenían alimentos que llevar a la boca, circunstancia feliz que no se daba siempre.

Ese ambiente obligaba a muchas familias a que la asistencia al colegio fuera escasa, irregular, y sobre todo a que muchos, antes de haber alcanzado la edad y conocimientos mínimos exigibles, tuvieran que abandonar para siempre las aulas. Así muchos alcanzaban como una meta muy alta sólo poder llegar a leer y escribir, y manejar los números, aunque fuera con mucha dificultad.

En aquellos años existía en el pueblo una escuela *privada o de pago*, además de la escuela pública municipal de niños y niñas. En la escuela pública mantenían totalmente separados a unos y a otras, a cargo entonces de los maestros y maestras, que estaban dependiendo de los ayuntamientos. El centro privado era más flexible, separaba a los niños de las niñas también, pero admitía que los alumnos faltaran para atender las

faenas del campo, que a veces resultaban imprescindibles a las familias. Este centro privado lo llevaba un maestro, o similar, llamado Don Cirilo, auxiliado por una hija suya, ya de algunos años, llamada Doña Carlota, o simplemente *La Carlota*, como así la llamaban los niños cuando estaban fuera de la escuela y se referían a ella, y con muy poco afecto, como podemos imaginar.

A este colegio iban los niños que por su asistencia irregular no podían ir al público, es decir los que se quedaban descolgados, y también los más traviosos o atrasados que eran expulsados de la escuela pública, o simplemente *invitados a salir*, dando con ello por terminado su *ciclo educativo*.

Esta escuela aparecía como una segunda oportunidad para cuantos habían perdido el tren de la escuela municipal o pública. Era como una gran academia de repaso, que prometía enseñanzas seguras, disciplina severa, y un seguimiento *personalizado* para cada alumno. A cambio habría que pagar unos honorarios humildes, pero siempre altos para muchas de las familias del pueblo.

Estaba situada en una casa contigua a la de sus maestros, padre e hija. Era un inmueble antiguo y pequeño, de dos plantas, antes vivienda familiar, transformada después en escuela. En los bajos continuaban los mismos usos que tuvo antes la casa: corral, cuadra, pequeño almacén, y zona de entrada, en la que habían puesto un viejo y desvencijado banco de madera, cambiando así la estancia rústica en una sala de espera. La parte alta la habían convertido en dos aulas con ventanas a la calle, que era muy estrecha, y a los huertos de otras viviendas contiguas. Unos pupitres viejos y desvencijados, traídos de algún lugar lejano Y como decoración escolar única, una pizarra en cada una de las aulas, colgadas de la pared, y por supuesto, sobre las mesas de sendos profesores dos visibles y hermosos garrotes, uno grande y otro más pequeño, dispuestos siempre a cumplir su misión disciplinar sabiamente manejados por las manos del maestro.

Don Cirilo era un hombre mayor, enjuto, serio, que vivía y vestía su autoridad de maestro allí donde estuviere. De escasas palabras, pero suficientes para imponer una imagen de severidad y respeto. Su hija, Doña Carlota, era una mujer ya entrada en años, algo gruesa, también autoritaria y totalmente entregada a su escuela. Tenían ambos fama de ser muy exigentes e imponer la disciplina, aún cuando tuviera que ser a golpes. Los castigos allí no eran nada infrecuentes, y el saber, unido al buen comportamiento, lo trataban de conseguir siempre, por las buenas o por las malas. Acreditaban su escuela por la flexibilidad para asistir a ella y, sobre todo, por la dureza en la disciplina con la que combatían la

falta de interés en aprender o el mal comportamiento que entonces se llamaba *falta de urbanidad*. Muchas familias del pueblo, haciendo unos sacrificios grandes, ahorraban el dinero necesario para que sus hijos en la escuela de Don Cirilo y Doña Carlota pudieran completar los conocimientos que no le fueron posibles alcanzar en la escuela pública, por abandono prematuro, asistencia irregular o indisciplina.

Una familia muy numerosa y de aquel tiempo, tenía varios hijos que por su asistencia irregular y mal comportamiento habían tenido que abandonar la escuela municipal antes de tiempo. Para completar ambas carencias, y además poder seguir contando con la ayuda de los niños en el campo, los pusieron en este colegio.

Los nuevos alumnos, ya instalados en el centro escolar, quedaron bajo la tutela autoritaria de Doña Carlota, que tenía los de menos edad, a los que de inmediato comenzó a darles normas de obligado e inmediato cumplimiento, así como a realizar ejercicios de escritura y lectura. Los niños se adaptaron bien y pronto a tan férrea disciplina para la adquisición de conocimientos y hábitos de conducta. Comentaban en su casa las enseñanzas y exigencias de cada día, llenando así de satisfacción a sus padres, que veían compensado el gran esfuerzo económico que hacían para que sus hijos pudieran recibir todo este cargamento de valores y enseñanzas en beneficio de su buena formación.

Todo iba bien, hasta que un buen día se presentó una dificultad. Doña Carlota había dicho a los niños que las uñas y las manos habría que tenerlas siempre limpias, aún realizando los trabajos de campo. Para eso era necesario lavarlas y limpiarlas cuantas veces fuera preciso al terminar cada trabajo, y, por supuesto, siempre antes de comer o tocarse los ojos.

A fin de comprobar el cumplimiento de esta norma, un día y por sorpresa, pasó *revista de uñas*. Su enfado fue muy grande cuando observó que este grupo de niños, que eran hermanos, las llevaban todas extremadamente sucias y negras. Montada en cólera le obligó a poner las uñas hacia arriba y les golpeó sobre ellas con la vara. Considerando que no era suficiente, los castigó a seguir en la escuela haciendo ejercicios de letras y números cuando se fueran todos los demás.

Y así se hizo. Una vez salieron todos los alumnos hacia sus casas, estos permanecieron dentro del colegio, cumpliendo de esta manera el castigo de la maestra, que cerró con llave la puerta del aula para mayor garantía del arresto y aumento de la solemnidad del castigo.

Los niños consideraron que no existía proporción justa entre lo que ellos consideraron falta y la pena que les había sido impuesta. Idearon

realizar una acción de protesta. Acto seguido fueron volcando sobre las mesas, uno a uno, todos y cada uno de los tinteros de plomo que había en el aula. Las escuelas de entonces, y aquella también, usaban en el tablero de cada pupitre un tintero de plomo que se introducía por un agujero del tablero, y que se llenaba de tinta para mojar la pluma. Los tableros quedaron empapados de tinta, que a su vez también inundó el suelo de la habitación. A continuación, imaginando lo que podría hacer con ellos Doña Carlota, y al ver que no podían salir por la puerta del aula por estar cerrada con llave, abrieron el balcón y se descolgaron a la calle, con grave peligro de fracturas en su cabeza y huesos. Estaban muy entrenados a estos saltos por sus continuas subidas y bajadas a los árboles, así como por el asiduo trepar y saltar por las tapias de los huertos. Pero no por tan buen entrenamiento, saltar desde el balcón del colegio no dejaba de ser muy peligroso. Así lo hicieron, se escaparon, se presentaron en su casa y guardaron total silencio del incidente, hasta que poco más tarde tuvieron los padres la visita de Doña Carlota y Don Cirilo para decirles que prescindían de ellos como alumnos de su colegio, explicándoles antes con detalle los motivos de la expulsión. Así quedaban fuera de todas las escuelas del pueblo.

Fue cierta la autoridad de la maestra, pero se enfrentó a la rebeldía de estos alumnos.. En aquel ambiente no parecían existir otros recursos educativos que no fuera el castigo. En este caso la maestra encontró a unos alumnos que por su carácter y travesuras ya quedaban fuera de sus métodos educativos y autoridad en el colegio.

La autoridad de la maestra optó por prescindir de ellos en la escuela. No tuvo recursos para intentar seguir educando a estos niños traviesos, y ante tal insubordinación prefirió expulsarlos del colegio. Los niños quedarían sin escuela, y Doña Carlota sin ellos, pero con la batalla y la guerra ya perdidas.

## EL DESPERTADOR DE FERNANDO

Fernando Martín era un joven que vivía fuera de Fondón por razón de sus estudios. Por motivos familiares había sido criado, y tenido como si fuera un hijo, por unos tíos suyos. Con ellos pasaba largas temporadas, y también él se consideraba con ellos mucho más que un mero sobrino. Era una persona joven, simpático, de carácter abierto, con grandes dotes de relación y empatía con todo el mundo, por lo que, a pesar de ser de un nivel social más alto que la media del pueblo, no hacía distinción alguna al tiempo de tener amistades y relaciones con todos los demás jóvenes del entorno, aún cuando su nivel cultural y económico fuera muy diferente. Era un tipo ocurrente, y aceptaba con sincera ilusión todas las costumbres y diversiones del ambiente juvenil de aquel tiempo. Ya se sabe que en aquella época no había luz eléctrica, ni teléfonos, ni internet. La gente se alumbraba con candiles de aceite, velas y faroles. Las cartas del correo tardaban en llegar muchos días, y los *recados* que se daban a los viajeros o a los transportistas y arrieros, en el caso de que llegaran bien a su destinatario, también tardaban mucho más de lo que ahora nos podríamos imaginar. En suma, las comunicaciones eran muy inseguras e inimaginablemente lentas.

Este muchacho acudía siempre que le era posible a buscar en la casa de sus tíos el refugio de cariño que tanto anhelaba. Los largos meses que estaba con ellos recibía un baño de familia que valoraba en toda su dimensión. A su vez el ambiente del pueblo le resultaba tan acogedor, que, sumado al de sus tíos, hacía que sus estancias en Fondón fueran para él como una medicina que le inyectaba ánimo y cuerda para todo el largo tiempo que tenía que pasar en otros lugares menos placenteros.

Fernando estaba siempre de muy buen humor, era muy ocurrente, y amigo de bromas, cargadas de risa e imaginación. Entre muchas que se contaban en el pueblo atribuidas a él, se repetían en el ambiente de las tertulias de tabernas y mesas de camilla, algunas de ellas como la que narramos a continuación.

Un buen día había quedado con otros muchachos del pueblo para salir de madrugada camino de la sierra con el fin de *dar un puesto* de perdiz, es decir cazar perdices con reclamo. Ya se sabe que para llegar al puesto antes de que amaneciera tenían que salir muy de madrugada,



Fondón 1956.  
Calle saliendo del pueblo hacia el monte. Final de la calle de la Iglesia.  
C. Guerrero Martín

de tal manera que mucho antes del alba estuvieran ya cada uno dentro de su puesto, el pájaro en su sitio, y la escopeta colocada en la tronera, sin toser, ni fumar, ni hacer ruido alguno que pudiera espantar la caza.

Fernando no tenía escopeta, ni tampoco era muy cazador, pero se sumaba con alegría a lo que hicieran sus amigos, por lo que decidió, sin dudar, salir con ellos a *dar el puesto*. Como era muy dormilón, tenía un sueño muy profundo, y se iban a ir a la cama ya muy entrada la noche y con algunos vasos de vino en el cuerpo, pensó con acierto que se podría quedar dormido. No había despertadores entonces, y él no tenía otro medio para que lo pudieran despertar. La gente recurría a las Ánimas Benditas para que le despertaran, pero él consideraba que tal encargo se les daba para cosas más serias y trascendentes, no para ir a *dar el puesto*, por lo que con gran respeto a ellas no quiso comprometerlas para este tema. Tampoco quería que los amigos fueran a despertarlo, ya que eso supondría que también pudieran despertar a sus tíos, y quizás también a los vecinos, por cuanto esta solución tampoco era válida. Habría que emplear un medio totalmente eficaz para un sueño profundo, y a su vez garantizando un silencio total. Él ideó un medio perfecto: al meterse en la cama se ató una pierna con un cordel de esparto machacado, de gran longitud, de los que se usaban en las faenas del campo para sujetar las cargas en carros y caballerías. Lo dejó caer por la ventana de su dormitorio hasta llegar al suelo de la calle. Luego los amigos que fueran a despertarlo no tenían más que tirar con fuerza del cordel como habían convenido, hasta que él asomado por la ventana diera muestras de estar despierto. Entonces bajaría de inmediato para unirse a ellos.

Su tío se había quedado esa noche de tertulia en uno de los bares o tabernas del pueblo hasta muy avanzada la madrugada. Era frecuente que en épocas del año, especialmente otoño e invierno, cuando las faenas del campo bajaban en intensidad y en premura, los hombres se quedaran a veces hasta muy tarde intercambiando comentarios, noticias, temas del campo, negocios, políticas, etc. acompañados siempre por una buena jarra de vino de la tierra. En épocas de frío tampoco era necesario madrugar demasiado.

Cuanto su tío llegó a la casa observó con gran sorpresa cómo de la ventana del dormitorio de Fernando colgaba una soga hasta llegar al suelo. La ventana, como era costumbre, tenía una hermosa reja de fragua, por lo que la soga no podría ser para subir ni bajar por ella persona alguna, tampoco se podía imaginar que fueran a subir desde la calle algún posible objeto, o que por el contrario lo hubieran bajado desde la habitación y luego no hubieran retirado la cuerda. Ante tanta confu-

sión, pensó que sería alguna de las múltiples ocurrencias de su sobrino Fernando. No quiso ir a la cama y ponerse a dormir con tan seria duda y optó por ir a verle y averiguar tan extraño montaje. Se dirigió a la habitación de Fernando que dormía a pierna suelta, en un sueño más que profundo, y con muchísimo trabajo e insistencia consiguió despertarlo para preguntarle por qué salía de entre las mantas de su cama una cuerda, que luego pasando por la ventana llegaba hasta la calle. Fernando entre sueños y bostezando le explicó a su tío que era el despertador más seguro y silencioso que había podido encontrar para que lo llamaran para ir a *dar un puesto* a la sierra. Su tío muerto de risa por un ingenio más de su sobrino, se fue a la cama tranquilo.

Ya muy avanzado el día volvía de la sierra el bueno de Fernando con alguna perdiz, no cazada por él sino por sus amigos. En todo el pueblo se contó siempre el invento de despertador que había ingeniado para que funcionara con total silencio e indudable eficacia, dejando a las Ánimas Benditas fuera de este encargo.

Siempre se dijo que el ingenio hace milagros.

## UN RIEGO NOCTURNO

Fondón, como llevamos comentado, al estar sobre un valle tiene las parcelas de cultivo muy escalonadas en forma de terrazas. Como en toda la Alpujarra, abundaban en el regadío las pequeñas parcelas, y ya en el seco los terrenos estaban distantes del pueblo siendo también de escasa superficie.

Al tener las explotaciones agrícolas tan pequeñas y alejados, los trabajos en ellas se multiplicaban en esfuerzo, al ser necesario invertir mucho tiempo y trabajo en los desplazamientos y acarreos. Así los turnos de riego afectaban con mucha frecuencia a los agricultores, imponiéndoles tomar el agua en el día y hora que les impusiera el orden en que les tocara regar, aún con independencia del lugar en que estuviera localizada la parcela y del tamaño de éstas. Al ser pequeñas, distantes unas de otras, y varias las que se cultivaban, era normal que en ocasiones se tuvieran que regar durante la noche. Todo esto hacía que, una vez a una parata y otros días a otras, el esfuerzo para regar se presentara muy continuo, sin importar que fuera de madrugada, en festivo, con calor o con frío. No era infrecuente que los turnos de riego y las formas de regar dieran lugar a problemas.

El agua, como bien escaso, ha sido siempre objeto de disputas. Tampoco era impensable que existieran tipos dispuestos al abuso, imponiendo sus intereses y rencores sobre los demás. Así la tarea de regar los bancales era siempre un sacrificio, y, a veces, algún motivo de discusión, enojo y enfrentamiento. Este sacrificio estaba compensado con la alegría de regar. En un terreno como éste, el agua de riego fue siempre tan valorada y necesaria, que poder disponer de ella era un gran motivo de alegría, que compensaba con creces cualquier otro sacrificio.

En este ambiente se dio un buen día, como era frecuente, que un hombre tenía que regar sus bancales. Le tocaba el turno de riego a media noche. Resultaba imprescindible el agua para los cultivos que tenía, pero se daba la coincidencia de que estaba enfermo con una fiebre muy alta. Tenía una familia muy numerosa. No se podía permitir el lujo de pagar para que otro le regara su tierra, ni quería pedir el favor de que otra persona lo hiciera como regalo. Así las cosas, y ante esta dificultad que les suponía perder el turno de riego, la familia vivía unos

días de preocupación. Uno de los hijos, de unos diez años, se ofreció para ir a regar.

Era un niño muy despierto y decidido, había hecho este mismo trabajo con su padre muchas veces, y se podía confiar en él. Sólo había un problema que preocupaba mucho a los padres, que el turno les tocara a media noche, y además les preocupaba también por las relaciones con un vecino, que era persona muy conflictiva. Este vecino tenía bien merecida fama de mala persona. En los turnos de riego presentaba con frecuencia múltiples problemas con los otros regantes, les quitaba el agua, presentaba interminables protestas, y sobre todo intentaba siempre abusar de los demás. Los padres temían, con mucho fundamento para creer, que la presencia de un niño podría ser aprovechada por este hombre para amedrentarlo y sacar ventaja de la situación, quitándole el agua. Más temían por el daño que le pudiera causar al niño que por la pérdida de agua, que tampoco era para despreciar.

Como la necesidad era grande y no veían otra solución posible, aceptaron que fuera a regar el niño.

En aquellos tiempos, como hemos visto antes, era totalmente normal en el ambiente del pueblo que en las casas hubiera algún arma de fuego de tipo corto, además, por supuesto, de las escopetas de caza. El padre de esta familia tenía una pistola de pequeño tamaño, que entonces era no sólo una novedad sino un avance no al alcance de todos. El niño sabía dónde la guardaba su padre, y con el mayor de los sigilos, la cogió y se la puso bien escondida en uno de los bolsillos del pantalón, asegurándose con certeza que estaba cargada. Tomó el legón y la espuerta al hombro, el farol en la mano, y se marchó a regar cuando le tocara el turno.

El vecino malvado sabía bien que el dueño del bancal no podría acudir a regar por encontrarse enfermo. Cuando vio que era el niño el que iba a tomar el turno y regar el bancal, saltó de gozo en su interior, ya que esta vez podría sin obstáculos hacer lo que le diera la gana. El niño no tenía personalidad suficiente para contradecirle y enfrentarse a él.

Así sucedió. Cuando el malvado vecino quiso, se dirigió al niño en tono muy imperativo diciéndole que le iba a cortar el agua porque ya había terminado su turno de riego. El niño estaba a medio regar y le replicó que aún tenía derecho a seguir regando bastante tiempo más, por lo que no podía cortarle el agua. El hombre con palabras amenazantes, le indicó que el agua se la llevaba él por las buenas o por las malas, advirtiéndole al niño que tuviera mucho cuidado con lo que hiciera si no quería llegar a su casa ensangrentado.

El niño, muy seguro de su derecho y con la fuerza que le daba la pistola en el bolsillo, tiró del arma, la empuñó y apuntándole al hombre le dijo:

- *Si tienes tantos huevos como dices, corta el agua o atácame a mí. Si lo intentas te coso a tiros y te mato.*

El hombre le preguntó con tono muy agrio:

- *¿Estás seguro de que la tienes cargada?*

El niño le contestó:

- *Si lo quieres comprobar, corta el agua o atácame.*

El hombre asustado y conociendo el carácter de este niño, cerró su boca y se marchó.

Ya de regreso en su casa contó a sus padres lo sucedido con el vecino. No les gustó en modo alguno que el niño hubiera cogido el arma, pero en su interior se alegraron de que su hijo con diez años hubiera sido capaz de defenderse ante una alimaña como ésta, y hubiera podido regar el bancal, tan importante y necesario para asegurar la comida de la familia numerosa. Y es que el débil debe saber enfrentarse al que abusando quiere sacar provecho de su debilidad. La legítima defensa, o defensa propia, es un derecho que se puede ejercer en situaciones excepcionales, y el niño tuvo la valentía de hacerlo.

Esta historia se contaba reiteradamente por el pueblo.

## EL BAILE DEL CANDIL

Esta historia se va a la segunda mitad del siglo XIX.

Resulta evidente que en aquellos años la gente se alumbraba con candiles de aceite, mariposas, velones, velas y cirios. Lo más frecuente eran los candiles. Con ellos se lograba reciclar totalmente el aceite, ya usado, que se empleaba en las casas. Al final, sobre todo tratándose del aceite de freír, en lugar de tirarlo, como ahora, contaminando el medio ambiente, se usaba para quemarlo en los candiles e iluminar la casa, o también para fabricar jabón. En aquellos tiempos, no se tiraba nada, todo cuanto se tenía se intentaba aprovechar, apurando al máximo la utilidad de cualquier producto, incluso los desperdicios orgánicos, después de intentar que pudieran servir como pienso de los animales domésticos (conejos, gallinas, cerdos, palomas...), se pensaba en que su última utilidad sería convertirlos en estiércol, que a su vez sería vertido sobre la tierra para nutrirla así y enriquecerla para los cultivos, que eran el sustento de las personas de cada casa. Todo se reciclaba y se le daba utilidad cerrando el ciclo de su aprovechamiento.

Los candiles, tanto en su número como en su calidad y tamaño, medían el nivel económico de las familias. Así los de barro, y los de hojalata, de tamaño pequeño, es decir de *una o dos torcidas* eran los más económicos y sencillos, por tanto también los más humildes. En cambio, los de latón, mucho más grandes, los velones de cuatro y hasta de ocho luces, eran exponentes de gran nivel económico, ya que necesitaban mucho más aceite, y daban también mucha más luz.

El funcionamiento de los candiles de aceite era muy sencillo: con lana de oveja, o trapos de desecho, se confeccionaba con los dedos, mojados previamente en aceite, una *torcida*. Se llamaba así porque se conseguía, torciendo o retorciendo con los dedos índice y pulgar estas hebras, hasta conseguir una especie de cuerda o hilo grueso. Luego con este cordón, enroscado en forma de espiral, se montaba el candil, poniéndolo sobre el fondo, cubriéndolo luego de una balsa de aceite, y una vez bien empapado todo él, se hacía salir uno de sus extremos por un borde en ángulo o esquinas con las que terminaba la forma del candil. Sobre este extremo saliente de la *torcida* se prendía la llama.

A medida que la *torcida* se iba quemando, la llama del candil se hacía más pequeña y alumbraba menos. Para *animarla* y hacerla más grande, con un alambre, que ya llevaba el candil, o con una simple horquilla del moño, se sacaba más *torcida*, que a su vez ya estaba muy impregnada de aceite, y la luz se multiplicaba considerablemente. Para salir de noche a las calles y al campo, sobre todo en las noches sin luna, era indispensable contar con el auxilio de un farol, la mayoría eran de aceite, y los más sofisticados y seguros eran de velas, más o menos gruesas según las disponibilidades económicas de cada casa. Los faroles de lámpara de carburo, los trajeron los mineros, y fueron un avance espectacular por su potencia de luz y seguridad.

En las calles del pueblo por la noche no había iluminación alguna más que la de la luna. En las noches oscuras, era preciso que cada cual fuera provisto de farol o candil, o simplemente *a tientas* cuando se conocía la ruta con tal precisión que el caminante tuviera la certeza de no terminar tendido en el suelo a consecuencia de un posible tropezón.

En las fiestas familiares, tales como celebraciones de santos, bautizos, bodas, peticiones de mano, vuelta de quintos ya licenciados sanos y salvos, y otros acontecimientos similares, resultaba imprescindible dotar al festejo con mucha luz. Era normal que en la preparación de las fiestas, los familiares, vecinos e invitados aportaran prestados candiles y velones, ya provistos de su correspondiente aceite. Igual pasaba cuando se hacía el velatorio de un muerto, o *los rezos* que se organizaban en la casa unos días después de su muerte. También se hacía así en los partos y enfermedades graves.

En este ambiente una familia, ni extremadamente pobre ni tampoco muy acomodada, quiso organizar una fiesta familiar con motivo del santo del padre, del cabeza de familia, y de algún hijo.

En las costumbres de aquella época era obligación social celebrar mucho los santos que coincidían con los nombres de pila de cada persona, especialmente los del padre o madre de familia. Con tal motivo, en cada casa, según sus recursos económicos, se hacían algunos dulces, buñuelos, *rosetas* (o *palomitas*) para los niños, y además licores caseros, y, por supuesto, *aguardiente* en cantidad, es decir, sin miseria alguna. Los licores caseros eran sobre todo la *mistela* (hecha con miel), y otros a base de zumos de frutas y miel. Los hombres eran más dados al aguardiente, en tanto que las mujeres se inclinaban por los licores, siempre ellas con mucha moderación.

Con estos preparativos y en aquel ambiente, esta familia preparó una fiesta. Su casa, ya en los extremos del pueblo, tenía delante una

explanada amplia, a modo de placeta, que hacía posible disponer de un espacio suficiente para organizar un baile. Así la fiesta sería mucho más divertida y vistosa.

Los bailes eran entonces completamente *suelos*, es decir en modo alguno eran *agarrados*, por lo que los hombres y las mujeres podían *salir a la pista* sin problema alguno, además a vista, ciencia y paciencia de todos cuantos estaban allí. La música se componía de instrumentos de cuerda, guitarras, bandurrias, laúdes, y otros caseros que se añadían como acompañamiento: triángulos, botellas, y también algún cántaro viejo y vacío, con el que golpeando en la boca con la suela de una alpargata producía un sonido de bajo, buenísimo. Se podían emplear otros, aunque también rudimentarios, pero muy útiles al conjunto, tales como castañuelas, cañas rajadas, y maderas diversas.

Esta familia, además de celebrar el santo, quería conseguir algún objetivo más. Tenían una hija, ya casadera, y estas fiestas eran una ocasión muy buena para que los jóvenes se aproximaran en sus afectos, y así de aquellos festejos surgían noviazgos entre los invitados. Como los que venían eran jóvenes, que ya se conocían y que previamente habían sido invitados, es decir, parientes, amigos y vecinos, era de imaginar que las posibles relaciones amorosas tendrían que nacer entre personas, ya aceptadas de antemano por aquellas familias.

Con todo este escenario se montaron los preparativos se organizó la fiesta.

Empezó al final de la tarde, conforme fueron llegando los invitados. Era costumbre, también entonces, aportar además de candiles y sillas, alguna fuente de roscos o dulces hechos y ofrecidos por los que iban al convite, se estilaba *no ir nunca de vacío*, es decir, no ir a la fiesta con las manos vacías. La animación era muy grande. Como ya los días eran cortos de luz solar, pronto empezó a oscurecer y fue necesario encender los candiles. Todo iba extraordinariamente bien. La gente más joven se divertía a placer, y los más viejos charlaban animadamente. Se había montado un baile muy bueno, y todo discurría con normalidad, y envuelto en un ambiente de alegría que hacía que cuantos estaban allí lo estuvieran pasando muy bien.

Ya entradas las primeras horas de la noche, cuando la animación era más grande, casi sin que se pudieran apercibir, se colaron en la fiesta unos cuantos mozos que no estaban invitados. En cualquier celebración, más aún si se hace al aire libre, resulta inevitable, sobre todo en ambientes rurales, que se colaran algunos *gorrones*. En estos casos la cara dura de ellos se aprovechaba de la bondad del dueño de la fiesta, que

admitía, aunque fuera con enojo, la presencia de tales *gorrones*, que no habían sido invitados. Y así fue en este caso.

Lo malo vino cuando los *gorrones* dieron palos a los candiles, dejaron la fiesta sin luz, y salieron corriendo. Estos canallas, no querían aprovecharse del festejo, sino reventarlo. Actuaron por sorpresa, y cuando llegaron a poder reaccionar los de la fiesta, ellos habían puesto pies al aire, y habían huido aprovechando la obscuridad de las calles. Al parecer, la mayoría de ellos, no eran de Fondón, y estaban movidos en su intención, además de las ganas de hacer tal gamberrada, por la revancha que les suponía que los mozos invitados a la fiesta tuvieran ante aquellas mozas una ventaja que ellos no tenían.

Aún cuando trataron de volver a reanimar la fiesta reponiendo los candiles, no resultó posible restaurar otra vez el mismo ambiente de alegría. Este incidente puso fin a la fiesta, ya que aunque la intentaron continuar reponiendo los candiles y la música, cada uno se fue yendo a su casa. Se temía que pudieran ocurrir otros incidentes, si continuaba el baile y aparecían otra vez los gamberros.

Esta historia se quedó en la tradición del pueblo como el relato de una acción mala y de mal gusto. También desde entonces se decía cuando algo pudiera terminar mal porque otros lo estropearan: *Esto va a terminar como el baile de los candiles.*



Fondón 2014.  
Puente de Cacín en la "Rambla de Juan de Campos".  
*C. Guerrero Martín*

## LEYENDAS DE TRES PUENTES

Fondón está emplazado una ladera extensa al pie del Monte del Pecho. Resulta natural que para salir o entrar en él sea necesario cruzar algunas ramblas y barrancos, que luego buscan todos liberar sus aguas en el cauce del Río Andarax. Desde antiguo estos pasos de agua fueron salvados con puentes, hechos de piedra, con arcos de medio punto, que, aún no siendo muy altos, al asomarse a ellos daba en el cuerpo la impresión de tener una altura inmensa. En el fondo del suelo aparecía el lecho de la rambla lleno de arena y guijarros que se veían lejísimos, la altura de los puentes impresionaba, más aún si el que los miraba cabalgaba a lomos de un animal, añadiendo a la mayor altura la inseguridad de la caballería.

En las orillas que hacían límite con los puentes y el camino, había algunas parcelas de cultivo, siempre de tamaño reducido, dispuestas en paratas, es decir en escalones por lo inclinado del terreno. No eran suelo de lo más apreciado, ya que si tenían la ventaja de tener camino fácil para su acceso, mantenían el inconveniente de estar tan a la mano de los transeúntes, que resultaba muy difícil evitar que los caminantes no cogieran algo de lo que allí se cultivara.

De todos estos puentes había dos que acumulaban más historias que todos los demás juntos. Eran además los más próximos al pueblo. *El Puente de la Rambla Juan de Campos*, que está a Levante, en dirección a Cacín, y el *Puente del Gallo*, situado a Poniente, en dirección a Fuente Victoria. Se completaba la muestra con otro puente, mucho más pequeño y sólo peatonal, el *Puente Colgante*, que era una pasarela colgada que permitía cruzar sobre las aguas del Río Andarax, en dirección noreste para comunicar el pueblo con Benecid con el de Fondón. Estaba, y está ahora en una zona amplia del río.

Cada uno de ellos tenía su vida, su personalidad propia, y, por supuesto, sus historias, a las que me voy a referir ahora.

El *Puente de la Rambla Juan de Campos* daba vida a un camino en dirección a Almería por su sentido Este, es decir, hacia Levante. Se ha llamado siempre *Camino de Cacín* por conducir hasta un paraje importante conocido con este nombre. En la antigüedad, antes de que se construyera la actual carretera hacia Canjáyar, que tiene otro trazado,

era este camino el que se usaba para ir a Almería utilizando la ruta de Levante, y discurría por parajes situados en las proximidades del río. Zona de gran actividad minera y agrícola. Era la ruta de Alcora, con su fundición y minas de plomo, también hacia Canjáyar, y a los pueblos de la ribera del río que estaban aguas abajo después de Fondón. También comunicaba la rica zona minera de la Sierra de Beires. Era un camino muy vivo, lleno de gente, arrieros, carreros, caminantes varios, y agricultores que iban y venían a sus bancales y secanos situados por aquella zona tan amplia y montañosa. La vida de los cortijos y ventas que había por aquellos montes y parajes, contribuían, y mucho, a la animación de esta ruta. Cuanto más cerca del pueblo, era también mayor el tráfico. Aún así el silencio y la soledad en aquellos ambientes eran más abundantes que el ruido del trasiego.

Durante el día no había problema en el puente y sus alrededores, pero llegada la noche, tanto con luna como sin ella, ya se hacía más difícil transitar por aquella zona. Además de la inseguridad del camino por las amenazas de posibles bandoleros y asaltantes, se extendía la creencia de que allí salían espíritus varios que buscaban a los caminantes. Desde el atardecer y hasta bien salido el sol se consideraba muy arriesgado y peligroso pasar por allí. Existía la leyenda, muy creída en las conciencias del pueblo, de que se habían producido repetidas historias de apariciones de seres extraños, muy a la vista de los caminantes. Todas ellas se daban siempre muy entrada ya la noche, y eran más de uno los que afirmaban haberlas visto. Luego estas noticias corrían por todo el pueblo y se multiplicaban con los añadidos que cada cual iba introduciendo en sus relatos. La verdad era que nadie se sentía cómodo y a gusto teniendo que pasar por allí durante la noche, y menos aún si se caminaba sin compañía. Por eso, en los casos en que no había más remedio, se buscaba algún allegado o amigo que compartiera el miedo y diera esperanza de ayuda al que no tenía más solución que tener que pasar por allí por la noche.

El *Puente Colgante* que había en el río en el camino de Benecid también daba mucho respeto a media noche. Además del miedo de las tinieblas y la soledad, se añadía que al ser *colgante* se movía mucho al pasar, con frecuencia su suelo estaba roto, había amplios claros entre las maderas que lo formaban, y muy al fondo se podía escuchar el fuerte ruido de la corriente del agua, lo que añadía más miedo aún. También pasaban por allí los que no tenían opción alguna de aplazar el viaje, los regantes, trasnochadores, y sobre todo cuando tenían que salir corriendo a buscar al médico, dar aviso urgente o pedir auxilio,

o peor aún, los que tenían que buscar la noche para ocultar alguna acción inconfesable.

En el *Puente de la Rambla Juan de Campos* las apariciones eran de seres humanos, hombres y a veces mujeres. Vestían ropas de otros tiempos, no hablaban pero sí hacían señales a los transeúntes. Aparecían y desaparecían entre zonas de obscuridad, y sus vestidos se iluminaban con más fuerza al tiempo que se aproximaban a los que pasaban por allí. Nunca respondieron a las preguntas que algunos decían les fueron hechas, eran seres de otros tiempos, pero siempre mudos y con gran agilidad de movimientos. No habían causado daño alguno ni ataque ni amenazas. Eran sólo visiones, pero verdaderamente reales en boca de los que afirmaban haber pasado por aquella experiencia terrible. Luego la gente, cada uno, añadía sus interpretaciones afirmando que pudieran ser las Ánimas para dar tal o cual mensaje, o que tal vez, para otros, fueran espíritus que buscaran venganza de malos hechos, injusticias, asaltos a caminantes, muertes violentas y estropicios, causados en tiempos remotos, y cuya memoria quisieran perpetuar ante las generaciones posteriores. Tampoco faltaban los incrédulos que afirmaban que todo esto eran inventos creados por la imaginación de las gentes, o simplemente visiones falsas nacidas por el miedo de los que caminaban en la imponente soledad de la noche oscura. De todas formas eran más los que admitían que algo debiera haber cuando las gentes transmitían estas historias de padres a hijos. Lo cierto era que cada cual evitaba, si le era posible, pasar por allí de noche y menos aún solo.

El *Puente de la Rambla del Gallo*, era también otro punto negro. Era una zona de mucho tránsito, la más usada por caminantes.

Los cultivos de aquel lugar lleno de *paratas* y *hazas*, imponían que con frecuencia se tuviera que regar de noche, cuando los turnos de riego venían así. Aumentaba allí el tráfico sobre todo porque este puente era el camino que comunicaba Fondón con las poblaciones y cultivos hacia Poniente (Fuente Victoria, Laujar de Andarax, Paterna del Río, Bayárcal, Alcolea, Berja, Dalías y Almería). Este puente abría el camino del pueblo hacia un espacio tan grande y poblado que el tránsito por él era mucho, y su uso muy frecuente, incluso también durante la noche.

Está edificado sobre una rambla estrecha y profunda, muy abancalada en sus orillas, por la que también corre el agua en las avenidas que producen las lluvias fuertes. En aquella zona, la mayor abundancia de agua producía una vegetación más densa.

En este puente también había apariciones nocturnas, pero aquí no eran de figuras humanas sino de animales, siempre ejemplares muy

hermosos, muy iluminados a la vista de quienes los veían, sumamente inquietos, y a veces hasta les dirigían palabras o frases cortas a los caminantes. Pasar por allí a media noche y en soledad tampoco era aconsejable. Había que evitarlo a toda costa, sólo la necesidad extrema podía justificarlo, y aún así el camino habría que hacerlo acompañado, a ser posible de más de una persona. Estas prescripciones no funcionaban para los forasteros que no las sabían, ni tampoco para los trasnochadores que con una buena carga de alcohol en sus estómagos no reparaban en tales temores al hacer la ruta.

También en este caso a estas apariciones se les buscaba una explicación. Qué animales eran los que se aparecían, qué querían decir, cuál era su mensaje, a quién o a quienes se les aparecían, qué y a quién representaban, eran preguntas que se hacía la gente, y a su vez cada uno fabricaba sus respuestas. Todas las explicaciones coincidían en considerarlos símbolos de hechos pasados que se querían mantener vivos en el recuerdo de las gentes. Luego cada cual al comentar estas apariciones buscaban en la memoria colectiva de los antepasados hechos notables acontecidos en aquella zona, que por su importancia o repulsa social, pudieran dar lugar a tan singulares recuedos para perpetuarlo en la conciencia de las generaciones posteriores.

Así contaban historias de hijos que hubieran maltratado a sus padres, de mujeres que sufrieron alguna tragedia en un matrimonio impuesto, de muertes por envenenamientos secretos, muertes *naturales* que no lo eran, o casos trágicos que nunca se supieron. En cada caso, la imaginación de los que contaban a interpretaban cada historia, uniéndola siempre a cosas que pasaron en tiempos remotos, buscaban las respuestas de tales apariciones, que por supuesto eran muy ocasionales y esporádicas. No todos los días y todos los caminantes eran distinguidos con tan temidos espectáculos. Solo algunas veces, muy de tarde en tarde, y a determinadas personas se les habían presentado estos casos. Después, la narración de boca en boca se había encargado de multiplicar las imágenes vividas en aquellos parajes así como su justificación y mensaje. El miedo que transmitían al contarlas calaba más en niños y mujeres, que no entendían cómo pudiera haber personas que caminaran por allí en plena noche y con total tranquilidad, ante el temor de poder encontrar alguna de aquellas apariciones.

Aquellos fantasmagóricos animales eran considerados representantes de seres humanos de otros tiempos que pretendían seguir transmitiendo algunos mensajes de hechos que ocurrieron en épocas pasadas que no se podrían olvidar para siempre. Eran mensajes o recordatorios de

acontecieras extraños, que a pesar del peso que tenía el paso del tiempo, querían sus protagonistas que siguieran en el recuerdo. Quiénes eran y qué mensajes daban, sería luego la gente que los viera los encargados de adivinarlos y transmitirlos, y en este empeño la imaginación no tenía límites.

## LAS CHICAS DE LA POSADA

Contaban esta historia, que debió pasar en el último tercio del siglo XIX.

Una familia de Fondón, con muchos hijos, como era frecuente en las familias de aquel tiempo, ante las muchas dificultades económicas que pasaban y el escaso margen para encontrar trabajo a sus hijos, decidió tomar una posada que había a la salida de Laujar de Andarax, ya en la zona de *El Llano*, en el camino hacia Berja.

Las posadas de aquella época, como ya se ha comentado antes, eran un centro de servicios múltiples para los caminantes. Les daban a ellos y a sus caballerías, cobijo, descanso, comidas, auxilio en los muchos y variados percances que se podían presentar en aquellos viajes tan largos y por aquellos caminos de tierra, interminables y penosos. Eran también un centro de noticias de todo tipo, y puntos de encuentro para hacer tratos e intercambiar y vender todo tipo de cosas. También en muchas de ellas se compraban y vendían los productos de las cosechas, aperos del campo, ganados y animales, se dejaban y recogían encargos. Eran puntos del camino en los que se creaba un mundo heterogéneo, vivo y de una importancia grande. Las ventas estaban prácticamente abiertas las veinticuatro horas del día y todos los días del año. El trabajo de *ventero* era de carácter permanente y sin descanso alguno. Sólo las noches, en las que el tráfico de caminantes ya cesaba, podían dar algún respiro. A cambio todo este trasiego era imaginable que les dejara algún dinero, siempre a costa de un trabajo sin apenas descanso, tanto del *ventero* como de su familia y empleados.

Después de haber medido bien sus fuerzas, esta familia de Fondón se decidió a tomar esta posada. Se fueron allí pensando que era un trabajo tan grande, amplio y diverso, que en él podrían encajar toda la familia, con empleo para cada uno de sus miembros, alejando así de ellos el duro y peligroso trabajo de las minas, y las penosas y agotadoras faenas del campo. Al fin y al cabo aunque la venta exigiera estar siempre al servicio de los que llegaban a ella, era un trabajo que se realizaba sin tener que salir de la casa, y siendo el dueño de la venta su propio jefe. Cargados con esta ilusión, y acarreando con ellos algunas de sus pertenencias, se fueron muy contentos a emprender un oficio total-

mente nuevo para ellos. Se sentían con todas las fuerzas necesarias para llevar la posada con éxito total.

Ya establecidos en ella, la familia se fue haciendo cargo de todos los trabajos, dando a cada uno de los hijos las tareas más acordes con su edad y sexo.

Había que renovar las instalaciones, y dar impresión de que aquel establecimiento había cambiando de dueño, por lo que decidieron, para este lavado de cara, blanquear todas las dependencias, por dentro y por fuera.

Para este trabajo extraordinario buscaron la ayuda de familiares, que estaban entonces sin trabajo y vivían en Fondón. Con esta finalidad, llegaron pronto allí una legión de sobrinos del nuevo *ventero*, hijos de un hermano, que acometieron con visible ilusión e ímpetu las tareas de limpieza y blanqueo de todo el conjunto. Aquello debía quedar más blanco que la nieve y más limpio que una patena, reponiendo también cuanto estaba roto, viejo o deteriorado.

La familia de la venta tenía entre sus cuatro hijos, dos hijas, por su edad eran casi *mocicas*, que además de su juventud poseían como patrimonio personal ser muy guapas. Demasiado guapas para estar allí.

El ambiente de las ventas, como es de suponer, no era excesivamente refinado y culto. Las gentes de los caminos eran con frecuencia de modales poco educados y a veces groseros. No era frecuente que en aquellos establecimientos las mujeres hicieran trabajos que no fueran en exclusiva los de cocinar y limpiar algunas estancias, siempre bajo el ojo vigilante del *ventero* o miembros de su familia. Los establecimientos que se consideraban de más postín, los que podríamos ahora, al cambio, llamarlos de *cuatro estrellas*, tenían unos auxiliares llamados *mozos* que prestaban a los viajeros clientes todos los servicios auxiliares tanto al llegar como al salir. Los acomodaban en los aposentos o habitaciones, llevaban las caballerías a las cuadras, colocaban los arreos, eran los camareros en las comidas y bebidas. Daban agua y piensos a los animales, que llegaban cansados de la dureza del camino. Eran también los encargados de realizar la carga y descarga de las caballerías, carros, diligencias y otros carruajes.

Las hijas del *ventero* además de jóvenes y muy guapas, tenían un porte y educación mucho más refinado de lo que se llevaba en aquellos ambientes, por lo que llamaban más la atención en su deambular por la venta. Para algunos tampoco se sabía si estas jovencitas eran hijas de aquella familia o empleadas del establecimiento.

Así, entre aquellos trajines un buen día unos arrieros les lanzaron a las chicas algunos requiebros, que en modo alguno fueron de su agrado.

do. Lo comentaron con su madre, a la que tampoco le gustó, pero no le dio mayor importancia. Más tarde cuando llegó el comentario a oídos de hermanos y primos, los más explosivos, que eran varios, se cargaron de indignación y rabia. Buscaron a los arrieros autores de los requiebros, pero ya se habían ido, iban de paso y habían parado en la venta el tiempo indispensable para reponer fuerzas, tomar un trago y seguir. Pero la rabia de los mozos aguerridos, ante lo que consideraban una ofensa intolerable a sus hermanas y primas, no podía quedar sin castigo. Tomaron un par de revólveres, de los que con frecuencia se llevaban entre la ropa, y salieron en busca de los arrieros. Recorrieron a prisa buen trozo de camino hacia Berja, en la creencia de que esa era la ruta que seguían estos malvados caminantes, pero no fue posible dar con ellos. Fueron preguntando con insistencia a cuantos encontraron en su camino, pero toda indagación resultó infructuosa, nadie los había visto ni daba cuenta de su paradero. A su vez los intentaron buscar en los caminos que van a Paterna del Río y Bayárcal, que era la ruta de Guadix, pero tampoco estaban por aquellos parajes, Pensando que también hubieran elegido alguna ruta atravesando Sierra de Gádor para llegar a Dalías, indagaron aquellas veredas No fue posible encontrarlos, se habían evaporado en el camino.

Cansados de caminar y preguntar, volvieron a la venta, ya casi anochecido portando sus ganas de venganza en proyecto frustrado. Pero corrió en boca de los caminantes, que en aquella venta había unas chicas guapísimas, hijas del *ventero*, pero tan bien guardadas por hermanos y primos, que cualquier insinuación o dicho impertinente daría lugar a un castigo severo. No solo los padres, sino los hermanos y los primos no estaban dispuestos a tolerar cualquier salida de tono de los clientes de la venta, tirando de revólver, si llegara el caso. Cumpliendo así el refrán de que *el que avisa no es traidor*.

En aquellos tiempos y ambientes se exigía para las mujeres un respeto total, tanto en los comportamientos como en el lenguaje. No era permisible permanecer pasivo ante requiebros, piropos, o insinuaciones que pudieran encerrar en ellos intenciones o mensajes fuera del tono más respetuoso. Cualquier joven que admitiera, ella o su gente, este tipo de insinuaciones, se entendía en el ambiente social de entonces que los admitía con agrado, lo que la colocaba de inmediato en notable pérdida de valores para el matrimonio, al considerar que le iba la marcha o puterío. Así la que era catalogada como mujer *ligera de cascos* o *calentona* no era considerada buena opción para el matrimonio, al menos para la gente que *se tenía por seria*.

En este caso que contamos, la reacción de hermanos y primos respondía a este sentimiento de preservar el respeto total a unas jóvenes, que aún trabajando en una venta dentro del negocio familiar, mantenían la exigencia de que las trataran con palabras y modales de total corrección. Aquel trabajo, bajo la dirección de sus padres nunca podría dar pie a que las consideraran con menos respeto. Esto valió para que se extendiera entre los caminantes de aquellas rutas que las mozuelas de aquella venta eran las hijas del ventero, muy guapas, pero que cualquier salida de tono de un cliente hacia ellas podía dar lugar a un conflicto serio con los miembros de su familia. Así el trabajo de la venta no podía quitarles ni un milímetro de su honra y buen nombre. Ni ellas ni sus padres, hermanos y primos estaban dispuestos a pasar por la mínima insinuación, gestos, palabras de doble sentido o conductas que se parecieran.

La Venta del Llano quedó como un lugar en el que la corrección, tanto en los modales como en la lengua, era una exigencia tan ineludible, que quien se atreviera a no cumplirla podría tener un serio tropiezo con los dueños de la venta. Las jóvenes y guapas hijas del dueño, estaban a salvo de cuantos quisieran parar allí.

## LA CENCERRADA DE DOÑA ADELINA

En Fondón, como era costumbre en los pueblos de la Alpujarra, cuando se casaba un viudo o viuda se les daba una solemne *cencerrada*. Buena parte del pueblo, especialmente los más jóvenes, en la víspera de la boda, iban por la noche a las puertas de los domicilios de los contrayentes y les daban un sonoro y prolongado concierto con todo tipo de elementos que fueran capaces de producir ruido, muy especialmente los cencerros (de aquí su nombre) que se usaban para colgarlos del cuello de los animales. Tal concierto era frecuente que durara varios días, anteriores y posteriores a la boda. Los viudos y viudas que decidían contraer matrimonio en segundas nupcias sabían que les esperaba pasar por esta costumbre, sin duda desagradable para ellos, a quienes iba dedicada, pero sumamente divertida para los que la daban.

En la sociedad de los pueblos de aquella época no estaba visto con mucha simpatía el matrimonio de los viudos, muy especialmente el de las mujeres. En el fondo se consideraba como un desprecio a la memoria del cónyuge muerto, una infidelidad a su amor y memoria, por lo que nacía un resentimiento y rechazo social a ese nuevo matrimonio. Sólo en el caso de los viudos, más aún si tenían hijos pequeños, se consideraba más justificado el *casorio*, pero siempre después de un período de luto y viudedad. De todas formas y en todos los casos la *cencerrada* era inevitable, y formaba parte de la boda, ofrecida con la mayor sonoridad por un amplio colectivo del pueblo.

A los contrayentes no les cabía más que aguantar el concierto dentro de sus casas, y en modo alguno se consideraba justificado que tuvieran reacción en contra o que guardaran rencor alguno para los participantes. Era una costumbre del pueblo, se hacía con total libertad y se aguantaba con total estoicismo. Actualmente aunque con algunos matices, se sigue haciendo. Las *cencerradas* podían ser repetidas antes y después de la boda durante varios días. La duración en días y en las horas que durara el ruido, no estaban sometidas a reglas. En cada caso la gente, de manera espontánea, decidía la duración. En cuanto a los instrumentos sonoros empleados para hacer ruido valía todo: cacerolas, sartenes, almireces, cencerros, cuernos y trompetas hechas con cuernos, de los que se usaban para la caza, a lo que también se unían los gritos de la gente.

Contaban que una vez, por el último tercio del siglo XIX, se quedó viuda y sola una *señorica* llamada Doña Adelina. Era una mujer de unos cincuenta años, aún estaba de muy buen ver, sin hijos. El difunto marido había sido hombre querido y respetado en el pueblo. Había dejado buena memoria en las gentes. Se decía que el matrimonio, aún cuando se llevaran muy bien, no habían dado muestras de estar demasiado enamorados. En aquellos años y costumbres no era nada raro que algunos casamientos se hicieran por consejos de padres y parientes, buscando más el acomodo económico y social que el verdadero amor que uniera a los contrayentes. Tales matrimonios podían producir una convivencia aparentemente normal pero llena de un ambiente matrimonial frío, en el que la felicidad conyugal se había evaporado, si es que llegó a existir alguna vez. Los buenos modales de los esposos maquillaban la convivencia hacia el exterior, pero la frialdad de sus relaciones terminaba saliendo a la calle con ellos y llegando a la gente.

Doña Adelina debió ser uno de estos casos, en los que la muerte suponía una liberación para el que se quedaba vivo. Para ellos, o ellas, el enterrar al cónyuge muerto suponía entrar ambos en una vida nueva. El muerto en la vida eterna, el vivo en otra nueva vida terrenal, ya libre del tormento matrimonial al que había estado sometido. No digamos en los casos, poco frecuentes, de malos tratos, alcoholismo o juego. En la sociedad de entonces estos problemas había que mantenerlos en secreto. Estaba muy mal visto que tales interioridades del matrimonio las sacaran los conyugues al exterior dándoles publicidad.

El caso fue que Doña Adelina debía sentirse muy cómoda en su nuevo estado civil de viuda, pero añoraba poder encontrar otro marido. Su luto riguroso posiblemente le sentara bien, y al mirarse en el espejo pensaría que aún estaba con facultades de enamorar, y así comenzar otra nueva etapa de su vida, con la esperanza de encontrar en su segundo matrimonio lo que no había logrado encontrar en el primero.

Dejó pasar algún tiempo prudencial como viuda, vestida de negro de pies a cabeza, sin apenas relaciones con las gentes de pueblo, salidas hechas solo a la iglesia y a contadas visitas, siempre impuestas y justificadas por compromisos sociales, como dar pésames, visitar algún enfermo, dar parabienes por bodas y bautizos, y cosas similares, y, por supuesto idas y venidas al cementerio, siempre acompañada de una sirvienta o de una amiga. Fuera de estos casos, la clausura de su casa era tan severa y bien llevada, que en momento alguno se pudo decir que no le guardaba el luto a su difunto esposo con más fidelidad que la lápida que tenía en la tumba. Era Doña Adelina el modelo de viuda ideal de aquel tiempo. Y

ese título se lo había ido ganando ella a pulso con su comportamiento día a día ante toda la gente del pueblo.

Pero en estas circunstancias un buen día explotó una noticia como si se tratara de una bomba atómica: Doña Adelina se casa. En el mayor de los secretos y con un sigilo a prueba de los ojos y oídos más observadores del pueblo, le *había hablado* un hombre forastero, ella le había dado el sí, y ya tenían apañados los papeles para la boda. Se quedarían a vivir en el pueblo, en la misma casa que ella tenía, y este nuevo marido se haría cargo de la hacienda familiar. Al fin y al cabo ella no tenía hijos a los que les fuera a dar un padrastro, y era a su vez muy libre de hacer de su capa un sayo, y volver a tener otro segundo marido.

Doña Adelina había dejado pasar el tiempo de luto que imponían las severas costumbres de aquella época, había guardado la ausencia de su marido muerto, y había manifestado ante las gentes del pueblo su condición de viuda, pero su nuevo casamiento no se veía justificado en modo alguno. En la mentalidad y costumbres de entonces, una mujer viuda debería guardar el hueco de su marido toda la vida. Era como una continuidad de la fidelidad matrimonial más allá de la muerte. Se entendía que la mujer que de verdad quería a su marido, nunca más volvería a poner a otro en su lugar. Si lo hacía era como una infidelidad al marido difunto, hasta el punto, que se decía en el ambiente popular que cuando se encontraran en la otra vida le pediría cuentas por haber buscado a otro hombre. El casamiento de una viuda se entendía como si le pusiera los cuernos al marido muerto. La gente mantenía que el vínculo matrimonial debía tener una continuidad afectiva por encima de la muerte, especialmente en las mujeres.

Por todas estas razones, el matrimonio de esta señora sentó muy mal en todo el pueblo, por lo que la cencerrada fue hecha por mucha gente y durante muchos días. No se recordaba una igual. Y contaban que un hombre, ya mayor, que había trabajado mucho con el marido muerto, y por el que sentía un gran afecto, en plena cencerrada, y bien cargado de aguardiente, se acercaba a la puerta de la casa y, tomando el ojo de la llave como trompeta, le decía:

- *Adelina: eres una puta. Tu marido fue un buen hombre. Ahora quieres poner a otro en tu cama. Eres una puta.*

Quedó en la memoria colectiva el calvario que las gentes hicieron pasar a estos contrayentes durante muchos días, muy especialmente a ella con motivo de esta boda.

Cuando más tarde había cencerradas en el pueblo, siempre se decía *que no eran nada comparadas con la que le dieron a Doña Adelina.*

## LOS HABANEROS

La minería de Fondón durante el siglo XIX atravesó períodos de gran expansión y riqueza y también de fuertes crisis y ruina. La agricultura nunca fue suficiente para dar de comer a toda la población. Los recursos del campo y de los montes no eran recursos bastantes para llenar las necesidades de todas las familias del pueblo. Se imponía tener que complementar con otros trabajos, las minas, para poder salir adelante. No quiere decir que todo el mundo en aquella sociedad fuera minero necesariamente, pero sí que la mayoría de los hombres, que estaban en edad de trabajar, buscaran en los trabajos de las minas y fundiciones un apoyo imprescindible a sus necesidades.

Si el trabajo del campo y del monte era duro y poco rentable, el de las minas lo era mucho más. En ellas se trabajaba con jornadas interminables, los sistemas de explotación eran muy primitivos, poco seguros, y en ellos el esfuerzo físico y el riesgo de accidentes en modo alguno se correspondía con el rendimiento económico que se alcanza luego.

Las técnicas empleadas en la construcción de pozos y galerías, manejo de explosivos, así como en la extracción de los minerales, estaban casi siempre desprovistas de cualquier tipo de dirección técnica. Los trabajos se hacían de forma artesanal, guiados por la experiencia de los más conocedores por sus muchos años, y con buena dosis de intuición. No existían remedios para las desgracias. Carecían de medios para atender y prevenir los accidentes, ni existía compensación alguna para el que no pudiera seguir trabajando, no se había inventado aún la Seguridad Social. En aquellos tiempos, la muerte, el accidente, la enfermedad, el desempleo, la vejez y la viudedad, carecían de protección alguna. A lo largo de sus vidas todos estaban expuestos a sufrir una o varias de estas desgracias. En tales casos eran los escasos ahorros, que casi nadie podía tener, y sobre todo las ayudas de las familias junto a la caridad cristiana, los que intentaban reducir el hambre. En el tajo no existía médico, ambulancia ni medios para prestar auxilios a los accidentados. Las técnicas de explotación eran primitivas y rudimentarias.

Abundaban las explotaciones pequeñas, y los trabajos a destajo. Los mineros se tenían que hacer antes ellos mismos la comida para llevarla al lugar de la faena. Era muy natural en aquel ambiente el trabajo de los

niños así como el de hombres que, ya por su edad o por sus limitaciones físicas, sólo eran útiles para tareas auxiliares, tales como hacer comidas, remendar espuelas y capachos, o realizar trabajos de guardería y vigilancia sobre acopios de minerales, herramientas y materiales. Allí trabajaban niños, viejos y accidentados. Cada uno según sus posibilidades, pero para comer, todos tenían que trabajar.

En cada mina la retribución final dependía de la cantidad y calidad del producto que se extraía, así como de la cotización que alcanzara en el mercado en ese momento. A lo que se añadía, cómo no, el riesgo de que no abonaran completamente luego el importe de la mercancía el que tuviera la obligación de pagarla. También entonces había quienes se aprovechaban del trabajo y la buena fe de los que soportaban aquellos durísimos esfuerzos, para desaparecer luego con los metales y no pagarlos nunca. No faltó, por supuesto, los que también abusaran en múltiples formas de tal conjunto de hombres necesitados, humildes, ignorantes, sin fuerza alguna para poder imponerse a los abusos. El hambre y la incultura los sumía en la inferioridad. Las explotaciones en manos de empresas grandes ofrecían generalmente mayor seguridad de cobro y alguna dirección técnica superior a las demás.

El trabajo de las minas era muy inseguro y estaba sujeto a múltiples riesgos, no sólo de posibles accidentes sino también de grandes fluctuaciones en su resultado económico final.

En este poco alentador ambiente una familia de Fondón, sufriendo una de las muchas crisis económicas que azotaron al trabajo de las minas, decidió emigrar e irse del pueblo. La emigración o huida, resultó siempre una solución traumática cuando el lugar de destino era tan lejos que se presumía una *muerte en vida*, es decir que la despedida era *para siempre*. Podemos imaginar lo que suponía un viaje a cualquier país de ultramar con los medios de transporte y comunicación de aquellos tiempos, o incluso aún cuando fuera dentro de la península o al norte de África (Orán).

Los que emigraban lo hacían soportando una dureza extrema en la despedida, a la que se añadía la aventura de saltar a otro lugar desconocido buscando en él un porvenir incierto, aún cuando en su ilusión debería ser mucho más prometedor y bueno del que tenían en el pueblo. El salto menos duro se daba cuando el destino era Almería, Granada o algunas zonas mineras más cercanas. En tales viajes aparecía como un elemento decisivo que alguien conocido ya hubiera ido antes, o estuviera establecido allí e hiciera como *cabeza de puente* para el que llegaba a lo nuevo y totalmente ignorado..

En las despedidas se les rompía el alma en el abrazo final, como separación hasta la otra vida a los padres con los hijos, hermanos con hermanos, primos, vecinos, novios y amigos del alma. Era durísimo.

En estas condiciones una familia del pueblo, como otras tantas, decidió emigrar. Pero fijó su punto de destino en la isla de Cuba. Al parecer allí se habían ido en otros tiempos algunos parientes o conocidos, a los que suponían les había ido bien. Eran años muy anteriores a los conflictos que más tarde dieron lugar a la guerra e independencia de la isla. Entonces se mantenía como parte de España. De todas formas arrancar de Fondón y llegar hasta Cuba no dejaba de ser una aventura muy seria y digna de quedar escrita y puesta en forma de novela.

Pensemos los medios de transporte de aquellos tiempos: diligencias, carros, y barcos de vela, con recorridos interminables y gastos muy elevados para la economía de aquella época.

El caso fue que aquella familia, compuesta por el matrimonio joven y un hijo de corta edad, se lió la manta a la cabeza, vendió todo cuanto tenía, juntó todos sus ahorros, superó el miedo y el dolor de la despedida, y con una ilusión desbordada por el éxito que alcanzarían en su destino, se fueron camino de Cuba.

Después de meses de viaje, sacrificios y peripecias sin cuento, y no pocas penalidades, llegaron sanos y salvos a Cuba. Se establecieron allí, a la sombra de algún otro paisano que ya estaba, y tuvieron el éxito que habían soñado. En pocos años se habían situado en aquellas tierras, habían emprendido unos negocios prósperos y estaban haciendo dinero.

Pasados los años, además de aumentar el número de hijos, también había aumentado el volumen del dinero ganado y ahorrado. Con esfuerzo y suerte se habían hecho ricos y habían alcanzado una fortuna tal que, comparada con la economía de Fondón, era más que presumible que trasladada al pueblo sería en él más rico que cualquiera de *los señoricos*, que ejercían en el terruño como dueños de *vidas y haciendas*. No tanto por el dinero que aquellos pudieran tener realmente, sino por la capacidad de dominio y poder que ejercían. No podrían quitar la vida a las gentes, pero sí en cuanto podían dar o quitarles caprichosamente las tierras que tenían dadas a renta, lo que suponía de manera automática para una persona tener o no tener suelo que cultivar, es decir tener o no tener comida para alimentar a la familia.

La gran riqueza alcanzada allí, y más aún comparada con el ambiente del pueblo en aquella época, fue creando en ellos unos sueños de grandeza tales, que unidos a su vez a la enorme añoranza del terruño y familiares, hicieron que naciera en ellos, cada vez con más fuerza, el

deseo de volver. Esta vez cargados, no solo con el éxito de su viaje sino también con toda la masa de riqueza que habían hecho.

Tal proyecto de retorno fue ganando fuerza, y un buen día comenzaron a vender cuanto tenían y se lanzaron a volver a Fondón. Ahora con dinero en los bolsillos y sin penurias económicas. Al llegar emprenderían negocios bien saneados y, con seguridad, prósperos.

Llegaron al pueblo. Su aparición fue un acontecimiento similar a una fiesta de varios días. El espectáculo más notable era el dinero con que volvían, y las historias interminables que componían sus años de aventura. Exhibieron su éxito, su valentía, sus innegables virtudes, capacidad, y sobre todo su fortuna. Se establecieron como los ricos. Montaron una vivienda amplia y cómoda. Compraron tierras de buena labor. Pero lo que más les atraía eran las minas. Ellos veían en las minas su gran campo de inversión. En un terreno tan inseguro y problemático como éste de la minería, no tenían más conocimientos de la materia que los que les proporcionaba su intuición, algunos consejos de viejos con alguna experiencia, y poco más. Estaban además en una época de auge del metal, y los negocios que se venían haciendo, especialmente con el plomo, les resultaban sumamente atractivos. Así, sin pensarse mucho sus decisiones, fueron comprando algunas minas, y alguna fundición.

Pero este baño de suerte pronto empezó a quebrar. La abundancia de metal que aparentemente tenían las minas, resultó más tarde ser un espejismo. Las vetas relucientes de plomo tenían una escasa cantidad de mineral y se agotaron pronto. Fueron infructuosos los trabajos e inversiones que se hicieron para tratar de encontrar nuevos filones. Ni más pozos ni más galerías dieron con el metal. La fundición también empezó a dar señales de alarma. Los precios habían caído y la demanda era muy pequeña. Tampoco este negocio de fundir daba ya dinero, sí en cambio pérdidas y disgustos, como las minas. Las tierras de labor no ofrecían soporte económico sólido para que fueran en solitario las que pudieran afrontar con sus rentas la situación de ruina que provocaba el negocio minero.

Ante tan grandes contrariedades, no podían apartar de sus cabezas la idea de lo bien que estaban en Cuba, el error de su vuelta al terruño, y la idea de volver otra vez a la isla.

No tardaron en trazar el proyecto de emigrar de nuevo. Esta vez ya conocían el camino, el lugar de llegada, y además tenían dinero, no como la vez anterior que tuvieron que salir sin recursos, y desconociendo totalmente el lugar de destino. Al fin y al cabo en Cuba ya tenían un mundo de relaciones, y con su experiencia no sería nada difícil volver a emprender otra vez el camino del éxito.

No tardaron mucho tiempo en vender cuanto tenían y emprender el viaje. Se iban con la pena de las pérdidas de patrimonio que habían tenido en los negocios, pero con la esperanza de la recuperación que veían segura una vez estuvieran de nuevo en la isla. Y así pasó. Pocos años después de llegar allí de nuevo, sus negocios habían florecido otra vez, y estaban instalados en la abundancia y el ahorro.

Habían pasado los años, ya eran más viejos, los hijos estaban en edad casadera, y pensaron que si dejaban pasar algunos años más allí, habrían echado raíces suficientes para no volver más y permanecer en aquel lugar para siempre. Por otro lado el ambiente de Cuba empezaba a ser algo desagradable por parte de la población, y sospechaban que los negocios podrían ir peor pasados unos cuantos años más. Se notaba y vivía la enemistad de los nativos. Eran tiempos de inestabilidad. Por todo esto Cuba y su ambiente empezaban a no ser para ellos un sueño de futuro, y pensaron volver nuevamente a España. Recordaban con tristeza el fracaso de los negocios que emprendieron, pero recordaban con la añoranza del emigrante, a la familia, los amigos, las costumbres, los parajes de la niñez, y la seguridad y sosiego que pensaban les darían en su vejez encontrarse arropados por el cariño de su tierra y de sus gentes.

Así también, después de muchas vueltas a sus cabezas, con cierta unanimidad familiar decidieron volver de nuevo. Vendieron todo cuanto tenían en La Habana, que era mucho, y con la carga de dinero e ilusiones nuevas, emprendieron el viaje de regreso, pensando que esta vez sería ya la vuelta definitiva. La amarga experiencia anterior le servía de aviso para no cometer los mismos errores por segunda vez.

Ante el estupor de todo el pueblo, *Los Habaneros* entraron en Fondón por segunda vez. Ahora el matrimonio era mucho más viejo y mucho más cubano, los hijos mucho más mayores, ya en edad de casarse, ellos eran aún más cubanos que sus padres, y todos intentaban adaptarse otra vez a un ambiente tan soñado e idealizado como nuevo para todos ellos.

El mundillo del pueblo y el de La Habana no tenían nada en común, y notaban, especialmente los hijos, que habían descendido a una sociedad tan bucólica como más atrasada y primitiva. Los padres se adaptaban más, pero a los hijos les costaba grandes esfuerzos ajustarse a las costumbre y usos de las gentes. No obstante, como la juventud tiene energías sobradas, pronto empezaron a enamorarse ellos y ellas de jóvenes del pueblo, lo que hizo mucho más fácil la adaptación, que nunca llegó a ser completa.

En esta segunda llegada fueron más prudentes en realizar sus inversiones. Poco pusieron en las minas y algo más en las tierras, pero

tampoco tuvieron a la larga los aciertos que ellos esperaban. También perdieron dinero abundante, aunque menos que la vez anterior. Al final pudieron salvar algún pequeño patrimonio que les permitió salir a flote en los años de vejez. Los hijos emigraron fuera del pueblo. Al contraer matrimonio ninguno de ellos permaneció en Fondón, aunque no se fueron de España. Cada uno se fue acomodando como mejor pudo en diversos lugares de nuestra tierra. Los padres, ya muy viejos, se marcharon a vivir con los hijos. Quedó en el ambiente y en la tradición del pueblo la historia de esta familia a la que tanto atrajo el sentimiento de añoranza de su pueblo, que supieron luchar, y vencer cuantas dificultades tuvieron en su vida, que no fueron pocas, pero también cayeron en el error de recorrer caminos equivocados y toparse con la mala suerte.

Nadie puede conocer el futuro, pero resulta necesario saber administrar muy bien el presente.

Cuando alguno se aventuraba demasiado se decía en el hablar del pueblo: *ten cuidado, no sea que te pase a ti como a Los Habaneros.*

## EL RETRATISTA

Ya avanzando hacia finales del siglo XIX y primeros años del XX. Fondón estaba comunicado con el exterior por unos caminos de tierra, como ya hemos ido viendo antes, uno hacia Levante, en dirección a Canjáyar, otro hacia Poniente en dirección a Berja. Por ellos transitaban, como ya hemos dicho también, carros, tartanas, recuas de mulos y burros, y gentes a pie. Sólo en el de Poniente existía como transporte regular una diligencia que hacía el trayecto hasta Berja. Iba tirada por una cuadriga de caballos que se cambiaban una o más veces durante el trayecto.

Recordemos otra vez que los hombres salían a lo largo de su vida para buscar trabajo en unas ocasiones, y otras por exigencias del servicio militar. Las mujeres casi nunca viajaban, y no resultaba nada extraño que la mayoría no conocieran en su vida más horizontes que los que les proporcionaba el paisaje de aquel valle en el que habían nacido. No había luz eléctrica, y el agua potable había que ir a recogerla con cántaros a las fuentes públicas del pueblo, en las que unos hermosos pilares servían además para que abrevaran los animales.

Por aquellos años y en aquel ambiente nació y se crió un joven llamado Rafael. Era erguido de estatura esbelta, buen semblante, y desde niño manifestó gran afición por el dibujo. Aprovechaba los carbones de la lumbre y los trozos de yeso (*yesones*) de las obras para tratar de dibujar en el suelo o en cualquier superficie en la que no molestaran sus trazos. El polvo del camino y el barro de los charcos ya algo seco, le ofrecían también lienzo y paleta suficiente para dar rienda suelta a su imaginación.

Lo que más le gustaba *pintar* con tales instrumentos eran preferentemente caras, intentando aproximarse a las que estaba viendo. Pronto se hizo famoso que un niño tuviera la habilidad de dibujar caras con cualquier material a su alcance, con un parecido grande a las que se podían ver en personas conocidas del pueblo.

Un niño primero, y joven después, con tales habilidades y aficiones, tenía que destacar necesariamente en un ambiente como aquel, en el que no era nada frecuente que alguien mostrara tanta soltura en sacar trazos de sus manos. El niño creció en el pueblo, y a su vez creció

también en él la afición por dibujar las caras y cabezas de las personas, buscando con sus líneas llegar a reflejar con fidelidad las formas y expresiones reales de sus personajes.

Pasó el tiempo, y este joven y su afición tuvieron que salir del pueblo por exigencias militares. Llegó a vivir en Madrid. Allí entró en contacto con el mundo incipiente de la fotografía y del retrato fotográfico, que al parecer le entusiasmó. No se podía imaginar en su infancia que con un aparato extraño (una cámara), y un laboratorio, se pudieran conseguir retratos tan rápidos y perfectos. Su interés por la fotografía, y especialmente por el retrato fotográfico, fue tan en aumento que en poco tiempo consiguió conocer y dominar las técnicas de esta especialidad. Más tarde, trabajando mucho y ahorrando más, consiguió volver a su pueblo con una vieja máquina de retratar, un rudimentario laboratorio y materiales de fotografía.

Allí comenzó a realizar retratos. Pronto se le conoció con el nombre de *Rafael El Retratista*, y con él se quedó como denominación suya toda su vida.

En el ambiente del pueblo no podía disponer de un estudio ni medio bueno, ni aún menos de luces artificiales para preparar a sus modelos de la mejor manera posible para sus trabajos. Las fotos las tenía que hacer al aire libre, en el campo, en los huertos o, en plena calle. Tenía siempre la gran atracción de poner en el pueblo y en manos de las gentes el avance maravilloso de la fotografía. Cualquiera que tuviera algún dinero disponible podía soñar con tener en su casa inmortalizado en un cuadro a padres, madres, abuelos, novios, novias, o niños, con la alegría y orgullo de haber detenido el tiempo pegándolo en una cartulina, a la que se le protegía con un vistoso marco, formando así un cuadro, que sería el mejor testigo y recuerdo del personaje de la foto y del tiempo de su vida en el que se la había hecho.

Las fotos de Rafael fueron un verdadero avance dentro del pueblo, y la ocasión de que todas las familias tuvieran la posibilidad de inmortalizar a un ser querido colgándolo de la pared en un impresionante *retrato*.

*Rafael El Retratista* en plena luz del día sacaba de cada personaje lo mejor de su cara y expresión. Jugaba con las luces naturales con una maestría increíble. Estudiaba los semblantes, expresiones y carácter de sus modelos con total profundidad. Era un experto psicólogo. Sabía poner en sus fotos todos los rasgos que definían a cada persona, pero sobre todo sabía poner en sus rostros y expresiones todos los sentimientos que llevaban dentro.

Los hombres se tenían que retratar *bien vestidos*, es decir con chaqueta, pajarita, corbata, lazo, y camisa impecable. Era fundamental que resaltara también el cuello almidonado. La barba, mosca, bigote, y pelo, tenían que estar totalmente arreglados. Las mujeres se retrataban generalmente sentadas, así sus expresiones eran mas naturales. Bien vestidas, especialmente por arriba que era lo que salía en la foto. Camisas impecablemente planchadas y algunos adornos en cuello y orejas, aún cuando fueran *prestados* para esta ocasión. También a veces se fotografiaban a los niños, muy limpios y aseados, impecablemente vestidos y con algún juguete en la mano para que les mantuviera la atención en el momento del disparo.

Medio pueblo pasó por la cámara de Rafael. Medio pueblo quedó también colgado de las paredes de las casas, ya inmortalizadas en unos enormes cuadros, con unos marcos artísticos, que presidían el salón, la subida de las escaleras o alguno de los dormitorios. Tener al menos un retrato era no solo una señal inequívoca de cariño hacia el personaje retratado, sino también una muestra de distinción social que se exponía al público dentro de la casa.

Pronto Fondón quedó agotado y pequeño para Rafael y se trasladó a Berja. Allí abrió un estudio en el que cosechó aún más éxitos. Buena parte de la población de aquel pueblo fue pasando por la cámara de este fotógrafo. Las caras de los personajes más sobresalientes de aquel ambiente fueron inmortalizados en las paredes de sus casas por la habilidad artística de este retratista.

Tiempo después, también Berja le quedó pequeño y las necesidades de su familia y su afán de avanzar le llevaron a Granada. Allí se consagró como un gran artista. A cada uno de sus personajes le sacaba hasta el último detalle de su alma, buscando que se reflejara en su cara. Viendo una de sus fotos se podría hacer una descripción perfecta del carácter y circunstancias de cada persona. Era increíble cómo con una cámara se podía plasmar en la fotografía hasta los sentimientos de alegría, pena, preocupación o nostalgia que cada retratado llevara dentro, en su alma, el personaje real entraba vivo en el personaje de cartulina. Este fotógrafo los captaba, los trasladaba a su objetivo, se los ponía en la cara a la persona, y sabía, con una increíble maestría, llevarlos a sus fotos, dejando en ellas expresados los sentimientos que guardaban dentro.

No volvió más por Fondón, pero si fue visitado por algunos paisanos.

En el pueblo dejó una profunda huella su fotografía. Decían que también llegó a plasmar algunos paisajes y faenas del campo. Fuere como fuere, lo que sí dejó fue el arte de llevar a una cartulina a través de

su cámara, el rostro y el alma de los hombres y mujeres de su tiempo, con tal fidelidad, que el examen de sus caras y expresiones era suficiente para llegar a lo más profundo de su ser, a su carácter, a leer los sentimientos que en ese momento tuviera cada uno. Las luces y sombras, la expresión de sus ojos, la forma de vestir, y sobre todo sus miradas, eran un resumen más que suficiente para llegar al fondo de su ser. Y todos ellos como testimonios, casi vivos, de los antepasados de cada linaje, ante los que era inevitable *sacar parecidos familiares* entre aquellos y los actuales miembros de cada familia.

La historia de Rafael El Retratista fue contada en el pueblo durante años. Pocos paisanos quedaron sin pasar por su cámara, o al menos por su estudio, en los viajes a Berja o a Granada. Las anécdotas de su vida, de su trabajo, y sobre todo las impresiones causadas por sus fotografías, siempre permanecieron en las bocas de sus paisanos de Fondón.

## CANTES Y COPLAS

En los tiempos en que no había aparatos de radio, ni televisores, ni tipo alguno de reproductores de música, para amenizar las largas y penosas horas de trabajo, o poder hacer las fiestas y celebraciones familiares, sólo se disponía de la voz humana, y de los instrumentos musicales al uso, especialmente los de cuerda: guitarras, bandurrias, mandolinas, a los que se añadían algunos otros complementarios de carácter rudimentario y artesanal que se usaban como acompañamiento, especialmente en las navidades. Los instrumentos de viento, o *música de viento*, aparecían en solemnidades más grandes, y requerían el concurso de varios músicos que formaban *la banda*. Los instrumentos de viento no era costumbre que actuaran en solitario. Como excepción, fue famoso un señor, llamado Don Baltasar, que tocaba el saxofón. Lo que hacía en solitario, y con mucho acierto, según la fama que adquirió.

Hemos de hacer notar, hablando de música, que en la iglesia parroquial de San Andrés, existía un hermoso órgano accionado por fuelles movidos a mano. Lo tocaba el sacristán, que también era el organista. Los fuelles los movían niños del pueblo, que lo pasaban bomba moviendo los mecanismos como si se tratara de un juego más. Luego habría alguna recompensa traducida en un puñado de higos secos, nueces, o garbanzos tostados. El órgano de la iglesia estaba reservado para las solemnidades. Su sonido impresionaba. Llenaba todo el ambiente del templo, que tiene una acústica muy buena. Algunas veces cantaba un señor con voz de tenor llamado Don Ramón Carvajal, acompañado de esta música. En la guerra civil de 1936-39 fue destrozado, quedando solamente la carcasa. No ha sido reconstruido.

La *música de viento*, o de banda, la componía en aquellos tiempos un conjunto pobre de varios instrumentos de viento metal y viento madera, con el acompañamiento de unos platillos y un bombo. Los tocaban aficionados del pueblo que tenían como director y maestro al sacristán. En la historia de esta *banda* habría que resaltar la labor de magisterio y dirección que hizo a lo largo de muchos años tanto *El Tío Antonio* como luego *Vicente*, añadiendo ambos en su denominación la de *sacristán*, por la función principal a la que se dedicaron.

La música de viento solamente salía en las grandes fiestas. Precisamente por su excepcionalidad, su aparición llevaba siempre añadida una carga de solemnidad y grandeza que llegaba a emocionar a las almas más sensibles del pueblo. Aquellos músicos aficionados, maestros y discípulos, llegaron a sentir la música con tal ilusión, que no pocos alcanzaron una perfección y dominio del instrumento muy por encima de la calidad media de aquellos tiempos, y muy superior a los medios de formación de los que dispusieron.

En los trabajos del campo y de las minas, y en las largas horas de camino, se cantaba. Cuando alguien tenía buena voz, buen gusto, alma suficiente y, sobre todo, ganas de lanzar al aire sus sentimientos, era muy bien venido al tajo. Las recogidas de la almendra, la aceituna, las horas arando tras de la yunta, la trilla, las tareas de limpiar las almen-dras, quitar a las panochas la envoltura, desgranar el maíz, eran siempre buen motivo para el cante. Cantaban hombres y mujeres, aunque había trabajos exclusivamente femeninos como eran el lavado de ropa en el agua del río o de las acequias y el cernido de la harina y el amasijo del pan. En todos los trabajos y caminos se cantaba, sin más acompañamiento musical que los ruidos del propio trabajo o el de las caballerías que golpeaban sus herraduras contra las piedras del suelo. En las tareas de la trilla también se cantaba.

En el duro trabajo de las minas el cante era indispensable en los tajos. Cuando había un compañero que cantaba, aparecía una fuente de alegría. En las fraguas y fundiciones ocurría lo mismo.

Había momentos en los que era costumbre el cante y los cantos. Especialmente se cantaba mucho en los carnavales y en las rondas de los mozos a las mozas casaderas.

Al parecer en el siglo XIX en Fondón los carnavales se celebraban por todo lo alto. Era una fiesta muy popular en la que se estrenaban múltiples coplas con letras incisivas hacia la vida y acontecimientos del pueblo y del país. También era frecuente que los mozos en edad de tener novia rondaran a las *mozuelas* lanzándoles coplas tanto en las proximidades de sus casas como aprovechando la proximidad en algunos trabajos del campo, en los que era natural la concurrencia de hombres y mujeres. La costumbre de las *serenatas* consistía en hacer música y canciones por la noche ante la casa de la persona a la que se ofrecía, que podía ser una joven, o a otra persona, mujer u hombre, cuando la finalidad era felicitarla en la víspera de su Santo.

La dureza de los trabajos, la monotonía de algunas tareas, la soledad y desamparo en pozos y galerías de las minas, las horas de caminar por

senderos y caminos interminables, imponían el canto como contrapeso de alegría, dejando salir con la voz los sentimientos del alma. Las letras iban cargadas de sabiduría.

Los cantes y las coplas fueron en aquella época el hilo musical que amenizaba todos los trabajos y además el medio de mandar mensajes de todo tipo a los destinatarios a quienes iban dirigidos. Eran siempre la expresión de un sentimiento lanzado a los demás, que no sólo buscaba distraer sino también llevar algún otro mensaje. Sus letras y su música fueron producto del ingenio creativo de las gentes del pueblo. Su interpretación también.

De aquellos tiempos y de aquellos cantes, nos llegan estas letras. Algunas ya han sido traídas aquí anteriormente. Ahora podrían aparecer repetidas.

Siempre existió alguna mujer desesperada por la tardanza en encontrar su media naranja. Para un caso así salió esta letra:

Caminito de Almería  
le salió a una fea un novio,  
y tanta fue su alegría  
que se la llevó el demonio  
a los cuatro o cinco días.

La falta de sentido común, es decir, el ser *pazguata*, a la joven y a su familia les llevaba a estas situaciones:

Tonta tu,  
tonta tu madre,  
tonta tu abuela y tu tía,  
¿cómo quieres que te quiera  
si eres de la tontería?

Un hombre despreciado por una mujer, reaccionaba con estos malos humos. Al romper el noviazgo, los novios se devolvían los regalos. Así lo hacía este:

En tu puerta me cagué  
pensando que me querías,  
ahora veo que no me quieres,  
ídame la mierda, que es mía!

Algunas chicas se asomaban al balcón con escasas precauciones ante las miradas penetrantes de los que estaban debajo:

Debajo de tu balcón  
te vi las medias azules,  
y más arriba te vi  
sábado, domingo y lunes

Una vez una madre y sus hijas, con escasas simpatías en el pueblo, pusieron un taller de costura sin tener demasiada experiencia en la confección de calidad. En los carnavales les dedicaron esta copla, que ya quedó referida antes :

En el Huerto del Francés  
Han puesto una sastrería,  
Que a "tos" (todos) le cortan un traje  
sin tomarle la "medía" (medida).  
la Teresa corta y cose,  
la Juana pega botones,  
y la tonta de la madre  
es la que"to" (todo) lo dispone.

El trabajo duro de la mina tenía como compensación máxima llegar a recibir *la paga*. Para tal momento se guardaban todas las ilusiones y proyectos:

Deja que cobre en la mina,  
que te compraré un refajo  
que te asomen por debajo  
tres cuartas de muselina.

En el trabajo de las minas existió siempre el problema de los que hacían sus necesidades fisiológicas en cualquier parte, afectando a los demás. Esta *orden* evitaba tales prácticas:

De orden del capataz  
al que se mee en esta esquina  
se le echará de la mina  
se le bajará el jornal,  
le cortaran la gurrina.  
y no volverá a mear.

En algunos de los ambientes mineros de la época no se recibió con aplausos más de una de las soluciones de D. Antonio Maura. En unos carnavales le cantaron esto:

Ya se ha ido Maura del mando  
que a España ha ensombrecido,  
que si dura un año más  
hasta los sordos toman oído.

Algunas chicas seguras de sus encantos, despreciaban algunos pretendientes. A éstas le cantaban así:

Eres alta y buena moza,  
pero no presumas tanto,  
que también las buenas mozas  
se quedan "pa" vestir santos.

Hay personas que atormentan siempre a los demás cargándoles sus interminables penas a quienes les prestan atención. Con este cante se les mandaba a que fueran más sensatas:

A la puerta de mi casa  
no me vengas a llorar,  
ya que no me quitas penas  
no me las vengas a dar.

Tanto hombre como mujer, pueden ser de ideas inseguras y cambiantes, o lo que es peor, con buena dosis de egoísmo. Esta letra rechaza a quien fuera así:

Me quisiste,  
me olvidaste,  
me volviste a querer,  
zapatos que yo desecho  
no me los vuelvo a poner.

Las ganas de comer en aquellos años, no siempre coincidían con disponer de suficiente comida. En algunos casos la imaginación trataba en falso de llenar el estómago:

Hágame Vd. una escopeta,  
de longaniza el cañón,  
de pan blanco la baqueta  
chorizos de munición  
morcilla de cazoleta  
y culata de jamón.

Jorairatar es un pueblo de esta zona alpujarreña, ya en la provincia de Granada. Era frecuente que los mozos de un pueblo buscaran novia en otros de la comarca. En éste existía la leyenda de que no recibían con agrado a novios extraños, salvos casos que ya hubieran desechado los de allí:

En Jorairatar  
si es guapa y rica  
y te la dan,  
traslaran tran.

Resulta cierto que quien carece de dinero o de poder tiene muchos menos *amigos* que el que tiene todo esto en abundancia. Así lo explica este cante:

Al pie de un árbol sin fruto  
me puse a considerar  
iqué pocos amigos tiene  
el que no tiene que dar!

La Virgen de Gádor es la patrona de Berja, pueblo también minero en aquellos tiempos. De aquí esta invocación nacida seguramente de mineros de la comarca:

Señora Virgen de Gádor  
que estas al pie de la Sierra (de Gádor)  
cuida tu de los mineros  
que trabajan dentro de ella.

El nombre de *Cristóbal* ha sido siempre frecuente en aquellas tierras, y especialmente en Fondón. Alguna moza enamorada de uno de ellos cantaba con entusiasmo esta letra:

Cristo, Cristóbal se llama  
el bien de mi corazón.  
Para llamar a Cristóbal  
primero se nombra a Dios.

La Hermandad de Animas en Fondón sale cada día 25 de Diciembre para recorrer el pueblo de casa en casa pidiendo limosna. Ante el caso, poco frecuente, de que pudiera haber algún tacaño, a fin de prevenir que lo hubiere, le cantaban la letra de este cante:

A las Animas Benditas  
no se les cierra la puerta,  
se les dice que perdonen  
y ellas se van tan contentas.

Un mozo enamorado y además muy *pelota*, que se quería ganar a los padres de la novia y a toda la familia, le cantaba así:

Tu padre una bendición  
y tu madre una custodia,  
tus hermanos serafines  
y eres tú la misma gloria.

En aquella sociedad preocupaba también a las personas la imagen que tuvieran de ellas los demás. Este cante lo resume de manera certera:

Estamos en esta vida  
tan llenos de falsedad  
que no tenemos más honra  
que la que nos quieren dar.

Es una alabanza al aceite. Aquella comarca tiene muchos olivos, que han dado de comer a múltiples generaciones. El aceite ha sido elemento básico en la alimentación de las familias. Quienes tenían aceite y trigo no pasaban hambre. Además se usaba para todos los cultos, especialmente en las luces de las Ánimas:

La leche de los olivos  
sirve para alimentar  
a los muertos, a los vivos  
y a los santos del altar.

Requiebros para quien no eran correspondidos en amores, hombre o mujer. Se usaban con intención de queja en los cantes que se hacían en grupos:

El agua que lleva el río  
busca llegar a la mar  
y yo busco tu cariño  
y no me lo quieres dar.

A veces se daban consejos sabios a los jóvenes para que estuvieran alerta, fueran prudentes y capaces de prevenir los peligros:

La libertad y la salud  
son prendas de gran valía  
y nadie lo reconoce  
más que cuando están perdías.

La previsión es fundamental en la vida. De manera extremadamente gráfica, y a modo de consejo, lo deja patente la letra de este cante:

Todo aquel que va a cagar  
y no lleva piedra al puesto  
al final se ha de encontrar  
con los tres ojos abiertos  
y sin poderse limpiar.

Los novios en aquellos tiempos se veían y hablaban, casi siempre, teniendo como centinela a otra persona, que podía ser alguna persona mayor. Tales entrevistas eran en la casa de la novia y por la noche, ya terminadas las faenas del campo.

Una vieja y un candil  
y una muchacha bonita,  
que para pelar la pava  
¡bien poco se necesita!

Los troncos de árboles cortados en el tiempo oportuno (*menguante* de enero) se usaban para fabricar múltiples cosas. En este caso un mismo tronco se usó para tallar un santo y para hacer un pesebre, lo que hizo desmerecer mucho la imagen así obtenida:

Eres hermano gemelo  
del pesebre de mi burro,  
cerezo te conocí  
los milagros que tu hagas  
que me los cuente a mí.

Otra vez nos aparece el tener hambre y carecer de comida. De ilusión también se vive, y en aquellos tiempos la ilusión de comer era continua: Letra ya expuesta antes.

Si tuviéramos aceite,  
ajos, cominos y sal,  
aviaríamos unas sopas,  
¡pero si nos falta el pan!

En el ambiente del siglo XIX no estaba bien visto socialmente en el pueblo que las mujeres fumaran, bebieran en las tabernas o que orinaran *en pie*. Tales costumbres eran más propias de las *mujeres de la vida*, *pendangas* o *putas*. Las mujeres recatadas no hacían eso, y menos a vista de los demás.

Toda la mujer que fuma,  
bebe vino,  
y mea en pie,  
yo no digo que sea mala,  
pero que buena no es.

Los mineros no eran muy aceptados como novios. Hacían un trabajo muy duro y lleno de peligros, morían jóvenes, enfermaban pronto, y el jornal, aún siendo más alto que en el campo, tampoco era para repicar de alegría:

La obscuridad de la mina  
me llena de sentimiento  
y tu continuo rechazo  
multiplica mi tormento.

A veces había mozas que no tenían seguridad en lo que sentían hacia el mozo que las cortejaba, y las había como los semáforos, que cambiaban del verde al rojo pasando por el ámbar:

Tu tejer y destejer  
en el telar del amor  
te ha de dejar algún día  
con el telar y el clamor.

No estaba bien visto entonces que una chica joven entrara a servir en casa de una familia. Menos aún si en ella había hombres:

No te enamores, mi vida  
de moza que sirva a un amo,  
que lleva más estrujones  
que una breva en el verano.

La enseñanza moral, tan abundante en aquellos ambientes, aconsejaba alcanzar las ilusiones de cada uno con el trabajo y la honradez, alejándose siempre del robo y el engaño. Lástima que tales consejos hayan quedado tan lejos en nuestro tiempo actual, sobre todo para algunos políticos que han hecho todo lo contrario:

El trabajo y la virtud  
son patrimonios seguros  
los bienes mal adquiridos  
te meterán en apuros.

No faltaba un don Juan lleno de faroles:

Una novia tengo en Rágol,  
otra tengo en Instinción,  
otra me espera en Padules,  
y otra más tengo en Fondón.

A veces de un buen tronco de árbol un hábil tallista era capaz de sacar la imagen de un Santo. La madera de cerezo fue muy apreciada por ser muy buena.

Eras un árbol robusto  
que dabas cestos de fruta,  
yo que te conocí cerezo  
ya no te rezo.

En los carnavales se metían las críticas con un señor que pretendió dedicarse a la música, pero manifestó gran incapacidad para tocar los instrumentos. A él le dedicaron esta copla:

El que tocó el saxofón  
se llama D. Gaspar  
ese ha sido colillero  
cincuenta y cien años en calle Real.  
Para enseñar a tocar a este cara de melón  
ha gastado mi maestro  
cincuenta y cien años dándole lección.  
Primero dijo que quería el tambor,  
luego las planchos,  
y por fin luego eligió  
un instrumento que es tan feo como él  
y lo está tocando aquí  
porque no queremos verlo padecer.

Uno muy dolorido cantaba:

En la casa de las penas  
ya no me quieren a mí,  
porque tengo yo más penas  
que los que habitan allí.

Un padre se lamentaba:

Que hayas tenido valor  
De traerme a un hospital,  
Si Dios quiere y no me muero,  
Me has de venir a buscar.

En el hospital entraste  
a visitar los enfermos  
y a mi cama no llegaste,  
ese sentimiento tengo.

Un consejo moral:

Haz bien, y si mal te pagan,  
canta esta copla contento:  
al que bien siembra en el mundo  
mejor cosecha en el cielo.

La respuesta a un desprecio:

Cuando paso por tu puerta  
y no me dices adiós  
lo que te dejas te llevas  
no eres tu mejor que yo.

A un futuro maltratador:

Todavía no soy tuya,  
picarillo, y me amenazas,  
no sabes que yo te cuelgo  
del cuello las calabazas

La respuesta de un novio despachado por la novia:

Me diste las calabazas,  
me las comí con esmero,  
quiero mejor calabazas  
que una mujer sin gobierno.

Otra respuesta similar:

A los poyos de la plaza  
se van los calabaceros,  
y a mí como me las han dado,  
me voy de los delanteros.

A una moza que se enamoraba de quien no era aceptado en su familia:

Mi padre me pega palos  
y mi madre me pellizca  
y al son de los palos digo:  
sarna con gusto no pica.

A una mujer muy noviera:

Dama de los veinte novios  
y con ninguno te casas,  
si es que buscas algún rey,  
cuatro tiene mi baraja.

A una dama muy desagradable:

La madre que te crió  
se mereció una corona,  
y tu te mereces niña  
una jáquima con borlas.

Una mujer se sentía poco valorada por ser pobre:

Ya no se estila decir  
soy hija de buenos padres,  
lo que se estila decir  
“ tanto tienes, tanto vales “.

Un novio no era aceptado por la madre de la novia:

Hemos caído en desgracia,  
serrana, como ha de ser,  
santillos que yo le haga  
son diablillos para Vd.

A un novio muy poco fiel:

Para qué me andas diciendo  
que me quieres, que me adoras,  
si volviendo las espaldas  
de cualquiera te enamoras.

A una novia que rompe con el novio:

Tengo que hacer un barquito  
con un cascarron de nuez  
que ha de tener más firmeza  
que ha tenido tu querer.

Un novio muy enamorado:

Es tanto lo que te quiero  
que te quisiera llevar  
de día en el pensamiento  
y de noche en el soñar.

Me acuerdo de ti más veces  
que hojas tienen los manzanos,  
almecinas los almeces,  
y letras un escribano.

Siempre estoy pensando en ti,  
me tienes sin desatino,  
que doy más vueltas de noche  
que una piedra de molino.

Un pretendiente muy celoso:

No quiero mujer bonita  
por no vivir con recelo,  
pues no quiero que me caiga  
la media luna del cielo.

Una mujer desengañada decía:

Si la mar fuera de tinta  
y el cielo de papel doble,  
no se pudiera escribir  
la falsedad de los hombres.

Muchachas, vivir alertas,  
que en el hombre no hay engaño,  
que sacudiendo la capa,  
salta el polvo y queda el paño.

Muchachas, vivir alertas  
y no acostarse a dormir  
la que tiene una maceta  
al lado de otro jardín.

A un ligón que además era casado:

Vaya se Vd. de mi casa  
que han dado las oraciones  
y es Vd. hombre casado  
y lleno de obligaciones.

Una mujer muy exigente:

No quiero a Juan por machaca,  
ni a Pedro por majadero,  
ni a Francisco por celoso,  
ninguno de los tres quiero.

A una enamorada de un Juan:

Dicen que los Juanes son  
Perecidos al demonio,  
yo tengo un Juan en mi casa  
y parece un San Antonio.

Los ojos de un Juan me matan,  
y eso es para quien lo entiende,  
que el carbón que ha sido ascua  
con poca lumbre se enciende.

A una dama de muy buen ver:

Vive Dios que eres hermosa  
y te vas cantoneando,  
de capitana famosa  
la gala te vas llevando.

Una madre al que baila con su hija:

Pulido y buen bailaor,  
Quítate los alpargates,  
No pegues un tropezón  
Y a ese clavel me lo mates.

Una mujer vieja en el baile:

Esos dos que están bailando  
qué parejicos que son,  
si yo fuera el padre cura,  
les diera la bendición.

Una novia dejada por el novio:

El amor que puse en ti,  
tan firme y tan verdadero,  
habiendo lo puesto en Dios  
hubiera ganado el cielo.

Si un querer bien se pagara,  
siempre me estarías debiendo,  
pero como no se paga,  
ni me debes ni te debo.

Otro pretendiente no querido por la madre de la novia:

Yo te quisiera querer  
y tu madre no me deja,  
en todo se ha de meter  
la pícara de la vieja.

Un pretendiente precavido:

Cuando paso por tu puerta  
llevo pan y voy comiendo,  
porque no diga tu madre  
que del aire me mantengo.

Dicen que no me quieres tu ni tu madre,  
Si una puerta se cierra  
Cientos se abren.

La respuesta a un desprecio amoroso:

Porque tú a mí no me quieras  
no tengo pena maldita  
que la mancha de la mora  
con otra verde se quita.

De que tu a mí no que quieres  
se me dan tres caracoles,  
más arriba y más abajo  
me están queriendo a montones.

Me dijiste que soy fea  
y al espejo me miré,  
y vi que no soy tan fea  
que algún tonto engañaré.

Una herencia fallida:

Cuando mi madre murió  
a mí no me dejó nada,  
y a mi hermana la dejó  
asomada a la ventana.

Un consejo a una moza casadera:

Quítate de la ventana  
no me seas ventanera  
que de la ventana sale  
la que es mala y la que es buena.

Quítate de la ventana  
cara de sardina frita  
que le vas a dar un susto  
a las Ánimas Benditas.

Un amante improvisado:

Pequeñita y llevas luto  
dí me quién se te murió  
si se te murió tu amante  
no llores que aquí estoy yo.

La respuesta a un pretendiente malo:

Aunque me ves pequeñita,  
y huérfana de padre y madre,  
no se cría una lechuga  
para tan poco vinagre.

Un consejo a una mujer casadera:

Un olivo bien plantado  
siempre parece olivera  
y una mujer bien casada  
siempre parece mozuela.

Un hombre rechazado por una mujer:

Como padre misionero  
a la montaña subí,  
siempre predicando en ti  
y no te pude atraer al camino verdadero.

A un mal novio:

Anda y vete por el mundo  
que el mundo te dará el pago  
que también el mundo arregla  
al que está desarreglado.

Un consejo moral:

No porque tengas dinero  
abuses del infeliz,  
yo he visto a un rico vestir  
con los desechos de un pobre  
y en puerta en puerta pedir.

Un pretendiente con voluntad inquebrantable:

Aunque tu madre me ponga  
cañones de artillería  
tu calle la pasearé más de noche que de día.

Una enamorada en silencio:

Con ese sombrero blanco  
pareces un gran ladrón  
ya que no robas a nadie  
me robas el corazón.

Un mal estudiante:

Piensa mi madre que estoy  
estudiando en Salamanca  
y estoy queriendo a una niña  
como la nieve de blanca.

A una mujer guapa:

La nieve por el agosto  
en Sierra Nevada está  
y la hermosura en tu rostro  
siempre permanente está.

A una chica llamada Isabel:

De la raíz del palmito  
nacieron las Isabeles  
delgaditas de cintura  
de corazón alegres.

A un amor firme y seguro:

Cuando pensé en olvidarte  
se me previno la muerte,  
como la vida es amable  
de nuevo volví a quererte.

Algunos consejos morales:

En la calle del peligro  
se me cayó la montera  
y la recogí diciendo  
en callando no hay quimera.

El que le pega a su padre  
lleva una soga arrastrando  
por donde quiera que va  
la soga se va pisando.

Al pie de un árbol sin fruto  
me puse a considerar  
qué pocos amigos tiene  
el que no tiene que dar.

Compañero échate novia  
y fíjate en el dedal  
y si lo tiene oxidado  
compañero marcha atrás.

Quejas y requiebros amorosos:

Eres tan avariciosa  
que cuando vas a comprar  
todo te cuesta el dinero  
y dices que te lo dan.

Cuatro delantales tengo  
y ninguno tiene cinta  
de cuatro novios que tengo  
ninguno tengo a la vista.

La dama que quiere a dos  
no es tonta que es atrevida  
que si una vela se apaga  
otra le queda encendida.

A Valencia me he de ir  
en busca de un valenciano  
porque los mozos e aquí  
muchu paja y poco grano.

Dicen que no me quieres  
porque soy chica  
más chica es la pimienta  
caramba, y pica.

Es tu madre la que dice  
que la reina te mereces,  
pues yo como no soy reina  
no quiero que me desprecies.

Grande es la pena de un ciego  
que no ve por dónde va  
pero más grande es la mía  
que no se tu voluntad.

Tu madre te está criando  
como una mata de trigo  
y yo te estoy esperando  
para casarme contigo.

Anda tu madre diciendo  
que tienes un olivar,  
y ese olivar que tu tienes  
es que te quieres casar.

Me mandaste a decir  
serrana que me olvidara  
cuando llegó el parte a mí  
ya de ti ni me acordaba.

Es tu madre una indignilla  
y tu también lo serás  
de tal palo tal astilla  
saca la cuenta y verás,  
que te viene de perilla.

Válgame la Cruz de Malta  
y el Cristo del Gran Poder  
tanto como me has querido  
y ahora no me puedes ver.

Niña, tu no tengas pena  
que ese hombre llegará  
y aunque no tengas dinero  
contigo se casará.

Un mozo justificaba el color de piel de su pretendida:

De los tres colores madre  
El moreno es el mejor  
El blanco se quema luego  
y el colorado va a peor.

Entre los pueblos vecinos siempre existió esa sana rivalidad, que no impedía los casamientos de unos con otros:

Almocitilla y Padules  
tierras de poca labranza  
que el año que más recogen  
pa una llueca tienen granza.

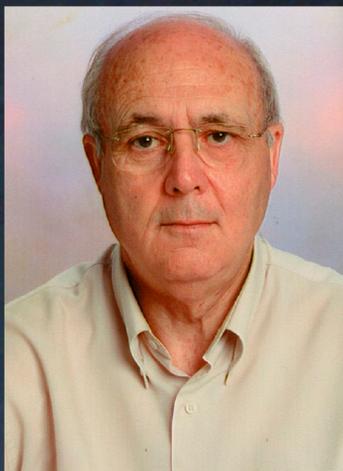
No faltó un canto a la tierra de Fondón:

Viva Fondón que es mi tierra  
San Sebastián su patrón  
viva la gente morena  
que morenito soy yo.

A uno que no lo podían ver en la casa de la moza, y tenía antes que hablar con el padre:

¿Sabes a lo que me atrevo,  
serrana por tu querer?  
a meterme en el infierno  
y hablar con el Lucifer





## Cristobal Guerro Martín

(Fondón, 1938).

Doctor en Derecho, Técnico Superior de la Administración del Estado, en la que a lo largo de cuarenta y dos años de vida profesional ha ocupado siempre puestos de Dirección. Amplió sus estudios en la Universidad Phanthéo - Sorbone de París. Ha estado vinculado como profesor universitario a las Universidades Complutense de Madrid, Granada, Zaragoza, UNED y Almería, impartiendo cursos de Licenciatura y Doctorado. Es miembro del Instituto de Estudios Almerienses donde ha publicado *La cocina de Fondón*, coeditado con el ayuntamiento de esta localidad, y a coordinado diversas actividades.

*Fóndón, historias al toque de ánimas*, nos traslada a la sociedad y ambiente de este pueblo almeriense en la segunda mitad del s. XIX y primeros años del XX. A las diez de la noche el toque de Ánimas, con el grave sonido de las campanas, partía el día en dos: ponía fin a la vida en la calle y abría el recogimiento de la vida familiar. Con el recuerdo diario a los que ya habían muerto, la gente se refugiaba en sus casas y se hacía silencio en las calles.

En aquellos ambientes, en torno a la mesa y a la lumbre, los más viejos contaban vivencias e historias, que además de distraer, llevaban con frecuencia una enseñanza moral. Estos ratos de descanso del duro trabajo de las manos abrían la ocasión para la conversación y, cuando era posible, el cante.

Este libro recoge un conjunto de aquellas historias y letras de cantes. Todas fueron contadas y reflejan el ambiente y la sociedad de aquellos tiempos tan duros y llenos de privaciones, su realidad, sus personajes, sus alegría y sus penas, y aportan un retrato fiel de como era y vivía la gente en esos años en un pueblo minero y agrícola de la Alta Alpujarra almeriense.

Han sido recogidas de la memoria popular, y tienen la fuerza de ser auténticas vivencias de las personas y del ambiente de aquellos años sin TV, radio, correo, teléfonos ni electricidad, donde solo existía la voz humana que narraba unas veces, o cantaba en otras, dejando volar los sentimientos.

Edita:



Colabora:



AYUNTAMIENTO DE FONDÓN

